UNIV. OF ARIZONA
[redacted]
mn
Ocantos, Carlos Maria/La Ginesa
3 9001 03978 2928

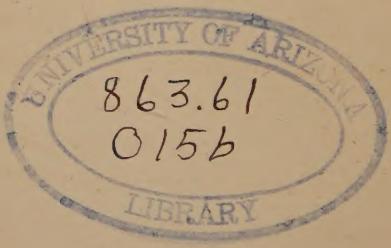
UNIVERSITY OF ARIZONA
LIBRARY

CARLOS MARÍA OCANTOS

LA GINESA

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE PABLO E. CONI É HIJOS
680 — CALLE PERÚ — 680
—
1894

Es propiedad.



LA GINESA

I

... La puerta cerróse blandamente, dió el picaporte un brinco y quedó inmóvil, sonaron pasos discretísimos en la pieza inmediata, con tal cual crujido de maderas temblonas, se oyó una voz sin dientes que decía: —Logia! y responder otra más robusta, aunque femenina, con inflexión soñolienta: —Voy, señor, aguarde usted; me echo el vestido y salgo en un Jesús, ¿son ya las cinco? Luego, refunfuños de la voz primera, disculpas de la otra, que encerrada debía de estar en lejana habitación, quizá al final del pasillo, tan apagados, á pesar de lo que chillaba,

24804

llegaban sus *voy, voy, déjeme usted encender la vela ¡ave María! si aún es de noche...* y frotar una cerilla, y arrastrar dos chanclos, y otra vez los pasos discretos, y las voces del viejo y la chica, los ladridos de un falderillo, arrancado de su caliente edredón por tan insólito ruido, el morder de la llave en la cerradura, y el portazo de la criada al despedir al impertinente: —¡Vaya usted con Dios, señor! muchas gracias. ¡Negrita! cállate, que vas á despertar á la señora, Negrita! Al mismo tiempo, la campana de las monjas de Santa Catalina, la mayor madrugadora del barrio, llamó para la primera misa.

Lía no se había movido del hoyito amoroso que formaba su cuerpo en el colchón de plumas, saboreando el placer de la cama tibia, en la alcoba obscura aún, donde una rajita de luz matinal, asomada por las junturas del postigo, no lograba colarse; y arrebujándose más en las mantas, cerraba los ojos, bostezando:—Sí, llama, campanita, llama, que yo no te oigo, no por sorda, sino

por mala, porque soy muy mala, campanita! misia Paula sí, esa te oirá ¡ay! si pudiera ir á misa como ella... Nuevo bostezo, un suspirito luego, y silencio; silencio en la alcoba y en toda la casa, donde los chanclos de Logia y el gruñir del faldero habíanse acallado: mas no la monjil invitación, que seguía dam, dam, dam, dam, cual si respondiera al tímido soliloquio de la dormilona:—Pues, por eso, por mala te llamo; ven, que á justos y pecadores acojo y consuelo, y no has menester de más madrina que una buena contrición. Ven, ven, dam, dam.

Sí, espera un poco! Lía, como pájaro que oculta el pico bajo el ala y se esponja y en el nido se acurruca para mejor dormir, entre los encajes de la almohada y el embozo del cubrecama había hundido la cabeza (no sé si rubia ó morena, si hermosa ó fea, pues las sombras celosamente la cobijan) y en el limbo del sueño abandonádose sin escrúpulos de conciencia. La luz, entre tanto, más atrevida cuanto más el padre sol la daba calor y fuerza, penetraba por el resquicio del balcón,

y vagamente al principio, luego delineando contornos y haciendo surgir relieves, mostraba una alcoba coquetona, alfombrada de bruselas, las paredes con papel dorado y grandes ramos de lilas y guirnaldas de capullos azules; una araña de bronce con caireles y lagrimones de cristal, pendiente del techo, en el centro del rosetón de yeso; sobre la chimenea, delante del espejo con marco de felpa roja, una lamparita de noche, y entre el bote de *cold-cream* y la polvera japonesa, muchas monerías de porcelana, un perro y un gato danzando juntos, dos chiquillos con cestas de huevos, tan grandes los huevos como las cestas, y más grandes las cestas que los chiquillos; encima de cada butaca, también de felpa y lámpás de seda, una prenda de vestir, aquí el refajo color de rosa, allá la enagua de randas, y la bata de *surah* y el corsé, tan menudo, hecho para aprisionar el talle de una muñeca; al pie de la cama, sobre la piel de oso, unas botitas de cabritilla, que ni aun para los chicos de porcelana servirían, y en la cama, bajo el dosel

imperial, la perezosa, la dormilona, ella, Lia, rubia, guapísima, con los bucles desparramados, y una mano fuera, no, una mano sola no, el brazo también, todo el brazo, blanco y mórbido, y el hombro, desnudo, y... ¡luz indiscreta! mira, relámete y calla!

Pero antes, avanza un poco y alumbra, que no se ve bien... aquello, en la pared, donde falta el papel dorado y hace tan feo, figurando ó borrones de la humedad ó pedazos de madera sin acepillar... sí, efectivamente, son tablitas, quiero decir, cuadros vueltos del revés, como testigos incómodos á quienes se les ha obligado á dar la espalda, para que no puedan satisfacer su perversa curiosidad ¡muy bien hecho! con chismosillos tales, no hay precaución bastante.

Á las nueve la criada entró, trayendo el chocolate, y con ella el falderín, tan alegre y revoltoso, dando carreras y tumbos sobre la piel y saltos sobre las butacas, que la bella dormida se incorporó, ya despabilada por tamaño ruido y el torrente de luz que se precipitó por los cristales descubiertos: — ¡Ne-

grita! ah! picarona, ah! monina ¿vienes á dar los buenos días á tu ama? sube, tonta, sube. Concedido el permiso, no fué menester reiterarlo, porque no acabó de decirlo Lía, cuando la perra saltó aturdidamente y en el cubrecama de raso revolcábase con gruñidos de contento, acudiendo en seguida á dar lengüetazos cariñosos en la cara de su dueña, que se defendía, riendo :—Quita, no seas loca! desvergonzada. — Si será zalamera! dijo Logia, depositando la bandeja sobre el mármol de la mesa de noche, esas fiestas las hace por el chocolate: mirela usted! apenas sintió el olor, ya se calma, y menea el rabito, y acerca el hocico... si, prepararse, que para tí lo traigo. Con la gravedad cómica propia de la raza, la perra canela, sentada sobre el cuarto trasero, miraba á la jícara, á la muchacha y á Lía, con ligero temblor de la naricilla chata y renegrida: — Para ella es, si señor, y para mí, para las dos ¿verdad, Negrita?—Si, malcríela usted, observó seriamente la criada, después no tomará su sopa de leche, y enfermará, por comer á deshora.

— Vaya, no exagere usted; ¡pobrecita! yo no la despido, sin darla á probar... traiga usted, ¿quieres un bizcocho, rica? antes me has de dar un beso, ea, un beso á su ama y después el bizcocho. Acercó sus labios al morro húmedo del animal, y como madre amorosa, delicadamente, dióle á engullir la pasta remojada en el fragante soconusco; reíase á carcajadas: — ¡Qué graciosa es! mírela usted, qué lengua más larga saca, y qué gestos hace la golosa!

La que ella llamaba Logia (con propiedad Eulogia, antes de suprimirse aquel *Eu* tan ingrato, que al ama sonaba algo así como interjección para arrear á las bestias) era, de fijo, una tunanta muy fina, pues sus ojos chispeantes de malicia, y aquel andar por los pasillos, tan gatuno, viéndolo todo y haciendo que no veía nada, delataban á la persona que guarda los secretos ajenos, porque la pagan y no por discreta, pero pronta á tender al sol de la curiosidad y al aire del escándalo los trapos sucios de la casa, el primer día que rompa un plato

y el ama alze el gallo. Llevaba el moño muy alto, con una bolilla de azabache como remate, y era pequeña, morena y poco aseada; sonriendo, el puño sobre la cadera, habíase quedado embobada delante del lecho, y repetía :—¡ Que si es golosa! digo, y no se da poca prisa... tan pronto acabe su desayuno, la llevaré á la compra, ¿quiere usted? atada, si señora, no soltaré el cordelito... ¿iremos á la compra, mona? ¿iremos á la calle, pícara? es más revoltosa! en el mercado no deja cesta por oler; y todos la conocen : Negrita, aquí! Negrita... qué risa! ya empina las orejas y escucha... ¿Qué desea la señora para el almuerzo? ¿pejerrey? ¡ah! si probase la señorita la merluza de mi tierra! unas ruedecitas envueltas en huevo y fritas en aceite saben á gloria... ¡está tan lejos mi España! ¡ay Españita de mi alma!

Lia tomaba los últimos sorbos de la jícara: — Cualquier cosa, Logia, nada me apetece... cuidado con soltar el cordel, no tengamos un disgusto ¿está bueno el día? — Muy bueno,

un día delicioso, ¿saldrá la señorita? — Sí saldré: cuando venga el cochero, dígale usted que quiero el coche á las cuatro; iremos á Palermo, Negrita.

La perra canela, satisfecho su apetito, roncaba ya, hecha una rosca, sin cuidarse ni poco ni mucho de aquellos proyectos de paseo; y sólo cuando la joven, con una palmada sobre el lomo, despidióla, saltó aturdida y salió á escape, tornando á entrar y hacer las cabriolas juguetonas que al principio, porque oía decir á la criada: — ¿Vamos á la compra, mona? ¿vamos á la calle, pícara? De pronto, interrumpiendo el perruno coloquio, preguntó la muchacha: — ¿Almorzará sola la señorita? ¿no vendrá el señor D. Gaspar? Ruborosa, con extraña agitación, Lía contestó: — ¿D. Gaspar? no sé... no vendrá, seguramente no vendrá. Y una vez sola, quedóse pensativa, entristecida por aquella idea de que Gaspar no vendría, seguramente no vendría ¿enfadado ú olvidadizo? ¿desdeñoso ó aburrido? La campana de las Catalinas repicó de nuevo, y Lía, sacudiendo la bonita

cabeza rubia, repetia : — Si te oigo, te oigo, pero no voy, porque no puedo, ya sabes por qué no puedo : soy mala, malísima, los ángeles me darian con la puerta en las narices, si me atreviese á entrar así, en pecado mortal, mientras existan Gasparitos en el mundo... y desde que Gaspar no viene, tengo unas ganas atroces de entrar en la iglesia y en el primer confesonario arrojar el hediondo fardo de mis pecados ; decir á boca llena : señor ó padre, ó lo que sea, escúcheme usted y castigueme, pero perdóneme, aconséjeme, consuéleme... á Las Piedras marchar quisiera, á ser buena otra vez, como antes ! pero, ¿ puedo ser buena, yo, la Ginesa ? y sin Gaspar, mi pobre niño adorado... ¡ Tonta de mí ! al perder la inocencia, se me olvidó ahogar el corazón ¡ pues no he dado en la flor de quererle !... Esa Bernita Paso ! bueno : esa Bernita Paso, que es una facha y se pinta, y se me figura mala, más mala que yo, de corazón, digo, y no será capaz de hacerle dichoso, una damisela con muchas campanillas, va á casarse con él, si, me le quitará,

me le robará, y yo, aunque rabio de celos, y sufro, y lloro, le aconsejo, le meto fuego, en viéndole frío ó desanimado: no seas tonto, hijo, te conviene; un chico tan rico como tú, ¿qué va á hacer en Buenos-Aires sin casarse? cásate, cásate... Su hermana Paula, la beata, no le habla con más sinceridad y desinterés que yo, ¿cabe abnegación mayor? no, mayor no puede haberla... Sufro mucho, aunque me he acostumbrado ya á verle indiferente siempre que de la Paso se trata, como cediendo dócil á las instigaciones de misia Paula y misia Segunda, un buen par de intrigantas... ¡No ha vuelto desde anteayer! él, que todas las mañanas, antes del almuerzo, venía escapado á decirme: hoy no puedo hacer la rabona á la hermanita Paula, pero mañana, sí... ó pasado, ó el lunes ó el viernes; procura que no esté el Moscardón. Siempre recomendándome que espantara al Moscardón, el muy pillo... Si no viene le escribo, y si escribiéndole tampoco viene, en esa iglesia, donde tantas se guarecen de las tentaciones y hacen así la gracia de ser

mejores que yo, me colaré resueltamente, y si al capellán me encuentro, al capellán le digo: padre, arránqueme usted este Gasparito, que traigo atravesado en el corazón!

Echóse fuera del lecho, calzó los piés desnudos en los bordados chapines, cogió el refajo y la bata, y en el gabinetito contiguo desapareció, con la premura que la daba el aguijón de su idea, del pudor ó del frío, y eso que no se sentía en la alcoba, y los graves personajes de los cuadros (forzosamente tenían que ser muy graves, cuando tan quietos se estaban) seguían de cara á la pared, sin mostrar curiosidad alguna. Por el cristal del balcón asomaban sus crestas rojas el enjambre de geranios, desbordando de las macetas, y las matas de albahaca y de claveles, como si mirar dentro intentaran; y se veía el muro del convento, negro, sucio, en algunos sitios esmaltado de verdín, y en otros, descortezado, con los ladrillos fuera, zarpazos del tiempo implacable, y ventanas tan bien defendidas que no lograrían franquearlas cien legiones de pecados, con todos los sata-

nases del infierno á la cabeza... Alegre rumor de agua venía del gabinetito aquél, señal de que la diosa á la onda cristalina entregaba su cuerpo fatigado, y valga símil tan cursi para explicar de honesta manera, y antes que al lector malicioso le ocurra la tentación de acercarse de puntillas y mirar por la rendija, cómo de allí á poco Lía se presentó, fresca como una gota de rocío, con el pelo suelto y un peine de carey en la mano, que pasaba y tornaba á pasar por la dorada crencha: parecía alta por lo esbelta, y tez más blanca, ojos más hermosos, nariz más fina, boca más delicada, no forja la naturaleza sino el arte; pero las cejas, demasiado espesas, la daban cierto aire de dureza, de seriedad masculina, nuncio probable de mucho nervio, ó de mucho fuego; su bata ceñía apenas el talle, y en negligentes pliegues la envolvía, ya descubriendo incitativa, ya ocultando pudorosa, ya señalando picaresca los encantos de su dueña. La cual, después de alisar el cabello y anudarlo descuidadamente, de la polvera japonesa cogió la borla y se

enharinó la cara muy á prisa, más por costumbre que por coquetería, y respetuosamente procedió en seguida á cambiar de posición á aquellos señores tan callados y discretos. ¡ Válgame Dios! y que no eran nada empingorotados los tales! San José con su vara de azucenas, San Francisco con la calavera, y San Antonio con el misal y el chiquitín, los tres bienaventurados sin mostrar asomos de enojo, antes bien sonriendo piadosamente á la pecadora, cual si dijeran: — ¡ Vaya, hija, muchas gracias ! figúrate una noche entera pegados á la pared, como ciertos herejotes en confesión ! de todos modos, ya sabes que nosotros apreciamos tus escrúpulos, que revelan ciertos pujos de arrepentimiento, agradeciéndote esta muestra de respeto y devoción, y así oigamos cualquier cosa, aunque no la veamos, puedes contar con que no iremos con el soplo al Todopoderoso; no faltaba más !

Á espiar trás del visillo, si Gasparito salía ó no salía de su casa, acudió la joven tan pronto como hubo terminado el aliño de

su graciosa persona; y bueno será advertir á los que no lo sepan, para que no se embrollen y confundan, que esta que llamaban la Ginesa, y era por su nombre Lía Ginés, á secas, vivía en una casita alta, en la que fué antes calle del Temple, y ahora es del General Viamonte, frente á la iglesia de las monjas Catalinas, es decir, al paredón lateral; y en la calle de San Martin, que, según creo, no ha cambiado de título ni Dios lo permita, estaba, y debe de estar si no la han derribado, porque se caía de puro vieja, la casona solariega de Tejera, plantel de varios Gaspares de Tejera, entre los que habrá de señalarse, por figurar bizarramente en las invasiones inglesas, á D. Gaspar de Tejera y Solaños, nieto de cierto noblote español, y abuelo del Gasparín que ahora nos ocupa; de todos los cuales, si acaso, hablaremos luego despacio, porque no hay nada más sujeto á dolores de cabeza que meterse así, de golpe, en el berengenal de las genealogías. Dando, pues, la casa de la Ginesa al paredón, y la de Tejera al propio portal de la iglesia, una y otra

quedaban en cruz, mirándose de reojo, y de los balcones de Lía, y aún de las mismas habitaciones, se veían dos ventanas y la mitad de la puerta de Tejera, parte del zaguán y de la cancela de hierro, la entrada de la sala, y más no se distinguía porque el ángulo del convento adelantábase á cortar la visual y ocultaba el resto del vetusto edificio, que no probaba pinturas ni blanqueos desde los tiempos en que el primer Tejera echó sus cimientos; y así se mostraba tan sucio como el monasterio, su vecino y casi su coetáneo. Lía, la curiosa, aprovechaba de esta circunstancia para observar cuanto pasaba de puertas afuera en el caserón de la calle de San Martín, que lo que de puertas adentro ocurría sabíalo al dedillo por el mismo chico de Tejera, y trás el visillo de su alcoba, llevaba el apunte de cada salida, de cada visita, si misia Paula fué á misa, si el negro Mamerto, el hermano mayor del siglo, según decía Gaspar, trajo esto y llevó lo otro... ¡Qué vijilante más atroz!

—Hace dos días que no le veo ni entrar, ni

salir, ni nada, pensó la curiosa, ¿estará enfermo ó ausente? hoy lo sabré: encargaré á Logia que entregue mi carta en mano propia, ó la dé á Mamerto, porque él mismo me lo tiene advertido: nada de mensajes á casa, pues la hermana Paula es una fisgona de siete suelas, me cuida como á chico de babero y cualquier cosa que llega para *el niño Gaspar*, ya mete en ella las narices; si te ocurre algo, á Mamerto, mi perro fiel... Pues á Mamerto, y saldré de esta horrible duda! ahí está, con la escoba y el balde, lavando la acera! ¡qué buena ocasión! en un periquete escribo mis renglocitos... pero, si Logia no ha vuelto! además, misia Paula acaba de asomarse á la ventana del despacho de Gaspar; ese es el despacho de Gaspar, veo la mesa, el sillón, la papelera... y la beata habla con el negro, y el negro frota que frota, como si los años no le pesaran, y la beata mira á la iglesia, y parece complacida en tomar el fresco... ¡qué antipática es! con sus cortinillas y la cara larga y los labios fruncidos; diríase que es la madre de Gaspar y no su hermana

mayor, su hermanastra... no, Gaspar no debe estar enfermo, cuando ella se está tomando el fresco tan tranquila... ¡Virgen mía! si le veo á él, en el mismo despacho: ha entrado muy despacio y le ha dado á la beata un achuchón, y se ríe, se rien los dos, y también el negro Mamerto ¡es más zalamero! ¡ah! pillo, ingrato, mira á mis balcones! no quiero hacerte caso, sabes? ¿por qué no has venido, niño mío? vamos, ya me derrito, sólo de verle, y mis propósitos religiosos de estos dos dias y mi proyecto de regreso á Las Piedras, hija pródiga, se me figuran ahora más ridículos... todo por esos pedacitos! ¿vendrá? indudablemente va á salir: tiene puesto el sombrero y lleva guantes y bastón ¿no acabará de charlar con esa estantigua? vamos, ya acabó, la beata cierra la ventana, y él... tarda, tarda mucho en salir... ¡al fin! ya está en la acera, cruza la calle y el atrio; no entrará de rondón, por miedo de la hermana: pasará de largo, rodeará la manzana... ocho minutos de espera, lo más. ¡Qué sofocada estoy! ¡qué emoción tan deliciosa!

Se acercó al espejo, y se vió descolorida como una muerta: —¡Qué tonta soy! ¿no aprenderé nunca á dominarme? buenos se ponen los hombres, en sabiendo que se les quiere! ¡ay! el llamador, ha golpeado el llamador! ¿por qué si entra siempre sin llamar? de burla, quizá, para asustarme... voy á abrirle y le diré muy seria: la señorita Lía no está en casa, pero no debe de tardar; puede usted pasar, caballero, y esperarla... sentado. ¡Cómo vamos á reirnos los dos!

¡Valiente chasco le preparaba al muy guasón! y no pisaba poco fuerte en la escalera, haciendo crugir cada peldaño como si fuera un aguador el que subia con sus zapatones y sus cubas! aguarda, aguarda; ya le daría ella bromitas. Reprimiendo la risa, fué á la sala, con cómico sigilo tiró el pestillo de la puerta del vestíbulo, y á tiempo que un grosero tamborilear de dedos nada aristocráticos estallaba sobre los vidrios, ella entreabrió la hoja, y con afectada cortesía y reverencias burlonas, dijo: – Pase usted, caballero... La carcajada se soltó, antes, que la frase conclu-

yera, pero tan pronto le hubo escapado, demudóse Lia, retrocedió, quiso cerrar y no cerró, y mirando al otro con miedo, con espanto, balbuceó: —¡Ay, Cándido! porque no era Gaspar, su niño adorado, sino otro hombre, muy alto, muy fornido, de cejas espesísimas y unidas, que formaban una sola línea, algo así como un guión debajo de la frente, trazo de pluma torpe, que echaba á perder aquella fisonomía simpática, y dábale pronunciado aire de familia con la asustada muchacha, que sin cerrar ni acabar de abrir, la cara, la chaqueta, el hongo, la valija, ésta sobre todo, tornó á mirar con doble espanto y con redoblado miedo á decir: —¡Ay, Cándido!

Por las trazas, el desconocido venia de viaje y llegaba á aquella como á casa propia, pues á pesar del recibimiento poco halagador, en la sala entró empujando la puerta y á la joven, que sin saber lo que hacia con ella le daba casi en los hocicos; puso la polvorienta valija sobre una silla dorada, y regaló uno, dos, tres abrazos á Lia, besándola,

palmeándola, exclamando alegremente: — ¡Aquí estamos, hermana! por encargo de la madre; vengo de embajada. — ¡Cándido! repitió Lía, huyendo de los brazos y de las miradas del intruso, conque estás aquí! habérmelo avisado, me has sorprendido... estoy temblando, ya lo ves; tu venida, así de sopetón... ¿y la madre? ¿sigue bien nuestra madre? Mientras ella hilvanaba, turbadísima, estas frases, él retrocedía, examinándola de la cabeza á los pies y de los pies á la cabeza, y aquellos ojos de inquisidor, chispeando bajo las cejas obscuras, confundieron completamente á la joven, la anonadaron, porque bajó los suyos y la cabeza, y dijo, sin oir ella misma lo que decía: — ¿Estoy cambiada? me miras tanto... debo de estar muy cambiada...

- -¡Lía! ¿qué es esto? ese traje, seda pura, de dama elegantísima, esas joyas: no escondas los brazos! si las he visto, la pulsera y el anillo de brillantes, y los encajes del cuello, y el pelo, que siempre fué castaño y ahora es más rubio que el oro; tienes la piel de las

manos suave como el terciopelo y despides un olor... ¡qué olor! me ha dado en las narices y se me ha subido á la cabeza! — Déjame explicarte... he dicho á ustedes, les he escrito... Sí, que estaba de señorita de compañía en una casa muy principal, y que la pagaban bien, y la regalaban mucho, y la niña mayor la daba aquellos vestidos, que no parecían de desecho sino saliditos de una tienda de modas, los cuales mandaba á la madre y á Carmela, y á él una de camisas de hilo y ropa de paño inglés, del patrón y del hijo del patrón, según sus informes, que pasmados estaban: — Qué buena suerte ha caido á Lía! ¡Dios se la conserve! bien hizo en marcharse á la ciudad, porque en Las Piedras nunca se sale de pobres. Cuando llegó su primer billete de veinte nacionales, dijeron: — No sólo se vive á gusto en la ciudad, sino también se ahorra; cualquier día nos largamos á Buenos-Aires: allí habrá de prosperar el taller de carpintero... Al billete de veinte, siguió otro, uno de cincuenta, otro más de cincuenta, dos de cien, y luego regularmente,

cada mes, el certificado del correo con el billete flamante de doscientos pesos... ¡Vaya, vaya! y cómo da de sí esto de ser señorita de compañía! Carmela, cansada de trajinar en la casa, repetía: — Pues yo también me iré á acompañar á alguien, porque vale la pena! Y él, tirando el cepillo, el serrucho, los inútiles instrumentos de su labor fatigosa, saltaba de júbilo: — Sí, que nos iremos, nos iremos todos, venderemos el taller y á Buenos-Aires. Allí, debajo de cada adoquín, debía de haber un nido de pesotes, una mina fabulosa, á la disposición de la primera mano que se tomara el trabajo de alargarse un poco, de escarbar y recoger; por consiguiente, era de opinión que bien podían marcharse con lo puesto y el saco de sus esperanzas por todo bagaje. — Sabe Dios, apoyaba Carmela, si no se estilan allá para los hombres estos empleos tan decentes y lucrativos que las mujeres muy dignamente desempeñan; figúrate que el patrón de Lía necesite quien le acompañe y te nombre su secretario particular ó algo parecido... Pero, la madre,

doña Reveriana, se ponia triste, y lloraba á escondidas, y ni Carmela, ni Cándido sabian por qué andaba con los ojos llorosos y estaba tan triste; asombrándoles más que su actitud de pesadumbre, las muestras de su avaricia, nunca vistas ni sospechadas ¿qué hacia con el certificado que cada mes traia el cartero? enterarse de la misiva de la hija mayor, comunicarla á sus hermanos, y guardar el billete en la gaveta. Aquel billete ni lo volvía á ver ni á tocar. Hubo que reparar las goteras del rancho y objetó que no tenía dinero; pidióle Carmela para unas varas de lienzo, y Cándido para pagar el pico de cierta cuenta atrasada, y contestó que no tenía dinero, ni un peso, ni un centavo! y lo menos que en la gaveta guardaba era media docena de los billetes nuevecitos! Por fin, una noche llamó á Cándido y puso en sus manos el escondido tesoro, como quien coge una brasa y la suelta, por no quemarse: — Hijo, no puedo más... sospecho de Lía, temo que este dinero sea mal adquirido y no quiero ofender á Dios y faltar á la memoria

de Fabián, tu honrado padre, usándolo sin conocer su origen; antes moriría de hambre! guárdalo tú, vete á Buenos Aires, busca á tu hermana y si mis sospechas son ciertas, ¡Dios no lo consienta! devuélveselo... devuélveselo!

—¿Eso dijo la madre, murmuró Lía, flojas la voz y las fuerzas todas, y á eso vienes? Apoyada en la pared, cabizbaja, escuchaba á su hermano sin oponer un ademán, una palabra ó una lágrima; enroscando las cintas flotantes de su bata entre los dedos y soltándolas para cogerlas luego y comenzar á enroscarlas otra vez y otra vez soltarlas...

—¡Á eso vienes! repitió atreviéndose á alzar los ojos y bajándolos cuando hubo visto que las manos de Cándido no acudían á cumplir la parte más dolorosa de la embajada. Y el otro protestaba del compromiso en que la misión aquella le había colocado; porque él tenía muy guardadas unas asi como espinas de que empleito que tales rumbosidades permitia á una pobre muchacha, sin otra instrucción que la de saber leer y escribir, debía

de ser cosa turbia y no legal; pero de estos pensares maliciosos no dió cuenta á la madre ni á Carmela, ¡Dios le librara! asimismo, la fina tela de las ropas produciale en el cuerpo comezón singular, y su chaqueta burda de artesano la llevaba más gustoso que el elegante chaqué regalado.— Bueno, madre, iré, contestó á doña Reveriana, yo he de traerle la verdad pura; ¿mañana es domingo? pues mañana, que es dia de descanso, por el primer tren me marcho. Entre tanto, déjese usted de lloriquear, que de la presunción á la certidumbre hay mucho camino; verá usted cómo encuentro á Lia hecha una princesa, en casa de esa familia tan principal... Por supuesto, que cuando notó que las mismas espinitas que á él, á la madre habian abierto la herida de la duda, por seguros juzgó los supuestos trapicheos de la hermana; y de ocultis amontonó en una vieja maleta las ropas del patrón y del hijo del patrón, para devolverlas también, temeroso de que le quemaran las carnes como el dinero las manos de su madre.

Se calló, esperando que la reo soltaría el trapo á llorar ó se defendería, entre hipos y sollozos:—No, Cándido, es mentira, es mentira! vuestras suposiciones me ofenden, me lastiman! yo soy honrada, y si estos atavíos te chocan es porque así visten las señoritas de compañía. ¿Que dónde está la familia? pues, en misa! ó de paseo... Esto, gemir, protestar, disculparse, para poder otorgar el perdón que tan preparado se traía, sin aparecer como poco escrupuloso; porque también era fuerte cosa dejarse la valija y el rollo de billetes, haciéndose los relamidos, mientras las goteras del rancho estaban sin componer, muchos picos sin pagar, rellenos de viento los estómagos y sin virutas la carpintería! ¿su entrada, el fruncir de sus cejas tempestuosas no producirían efecto alguno? La reo no chistaba y seguía jugando con las cintas. Pareció á Cándido que sería bueno prolongar la ya larga pausa, y paseó la sala, observando de reojo la escandalosa riqueza en ella expuesta, las sedas y los cuadros, el relucir del sol sobre las molduras doradas y

los innúmeros cristales de la araña; su figura de paleto se retrató en la luna de un espejo y avergonzóse de su facha, de su miseria y de su honradez. Si el culto del vicio concedía la entera posesión de todo aquello, y antes que rebajar á la persona, la hermoseaba y transformaba, alabado sea el santísimo vicio, que el ser decente apenas da para vestir la desnudez y distraer el hambre! Hacía muy bien la otra en no defenderse, en no mostrar rubor, ni ensayar fingimientos; ganas le venian de inclinarse delante de ella y saludarla como la honra y prez de la familia: — Hermana, no me hagas caso: haces bien, ¡qué diablos! pues no va diferencia de vivir entre estos algodones, al duro bregar de Las Piedras! y poco que vale usar las manitas tan finas y esos olores y esas joyas, comparando, si es posible comparar, con las callosas palmas de la madre y de Carmela, y sus vestidillos, cuando no con manchas, con remiendos! te digo que haces bien, hermana! hermanita de tan blando corazón, que en medio de tus esplendores, no nos olvidas, á nosotros los

perdularios. En cambio ¿de qué manera te pagamos? rechazando tu socorro, insultando tu caridad. Mira, hermanita, perdóname mis palabrotas, haz cuenta que ni yo las he dicho ni tú las has oído, en gracia de ser yo mandado; la madre tiene la culpa, ella tan escrupulosa, que á todo ha de poner el punto y la coma, antes de someterlo al juicio de su confesor, aquel padre Clavel, que tú conoces; conque, hermanita, hagamos las paces, y aunque me veas que saco los billetes y dejo los trapos, muy serio y como indignado, no me lo consientas, porque... ¡caramba! mira tú, que sería perjuicio y chasco soberano!

No había más remedio que hacerlo, puesto que la otra continuaba encerrada en su mutismo, después de aquel amargo *Vienes á eso!* que lanzó como un gemido.—Pero, tú no hablas! estalló Cándido con mucho enojo ¿no querías explicarme? explícate... tal vez te juzgamos mal, tal vez... Lía soltó la cascada de cintas azules, ya rizadas por la tenacilla de sus dedos, y suspiró hondamente; este suspiro y aquel gesto importaban un

¿para qué? tan desdeñoso y elocuente á la vez, que el mozo con mano desganada, en el bolsillo de su chaqueta buscó la cartera de piel de gato, abrióla como abriria la boca para dejarse arrancar una muela, y presentó el paquete, timidamente, obligado á cumplir su comisión hasta aquel fin deplorable, que su conciencia, en rigor, jamás aprobaria : — No lo tomes, hermanita, suplicaban sus ojos, no vayas á darme ese disgusto! es la madre... no soy yo, te aseguro que no soy yo!

Lia rechazóle, suplicante también: — Cándido, por Dios! guarda eso¿ entiendes? guárdalo: prefiero recibir un bofetón, de los tuyos, de los que duelen; yo seré todo lo mala que queráis, os habré mentido y deshonrado... si, lo confieso, mujer más infame no existe, ni más desgraciada! pero, no me quitéis el derecho de hacer algo por vosotros, no me impongáis el castigo de saber que la madre está enferma, que Carmela se mata trabajando, que tú no adelantas por falta de obras y de estímulo, que el techo vá á caeros sobre la cabeza cualquier dia, mientras me

atáis las manos para que no pueda evitarlo! muy mala seré, Cándido, pero con los ojos secos no sabré yo jamás que pasáis vosotros necesidades (*llorando y riendo á un tiempo*) guarda eso, babieca! á lo regalado no se le mira el pelo, y si la madre, ella, pobrecita mia, tan cristiana, tiene sus escrúpulos, tú no debes tenerlos, porque eres hombre, y conoces lo que vale el mundo ¿te he dicho yo, les he dicho á ustedes, que soy señorita de compañía? pues si, y no os metáis en averiguar de quién, curiosones! del obispo, ea, ¿quedáis enterados?... acabas de darme un susto, Cándido! claro, no te esperaba y como entraste con aires de juez de paz *(riendo con gana)*, no te sienta, hermanito, hacerte el malo: á ti todo se te vá en cejas y nada detrás de ellas. Tú harás una cosa, es decir, dos cosas, no, tres cosas: la primera, guardar eso... así, así... la segunda, quedarte hasta mañana, yo te pagaré la fonda; y la tercera, que al llegar á Las Piedras, dirás á la madre: Madre, Lía es la mejor muchacha del mundo, y no nos ha dicho ninguna men-

tira; tan cariñosa con nosotros, que no pudiendo, por ahora, llevarnos á su lado, deseosa de que disfrutemos de su próspera suerte, continuará sirviéndonos la pensión mensual y cuanto necesitemos... ¿Lo harás, Candidito, lo dirás asi, punto por punto?

El otro, que ya habia archivado el precioso paquete, rindiendo sin defenderlo, ni poco ni mucho, el endeble baluarte de su conciencia, á los primeros mimos del enemigo, deslumbrado por el precio que su derrota le valiera, contestó que si haria y todo lo que la compasiva hermanita ordenara:—Lía, tienes razón, ¿quién nos mete á nosotros en averiguar vidas ajenas? cada cual hace de su capa un sayo, ó un capirote... hay que vivir! y se vive como se puede. Le diré á la madre eso y mucho más, y no diré sino la verdad pura, porque á bondadosa no tienes igual, ni parecida ¿me permites que me siente?... ¡qué sillón! ¡qué muellecitos! más blandos nunca los vi! esta es la gloria, hermana! vives como una reina... naturalmente, que tendrás muchos criados, y te llamarán *señora*, y te

servirán poco menos que de rodillas... acércate, quiero ver el brazalete, ¡otra vez este olor! cómo embriaga... y sabes que no te cae mal el rubio postizo? ¿cómo haces para que cambie de color el pelo? ¿le das con alguna hierba?... Lia, ya serena, preguntaba con ardiente interés por la madre, por Carmelita:
—¡Tres años sin verlas! ¿ha envejecido la madre? ¡Carmela estará tan grande! Y los lindos ojos se cuajaban de lágrimas, al paso de sus recuerdos, tristes, alegres, dulces ó penosos: la infancia, la juventud, la figura de su padre, Fabián Ginés, secretario del juzgado de Las Piedras hasta su muerte, manteniendo de su mísero sueldo á la familia, y tan honrado, que de no ser su carácter de estos que ni se quiebran, ni se doblan, dejara á los suyos otra cosa que su nombre para adorno; doña Reveriana, católica de las rancias, que no respiraba ni pensaba sin el correspondiente permiso de la autoridad eclesiástica... ¿Cómo de árbol tan robusto, salió esta rama podrida, ella, la Ginesa? bajando hasta las últimas raices, sus tatarabuelos, y

subiendo hasta los últimos brotes, sus hermanos, se observaba en las hembras, la honestidad, en los varones, la honradez; ni á la sangre, ni á los consejos, ni á los ejemplos habia, pues, que achacar el que ella saliera como salió: problema bueno á resolver por alguno de estos psicólogos al uso, profundísimos y sutiles, que tienen la ley de la herencia en la punta de los dedos y la sonda del examen pronta á arrojarla en los abismos del alma, y antes que iluminar sus tinieblas, trás de muchos y enrevesados discursos, déjannos con jaqueca y en ayunas.

—¿Y el padre Clavel? preguntaba Lía, ?y Fresca María, la boba? ay, que ganitas tengo, Cándido, de ir á Las Piedras! para comer cordero al asador, bajo los árboles, y lavar en aquella batea de la madre...— ¡Qué risa! exclamó el mozo, ¿de veras? Le parecía inverosimil que en casa tan cuca pudieran nacer tales deseos. Y añadió: — Si quieres... vénte conmigo: dos dias nada más y te vuelves ¡cómo se pondrian las mujeres! El hermoso busto de la joven aparecía en el espejo del

testero, junto al suyo, de paisanito burdo, moreno y pelilargo, y como se viera casualmente en él otra vez, tan grotesco le resultó el contraste, que sin notar que las cejas de la hermanita se plegaban ante la extemporánea invitación, amontonó las propias, refunfuñando:—Pero, no, es un disparate... ¡si la madre te viera! nadie dirá que somos hermanos! cómo cambia á la persona el buen vivir! te acuerdas que, de pequeños, pasábamos por gemelos? y entre el trabajo y el sol, el pan duro y los disgustos... y yo que, en el partido, me tengo por un buen mozo! —Y lo eres, vaya! dijo Lía.

Le contemplaba, enternecida, y de nuevo el flujo de preguntas acudía á sus labios: —Por supuesto, que no dejarás de ver á la tía Sabina y al tío Terencio: vienes con algún recado de la madre muy cariñoso... ahí están en la calle de Piedad, con su fábrica de corsés y ajuares para niños, ¡hipocritones! que no les hables de mí, ¿eh? Traía, si, para ellos, un largo recado... La tía Sabina! había escrito una carta más perra á Dª Reve-

riana, su cuñada, refiriéndole cómo vió en la calle Florida pasar dentro de un cupé lujosísimo á la sobrinita de sombrero con plumas: «Que me corten la cabeza si no es tu hija, aunque me pareció que gastaba rubio el pelo, cosa muy común y de moda».—Ay, no poder cortársela, exclamó Lía con enfado, ¡la lengua, por lo menos! vieja picara, chismosa! cuando ella ha tenido la mayor culpa... porque, mira, Cándido, sin la tía y su geniazo, y su tienda y sus oficialas, no es la hija de mi madre, la que cae en este despeñadero... si, si, convengo en que no habéis podido domarme, en que mi instinto de independencia, mi vanidad, mi ambición, han obrado también como poderosos motivos, pero esa temporadita en el taller de los tíos hizo fermentar mis malas inclinaciones, ¡si lo sabré yo! El embajador de Las Piedras ni asentía ni negaba, contrariado de que la hermana arrastrara la conversación por tan resbaladizo terreno, ¿pretendería hacer su confesión general? En tal caso, su delicadeza, que era mucha, le mandaba ta-

parse las orejas, y esquivar la ocasión de escuchar primores que sólo el adivinarlos maldita la gracia que le hacian; pasando el hongo de una mano á la otra, atajó las expansiones fraternales con esta salida: —¿Has dicho que me quede hasta mañana? ¿para qué? —¿Para qué ha de ser, hombre? para que me acompañes: ¿después de tres años que no nos vemos, te parece mucho concederme veinticuatro horas? pasearás la ciudad, te llevaré esta noche al teatro... aquí cerca, en la esquina de Reconquista hay una fonda, donde estarás perfectamente. ¡Qué Candidote de mis pecados! buen susto acabas de darme: yo me lo temía! el día menos pensado viene el diablo... ó Cándido, y tira de la manta. Y vino, y aquí está. ¡Qué gusto tan grande tengo de verte! porque eres bueno y razonable, y sé que me compadeces; soy muy desgraciada, Cándido, no lo dudes!

En su pecho hervía el deseo de la confidencia, el ansia de justificarse, la necesidad del perdón... Felizmente para el turbado mozo, se oyeron gemidos lastimeros, arañazos

y mucho resoplar detrás de la puerta del vestíbulo, con acompañamiento de cierto cascabeleo argentino, y Lía dijo, cambiando de tono y actitud:—Es la Negrita, que vuelve del mercado; voy á presentarte una buena pieza. Corrió á abrir, y junto con la perrilla saltarina y alegre, entró, de pronto, un joven sin que nadie le anunciara ni le concediera el permiso, y antes que pedirlo, se tomó un beso de sobre la muñeca de la sorprendida muchacha, como si no notase ó no le importara la presencia del de Las Piedras. Quien, sin esperar á más, se levantó, cargó con la valija, se despidió balbuciente, saludó á trompicones, y salió como un cohete, mientras decia para sus adentros, saltando los peldaños, y plagiando, sin saberlo, la frase célebre:—Todo se ha salvado... menos el honor! y el honor, como ya estaba perdido, no podia salvarse, que es cosa que, una vez perdida, no se vuelve á encontrar. Si la madre no queda satisfecha, yo lo estoy de sobra; ¡dichoso dinero que á casa vuelve!

—¡Loco, aturdido, desvergonzado! suspira-

ba Lía al oido de Gasparito Tejera, ¡vaya una entrada! ¿no viste que había alguien delante? era mi hermano, Cándido, y le has corrido, naturalmente. El joven, con superior desdén, encogía los hombros, y en la primera butaca se apoltronó, cruzando las piernas y dando al sombrero de copa un golpecito con el puño del bastón, que le inclinó hacia la nuca: era muy guapo, demasiado guapo, y si gastara melena, semejara un romántico de otros tiempos; tenía la barba rizosa, los ojos dulcísimos, la nariz aguileña, los labios finos, la frente límpida, la piel delicada, el color sano... hasta las manos eran hermosas, y los pies pequeños, bien hechos y mejor calzados. — ¡Cándido! respondió luego de sentarse, apartando con una mano á Lía y con la otra á la Negrita, que también brindaba sus caricias, habermelo dicho! es muy montaráz, ya se conoce... ¡Ay, Ginesilla! cómo me aburro *(bostezando y esperezándose)*, estoy convencido que no hay nada más aburrido que ser rico, ¿qué haces tú en Buenos-Aires, sino tienes necesidad de trabajar, para ganar-

te un pedazo de pan? estudiar, pasear, divertirse: yo no puedo con los libros, y los teatros y Palermo, después del ajetreo invernal, se me han indigestado, ¿te parece vida llevadera esta de levantarse, y salir á recorrer la calle Florida, desde Corrientes hasta Victoria y desde Victoria hasta Corrientes, almorzar luego, y de cuatro á cinco otra vez á la calle Florida desde Corrientes á Victoria y desde Victoria á Corrientes, con estaciones en las esquinas intermedias, saludos á las infaltables menganitas, y la insípida charla con los amigos encontradizos? uf! al más pintado le doy este programa diario... y por la noche en el Círculo, el mismo círculo! ¿y por la mañana... sabes lo que hago? me voy á la caballeriza y con el cochero, con el lacayo y el palafrenero, me paso las horas discutiendo si el tordillo ó si el alazán... —Vamos, qué bien te diviertes, observó Lía con intención, dos días hace que no vienes! y hoy tampoco te esperaba.—Si he estado en la *estancia*! ¿no lo sabías? pues si, con Manolo Guerra, Jacinto Esteven y Perico Tru-

jillo... de aburrido, de puro aburrido! — En la estancia! y yo que creía...

Acercóse á él, y como se dobla la rodilla ante una imagen, sobre la alfombra, á sus pies, se postró, puso sus dos codos en los brazos de la butaca y le miró amorosamente: — Y yo creia, niño mio, y temía que no volvieras. — ¡Bah! hacía el de Tejera. — Pues he llorado mucho, cierto, cierto, y hasta me vinieron unos deseos de ser buena, de acogerme á la misericordia de Dios; cosas que no se me ocurren sino cuando no te veo, cuando presiento que no he de verte más. — ¡Bah! ¿también lagrimitas? dijo riendo Gaspar, que muy propenso á enternecerse quería hacer el burlón, Ginesilla, por los clavos de Cristo! vaya, y yo que te traía una buena noticia. — ¿Si? ¿cuál? ¿cuál? — ¡Oh! un proyecto, un gran proyecto. — Alguna broma tuya. — No, no es broma... es esto, sencillamente: coger al Moscardón por las alitas, abrir la ventana y echarle fuera... ¡ea! á volar. Lía comprendió y movió la cabeza tristemente: — Gaspar, tú debes casarte; te quiero demasiado, y antes

que mi propio interés, deseo tu felicidad. — ¡Pero esta chica ha errado su vocación! hija, cuando se tiene conciencia, no se echa la capa al toro y se toma la calle por medio; cuidas de mi bolsillo y de mi porvenir, como si tuvieras el tuyo muy seguro y tu juventud hubiera de durar siglos. Ginesilla, eres una perla! á ver, que vengan algunas de esas señoritas casaderas, honestas doncellas, que vengan á descalzarte... yo también te quiero, Lia, por buena é inocentona; si parece mentira que seas así... y seas así! Conque, ¿cogemos ó no cogemos al Moscardón y le echamos á volar? Ella, con dolorosa terquedad, pronunció un nombre, y él inclinándose para besarla, susurró: — Que sí, que sí... para casarse hay tiempo de sobra, y entre la de Paso y la Ginesa, hoy por hoy, con la Ginesa me quedo.

Desprendióse la horquilla de concha que sujetaba los cabellos dorados, éstos derramáronse sobre la espalda, y como estaba la joven echada á sus pies, parecía una Magdalena ofreciéndole los perfumes de su virginal corazón.

II

Cándido cumplió fielmente su promesa; llegó á Las Piedras y dijo á la madre :— Madre, acabo de ver á Lía y puedo asegurar á usted que muchacha más honrada no se encuentra; por cierto que está muy en salud. Viera usted en qué casa vive, qué trajes lleva y qué amables y simpáticos y francotes son sus señores... el hijo del patrón, sobre todo, que tiene unas maneras... y un desparpajo para tomar lo que á mano encuentra, sin decir siquiera: usted dispense... ó agua va! En fin, madre, aquí están los pesotes; aprovéchelos usted sin escrúpulo, que á la pobre hermanita buena fatiga le cuestan, se lo digo yo! Y concluido el parte de su em-

bajada, se quedó tan tranquilo; y Carmela, que escuchaba en la puerta de la cocina mientras se encendia la hornilla, saltó:— Entonces nos marchamos ¿verdad, madre? si Lia está tan perfectamente ¿por qué he de andar yo sucia y pingajona? pues poco bonita que soy yo también! sólo que asi tiznada...— Eso se pensará, contestó Cándido muy grave, primero hay que pensar las cosas y después... volver á pensarlas; ¿está pronta el agua para el mate? pues á cebarlo, que traigo mucha gana.— Si no traes otra cosa... repuso Carmela picada. —¿Que no traigo? ¿y *la plata*, lengua suelta? me he venido con las manos vacias! ¿qué dice usted, madre? Doña Reveriana, de pie en la tranquera, junto al grupo de girasoles que inclinaban, mústios, sus testas amarillas, porque era la tarde y la luz ya escasa, comprimia nerviosamente los malhadados billetes, y á pesar de las palabras del hijo, sentia la misma impresión de quemadura, que antes; como el padre Clavel no le autorizara, ella no usaría de aquel dinero, no, no. Volvió el

rostro, algo descarnado y con señales más de pena que de vejez, suspirando :—¿Yo? nada, nada. Y arrojó un saetazo de sus ojos rencorosos hacia la vecina estación del ferrocarril, por donde su hija desapareció aquel aciago día; una máquina, la misma quizá que la llevó á la perdición, se deslizaba altanera sobre los rieles, y, como entonces, oía sus pitidos chillones, única respuesta á su maternal reclamo...

Por supuesto, que esta miserable casucha, á orillas del camino que va de la estación al pueblo de Las Piedras, partido de la provincia al que no falta su iglesia de ladrillo, su plaza con *paraisos* y sus caciques de fuste, pero si faltaba, y aunque se buscara para un remedio no se hallara, lo que presta su nombre al pueblo, un canto rodado ó sin rodar, con que darse en los pechos algún arrepentido ó desengañado, ya que no en número bastante para sus calles y aceras, más que calles y aceras, abismos y despeñaderos: lo cual háceme pensar que el pedregoso nombre se debe al combate aquel de patriótica recor-

dación y no á otra cosa... esta casucha, digo, tan miserable, de techo de paja, paredes de barro, jardinillo delantero, con más trazas de corral que de jardin, donde, entre los polvorientos girasoles, algún rosal tísico y los arbustos de jazmines del Cabo, comidos de piojos, y al lado del viejo pozo de balde, escarbaban las gallinas, se revolcaban dos lechones y un pavo y tres gansos disputaban con los chicos callejeros que, al pasar, por las junturas de la empalizada, metían largas varas, hostigándoles, no era, ¡qué había de ser! la casa donde vivió el que fué secretario del Juzgado, Fabián Ginés, casó, le nacieron sus hijos y sucumbió á sus muchas fatigas y dolencias, con el singular consuelo de no ver las trapisondas de su hija mayor y la ruina de su familia; conforme se entra en el pueblo, á la mano derecha, la tercera calle, que llaman de la Libertad, un edificio de dos pisos, con un busto de Apolo, dentro de su hornacina ovalada (capricho arquitectónico digno de un proceso formal) y cuatro ánforas de barro sobre el parapeto de la azotea,

todo pintado de azul y blanco, y los balcones de verde rabioso, esa era la casa de los Ginés de Las Piedras en los tiempos de su relativa opulencia; la cual duró lo que el sueldo del secretario, la herencia del suegro y la vida del Fabián. Al decir que Fabián vivió en ella y casó después, he dicho mal: casó primero y luego entró á vivir en esta que pasaba por palacio y para Las Piedras lo era; también ha sido equivocación no menuda asegurar que perteneció á los Ginés... mucho después del casamiento de Fabián, si, y en condominio con el hermano de doña Reveriana, D. Terencio, cuando el padre de estos, único propietario del edificio, se murió, de repente y sin dar aviso.

Este hombre bondadoso, de nombre Cándido, como el nieto (y así le llamaremos Cándido el Viejo, para evitar trocatintas, aunque haya de figurar poco en el relato), Cándido el Viejo era un inmigrante aragonés que se vino siguiendo los pasos á la fortuna, con sus dos hijos, Reveriana y Terencio, buscó en la capital y no halló á la falaz per-

seguida, y luego de mucho caer y levantarse, sudar y perseverar, dió con ella en el taller de carpintero que fundó en este mismo pueblo de Las Piedras y en esta misma calle de la Libertad, al cual taller puso por nombre el muy sonoro de *Carpintería de Apolo*, como puede leerse aún en el tablero que existe sobre la puerta principal de la planta baja. Porque Cándido el Viejo era carpintero de oficio, y hasta ebanista en sus ratos perdidos: con la divina ayuda de la Pilarica y la palanca de sus brazos, ganó, ahorró, acumuló; compró el solar; mandó edificar la casa azul y blanca y que al frente del portal pusieran el busto de Apolo, que á él se le antojaba el dios del martillo y el serrucho (lo que suele ocurrir si anda su lira en malas manos) algo así como un San José mitológico; casó á su hija Reveriana con el secretario del Juzgado, una categoría: habilitó á su hijo Terencio para establecer en la capital una fábrica de corsés, y hecho todo esto, que no era poco, descansó en el Señor... Demasiado señorito Fabián, no se cuidó de

proseguir la obra del suegro: como Terencio no pudiera hacerse cargo de ella, con pesadumbre grande de doña Reveriana, cerró la carpintería y debajo del famoso rótulo pegó un cartelito: *se alquila;* pero, el taller no se alquiló, ni fué posible enajenarle, y colgados de sus clavos, allí mismo donde la fatigada mano de Cándido el Viejo les dejara, halló Cándido el nieto los instrumentos que labraron la fortuna de su casa, y á los que iba á pedir, huérfano ya y empobrecido, el pan que no negaron al abuelito.

Entre Fabián y Terencio no hubo jamás tiquis miquis: fraternalmente se repartieron lo que á cada cual correspondía, y acordaron que mientras el uno viviera en la casa, pagaría al otro la mitad del alquiler que un inquilino extraño pudiera abonar. Desde el día de su matrimonio con Reveriana la aragonesa, habíase instalado Fabián en el piso alto, y allí continuó después de la muerte del Viejo: era un hombre sencillo, no de muchos alcances, apegado á su oficina, celosísimo de sus deberes, que se pasaba las no-

ches en vela pensando en el escrito del dia siguiente ó en la mejor manera de cumplimentar una orden del superior; tenia una bonita letra, y los expedientes que salian de sus manos asombraban por lo limpios y la ausencia de todo borrón ó raspadura. Así, el esmero que á sus ocupaciones dedicaba era tan exagerado, que pedia prestadas horas al sueño, robaba minutos á las de sus comidas y el capítulo de las distracciones no estaba incluido en el presupuesto de su vida cotidiana, mal balanceado, por ende, como cualquier presupuesto gubernativo; su jefe le habia convertido, además, y abusando de su natural condescendencia, en secretario particular de su señoría, sin agregar un centavo á su mezquino sueldo de quiero y no puedo... Naturalmente, si este empleado candoroso hubiera aprendido el arte de andar por los vericuetos de la administración, y fiara más en la lisonja ajena que en los propios méritos, se gana los ascensos sin otro trabajo que abrir la boca; pero era tan pobre de espíritu, que decia:—Esta noche

no me acuesto hasta no terminar la copia de la sentencia... diez pliegos y medio ¿qué te parece, Reveriana? y el domingo, tempranito, el señor Juez me espera en su casa: tengo que sacar del Código Civil la mar de citas y poner en limpio cuatro capítulos nuevos de la obra de S. S. *Estudio de las herencias y comentarios de sus leyes antiguas y modernas*... si no estoy á la hora del almuerzo, almorzáis sin mí, y me guardáis cualquier cosa; el trabajo es lo primero! De esta vez, Reveriana, me aumentan el sueldo ó me ascienden.

Ni le ascendieron, ni le aumentaron el sueldo, ni nada; le mataron, simplemente. De resultas de trajín tan desordenado, cayó enfermo, y no pudiendo moverse, porque ni la enfermedad ni el médico lo consentían, mandó aviso á la oficina, pidiendo disculpa de esta su primera falta; consumíase, entre tanto, el empleado ejemplar, cavilando lo mucho que le echaría de menos S. S., cómo andarían los asuntos en su ausencia, y hasta la de polvo y de moho que su mesa

y su pluma acumularían! De noche, deliraba con cosas curialescas y desatinadas, y por las mañanas, al dar las once, que era la hora de su salida acostumbrada, se escurría, á lo mejor, del lecho, é intentaba vestirse:—Me voy á la oficina: son las once; si ya estoy bueno! Pero más que las exhortaciones de su mujer y de sus hijos, convenciale de tan absurda pretensión, su completa debilidad, que le tumbaba de nuevo:—¡Ay! gemía, esta idea de que no puedo ir á mi trabajo, que S. S. concluirá por cansarse, que el expediente de González está parado y algunos nuevos capítulos del *Estudio de las herencias* sin copiarse, me quita el sueño y me mata!

Sus tres hijos, Cándido, Lía y Carmela, estaban ya en los límites de la infancia: Cándido habíalos traspuesto, y era un pollUelo de quince años, poco estudioso, sin asomos de ambición para la carrera liberal á que el padre quería dedicarle:—Tú serás abogado! deciale Fabián con frecuencia.—Yo seré carpintero, como el abuelo, contestaba orgullosamente el muchacho.

Para tallar madera poseía unas manos... ¡qué manos las suyas! sólo había aprendido en el cerrado taller del Viejo, ayudado de las primeras nociones que éste le diera y de su vocación poderosa, sobresaliendo en toda obra que requiriese paciencia, delicadeza é imaginación: la repisa que llegó á tallar para la Pilarica era una filigrana. La madre, mujer cristianísima y de excelente sentido práctico, no se oponía, como su marido, á tales inclinaciones; suavemente, con palabras de esposa sumisa pronta á recoger aquella demasiado viva que desagradar pudiera al malhumorado Ginés, solía decir: —Déjale, Fabián, si ese es su gusto ¿á qué hacer un mal abogado de un buen ebanista? sabe Dios lo que nos espera! y si del taller no sale lo que tu oficina nos niegue; con un oficio nadie se muere de hambre, y con una carrera, en este país y en todos los países, vemos á muchos ó perecer, que es lo menos, ó deshonrarse, que es lo peor!

Madre que así pensaba, allí donde más pura se refleja la virtud de su influjo, en la

educación de sus hijos, debia excederse y se excedia, consagrando á las dos niñas toda la atención, el afán y el cuidado que á la oficina dedicaba el padre. Qué buen jardinero hacia Dª Reveriana, y cómo de las tiernas plantitas arrancaba las hojas viciosas, enderezaba las ramas torcidas, apartaba las hierbas dañinas, no escatimaba el riego de los consejos y tal cual sacudida de su mano terca de aragonesa; de este remedio eficaz, Carmela no habia menester, pero Lia... ¡válgame Dios! naturaleza más selvática y genio más indómito no se vió nunca; así, todos los guantazos maternales eran en obsequio suyo, tan sorda á la verbal reprimenda como á la de las manos. Vanidosilla, coqueta, perezosa, al rededor del espejo vagaba el santo dia, ensayando peinados y perendengues; y cuando la palmeta de la maestra, en la escuela, ó el coscorrón casero de la madre, escociale más de lo regular, á modo de altanero desafio, juntando las cejas, que tan extraña sombra daban á su lindo rostro, echaba fuera toda la hez de su mal carácter:—Siempre

que me peguen, peor he de hacerlo, y si me hablan fuerte ó con malos modos, archipeor; y si no *quiero* hacer una cosa, ni á buenas ni á malas no la haré ¿oye usted, madre? á usted se lo digo! Día vendrá en que no estaré aquí... ah! si se figurarán ustedes que he nacido para fregona! Qué recondenada chiquilla! la respuesta no tardaba, y contundente: Lía, hecha una fierecita, soltaba lágrimas, espumarajos, denuestos, y la amenaza que en ella era como una muletilla:

—¡Cualquier día me marcharé!... vaya, vaya si me marcharé!...

Fabián languidecía, entre tanto; ¿era el corazón? ¿era el hígado? El desconcierto de la máquina debía de ser muy grande, y alguno de los principales resortes andaría flojo ó jugaría mal, porque el enfermo, antes que curarse, empeoraba á ojos vistas; el médico, con palabras nebulosas que á nadie tranquilizaban, repetía dogmáticamente:

—Vamos á ver... todo depende de la reacción, de una crisis; si la hiperestesia continúa... espero que no, que el sedativo obra-

rá con eficacia. Tres meses llevaba Ginés de no salir de casa, y como Dios no lo remediara, que el señor galeno tenía dadas muestras de su impotencia científica, del sillón donde pasaba horas dolorosas debatiéndose entre el insomnio y la disnea, no iba á levantarse más por su pie, ¡ buenos estarían el expediente de González y las cuartillas del señor juez! No sabía el digno empleado que, en premio de sus servicios, á los quince días de su enfermedad le nombraron sustituto con carácter de interino, al mes le declararon cesante, y de allí á poco no se acordaba S. S. del santo de su nombre. Dª Reveriana si lo sabía, y era tanta su amargura como su alarma, cuando miraba al porvenir... ¿Qué sería de ella, en su viudez, luego que el médico, el boticario y todos los cuervos que á la desgracia acompañan, devoraran sus últimos ahorrillos?

Era un domingo el día que Fabián murió: precisamente, aquella mañana se realizaba la solemne función de premios de la escuela municipal en que la hija mayor de Fabián,

sobresaliente de escritura, desempeñaba el principal papel en la pieza que iba á representarse: la *Huida á Egipto*

Las ventanas del cuarto del enfermo estaban abiertas, porque el calor de diciembre no le dejaba respirar, y se mostraba agitado como nunca: cuando la niña entró á enseñarle sus galas, arrastrando el manto azul con gallardía soberana, la cabellera suelta y un nimbo de estrellas plateadas sobre la frente, parecióle á Fabián que la propia imagen de la Purísima, que en el altar mayor de la iglesia se veneraba, había descendido de su trono y venía á traerle la salud:—Vén acá, dijo besando las megillas de la imagen viva, tan poseída de su papel que semejaba de piedra, ¡qué monísima estás! qué bien te sienta el hábito! ojalá no te le quitaras nunca! ¿entiendes lo que quiero decirte, hija mia? La chica, evadiendo las caricias paternales, que descomponían su cerúleo ropaje, con la cabeza muy tiesa por no ladear la diadema, declamó orgullosa: — ¡Yo soy la Virgen! y saldré á escena con el niño Jesús en brazos; San

José es el hijo del boticario, y el peluquero le ha hecho unas barbas tan blancas! el padre Clavel ha prestado su burro, y Fresca María, la boba, hace de israelita, que no dice nada, y el ángel será la hija de la maestra. Cuando yo salgo, estoy montada en el burro y Paco, el boticario, ó sea San José, lo lleva del cabestro, y tengo yo de decir:—¿Adónde vamos, esposo mio? — Á Egipto, responde él, y en seguida sale el ángel... Dicho lo cual, la Virgen María se despidió de su padre, sin concederle un nuevo beso, por temor de que le arrugara el manto; y cuando á las seis tornó de su viaje á las faraónicas tierras, le halló en el sillón inmóvil y supo que estaba muerto, porque el padre Clavel rezaba á su lado, y Dª Reveriana, desconsoladamente, gemía en un rincón...

Muerto Fabián, la relativa holgura en que hasta entonces los Ginés vivieran se trocó en estrechez angustiosa; sobre las piltrafas de la herencia del Viejo, devorada poco á poco por las necesidades de la familia durante la forzada y larga huelga del empleado, arro-

járonse los acreedores, y al más formidable de todos, su hermano Terencio, acudió la viuda infeliz, demandando consejo y protección. D. Terencio se había hecho tan rico fabricando corsés, que bien podía echar un cabo á la desgraciada que se ahogaba, sin peligro para sus intereses; era avaro, pero no duro de corazón, y como su mujer, Dª Sabina, una criolla de muchas agallas, de pecr genio que un grano de pimienta, no le tirara de los faldones, cual solía, ó de las orejas, según la pésima costumbre adquirida en diez años de matrimonio estéril, estaba segura Dª Reveriana que no la abandonaría sin piedad. Vino D. Terencio, y arregló las cosas de manera que satisfechos quedaron, él en primer término, su hermana y su mujer, y sin dejar de ser codicioso, no se mostró poco caritativo; el cual arreglo fué el siguiente: que él, D. Terencio, se quedaría con toda la casa de Apolo, mediante una suma que no llegaba probablemente á la mitad del producido de una subasta, pero bastaba para pagar las trampas; alquilaba á Cándido el

taller por una bicoca, «á satisfacer cuando pudiera», equivalente casi á un donativo, y se llevaba á Lía para hacer de ella una corsetera perfecta. ¿Qué tal? doña Reveriana, agradecidísima, le abrazó entre besuqueos y sollozos, y Lía batió las palmas:—Si, tío Terencio, lléveme usted; qué bien y qué rebién voy á estar en la ciudad! Aceptado el convenio, se puso en práctica inmediatamente: los Ginés dejaron la casa azul y blanca y fueron á habitar aquella modestísima cercana á la estación; Cándido se puso al frente del taller del Viejo, dispuesto á echar los bofes trabajando, y Lía se marchó á la ciudad con el tío.

¡La ciudad! cómo sería la ciudad! debía de ser muy grande, y muy bullanguera y muy alegre, con muchos carruajes, muchos tranvías, y gentes ricamente vestidas, que paseaban de día, que paseaban de noche... En sus sueños de lugareña ambiciosa, así la veía la chica de Ginés, y cuando en ella entró cogida de la mano de D. Terencio, con su vestidillo negro y el feo mantón de huérfana,

asombróse de tamaño ruido y movimiento, pero no le gustó ni miaja; los escaparates de las tiendas de modas y joyas sí, obligando al tío á detenerse delante de cada uno:—¡Ay, mire usted, tío, qué sombrero! y qué tela aquella! y qué collar ese, ese de las piedras azules! deben de ser muy felices las señoritas que pueden gastar estas cosas!

El almacén de corsés le pareció un sótano, la tía Sabina una bruja, dos oficialas que había muy descaradas, y el cuarto que le dieron tan obscuro, que no se veía gota á medio día; cuando la dejaron sola, puso el atadijo de su ropa en el suelo, sentóse encima, y apoyando la frente sobre el borde del camastro, lloró largo rato... Empezó para ella una vida muy dura, de levantarse antes del sol, barrer la tienda, servir la mesa, lavar los platos y cansada ó soñolienta, ayudar á las oficialas á cortar piezas, ensartar ballenas, encañonar volantitos y plegar cintas; era no la sobrina de los amos, era la criada, á quien se trata peor, porque no gana sueldo. El tío Terencio creía, firmemente, hacer una

obra de caridad alimentando, vistiendo, calzando y enseñando un oficio á la misera huerfanita, y la tia Sabina pensaba que de aquellos costosos favores no sacaba todo el fruto que debiera, por mansa y considerada; de aquí el extremar de los rigores y el alargar la mano más de lo que la autorizaba el parentesco : D. Terencio veia las lágrimas, escuchaba el golpetazo, los gritos, y prudentemente, se escudaba trás el libro mayor, en salvaguardia de sus orejas. Desahogábase Lía confiando á su madre tales desventuras, escribiendo epístolas muy sentidas, en que á lo mejor su rebelde carácter pegaba el estallido:—Si no me saca usted de aquí, madre, me moriré! y si no me muero, haré algo peor... á la tía Sabina la odio, la odio, y también al tio, que es un don calzones y un hipócrita... Invariablemente, Dª Reveriana contestaba:—Paciencia, hija mía, resignación!

La tuvo, ó por sumisión á la madre, ó por falta de oportunidad de ejecutar esa cosa peor que la muerte, con que la amenazaba.

Pasaron dos años; y ocurrió lo vulgarisimo, lo irremediable: Lía echó novio, un señorito muy apuesto que la ofreció todo lo que es de rigor ofrecer en tales casos... ¿Hay que advertir que esta Lía del taller de corsés, mano á mano diariamente con oficialas corrompidas por el hálito de la gran ciudad, que conocía del teatro (por largueza extraordinaria de los tios algún domingo, de año bisiesto) las verdosas piezas á la moda, y de la vida los chismes escandalosos de sus compañeras y los cuadros animados de novelas indecentisimas, descaradamente expuestas en periódicos muy graves, no era aquella Lía de Las Piedras, díscola pero inocentona? huelga el advertirlo. En dos años de continuo callejeo, de parlotear en las esquinas con los pretendientes, de sesiones chismográficas en la tienda y también de miseria mal llevada, de orgullo ofendido, de rencores contenidos trabajosamente y de locas ambiciones con diabólica insidia lisonjeadas, sin el santo ejemplo y la custodia de la madre, adquirió el punto de caramelo re-

querido para el resbalón supremo: un paso en falso y cátate despeñada en las negruras de la infamia. Nada más que por el hilo ténue del pudor se mantenía la chica de Ginés asida, débilmente, y sentíale ya flojo, próximo á quebrarse... Dª Sabina barruntaba que el juego de la sobrinita no era todo lo claro que la doncellez y el buen parecer exigen, por ciertas frases pescadas al vuelo y ciertos guiños al través de las vidrieras, plantones sospechosos, oficiosidad para recados callejeros, coqueterías y aliños fuera de tono, y como gata vieja que era, se relamió diciendo:—¡Á mí con esas! en la primera que te pille, te mando á tu casa con un récipe superior; no tengo yo quehacer bastante, para guardar niñas quebradizas!

Llegaba Lía una tarde de entregar cierta factura, y llegaba muy sofocada porque durante el camino el Diablillo Tentador aquél le dijo unas cosas... Despidióse de él en la misma acera, y como empujara la cancela de cristal, sintió que la cogían de una mano, tiraban de ella brutalmente, la arrastraban

hasta el fondo de la tienda, casi á obscuras, y á tiempo que chocaba con el mostrador, oia la voz iracunda de la tía:—Niégalo, ahora, perdida! lo que no hacen las otras, te atreves tú á hacerlo! ya te daré yo mequetrefes! ea, subir al cuarto, y mañana al tren, con tu madre; ¿oyes, Terencio? mañana me llevas á Las Piedras á esta desvergonzada. Entonces notó la muchacha que el hermano de Dª Reveriana estaba detrás de su pupitre y hacía como que leyera, cosa que ni la luz ni su miopía consentían; y acometióle tal furor de verle tan cobarde y de verse tan maltratada, que todas las picardías que le sopló la soberbia arrojólas á borbotones sobre ambos: y como Dª Sabina, furiosa, alargara la zarpa para cogerla del moño, pues aunque pequeñita y enclenque, era una víbora, irritándola, con una caja larguirucha de estas de guardar corsés, le dió Lía un golpe magistral en la cara y sobre el pupitre del tío arrojó un tintero que al alcance de sus dedos nerviosos halló, gritando: —Sí, mañana por el primer tren! é intercaló una frase re-

donda que manchó sus labios de rosa. También la tinta puso perdido á D. Terencio y fuera de sí el golpe á Dª Sabina, tanto que la sobrinita hubo de huir y encerrarse en su zahurda.—¡Anda, ingrata, picarona! chillaba la otra, ¡crie usted cuervos! ¡haga usted obras de misericordia! ¡ojalá el pan que me has comido, se te indigeste y revientes, gandula deslenguada! Y D. Terencio, con mucha calma, enjugaba los borrones de su cara, de sus manos y de su pechera :—¿Pero, es de veras, Sabina? ¡mañana es sábado! ¡demonios de mujeres estas! suerte grande que mi libro ha salido ileso.

Tan de veras fué, que al siguiente dia, sábado y todo, la sobrina con su atadijo de ropas y con el tio, tomó el tren para Las Piedras; llevaba también D. Terencio una carta de su mujer, en que decía ésta á Dª Reveriana sobre poco más ó menos:—Te devuelvo tu hija, antes que por estos mundos *corra burro*, si no lo ha corrido ya, según es de mal inclinada y perversa. No quiero yo responsabilidades, y bastante tienes que

agradecerme de habértela guardado hasta ahora, pero la paciencia tiene un límite y la caridad el suyo; mi casa no es asilo, y no quiero yo que lo parezca. Dispensa mi franqueza y manda á tu cuñada en todo lo que no sea *poner puertas al campo...* » Esto y aquello de *la cabra tira al monte*, repetíalo con insistencia ofensiva, que decía á las claras:—Tu hija es una cual y una tal! Cuando vió Dª Reveriana entrar por sus puertas á Lía con todas las trazas de una reo ya juzgada, y que don Terencio ensayaba pucheros y no soltaba prenda, y sólo la carta denunciadora, se alarmó; y luego de leída la epístola venenosa, alzó los ojos y miró á su hija: atropellándose las lágrimas por salir antes que la pregunta, balbuceó:—¿Es cierto, Lía? —¡Es mentira, madre! contestó con firmeza la muchacha. Y no habló más, amordazada por el despecho: en el umbral de la salita miserable, balanceaba, como incensario, el bulto raquítico de su ajuar, sonriendo con desdén ante las escusas del tío:—¡No sé nada! Sabina dice... pero yo, yo mentiría si dijera... en fin,

aquí está la muchacha: yo cumplo, nosotros cumplimos entregándola á su madre; en cuestiones así, tan delicadas, no queda más que hacer... y lo de Pilatos.

Y se marchó, restregándose las manos como si se las lavara efectivamente ó estuviera muy satisfecho. — ¡Es mentira, madre! repitió Lía precipitándose en los brazos de doña Reveriana, conmovida por las muestras de su aflicción y las huellas de las penalidades soportadas, pues dejádola había con el cabello negro y la piel aún tersa, y la hallaba canosa y marchita... no les crea usted; son remalísimos! yo se lo explicaré á usted todo; mejor es que esto haya sucedido, porque sino... quizá no sería mentira, madre! ¡Qué contenta estaba de verse allí! cómo iba á ayudarles á trabajar, rudamente, sin descanso! les mostraría todo lo que había aprendido. — Mire usted mis manos, madre ¿son las de una perezosa? ¡qué ásperas! ¡qué dedos más llenos de pinchazos! usted quiere que le explique... oiga usted: de los parientes no hay que aceptar ni una sed de agua; bien

caro me cuestan los favores recibidos! siéntese y escuche: la tia Sabina... Pero doña Reveriana no quedó en calma con las disculpas de su hija y pensó que después de tan larga estancia en la ciudad, una jabonadura del padre Clavel, su compatriota y venerado director, le vendria de perilla á aquella conciencia.—Que es una calumnia de la Sabina, no me queda duda, pero deje usted solas á estas muchachas en ese foco de perdición! ¿cómo no reparé en ello antes de ahora? felizmente, á tiempo estamos.

Llevó á Lía á la iglesia é hízola arrodillar á los pies del señor cura. No sé lo que en esta misteriosa conferencia ocurriría; puede asegurarse que, dado el carácter de la muchacha, soberbio ante la fuerza y tierno ante la indulgencia, y el actual estado de su ánimo, vacilante, indecisa entre el bien y el mal que se la disputaban, como el sacerdote supiera la lengua de los ángeles para hablar á las almas, el pérfido Diablillo Tentador se llevaba un buen chasco; pero, el padre Clavel no entendía de ciertas teologias

y requilorios y en su botiquín de médico espiritual de pacotilla, no guardaba más que la vulgar cataplasma de linaza:—¿Eso has hecho, hija? ¡pues muy mal hecho! ¿eso has dicho, eso has pensado? pues muy mal, muy mal. ¿No sabes que hay un infierno para los perversos? al infierno irás de cabeza, si vuelves á pensar, hacer ó decir eso, eso y eso. Reza, en penitencia, un padre-nuestro, dos aves y tres glorias; *ego te absolvo.* Amen. Lía tornó á casa, indiferente, y doña Reveriana no creyó de su deber remachar el clavo con nuevos consejos, inútiles después de los sabios y profundos del padre Clavel.

En los primeros dias, la novedad, el cambio, el dulce calor de la familia, entretuvieron y engañaron á la hija mayor de Ginés; conceptuóse feliz y decíalo á boca llena, y su madre y sus hermanos la creian, contentísimos: —Y cuando te aburras del pueblo, observaba Carmela (tan grande casi como su hermana, pero de genio más tranquilo y dulce) nos vamos á la ciudad y ponemos un taller como el de los tíos; tú serás la maes-

tra y yo la oficiala. Aunque era invierno entonces, por costumbre se levantaba Lía muy temprano y aviaba la casa, preparaba el desayuno para Cándido, que se marchaba al trabajo antes de las siete, y no permitia que la madre cogiera una escoba ó pusiera los pies en la cocina:—¿Para qué estoy yo, entonces, madre? usted se sienta en la sala y cose y remienda todo lo que quiera, pero estos menesteres corresponden á mí y á Carmela. También lavaba toda la ropa en una batea, bajo el parral del fondo, y la planchaba luego primorosamente. Su cuarto blanqueado y con piso de ladrillo, dormitorio también de su hermana, y el de su madre y el de Cándido, los transformó colgando cortinas de cretona, visillos de linón y estampitas á las que puso marcos de varillas de pino con arroz engomado y pintado de rojo, que parecían hechos de verdaderos corales; y de retazos de percal fabricó unas colchas para las camas, en forma de damero, muy vistosas. Los domingos iban las tres á misa, y de vuelta, luego del almuerzo, escaso

pero bien condimentado, se reunian en la salita, que Lía habia llenado de flores de trapo: en la repisa de la Pilarica, dominando el testero, sobre la cónsola negra del centro y hasta en derredor del retrato fotográfico de Fabián Ginés, colocado bajo la repisa, para alegrar y disimular mejor la desnudez y la pobreza; allí hacian *crochet* ó charlaban con las *guarangas* del barrio, de visiteo frecuente. Y al oir el repentino silbato del tren, ensordecedor por vibrar tan de cerca, Lía exclamaba:—¡Jesús! esto me recuerda la ciudad, el taller, la tía Sabina, el tío Terencio...

Poco tardó en cambiar, y cambió radicalmente. Entristecióse, perdió el apetito y las ganas de trabajar; el pueblo, la casa, su familia, todo lo vió tal cual era, y la ciudad aparecióle otra vez deslumbrante y tentadora. ¿Iba á vivir siempre así, pobre, mal vestida, sin distracciones y sin porvenir? ¡Y para eso Dios habíala hecho tan hermosa! para que el sol y el trabajo curtieran su piel delicada y deformaran su talle y sus manos!

calzando zapatos tan gruesos y grandes como los de Cándido, cuando los hay de tafilete bordado, con punta aguda y alto tacón, que ni hechos de encargo para su pie diminuto! ¿y aquellas telas riquísimas? ¿y aquellas joyas? ¿por qué no, por qué no, como tantas otras?... El pito de la locomotora vecina ya no lo escuchaba con disgusto, y desde la ventana de la sala, con ojos soñadores asistía á los preparativos del tren que iba á partir: el enganchar perezoso de los wagones, el paseo sobre los rieles de la máquina orgullosa, resollando, el apresuramiento de los pasajeros, los silbidos, las voces, los saludos, la marcha lenta primero, luego á escape, en la planicie verde, y detrás del monte cercano desaparecer la sierpe gigantesca. Como si algo suyo se llevara, Lía suspiraba lastimosamente, despegábase de la reja, y su labor diaria cumpliala sin chistar, malhumorada y cejijunta.

No dormía. Velaba hasta muy tarde, sola, fatigando la vista y las manos en la costura, por llamar al sueño y distraer el pensamien-

to; tenía miedo del silencio de la alcoba y de verse en el lecho acosada por el enjambre de ideas negras, que la perseguían sin tregua, en la obscuridad más furiosas é implacables: cuando sentía el peso de los párpados, corría, se desnudaba, en las mantas arrebujábase con fruición y disponíase á dormir, arrullada por el respirar tranquilo de Carmela. Pero, al punto, de sus madrigueras, como asquerosas sabandijas que, arrastrándose, trepaban á morderla, las ideas malditas la asediaban, derrotaban al sueño, y le abrían los ojos para que viera: y veía, al pie del lecho, al Diablillo Tentador, no con rabo y cuernos, sino con el rizo sobre la frente, los guantes claros listados de negro, el sombrero avellana y el bastón de caña.—Esperándote estoy ¿cuándo te decides? murmuraba la sombra, como nada sabía de tí, te busqué en la tienda, y la tía me dijo: Pues está en Las Piedras. ¿Y qué haces en Las Piedras, tonta? trabajar, trabajar siempre! ¿por qué te empeñas en ser criada, cuando puedes ser señora? y mandar, vestir bien, llevar joyas, como

aquel brazalete de las piedras azules que tanto te gusta... ahí sigue el brazalete, aburrido dentro de su estuche, y por más chispazos provocadores que echa, nadie lo compra; te lo compraré yo, cuando vengas. Figúrate cómo te sentará, si tienes la piel tan blanca, tan blanca... pero si continúas lavando y fregando, buena te se pondrá! á que ya se te ha obscurecido? naturalmente, para perder la belleza, vivir en el campo. ¡Qué ocurrencia! marcharte, cuando yo me disponía á ponerte una casita más linda, donde pasaras el santo día echada en tu sillón de terciopelo, haciéndote aire, si tenías calor, ó cerca de la chimenea, si tenías frío, con bata de encajes y babuchas de seda, é imponiendo la ley de tu capricho á mí, el primero, y á tus criados. Fulano, el coche. Fulano, esto. Fulano, aquello. Pide por esa boca. Mira, la palanca para realizar nuestro proyecto.

Y el Diablillo, sobre el lecho, derramaba copiosa lluvia de billetes.— Yo no le quiero á usted, contestaba Lía sofocada, y no que-

riéndole ¿por qué he de seguirle? — ¿Qué importa? insistía el otro, ya me querrás, por agradecida, por haberte proporcionado esos lujos que ambicionas. Tú lo has dicho muchas veces: ¡no has nacido para fregona! y todas las barreras que hay que saltar, las saltarás, por no serlo, irremediablemente, fatalmente, sino hoy, mañana, sino conmigo, con otro. Decidete y ven. Cuanto más tardes, más perderá tu hermosura y el brazalete aquel se le llevará otra, menos remilgada. Y se sentará en el sillón de ama de casa y mandará á tus criados.—¡Mi madre! suspiraba, ya débil, la desgraciada.—¿Tu madre? la protejerás de lejos; no tendrás más que extender la mano y el oro brotará de la punta de tus dedos. ¿La sirves de algo ahora? de compañía, sino pesada, inútil.—¿Y mi porvenir?—Será siempre mejor que el que ahí te aguarda. Quédate, y veráste en poco tiempo, fea, vieja, casada con algún patán, madre de hijos hambrientos, echando remiendos, comiendo cáscaras y sudando el quilo. En eso vendrá á parar Carmela, y de Cándido no

esperes cosa mejor; pero ellos no entienden de la misa la media, y mal no les sabrá, hechos para no salir de su esfera; tú, en cambio, conoces lo bueno, de vista, y ansias probarlo, tienes miras más altas, y en la pobreza no serás nunca feliz. ¿Á quién dañas, á quién quitas lo suyo? — ¿Y Dios, que todo lo vé y ha de juzgarme? El Tentador se reía: — Dios no se mete en estas cosas, y si llega á meterse, se convencerá que no lo has hecho con mala intención, por inclinaciones viciosas ni sentimientos perversos; Dios se dirá: era una chica bonita, que no halló otro medio de conseguir lo que la suerte la negaba: perdonémosla. Y te perdonará. Además, nunca es tarde para arrepentirse, y en la primera ocasión que te sientas desengañada ó aburrida, acudes á un confesor, que no faltan padres Claveles por esos mundos repartiendo absoluciones á trochemoche.

Una mañana, al cantar de los gallos, Lía se levantó, febril, en un pañuelo puso las prendas más indispensables, se vistió, arreglóse el pelo y refrescó la cara, sin ruido,

para no despertar á Carmela, y salió de puntillas; al pasar delante del cuarto de su madre, se persignó, y fué á descorrer el cerrojo de la puerta, que daba al jardín, muy despacio, con precaución criminal... mas, de pronto, gruñó el hierro mohoso, y en el zaguán apareció la enflaquecida figura de Dª Reveriana, que adelantaba con una palmatoria en la mano y extendia el brazo hacia la fugitiva: — ¿Adónde vas, Lía? Sorprendida, la muchacha se volvió, y quedó arrinconada, sin moverse; tascando el freno de la obediencia, con sorda voz respondió: — No sé, madre. — Pero... tú salias! á estas horas... apenas ha amanecido! Dª Reveriana se acercó y la luz alumbró á la culpable, denunciando el lio que llevaba en las manos; ella, muy pálida, con los ojos brillantes y fijos, seguia inmóvil. — ¡Ah! te marchabas, te marchabas de casa... y no lo niegas! ¿por qué no tienes la compasión de la mentira, y te disculpas: madre, iba por agua del pozo? así dudaría, al menos, que mi hija es una mala hija! luego eso... de los

tíos, es cierto, y me has engañado! —Es mentira, madre! rezongó Lía, iracunda.—¿Quién te aconseja, entonces? ¿quién te arrastra? ¿adónde ibas, desgraciada? La muchacha quiso hablar, y Dª Reveriana, temiendo un estallido de cólera que despertara á los dormidos hermanos, hizo un ademán para que se callara:—¡Silencio! que no se enteren del escándalo tus hermanos, Carmela sobre todo... véte y no salgas de tu habitación sin mi permiso; cuidado con lo que haces, porque yo te vigilo, como vengo vigilándote de tiempo atrás, sin que lo sospeches. Y guarda que entre tu confesor y tu madre sabremos ahogar las malas ideas que en la ciudad has aprendido! Lía se dirigía á su cuarto, cabizbaja... Y de repente, se volvió, se encaró con Dª Reveriana, y hoscosa, como erizo irritado, se desbocó:— Madre, yo no quiero ser pobre ¿sabe usted? no quiero serlo, no, no!

Puesto el inaudito suceso en conocimiento del padre Clavel, se acordó una encerrona preventiva de tres días, á pan y agua, y nue-

va jabonadura de conciencia, hasta dejarla más limpia que la misma nieve. Cumplióse la sentencia punto por punto, con rigor extraordinario, y cuando llegó el momento de echar su *ego te absolvo*, al señor cura parecióle que nunca había dirigido la generosa fórmula á penitente más digna de aquella gracia —Es un ángel, dijo á la afligida madre, palmeándose la pelona (su reverencia era muy calvo), un ángel con la punta de las alas manchadas; pero, ahora, yo respondo! me la trae usted mañana, otra vez, y el sábado: el domingo le daremos la comunión. Quedará como nueva. Y si usted, por su parte, me ayuda, le ganamos la batalla al demonio muy descansadamente.

¡Vaya si le ayudaría! con todas sus fuerzas de madre que, solas, representan un ejército. Dos chapuzones más de confesonario sufrió Lía, reforzados de sermoneo casero y rosarios á la Pilarica interminables; comulgó aquel domingo con fervor aparente, y andando, de vuelta, la vista baja y el hilo de huesos de aceituna enroscado en las manos

que sostenían el librillo de horas, mientras doña Reveriana atacaba el motivo de su cantata diaria:—Tú no puedes olvidar que en la pobreza has nacido y que sólo del trabajo sale la holgura. ¿No se mató tu abuelo trabajando? ¿no se mató tu padre trabajando? ¿no se mata tu hermano trabajando? ¿qué es eso de no querer ser pobre? ¿queda algún remedio? si la suerte no sopla en favor nuestro ¿qué hemos de hacerle? resignarse y esperar tiempos mejores... Lía pensaba:—Mañana, que, probablemente, descuidarán la vigilancia, me marcharé: si puedo tomar el tren en la misma estación, le tomo, sinó me iré á pie á la próxima. Y que acudan á la policía, y alborote el telégrafo: no me encontrarán. Palmira, la oficiala principal, me ocultará los primeros dias...

Á la mañana siguiente, lunes, doña Reveriana, con la artesa del afrecho preparado ya, y un lienzo á guisa de toca defendiéndola del sol, que picaba mucho aunque era invierno, en medio del jardín, rodeada de su familia menuda, repartía la pitanza al albo-

rotado cotarro, cuando vió que salia su hija, de velo y con el modesto abrigo dominguero, el rosario y el librillo:—Voy á misa, madre, oyóle decir, ¿se le ofrece á usted algo?—Que le des expresiones al padre Clavel, si le vieras... Lia, tranquilamente, pasó la tranquera, y apoyándose en las bardas se paró á mirar la casita: —Bueno, hasta luego, madre. —Hasta luego... no tardes. ¡Pobrecilla! pensó doña Reveriana, parece que Dios le ha tocado el corazón... ¡eh! glotonazo ¿crees que tú sólo tienes pico?

Lia caminaba hacia el pueblo, con paso lento; algunas carretas, en fila perezosa, hundiéndose hasta media rueda en el fango de la calle, acompañábanla, y su chirriar sostenido, resonando en las mismas orejas, ella no le escuchaba, absorta.—Nada ha sospechado... seguiré sin desviarme hasta la iglesia, y entraré... cuando salga, tomaré el mismo camino, luego la calle del fondo... á las 8 y 35 minutos sale el tren: son las ocho. Una joven, que no tendría más edad que ella, harapienta, despeinada y sucia, con una

azada liviana, hecha un arco sobre la tierra húmeda, escardaba un sembrado, y al pasar Lía gritóla:—Adiós, Fresca María! La boba, que lo era, pobre idiota, hazmerreir del partido, así llamada porque á todas las preguntas respondía: — Fresca, fresca! lo cual, indudablemente, para ella debía significar la expresion más apropiada de su buen estado de salud, se alzó, y cruzando las manos hombrunas sobre el ástil, sonrió estúpidamente á su vecina.—Bestia de carga y nada más, pensó Lía; cavar la huerta del padre, guardar las ovejas, servir y fregar dentro de la casa... mi porvenir no sería aquí tan negro, porque de esta infeliz, su padre, italiano avaro, abusa hasta la crueldad, pero sería mucho más risueño?...

Atravesó la plaza y delante de la casa-municipalidad habló con otra vecina; en la iglesia entró con intencionado taconeo: las pocas beatas que dormitaban en los escaños, con ojo profano que el demonio de la curiosidad había despabilado, viéronla subir por la nave principal y al pie de la escalinata del altar

mayor arrodillarse. Lía se santiguó, con ademán coquetón y rápido, y quedó devotamente recogida: y cual si rezara, movía los labios, mas lo que de ellos brotaba no era oración alguna, sino frases sueltas, arrojadas como esputos en el lugar sagrado: — Me han visto... si ¿quién me va á buscar en la estación? ña Nicolasa, el ama del cura, está ahí, cerca de la mesa del Niño pedigüeño: la he reconocido por el pañuelo café con calabazas amarillas... cuando dé el primer cuarto el reloj de la torre, me escabullo por la puerta traviesa... ¿qué calle es la de Palmira? pero, señor, ¿qué calle es? si, si, Talcahuano... Olía mucho á incienso y se puso á toser, y con el oido alerta, para no perder la campanada próxima á sonar, miraba, entre tanto, á la Purísima, de pie en su trono de nubes, sonriendo benignamente desde las alturas de su gloria; y recordó aquella huída á Egipto, en la función de premios, disfrazada ella de madona graciosísima. La fulguración de otro recuerdo, á éste encadenado, apenas alumbró las tinieblas de su alma... — ¿Qué pasó

aquel día? algo muy grave, indudablemente, es una idea vaga que me ha venido así de pronto, pero no sé qué pasó... ¡ah! las ocho y cuarto! Con disimulo se levantó, se deslizó hacia la nave de la izquierda, arrodillóse otra vez, y sin ser vista, escapó por la puerta traviesa.

Para llegar á la estación, por otro camino que el de su casa, no tenía más remedio que enfilar la calle de la Libertad, y pasar delante de la carpintería de Apolo. — Si está Cándido, buena la hemos hecho! pero, antes Cándido, que la madre. Estaba Cándido, efectivamente, trazando líneas sobre una tabla pulida, y viéndola andar presurosa, salió á detenerla:—¿De paseo, hermanita? — No, de paseo, no, de misa. Quería ella seguir su camino, pero él no la dejaba, contándola sus penas de obrero perdidoso, ¿era justo que manos como las suyas, que para la talla no reconocían émulo, la necesidad y la ignorancia y tacañería de los *pedreños* las dedicara á la baja faena de fabricar puertas y ventanas? ¡un artista cómo él! ¡ah! ¡la capital! co-

mo pudiera había de marcharse:—La madre no quiere comprender estas cosas! y tú tienes razón, en no gustar del pueblo... cree la madre que con encerronas! lo que aquí nace *(poniendo el índice sobre la frente)* no lo arranca la mejor de mis tenazas; es clavo que no cede á tres tirones.—Cierto, cierto, apoyó Lía convencida. Y se despidió:—Adiós, que no faltes para el almuerzo.

Cuando apareció en el andén, con el billete de ida, el tren estaba ya formado; metióse en un coche de segunda, y se estuvo quieta, casi sin respirar, hasta que sonó el silbato y arrancó bruscamente el convoy; entonces descorrió un poco el visillo verde, y vió, en el fondo del talús, á la derecha, la casita humilde, el jardinillo asoleado y á las aves chapoteando en la artesa abandonada.

Poco después... Dª Reveriana ponía el grito en el cielo, y nadie la oía; corría Cándido la ceca y la meca, sin resultado; D. Terencio, prevenido, ejecutaba la operación pilatuna habitual, por no ser suceso que á su fá-

brica perjudicar pudiera, y la arisca Dª Sabina consolaba á su cuñada, escribiéndola: — ¿Escapatoria tenemos? pues, échale un galgo!

III

De don Gaspar de Tejera y Solaños, héroe de la Reconquista, no he visto que digan cosa alguna los historiadores argentinos; y tan injusto olvido no sé, francamente, á qué atribuirlo. Porque pensar que el D. Gaspar, cuando aquellos inglesones, salteadores de costas, pretendieron bonitamente echar la zarpa á la Santísima Trinidad de Buenos-Aires, no llevó á cabo las proezas que cuentan y cuya memoria guarda la familia como oro en polvo, sería inferir agravio á su gloria inédita, mucho más legítima, quizá, que algunas que nos atruenan los oidos; y la tradición, vieja chismosa, refiere que este Tejera, flor y nata de los Tejeras, sostuvo

de su casa reñidísimo y desigual combate con los asaltantes del convento, su respetable vecino, y cazó más albioneses rubios y pelinegros (que también los hay, aunque la frase se oponga) aquel día preclaro del año 7... primero desde la azotea, y desalojado de tan peligroso sitio por las balas de la torre, en la sala, trás la segunda ventana, conforme se viene de la calle Viamonte, y así está acribillada de agujeros, que por orgullo patriótico, no se han mandado rellenar; mientras las mujeres rezaban en los fondos del caserón, las muy miedosas, y las de mayores ánimos preparaban, atizando el fuego, las calderadas de agua y aceite á que recurren en último caso los débiles y los vencidos, don Gaspar y su fiel Mamerto, el esclavo más joven y brioso de los suyos, no dejaban tiro por contestar á los que, tal vez en broma ó por venganza, y no en defensa, visto el poco daño que podía hacerles, ya atrincherados, le dirigían los profanadores del sagrado asilo de sus amigas, las monjitas; y tanto expuso el noble pecho, temera-

riamente, que, al fin, entró una bala y dióle en medio dél. Murió sin soltar el fusil; antes dijo á Mamerto: — Tómalo ahora y apunta... ¡perros ingleses!

No dejaba más que un hijo, el cual, cosa que acontece con frecuencia lamentable, solo heredó la fortuna y ninguna de las virtudes paternales; este Tejera y los otros, con la excepción honrosa ya citada, no hicieron nada de particular; transmitirse recíprocamente, conforme la muerte lo disponía, las talegas aumentadas por el natural progreso de las cosas y no por la propia industria, crecer y multiplicarse, como cualquier animalejo de esos mundos, y cumplido el precepto de la vida, acorazados en su egoísmo, inútiles para la colectividad, morirse sin dejar rastros. Y cuenta que las talegas no las hubo el fundador de la familia en legítima y honrosa lucha con el trabajo... El primero de estos Gaspares parasitarios era un noble español, no sé si de sangre ó de título, porque hay que distinguir, que se trajo tal hambruna, que pensando venía si se comía

sus pergaminos ó se los merendaba, sin aliño ni condimento, percances de clase muy comunes antaño y ogaño. Bien hizo en venirse, y en traer cartas de recomendación, timbradas con ducales coronas, para el Virrey y la señora Virreina, pues de allí á poco, gentil y buen mozo además, encontró medio de negociar el trueque de su título por moneda contante y sonante; casó con una parienta de la indicada virreina, la señorita Bernabela Paso y Riquez, hija única, huérfana, fea, tonta y millonaria; todos los dones necesarios para la felicidad de un marido de pró.

De esta pareja nació el padre del héroe de la Reconquista. El cual recibió las talegas que la muerte le entregaba, gozó de ellas á su modo y capricho, y cuando le llegó su hora, allá por el año 4, las pasó á su heredero, diciéndole:—Toma, hijo, ahora te toca á ti; que aproveche y abur! Del Tejera y Solaños ya sabemos lo que hizo; pero éste no tuvo tiempo de pasarlas al nuevo Gaspar de la dinastía... No fué menester, porque él se

incautó legalmente de ellas y hallólas muy saneadas y mejor cebadas, por ser el Héroe el más metódico y menos gastador de todos los Tejeras; es decir, esta feliz comprobación no llegó á verificarla sino veinte años más tarde, á su mayor edad, y quien se incautó de la fortuna, que supo regir con mucho despejo y rectitud, fué su madre, misia Transitito Riquez, una parienta por línea colateral de aquella misia Bernabela Paso, la fundadora.

Parece mentira que de D. Gaspar de Tejera y Solaños, rama frondosísima, naciera este mezquino brote que se llamó Tejera y Riquez; y doblemente mentira parece, porque la misia Tránsito era señora muy cabal, y debió de prestar al unigénito alguna de sus buenas cualidades. Pues, no señor; salió mi hombre que ni para cogerle con papel de seda: en lo físico, enclenque y tuberculoso de inclinación; en lo moral, depravado, y si no se fué cuesta abajo lo debió á la entereza y ojo avizor de su madre. Tenía dos años, cuando el Héroe murió, y su infancia y

su adolescencia, tempestuosas, con crisis que parecian mortales, costaron la vida á la desventurada señora; así y todo, á pesar de tales síntomas, hizo él tres cosas que no llegó á hacer ninguno de los Tejeras: casarse dos veces, tener dos hijos y vivir 72 años, tosiendo siempre, con las piernas flojas y cargado de alifafes.

Será esto una gracia, indudablemente, pero hay que confesar que fué el más mentecato de la familia. Tocóle vivir en una época propicia como ninguna para agigantar una figura é inmortalizar un nombre: después de las guerras gloriosas de la Independencia, la lucha cruenta para afianzar la obra patriótica, y defenderla de los bárbaros y de los tiranos... nada conmovió á este refinado egoistón: cumplió la fórmula tradicional de comer bien, gozar en grande, no servir al prójimo, poner á salvo de guerras, pestes y trampas políticas su pellejo y la puchera, importarse del país como de la luna, y munido de los sacramentos de la iglesia, por si acaso, estiró la pata no habiendo otro remedio,

luego de recomendar á sus hijos, Paulita y Gasparín:—Ahí queda eso; repartírselo como buenos hermanos. Y no olvideis las misas ¿eh? en sufragio de mi alma: muchas misitas y responsos. Conque, ¡buenas noches!

Había casado, la primera vez, ya carcamal, y esto da mayor realce á su hombrada, con una hermosa doncellita, que falleció al año siguiente, dejándole en prenda una niña: Paula de Tejera y Esquendo; y como la muerta tenía una hermana, también muy guapa, á hincar el diente á esta otra manzana pintona se atrevió D. Gaspar, abusando del sensible corazón de la tiita que consintió en la boda con el cuñado «nada más que por cuidar mejor y servir de madre á la niña Paula, su sobrina», y así lo declaró sin reparo. Sería, y no lo dudo, porque dudarlo valdría ofender á la virtuosa dama y rebajar injustamente sus generosos sentimientos, acción poco caballeresca de que no soy capaz, pero, á fuer de fiel cronista, debo declarar que hizo algo más la esposa de D. Gaspar, y fué regalarle un chico muy remono

muchos años después, luego que hubo criado, educado y sacado á la orilla á la enfermiza sobrinita é hijastra. Y sin darle tiempo á que hiciera lo propio con el hijo tardio, la fiebre amarilla del 71, que respetó al vejestorio de su marido, tan duro de pelar era con sus achaques y todo, la llevó á la sepultura; y ahí quedó Gasparito casi en mantillas... Felizmente, estaba Paula, y Paula fué la madre de su hermanastro: el ama única, respetada y adorada de la casa, luego que el viejo se decidió, al fin, con harto pesar, á levantar el campo y emprender el viaje misterioso.

La muerte de misia Sandalia (la madre de Gasparito) cerró, para siempre, el salón de Tejera. Ninguno tan famoso, en la antigua sociedad bonaerense, espejo de cultura y cortesania, como este salón, donde la hospitalidad amable, el diálogo amenisimo, el chiste honesto, los amores puros, encontraron protección y asilo; ahora, que todo esto ha desaparecido, y la moda impone que ellas y ellos no deben verse, sino á lo lejos, de

reojo, como enemigos que se atisban ó preparan una celada, bien haría el escritor que contara, en galano estilo, cómo en aquellos tiempos desdeñosamente llamados *de la pajuela* se recibía al amigo, y mancebos y doncellas estudiaban en el mismo libro el arte de conocerse, apreciarse y quererse, antes que en novios les convirtiera su voluntad y no la ajena... Quien mayor esplendor dió al salón de Tejera, indudablemente, fué la fundadora; y las cornucopias de madera tallada y dorada, en sus lunas lisas, los mecheros y arañas colosales, los sillones de alto respaldo y sofás de damasco amarillo, retrataron, alumbraron y ofrecieron blando asiento al Virrey en persona, su egregio pariente: el cual, de casacón y peluca, más de un minué debió bailar con alguna encopetada beldad de la colonia. Pero, la Paso y Riquez, demasiado orgullosa, no supo despojarle, según fama, del aire de tiesura de su época, ni su sucesora tampoco: la que le convirtió de academia del buen tono en estadío de la inteligencia, amplio y republicano,

fué misia Transitito, la esposa del Héroe, como él tan patriota y generosa auxiliadora de los ejércitos libertadores. ¿Qué general, qué poeta, qué estadista, de los contemporáneos, no cruzó el salón de Tejera en vida de misia Transitito, desde el año 3 hasta el 7, y luego, concluido el interregno que la muerte del Héroe produjo, desde el 10 hasta el 35? Allí se conspiró y se amó, se perdieron y se ganaron batallas, y no miente la leyenda cuando dice que de labios de la ilustre dama recibir quiso, más de una vez, el vencedor el premio de sus méritos, y á gala habían todos de escoltarla, en alegre cabalgata, camino de Flores, de Palermo ó de Las Conchas.

Después del 35, las bugías se apagaron y la tertulia enmudeció: los ecos de tanta fiesta brillante dormían en los artesones del techo; los retratos, unos á otros, sorprendidos de tal silencio, se miraban, y la de Paso y Riquez, con su peinetón calado, el Héroe, de peluquín, y misia Transitito, de modesto pañuelo negro con flores de colores

cruzado sobre el seno, obra excelente de Fiorini, el malogrado y amable pintor de nuestros abuelos, sonreían y se decían con los ojos, que el polvo de los años empañaba: —¡Qué tiempitos estos! ¿han visto ustedes? si pudiéramos bostezar...

El salón, tumba olvidada de recuerdos, olía á humedad y á indiferencia, esperando el plumerazo y el chorro de luz que le refrescara y alegrase. Cayó Rosas, y misia Sandalia Esquendo, segunda mujer de Tejera y Riquez, le reabrió, por fin; mas, si en esta tercera época no alcanzó el apogeo perdido, fué centro cultísimo, y en él tuvo su estrado y mantuvo el cetro del buen decir y del amistoso agasajo una mujer joven, bella é ilustrada, que todas estas cualidades y muchas otras, igualmente relevantes, poseía misia Sandalita, que esté en gloria.

Quedaba en la casa, único superviviente de la antigua servidumbre, arrimado á la familia (á que en cierto modo pertenecía, y así bien merece modesto parrafillo aparte) como viejo tronco al muro junto al cual ha

nacido, el negro Mamerto, el hermano mayor del siglo, el antiguo esclavo, que apadrinó el hijo del fundador, llamó *su mercé* al Héroe y de sus manos recibió el fusil para apuntar á los perros ingleses y el último suspiro recogió del amito infeliz... Las turbulencias de la época le arrastraron, y patriota, educado en escuela de patriotas, sentó plaza, con la entusiasta anuencia de misia Transitito: fué soldado de San Martín y la América recorrió peleando bizarramente contra los españoles y los malos argentinos y contra los brasileños, más tarde, en Ituzaingó; ganó medallas y heridas, y cuando el brazo, fatigado, dió el ¡alto! descansen armas! tornó á casa de los amos, y como el perro que, después de una correría, en su rincón se asila y se enrosca para dormir, Mamerto se dispuso á esperar la muerte. Era membrudo, sin corcova ni lisiadura, de mota cenicienta, ojos amarillosos y llorones, la nariz muy aplastada con anchos respiraderos, y tres incisiones en el arranque, misterioso tatuaje, distintivo, quizá, de la tribu

africana á que perteneció, los labios gruesos y saltones, color de barro, y las encías bermejizas, sin cuartos desalquilados, vale decir, con el molar escuadrón completo; mas alegre y locuaz, en tocando á referir campañas, su memoria, aún lozana, no perdía puntada y si el Gran Capitán, en Chacabuco, llevaba casaquín sencillo ó con bordados recordábalo con claridad suma, y hasta los nimios detalles... Tenía, sin embargo, ausencias de sentido, momentáneo anublamiento de sus facultades, y entonces embrollaba fechas y hechos, despeñándose por esos cerros de Ubeda lastimosamente: — ¡Chacabuco! yo estuve, mi amito! ¿la ganó San Martín ó Belgrano? no, Alvear... los macacos estaban así y los orientales y nosotros así... y me dijo el amito D. Gaspar, tan valiente: *tomá vos*, Mamerto, y dales duro á esos perros ingleses... Sí, mi general, á la orden, mi general! Se cuadraba, hacía el saludo militar, y por el patio adelante marchaba, marcando el paso.

En la casa no servía de nada; inválido de

los años, vegetaba á la sombra del techo paterno, que si lo era y él un Tejera de adopción; á veces, con la escoba, el plumero ó el cubo, sostenía porfiada lucha y vanidosa para probar que el negro Mamerto, centenario y todo, aún podía con ellos; y si le observaban: —Deja eso, hombre, que no faltará quien lo haga; tú, á tomar el sol y á fumar un cigarrillo... el amor propio abrasábale y decía resentido: —¿Cree su mercé que ya el negro Mamerto no puede barrer? el negro Mamerto puede, sí amito! ¿entonces cree su mercé que el negro Mamerto es un trasto viejo, que sólo sirve para el carro de la basura?... Los domingos vestía su uniforme, descolorido y manchado, y con las medallas á la vista y el kepí ladeado, la colilla colgando apagada de la bocaza sonriente, salía de paseo... y en muchas ocasiones, se quedaba fuera algunos días, perdido en esos barrios, hoy ya modernizados, que se llamaron del *Mondongo* y del *Tambor*. — ¡Ah! Mamerto, morenito calavera! ¿por dónde se las guilló su merced? El negro, muy tieso,

hacía la venia y lagrimeando más que de costumbre: – No piense el amito que anduve de parranda, ¡la Virgen me favorezca! en casa de ña Venancia, mi comadre, que la ahijada Marciana está enfermita... se lo juro á su mercé y que aquí mismo me caiga muerto!

Siempre fueron los Tejeras protectores celosos del convento, su vecino. El primero instituyó una capellanía en favor del altar del Carmen, cuya imagen veneranda y molduras del frontis, eran obra delicadísima de un indio de la casa; al pie de este altar dormía el sueño de los justos el Héroe, honroso homenaje en cambio de la vida que perdió defendiendo á sus protegidas. Y si la dicha capellanía fué servida religiosamente por cada uno y el altar cuidado con esmero por las damas todas que en la casa solariega se sucedieron, ninguna le dedicó más ardiente solicitud que Paula, la hermanastra del último de los Tejeras.

Para esta no existían en el mundo sino dos cosas: Gasparito y el altar del Carmen. Demasiado fría para el amor, demasiado dis-

creta para soñar en marido pescado con el anzuelo de sus gracias, escasas, y no con el de su fortuna, colosal, se hizo beata, no pudiendo ser monja, esperando realizar su mística aspiración el dia que el hermano no necesitase ya de sus consejos. Tenia diez y siete años más que él, y parecia su madre, habiéndole criado, educado y amado, como si realmente lo fuera; sola, muy joven, sostuvo sin debilidad la carga de la herencia de los Tejeras, Pasos, Riquez, Solaños y Esquendos, monstrándose digna imitadora de aquella misia Transitito, en la entereza del ánimo, en la claridad del entendimiento, y sino en la ternura del corazón, por habérsele resecado un tanto al calor de sus convicciones religiosas, que la mandaban despegarse, poco á poco, de todos los afectos terrenos. Desde que misia Sandalia, su excelente madrastra (dos palabras que parecerece no pudieran andar nunca juntas) murió, las galas en el vestir, de que muy poco habia gustado, suprimiólas severamente, y no se la vió ya más que con la faldilla color de

tabaco, el cinturón negro de hule y la lazada pendiente á la izquierda, mantón de merino, en triángulo, sobre los hombros, y toca de *varége*, en cruz bajo la barba, prendida con modesto broche de ébano: hábito que no sentaba mal á su cara larga, de palidez cerosa, con labios agrietados y enjutos, nariz picuda y ojos que el plegado pellejo de los párpados cubría en las comisuras, haciendo hosca y fugitiva la mirada; el pelo, negrísimo, lo peinaba en cortinillas, alisándolo de contínuo con los dedos, previamente humedecidos en saliva.

Decían si llevaba ó no cilicio: aventurado sería el afirmarlo; pero todos los ayunos y abstinencias que impone el almanaque observábalos rigurosamente, sin hacer valedero jamás el expedientito de las bulas, hipócrita recurso de católicos pegadizos, como el médico no lo dispusiera, y para disponerlo hubiera de enfadarse. Así mostraba salud tan frágil, que el aire sólo la quebrantara, sin aquella fortaleza de espíritu y de nervios con que su padre desafió á la pulmonía, ven-

ció á la tisis y se burló de sus congéneres, dón envidiable que ella había heredado; la misa de siete, á diario, las vísperas, las cuarenta horas, la confesión y comunión cada domingo y fiestas de guardar, los ratitos de palique con la tornera del convento, para preguntar cómo seguía la madre Candelaria ó enterarse de las visiones de la madre Asunción y ofrecer el regalo del sabroso plato de sus manos, que luego el negro Mamerto conducía en triunfo, cubierto por el indiscreto *crochet*... con chanclos de goma y paraguas, si llovía, bien arremangadas las faldas y sujetas á las caderas con una guita, para no embarrarlas y desembarazar las manos, cruzaba la calle á saltitos y héteme en la iglesia, donde cumplia todos los números de su cristiano programa, sin perder credo ni kyrie.

La preocupación grande, grandísima, de Paula, era Gaspar. Le crió con mimo exagerado, y para ella fué siempre el párvulo inocente cuyo sueño hay que velar y proteger los pasos indecisos. El muchácho dobló

el cabo de la infancia muy airosamente, y abordó las costas de la adolescencia; el problema de la carrera que seguiría presentóse, y Paula, al punto, dejó hablar á su sentimiento religioso:—Sacerdote ¡obispo mañana: obispo un Tejera! ¿quién mejor? Es decir, lo pensó, y no quiso que trasluciera su idea, mientras la vocación no se revelara. Al principio, hubo síntomas que el chico seguiría el dificultoso camino de la perfección, pero apenas apuntó el bozo las angélicas alitas se plegaron, y mostró deseos insanos de asomar la nariz en el revuelto carnaval del mundo, deseos, en cierto modo excusables, en un joven con siete mil nacionales de renta... al mes.—Eres rico, decía Paulita con muy buen seso, y no necesitarás de estudios profundos para salir abogado, médico... ó clérigo, si no te da por ahí. Haz lo que mejor te acomode. En esto de vocaciones, torcerlas es solemne disparate. Yo no te aconsejo nada. Al tiempo! y si no quieres maestros, les despides... pero, no olvidar que un hombre sin cierto

barniz de ilustración, no hace muy buena figura.

Ya, cuando niño, había demostrado tirria por el estudio; iba á la escuela forzadamente, y Mamerto tenía que conducirle en hombros, recibiendo las puñadas y tirones de mota que el colérico amito le propinaba durante todo el via-crucis: y como las resultas eran, antes que progresos de anagnosia, alteración de la sangre, Paula, asustada, cedía:—Bueno, no irás más, te prometo que no irás más á la escuela. Toma un dulce y cállate.

No se desbocó por milagro, cuando salió á gallear, muy temprano. Ó mejor dicho, por tímido. Criado como canario, en jaulita dorada y con terrones de azúcar, llevaba pegado á las ropas ese sahumerio propio de las manos femeninas encargadas de la educación del varón, que ha menester rigores y repugna las blanduras, y en el roce mundano no alcanza completamente á perder; encogido, de corazón mantecoso, *querendón*, inexperto, seguramente que donde la mano fraternal

no le guiara, se resbalaría, y adiós equilibrio, salud y fortuna! Paula, más alarmada si el hermano parecía desmejorado, le sermoneaba:— Gasparito, bueno será que vayas pensando en cosas serias: convengo, si tú te empeñas, en que no tienes necesidad de quebrarte los cascos estudiando, pero debes hacer algo... vás á aburrirte, y el aburrimiento es el síntoma más peligroso de la ociosidad. Tampoco la estancia te entretiene y la política no te agrada... Cásate! si tú no eliges la que más te guste, no sé quién puede hacerlo: con tu físico y tus rentas! á ver, echen ustedes rivales... El joven sonreía. ¡Ya lo creo! como él sacara el pañuelo... pero no: la hora del casorio no apuntaba aún en el reloj de su vida.

Perdidas las esperanzas de hacerle obispo, Paulita se propuso convertirlo en marido, antes que en lòs vericuetos del mundo se extraviara. Pero, ¿á quién entregar este niño candoroso, que tuviera las excepcionales cualidades requeridas, la voluntad, la prudencia, el tino y la madurez que á él le faltaban?

Dificilillo era encontrar en el bazar social una mujer, que de muñecas estaban llenos los escaparates; y vaya usted á poner en manos de estas figuritas parlantes un corazón de jalea! El matrimonio, freno para los depravados y válvula de seguridad para los neófitos, es remedio heroico que exige ciertos cuidados de aplicación exquisitos.—No sé, no sé, pensaba Paula: si le dejo suelto, se pierde; si le ato al matrimonio, le hago desgraciado, como no lo verifique según su real voluntad. Es tan bueno, que nunca me dirá no... mas, por esto mismo sería mayor mi responsabilidad... ¡Bernita! en ella vengo á parar, siempre que cavilo sobre esto, ¿será una indicación del cielo? la aspiración de su madre era, mi santa madrastra, y así lo dijo muchas veces... es su prima, de excelente carácter, educada severamente, con ciertos defectillos y hábitos fáciles de extirpar... Segunda la ha educado bien, pero no ha podido sustraerla completamente del contagio mundano. Entre Segunda y yo la puliríamos, la limpiaríamos de ese poquito

de cieno que á la suela del zapato blanco de las vírgenes se pega, por ley fatal, y haríamos de ella una esposa para Gasparito. Lástima que Segunda sea tan quisquillosa y se halle alejada de nosotros... ¿no habría medio decoroso de reanudar las buenas amistades? Sí, sí, vale más pisar en terreno conocido... Mientras no me dé motivo Gaspar, no le hablaré del asunto sino indirectamente, con delicadeza, pero si se descarría... le caso!

Tal vez, ahondando un poco, se hallara alguna dosis de egoísmo en estas ideas de casamentera furiosa. Paula miraba el mundo al través del pesimismo aprendido en sus libros ortodoxos, los sermones de epilépticos predicadores, y los consejos ñoños de su confesor: como lugar horrendo de perdición. Había que salvarse antes que los trompetazos del juicio último se escucharan, y guarecerse en el arca santa, que en medio de las olas del vicio gallardamente navega, afrontando los vientos contrarios y sin temor al naufragio; esta arca santa era el convento,

y tan pronto como el lazo que al mundo la ligaba se quebrara, Páula, libre, ceñía las blancas tocas, símbolo de su salvación: Gasparito casado, Paula, juzgando su misión cumplida, hundíase en las obscuridades del claustro.

Pero, para aplicar el remedio, en conciencia, y Paula presumía de muy recta, había que esperar lo requiriese el enfermo, y nunca se vió enfermo más en salud que Gasparito. ¡Qué chico, señor, más tranquilo! en él no se advertían síntomas de esa fiebre juvenil, tan temible como las otras, y contra la cual no se conocen profilácticos. Casi puede asegurarse, que si no hizo buenas migas con maestros y libros, fué porque sus gustos no lo consintieron, y si reveló ciertas curiosidades y desvíos, á su época hay que achacar la culpa, y no á él la falta de sesera. Era rico. Se cruzó de brazos y se dijo:—Pues el mundo es mío, el rey soy yo! Desgraciadamente ó felizmente, el destino no le dió talla semejante; apenas la de primorosa chuchería de oro, para regalo y solaz de blancas

manos. Quiso ser hombre y se encontró con alientos de niño; su temperamento de linfa pura, le traicionó y le venció. Y vióse solo, en medio de una sociedad cuya lengua no entendía, sin valor para dominarla y sin armas para combatirla. Desengañado, se replegó en el hogar, junto á las faldas de la hermana Paula, cuyo calor le reconfortaba; y padeció el suplicio cruel de ver en sus manos la palanca que remueve el mundo, é ignorante, débil ó tonto, no poder manejarla.

Se aburría. Y para no tener ningún vicio, ni siquiera el amable del cigarro. Salía poco y se recogía temprano, bostezando. Tuvo coches, caballos, perros y amigos, que luego apartaba con desdén.

En las largas veladas con la hermana, sentado cerca del bastidor donde Paula ejercitaba su talento de bordadora en honor de la Virgen del Carmen, confeccionando preciosa moña ó mantel para el altar, desahogaba Gasparito su mal humor: —¿Qué horas son? las nueve! ¿has visto cosa más ridícula? acostarse á las nueve! pues no sé qué hacer...

vengo del círculo: Que juegue usted! Yo no juego. Juega, juega, me decía Trujillo, que pierde la camisa todas las noches y no sé de dónde saca para reemplazarla. No quiero jugar, porque el juego no me entretiene, y si cedo á veces, lo hago para que no me llamen tacaño. Ayer comí con los amigos, y Manolo Guerra se puso borracho: los otros se reían y á mí me dió vergüenza... No tendré más amigos; si no gasto vicios, y para papelones... Paula alzaba los ojos, suspirando, y pincha que pincha la tela, respondía: —Que eso te ocurra por ser un muchacho decente y temeroso de Dios! vaya, que está la sociedad... de modo que, para no hacer papelones, como tú dices, es necesario disfrazarse de perdido! imitar á todos ó cargar con el sambenito del ridículo. ¿Qué dirían tus amigos si supieran que oyes misa, y te confiesas cada mes? ¡Claro! figúrate que te encontraras por esas calles un hombre con plumero en la cabeza, en vez de sombrero de copa: le mirarías con curiosidad y pensarías que era un loco... tú has salido de casa y te has presen-

tado en los salones vestido con ideas sanas y morales, que no están hoy á la moda, y todos se han vuelto con extrañeza, y han dicho, ten por seguro que lo han dicho: es un tonto! los benévolos, y: es un hipócrita! los intransigentes. Á esto hemos llegado, gracias al descreimiento de la época! un joven que no juega, ni bebe, ni fuma, ni jura, ni..., es motivo de escándalo! y rico, circunstancia agravante. Comprendo lo ocurrido: te has asomado al mundo, le has visto tal cual es, y disgustado, retrocedes, porque ni tus oídos están hechos á oir ciertas cosas, ni tu olfato á percibir miasmas; con el pañuelo en las narices, vuelves... Tú lo has querido. Libre te he dejado y te dejo: vé, aprende y reflexiona; bien sabe Dios qué pena me ha dado soltarte así, vestido de blanco como un niño Jesús, á que te mancharas en esos lodazales, y que habría deseado verte con la sotana de clérigo y no con el frac mundano... ¿Te lo aconsejé, sin embargo? Nunca, porque entiendo que el sacerdote nace y no se hace. Tampoco quisiste estudiar: ¿para qué si soy

rico? para esto, para antidoto de desengaños; amaras un libro y tendrias un amigo fiel y complaciente, que te consolaría ó haria reir, según tu humor. La riqueza no es una carrera, ni llena el fin de una vida. Y á lo mejor, ya sabes, puede evaporarse, y ¿qué es entónces del rico ignorante é imprevisor? Esto si, te lo he dicho muchas veces. También te he hablado del único remedio para tu mal: el matrimonio... pero sin asomos de imposición! ¿sabes? porque mientras seas el muchacho que eres, no hay cuidado que tome yo las disciplinas, pero como faltes á la ley de Dios y me des pruebas patentes, entonces, señor mío, cuidadito, que soy yo la más vieja y la misión sagrada que me atribuyo es redimir á los que se extravían...

Concluyó el sermón con sonrisa bondadosa, mientras blandía la larga aguja, como amenazando de ensartar en ella al presunto culpable. En el cuarto (antecámara del histórico salón), modestamente amueblado, con sofá y sillas de caoba antigua, tapizadas de cierta tela que llaman *reps*, color verde, un

reloj de pie, monumental, de estos que marcan las horas y las fases de la luna, y óleos ahumados, de figuras borrosas, cuyos marcos mostraban el yeso por haber perdido el oro, resonaba la voz de Paulita, muy clara; y como hablando, se entusiasmaba, el ademán era muy apropiado y bien ajustado el acento á la idea, parecia una predicadora hecha y derecha: sobre todo en el repetido golpear de la mano izquierda sobre el borde del bastidor, púlpito improvisado, reforzando la vehemencia de las palabras... ó el enderezar del índice, cuando decia:—Si me das pruebas patentes, entonces... Gaspar se complacía en escucharla:—Sigue, sigue ¿por qué te callas? me ha sabido á corto el sermoncito; tienes un pico! de seguro que la abuela Tránsito, tan famosa, no ensartaría mejor ese rosario de verdades... ¡Que me he engañado y que soy un imbécil! cabal; y que rico y todo, la vida no me ofrece atractivos, porque lo que yo busco no se compra con oro. Ahora bien, ¿qué es lo que yo busco? no sé, casi estoy por creer que nada, absolu-

tamente... sin duda, algo indefinido, ó imposible.— Lo que buscas, y te hace falta, es una mujer! contestó Paula clavando la aguja y disponiéndose á avivar el diálogo; convéncete, en tus condiciones y con tu carácter...

Hablando, hablando, en lo mejor de la conversación saltaba el nombre de Bernabela, y Gaspar se ponía serio; pero si la hermana insistía, él daba la última puntada: —Mira, permíteme: desbarras, si crees que Bernita... Hacía un gesto de descorazonamiento, y acariciando la barba rizosa, enmudecía, los ojos puestos en los carrillotes de la luna, que al través del cristal del reloj, parecía hacerle una mueca de burla, respondiendo á su pregunta desesperada: —Ya sé lo que á tí te falta: refrescarte los faldones de la levita; ¡parece mentira, tan rico y tan buen mozo! cuando anda por ahí cada palmito que marea... Bernabela, no, naturalmente; buena tontería! desnúdate de ese traje que, según confesión de tu hermana, es lo que te pone en ridículo, combate tu fatal timidez y ven á contarme el cuento...

Gaspar suspiraba, juzgando esto de su timidez enfermedad incurable; y como Paula callase también, sólo se oian sus pinchazos y el latir del viejo reloj, centinela que á todos los Tejeras habia contado las horas. Al fin, Paula decía:—¿Estuviste en casa de la viuda? ¿cuánto la diste? Y el joven, benemérito de todas las asociaciones de caridad y ayudante complaciente de su hermana en el diario combate contra la miseria, se animaba relatando sus excursiones por los nauseabundos *conventillos*:—¡Pobre mujer! tiene siete hijos... ¿has visto la fecundidad de la pobreza? el mayor, de veinte años, en vez de trabajar para mantenerla, la pega para quitarle la última limosna, y sólo á eso entra en casa; el segundo está tísico y echa los pulmones en un rincón, agonizante ya; los otros menores, entre ellos una chica desarrapada y anémica, que es la que barre, guisa y lo hace todo, especie de niña vieja, que ni rie ni llora, como si fuera idiota ó de piedra, andan sucios, hambrientos, royendo cortezas de pan, los varones de mataperros por la

calle. Y ella! un esqueleto envuelto en mantón arratonado: sentada en la única silla, da de mamar al pequeño... vieras ¡qué seno! como vejiga desinflada y reducida al puro pellejo. Por supuesto, la eterna historia: el marido, muerto en la revolución, la falta de trabajo, las enfermedades... el tísico tosía, mientras hablaba la madre, y ahogándose, intentaba enmendarle la plana, siempre con el propósito de ennegrecerla: No, madre, si eso fué antes... Y la tos y los esputos le dejaban sin aliento. Les dí dos bonos, uno de pan y otro de carne; veinte pesos, además, para medicinas... Ella me tomó la mano y la besó, tan apretadamente, que aun siento la impresión de sus labios; me la he lavado con agua de colonia, y el repugnante olor de miseria no se despega...—Es el beso de la gratitud, dijo la beata con unción; ¡pobre gente! y pensar que en todas partes el mismo cuadro existe y la beneficencia es impotente para remediarlo! En fin, queda el consuelo inefable de la obra de misericordia... De algo sirve el ser rico, Gaspar; es para lo único

que debiera servir: para socorrer al menesteroso! Algunas veces te he oido decir, repitiendo como papagallo, porque tú, sinceramente, no puedes pensarlo y la prueba está en que no lo practicas, repitiendo palabras necias de los Trujillos, Esteven y demás pésima compañía: ¡la fortuna es para gozar de la vida! ¡qué irrisión! ¿cabe gozo en trago tan amargo? ¿no es lo natural, cuando te dan á beber una pócima, que cierres los ojos, detengas la respiración y allá va, cuanto más pronto mejor? y no saborearla y relamerte, como si fuera ambrosía... Tu te aburres, dices, ¿acaso las acciones cristianas que me cuentas, no son para tí suficiente entretenimiento? ¿dónde hallar ocupación más honesta y que deje en el alma igual sensación placentera? pregunta á tus amigos qué sacan de sus borracheras, de sus jugarretas y de sus orgías... hacen ellos, ante Dios, con los naipes ó el vaso en la mano, mejor papelón, ahí va la palabreja, que tú socorriendo á una familia infeliz? no será lo vulgar en los jóvenes del día, pero debiera ser... y si

fuera, otro gallo cantaría á las madres y á las esposas. Naturalmente, que ni tú te encuentras bien en medio de su círculo, ni ellos mejor á tu lado... Déjales, y no te empeñes en buscar la felicidad en el ambiente que ellos respiran: arriba, muy arriba, y cuanto menos toques con los pies la tierra... más cerca estarás del cielo!

Aquí la predicadora quebró la aguja. Y Gasparito aplaudió, diciendo:—Amén! esta mamá Paula... ¡si de convertir infieles se tratara! hija, ni Santa Teresa.—¡Chitón! advertía disgustada Paulita, ¿te burlas? —¿Yo burlarme? te escucho, te admiro... y te sigo. La luna, que por estar en creciente, no mostraba más que media cara, guiñaba el ojo á Gaspar:—Por ese camino, sin afirmar los pies, cuidado! Y él, que de andar en las nubes, ya perdía la cabeza, rectificaba:—Pero, dame la mano, mamá Paula, sino ó me faltarán las fuerzas ó el sentido.

La fecha del 16 de Julio, día del Carmen, era muy sonada en la casa. Desde los tiempos de la Paso y Riquez, se había solemnizado

con aparato y brillo extraordinarios; y como quiso la Providencia que la tal fecha viniese á ser fiesta onomástica de la nuera de la fundadora, cumpleaños de algún otro miembro de la familia y aniversario fúnebre de misia Transitito, lo que hacía decir á Paula: —La Santisima Virgen nos trae de la mano á la vida, nos acompaña á lo largo del camino y en la hora de la muerte nos toma en brazos, para conducirnos á los pies de su divino Hijo... se celebraba con igual fervor que aparato. Antes, y esto rigurosamente, hasta la muerte de misia Sandalia, luego de la misa mayor en el propio altar, se reunía la familia en el comedor de Tejera, y allá salía á relucir la riquísima vajilla de plata labrada, con la *carbonada* suculenta, la *humita* sabrosa, el substancioso *locro*, el orondo pastel de *á libra*, la excelente carne con cuero y los hojaldres de miel, las yemas quemadas, los *quimbos*, merengues y rosquillas, las doradas torrejas bañadas de almibar con grajeas multicolores, en que las abuelas, las tías ó las criadas viejas habían puesto sus cinco senti-

dos y toda su ciencia culinaria. Misia Transitito solía invitar á algunos íntimos, y una vez se contaron cuarenta y cinco comensales; después de ella, la fiesta fué puramente de familia, y desaparecida la amable y sin par misia Sandalia, se redujo á la función religiosa. Asimismo, aún suprimida la señorial comilona, y no porque en la casa no resonaran ecos alegres, que la devoción de Paula había ahuyentado, como diablillos corridos por el exorcista, la solemnidad de la fecha no perdió, antes ganó, y ganó en el acompañamiento de la misa, con orquesta en vez de órgano, en los cantores, muy escogidos, y en el sermón, encomendado al jesuita de mayor fama, el padre Copo.

La víspera, tempranito, se abría el arcón donde se guardaban los sagrados ornamentos, y sacaba Paula á orearse el terno antiguo, la sobrepelliz finísima, el mantel de encajes con pinos bordados en hilo de oro, las moñas de seda, obra de sus manos lo más, pues se complacía cada año en ofrecer nuevo presente á su patrona; de misia Transitito la

casulla, con un cordero pascual en relieve primoroso... y los ramos de flores, plateadas y doradas, los jarrones de porcelana, los candelabros de bronce. Todo se exponía cuidadosamente, y el encerrado incienso, al contacto del aire se evaporaba, halagando el olfato de la beata y removiendo sus místicas ideas, como soplo que agita el enjambre de azucenas.

Mamerto, el centenario, sentíase más ágil y más lúcido aquel día; á nadie cedía el derecho de transportar los preciosos objetos á la iglesia, y al pie del altar depositando iba cada uno, con el orgullo inmenso de servir aún á su excelsa protectora. Paula, sofocadísima, encaramada en una escalera, quitaba el polvo de las columnas, bruñía el cristal del nicho de la Virgen, y con delicadeza esquisita, limpiaba la cara de la imagen, atusaba su cabellera y al Niño, que era de vestir, ponía su enagüilla de gró blanco con fleco de oro. ¡Qué amorosa ternura la suya, y cómo sus dedos temblaban posándose sobre la madera bendita! ternura de madre, de esposa,

de hija y de hermana, todas las ternuras que el corazón de la mujer encierra, ardiendo en una sola llama, el amor á Dios! Oíase, bajo las bóvedas solitarias, retumbar su cuchicheo respetuoso:—Mamerto, dáme el plumero... tú, Gasparito, que eres más alto; humedece este lienzo...¿no han traído las flores todavía? ¿á que el jardinero nos deja plantados? y el mayordomo de Ombú... Se bajaba, y ya aseado todo, ponía el mantel de los pinos de oro, prendía la moña de raso blanco con lentejuelas, alineaba los candelabros, los jarrones cuajados de ramos vistosos; Gasparito colocaba los cirios, dos de cera, labrados, en candeleros de plata, á entrambos lados del nicho, y cuando llegaban las cestas olorosas, él y Paula, esmeradamente formaban ramilletes y guirnaldas de violetas, de camelias, de aromas silvestres, de jazmines y de yedra, y vestían las columnas, decoraban los chapiteles, y sobre la alfombra siempre flamante, que cubría la tumba del Héroe, deshojaban las últimas rosas... De pie, los dos hermanos contemplaban su

obra, en silencio, sonriendo de admiración y de gozo; mientras el negro viejo, arrodillado, deslumbrado, barbotaba cosas incoherentes, alguna salve descosida y extraña.

Al día siguiente, Paula y Gaspar confesaban y comulgaban, y en medio del recogimiento general, reunida toda la parentela, sin faltar primo ni sobrino, se celebraba la misa solemne delante del altar resplandeciente, y las arpas, los violines, el armonio, los bajos y los sopranos, las oraciones y el incienso, todo cantaba, en concierto sublime, las glorias de la Virgen; y desde el púlpito, la palabra inspiradísima del padre Copo ensalzaba la piedad de todos los Tejeras pasados y presentes. ¡Qué día de emociones, y qué lagrimear el de Paulita, bajo su toquilla negra!

Mayor no era, pero si igual, la celebración del 30 de Abril, día de Santa Catalina, patrona de las monjitas; pero en esta fiesta, la católica familia no tomaba más parte que la que, como dueña de altar, le correspondía. Eso sí: el primer mate, que después de la

función, aparecía en el torno, la calabaza enchapada de plata y rodeada de camelias, era para la que un día ú otro ingresar debiera en la santa casa; y la madre Candelaria y la madre Asunción, olvidando su reuma aquella, y ésta apeándose de su carroza de nubes, con manos de ángeles, que no humanas, fabricaban almíbares y cierta monjil golosina, gustosísima, de nombre profano é intraducible, en honor y obsequio de la virtuosa dama.

Pues señor: precisamente, en este mismo 30 de Abril del año de 188. . (quede el pico en el tintero, por discreción) con extrañeza, asombro y disgusto de Paulita, Gaspar ni se confesó, ni asistió á la misa, ni la ayudó en el adorno del altar... Dábanle gravedad suma á esta falta, jamás sospechada en chico tan serio y meticuloso, los síntomas que de tiempo atrás observaba la beata en su hermano: ya no parecía aburrido, ni andaba con ese aire del que busca y no encuentra, ni decía «que la fortuna no sirve para nada», y la juventud para muy poco, como no la acom-

pañe «un carácter enérgico, alegre y emprendedor». Ya no entraba á las nueve, á sentarse junto á ella, y velar locuaz ó silencioso, mirándola bordar y cómo sobre el raso la aguja pintando iba de colores hojas, capullos y pájaros: ni hallaba el mundo tan malo, la sociedad indigesta, los amigos despreciables, la vida sin atractivos, el presente obscuro y el porvenir negrísimo... Sus ojos brillaban como pulido azabache, sonreía, canturriaba, y con la hermana y Mamerto gastaba bromitas que desentonaban de su natural apático; andaba fuera todo el día, faltó al almuerzo varias veces, á la comida muchas otras, y una noche ¡Virgen Santísima del Carmen! al punto de las doce, Paula fué á palpar su cama, andando de puntillas y sin luz, y la halló tendida, intacta!

Luego, la dijeron que á las sesiones de San Vicente de Paul no asistía desde que el Verbo se hizo carne, y á las cofradías del Rosario y de la Saleta tampoco; hubo, además, pérdida de bonos, que le dieron á repartir y él no repartió porque «no sabía dónde tenía

la cabeza». Misia Segunda, la de Paso, suegra *in pectore* de Gasparito, mandó recado á Paula (con quien había ligado relación nuevamente, según se verá muy pronto): —Pero ¿que se hace Gaspar? ¿se lo ha comido la tierra? ¿se ha marchado fuera? aquí no pone los pies...

Paula se recogió en sí misma, elevó su espíritu y habló así con la paloma simbólica de su inspiración: — Esta es la crisis, la terrible crisis que yo temía y veía aproximarse; mi niño Jesús ha caído en algún charco infecto y una lagartona le ha echado la garra; lo veo tan claro como el sol. No he podido evitarlo, sin convertirme en carcelera ó inquisidora, y á un joven no se le puede guardar como á una doncella de mírame y no me toques, pero si no he podido evitarlo, sabré corregirlo: cortaré el mal de raíz, antes que brote y fructifique. Luchar con el demonio, á brazo partido, vencerle, arrancarle su presa... ¡qué mayor gozo! ¡qué mayor victoria! Aquí de mi recurso supremo, de mi remedio heróico: le alcanzo, le aprisiono. . y le caso!

¿Qué había hecho Gasparito, para cambio tan raro y tan tremendo castigo? Pues... pero, ya lo saben ustedes. Conque, adelante.

IV

Bernita Paso descendía de la Paso y Riquez, la fundadora de la rama argentina de Tejera, cuyo nombre y apellido llevaba: baste este apunte para explicar la homonimia y no remontemos las corrientes del parentesco, que sería viaje pesado é inútil. Sépase, sí, y por indispensable lo digo, que el Paso, padre de Bernabela, muerto años ha, fué comerciante en géneros alimenticios, lo cual no quita que perteneciera á la aristocracia de copete, pues en estas sociedades de aluvión ó republicanas, el dinero es todo... comerciante müy rico, á quien un vendabal tumbó en la Bolsa, y náufrago, se despenó de un tiro, paso que honra muy poco á este

Paso, pues en la playa quedaban su mujer y sus dos hijas. Cómo se las compusieron éstas para salir con bien del terrible trance, es cosa obscura y no averiguada: quizá el hombre, ofuscado, no echó cuentas claras, y resultaría luego que el caso no era para andar á tiros, ó también la hijuela de misia Segunda, en vez de llevársela la trampa, hubo de tapar muchos rumbos y muchas bocas. Porque ni el palacio de la calle Cangallo, hecho de barricas de azúcar, latas de aceite, bolsas de harina y pipas de vino, materiales que así sirven para confortar el estómago (ó echarle á perder) como truécanse en mármoles, jaspes, maderas finas y dorados, gracias al birlibirloque del trabajo, salió á subasta, ni la familia le desalojó, ni suprimió el coche, ni el palco: pasado el luto, reaparecieron triunfantes la madre y la hija, Bernita, pues la otra, Adelia, que no vestía aún de largo, estaba enclaustrada con las hermanas del Sagrado Corazón... y estaría, á pesar de sus diez y seis años, mientras Bernabela no cazara marido.

Creo que no habrá quien no conozca á esta Diana de los salones, Diana por la intención aviesa, el arco tendido y la flecha pronta, que en punto á hermosura... antes de ajarse sus primeras ilusiones y con ellas las megillas, debió de tener su picantito; pero, cansada, á los veinticinco, del ojeo continuo, del traquetear por teatros y paseos en busca del príncipe de sus sueños, vencida siempre y dejando en breñas y zarzales un poco de su pudor, de su orgullo, de su ambición, habíase marchitado como flor que se expone al sol, sin hojas que la resguarden ni riego que la vivifique, y recurría ya, con descoco, al carmín, al albayalde, lápices para rasgar los ojos y tinte para dorar el pelo. Quien debió resguardarla, y no lo hizo, fué su madre, misia Segunda; qué había de hacerlo, si precisamente por esto, por parecer que llevaba á Bernita de muestra, pasando en landó descubierto ó arrellanada en el fondo de su palco, junto á aquella muñeca que no sonreía, ni parpadeaba, ni hacía un gesto, á causa de que los afeites inmovilizaban su

piel, resecándola, la llamaban *la rematadora!*—Al mejor postor ¿quién da más? decian los ojos cenicientos de misia Segunda; y sus labios delgados, de mujer de cálculo y trastienda, predicaban la excelencia del objeto expuesto, como encontrara aficionado escurridizo y con dinero.

Así la paseó y la mostró, durante seis años seguidos: en Palermo todas las tardes, en coche; en la calle Florida, todas las mañanas, á pie; en todos los estrenos, en todas las funciones de caridad, en todos los bailes, la primera, la infaltable, la indispensable, misia Segunda con Bernita, la de Paso y su hija, *la rematadora* y su muñeca, diciendo con los ojos cenicientos:—Al mejor postor! ¿quién da más? Algunos, en extremo audaces, ofrecieron su mano pelada; otros, pretenciosos, un título universitario, y muy pocos sus centavitos, ya heredados, ya ganados sabe Dios cómo, esperando que en la operación matrimonial saldrían á interés compuesto... pero la muñeca estaba tasada muy alto, y *la rematadora*, esgrimiendo el

martillito, continuaba interrogando: — ¿Quién da más?

Misia Segunda comenzaba á aburrirse: —Ó eres desgraciada y contra la mala suerte no se puede luchar, decíale, ó torpe, y maniobrar no sabes. El arte de cazar marido, marido apropiado, ¡es dificilísimo ó muy fácil, según sea la mujer ¿sabes cómo enamoré yo á tu padre? pues ofreciéndole la mitad de una rosquilla, una tarde de visita en casa de Sandalia Tejera. Y yo no valía más que tú, así como me ves ahora, un poco más joven, pero igualmente delgada; con esta cintura y esta ausencia de canas, pesadilla y rabieta constante de mis amigas, si me pusiera á ello, todavía daría mejor golpe que tú, porque las rosquillas mías .aunque un poco duras, todavía pueden servirse. No sé, hija, qué vas á hacer! si no bajamos el gallo, y te conformas con un abogadito de tres al cuarto, la pobre Adelia se nos vuelve monja... á su edad, y en el colegio! y poco desesperada é impaciente que está la niña!—Que espere, contestaba Bernabela con mal hu-

mor, es muy joven, tiempo tiene de sobra ¡presentar á Adelia en sociedad, antes de casarme! no faltaba más... ¿no comprendes que no puede ser? Claro que no; y la señora hubiera demostrado aptitudes comerciales negativas, sacando á luz el género fresco, tras el cual se irían al punto todos los golosos, antes que el martillo adjudicara la posesión de su muñeca mayor.

Pero misia Segunda no en balde fué esposa de comerciante; hija, nieta y biznieta de comerciantes: su marido vendió comestibles, y su padre y abuelos traficaron en lanas y cueros secos. Cogía un lápiz y echaba sumas y restas por todo lo alto: — Tal casa y tal otra casa y esta y la de más allá; total cuatro, seis, ocho casas: y el terreno junto al río y el solar con edificio viejo y estos y los demás campos: suma y sigue. ¡Bonita suma! Deudas, no se conocen; esperanzas muchas. Partido excelente... pero, el padre vivo, y de salud óptima, edad poco madura; la madre, idem de idem... Resta, nada! Un trazo rabioso y volvamos la

hoja; continúa el lapicero:—Carácter bueno, aptitudes apreciables, físico superior, fortuna... tanto y cuanto y cuanto y tanto: mucha! padres, vivos: total, cero! Otro botón de muestra: — Madre, viva, huérfano de padre, hijuela mezquina, esperanzas pocas. Ni agua! En la página siguiente: — Huérfano, calavera, tío rico: partido excelentísimo! fortuna propia derrochada en el juego...cero y ván... Por último : — Huérfano, millonario, tonto, enfermo; suma: ideal; resta: ilusión.— Señor! exclamaba *la rematadora*, y lo que cuesta á una madre, que sabe reflexionar y prevé las cosas, el matrimonio de los hijos!

Con la de Tejera, su parienta, misia Segunda estaba en malas relaciones: tonterías, chismecillos, trae y lleva de buenas amigas: que si Paula dijo, y la otra respondió y Paula tornó á decir y ella á contestar, resultando una maraña de mil demonios, muy bien enredada por la mano de la amistad. Este enfriamiento, por un lado, y por el otro las inclinaciones clericales advertidas, en un

principio, en Gasparito, mantuvieron alejadas á las dos familias años y más años, sin que ni Paula ni la de Paso hicieran avance alguno, ni dieran prueba notoria de querer realizar aquella aspiración de misia Sandadalia: la de casar en su día, á Gaspar con Bernabela.

Al contrario; arañazos por la espalda y sonrisitas de frente se cambiaban entrambas; cuando, perdida la paciencia y aventado el género, discutia el lápiz de *la rematadora* si bajarian ó no el gallo, se presentó en el mercado Gaspar. ¡Válgame Dios! á pesar de las dificultades de la cuenta, el previsor lapicero no se equivocó en un solo guarismo, y salieron los números tan claros, y la suma tan redonda, que misia Segunda pensó:—Pero ¿dónde tenía yo los cinco sentidos? el primito estaba ahí y no habia reparado! no le criaban entonces para cantar misa... naturalmente, no reparé en él, porque le consideraba desligado del mundo y esperaba verle salir cualquier día echando bendiciones... sin duda, Paula

no ha podido con él, y él se ha emancipado... hay que hacer las paces, de cualquier modo! — ¿Has visto al primo Gaspar? decía Bernita; anoche, en la Opera, hoy en Palermo! qué buen mozo y elegante! habrá colgado los hábitos... ya Flora Soto y la menor de Esteven se han puesto en campaña: *á la pesca de los siete mil*, como dicen. Y las mamás han abierto tamaño ojo... Misia Segunda, con gesto judaico, de usurero que huele un buen negocio, resumió todos sus cálculos:—Sús, al primo! y no te dejes correr; no seas tonta, que tú llevas la delantera.

Y un dia, sin previo aviso ni discusión, entróse por las puertas del caserón de Tejera y pasó recado:—Diga usted á Paulita que aquí está su prima Segunda, que desea verla. Marchó detrás del criado, por el amplio patio que parecía una plaza, circundado de tinajas panzudas y hermosas plantas, y á la ventana de cierta habitación, con reja fuerte y alta, de cárcel, llamó familiarmente á golpecitos de abanico: en se-

guida se coló en el cuarto, algo obscuro y oliendo á viejo, al que un Cristo muy grandón dábale triste aspecto de sacristía, y con desparpajo mayúsculo besó á la beata azorada: — Si, soy yo, Paulita, decía apretando sus manos flacas, no te asombres; ya sabes cómo soy yo, me dió la corazonada de venir y aquí me tienes. Porque, al fin y al cabo, ¿qué me has hecho tú? ¿qué te he hecho yo? Nada, nada, tonterías; las buenas parientas no deben prestar atención á dimes y diretes sin importancia. Si así no fuera, adiós familia! Pues, me dije: visitaré á Paulita; alguna ha de ser la primera que rompa el hielo; Dios no perdona á los rencorosos! tú no lo negarás: yo siempre te quise, hija, cariño sincero, muy sincero... y á tu madre misia Sandalita, tan buena, tan buena... Habíase sentado, cara á la luz, para que resaltaran su traje de visita elegantísimo y su frescura de mamá cincuentona realmente pasmosa; Paula, repasando el lazo de hule, con alguna turbación, intercalaba, cuando el chaparrón

permitiaselo, desabridos « me alegro mucho », « te agradezco » « cierto, no valia la pena », embozándose, al mismo tiempo, en desconfianza cortés que queria decir y no decia:—¿Qué hierba habrá pisado Segunda? ¿por dónde saldrá el sol mañana?

De que saldria por el lado de la amistad, trató de probarlo la de Paso, con elocuencia y arte extraordinarios, despejándolo de nubes y poniendo, como gaje valioso y muestra de su sinceridad, « su corazón en la mano ». Afortunadamente, no lo puso, y esto fué sólo un figurón de retórica, que si lo pone... sabe Dios lo que ve la asustadiza beata y apartándolo no arroja el *Vade retro!* del espíritu maligno! Y como no lo puso, Paula no vió nada, las palabras de la prima derritieron su fria suspicacia, y repitió, desarmada ya:—Si, te agradezco mucho... rencor yo no podia tenerte, es pecado mortal, pero temia que tú... en fin, alabado sea Dios! Misia Segunda selló las paces con un beso sonoro:—¡Qué cosas! si cuando una piensa... porque, mira que sobra necedad... tú tan guapa y famosa! desde el

dia del Carmen del año pasado no te veia... de lejos, que de cerca ¿cuántos años hace?— ¡Qué sé yo! tú también estás... como siempre: hecha un pimpollo.—Deshojado ¡qué risa!... oye ¿y Gaspar? ¿cuándo le tenemos de obispo?

Paula alzó el brazo escuálido, ademán que expresaba en respuesta: — ¡Eso quisiera yo! Deseo más ardiente que el de consagrar Gaspar á Dios! pero, su vocación no llegó á robustecerse; al contrario, habiase ido debilitando poco á poco y la ola de la juventud la apagó completamente:—No he influido yo ni esto! si el mundo le llamaba, y él era débil, más vale entregarse sin compromisos, que arrastrar luego la sotana.— Claro! clarísimo!! quién diria... te acuerdas de los altaritos que adornaba, y de los sermones en este patio á los criados arrodillados á su alrededor, metido dentro de un barril y revestido con una enagua? luego, se cubria con una colcha de pana y la cabeza con bonete de papel y decia la misa, ayudado por el negro Mamerto... ¡Qué chicos! y cómo cambian al volverse hombres! —Gaspar ha cambiado...

pero es siempre el corazón bondadoso y el carácter noble: es siempre mi niño Jesús!

— Algo tenía que decirte, repuso misia Segunda, ¡ah! si, figúrate que Bernita... Trazó de Bernabela el retrato más hermoso que pincel de madre haya trazado, y como era león el pintor, abulta por aquí, borra por allá, ni ella misma la reconociera luego... :—Ahí la dejé ¿dónde te imaginas? en el taller de costura, cosiendo para los pobres! en vez de pasear y divertirse, como es lo natural á su edad, han establecido algunas amiguitas un taller al que van á coser... una vez por semana! ropa para los hospitales, y los necesitados... si, hija, en un salón muy vasto; con sus manos finas y aristocráticas confeccionan camisitas, pantalones, ajuares completos... y el padre Copo, protector de la piadosa obra, mientras ellas menean la aguja, las echa unas pláticas que es lo que hay que oir. Pues, Bernabela no me falta un dia; á veces, me dice:—Mamá, esta noche no voy al teatro, porque mañana toca la costura. Y tengo que reprimirla: es muy bueno y muy cristia-

no, pero puede afectarse la salud. ¡Pobrecita! verás : se le ha ocurrido una idea, digna de ella, porque no por ser hija mia... esto, figúrate! sobre la base del actual taller, fundar uno más ámplio, con edificio propio, muchas máquinas y personal numeroso, que se llamaría *Costurero de la Caridad* y se le pondría bajo la advocación de San Martin, el santo aquel que partió su capa con el mendigo. En este benéfico establecimiento se vestiría gratis á los pobres de solemnidad, y á los vergonzantes, con ropas fabricadas por las mismas manos aristocráticas. ¿No hay hospitales para los enfermos? ¿no hay comedores para los hambientos? ¿no hay escuelas para los ignorantes? ¿por qué no ha de haber costureros para los desnudos? es sin embargo, una obra de misericordia: vestir al desnudo! No es esto hermosísimo: un pobre diablo desarrapado, una desgraciada que muestra las carnes y tiembla de frío, *cubiertos por el manto de la caridad,* frase de que tanto se abusa y nunca más apropiada que en esta ocasión, es decir, vestidos con

modestia y decencia, luego de zabullidos en la bañadera... ¡oh! naturalmente, que tendrá también su sala de baño, sino imaginate... ¿Qué te parece? ¿no consideras la idea muy práctica? ¿no piensas que al pordiosero no basta curarle y alimentarle? así nos evitaríamos encuentros y rozamientos repugnantes en la calle...

— ¡Digna idea de corazones generosos! contestó Paula, pero... ¿y si los mendigos ya vestidos y compuestos, salieran y en la primera prendería de la esquina empeñaran el traje flamante? porque, el mundo ya sabemos lo que da de sí, y no debe olvidarse que el uniforme de la miseria son los andrajos, y ellos, los mendigos, lo tienen bien aprendido... ¿á que tú no te compadeces del que te pide limosna bien calentito dentro de su gabán nuevo? —Hija, no sé, quizá tengas razón; pero por ese camino... No quería discutir, admirada de que la beata discurriera tan sutilmente sobre esta cristiana materia. —Bernita te dará el vuelto mejor que yo, con todo el entusiasmo del apóstol. ¿Lo

creerás? ha puesto tu nombre en la lista de subscriptores para el *Costurero*.—Y ha hecho bien: tengo mis pobres y me parecen pocos... —Nada, hija, á ti habrá que canonizarte... ¡ay! será tarde ¿verdad? me voy al Caballito, al colegio de mi Adelia... otra que si no se hace monja, será por egoismo mio: ¡no quiere salir del colegio! es una paloma que vé abierta la jaula y se arrincona temerosa de echar á volar, prefiriendo el caliente nido á los espacios ignorados.—El instinto del peligro, dijo Paula con inspiración, que recula ante el abismo, ¡déjala, no la hostigues! ¡pobre paloma blanca! caeria entre gavilanes.—Que andan algunos, replicó riendo la viuda de Paso, á quienes se les vé las garras bajo las mangas del frac... si, la dejo; en esto de vocaciones, sigo tu ejemplo: ni las tuerzo ni las fomento; que obre el espíritu de Dios! y en familia tan católica como la nuestra, nada tiene de particular que, á lo mejor, prendan semillas de esta especie.

Besos, apretones de mano, palmaditas cariñosas, muchos «no seas ingrata», «no te

pierdas », « vuelve pronto », pusieron el punto final á la entrevista; la cual tan bien resellada dejó la amistad, que, pronto, las de Paso fueron uña y carne con los de Tejera, y la antigua idea de misia Sandalita adquirió hermoso desarrollo, gracias al cultivo inteligente y asíduo.

Á Paula la conducta de misia Segunda parecióle nobilísima, y simpática, sobre toda ponderación, Bernabela; el famoso proyecto de *Costurero* sirvió de pretexto á sesiones familiares casi á diario, ya en la calle de San Martín, ya en la calle Cangallo, en que Bernabela le defendía con mucho calor de las acometidas burlonas de su primo y compañero de infancia, Gasparito :—¡No he visto hombre más raro! ¿qué manera es la tuya de practicar la caridad? deslizar la limosna en la mano que se tiende, sin preocuparte más del que la recibió: atiborrarle bien el estómago, y que se muera de frío... —También hay una obra de misericordia que manda dar de beber al sediento, y á nadie se le ha ocurrido poner un despacho de refres-

cos, en que se repartan horchatas y limonadas á los pobres del barrio.—Hablas en profano, y si no te conociera, diría que te ha apestado el contacto social.—No, primita, hablo razonablemente; en la caridad hay que evitar lo supérfluo y lo ostentoso, por perjudicial; tus mendigos vestidos de señores es un contrasentido y tu *Costurero*, créeme, un cartel de guerra para los sastres y modistas bonaerenses... Reíanse misia Segunda y Paula; ésta, generalmente, aunque opinaba lo mismo, intervenía diciendo:—No disputéis así ¿somos ó no somos protectores de la obra de Bernita? pues, si lo somos, no la desacreditemos: que se parta la capa del santo en paz y gracia, y no miremos lo que hacemos, si creemos hacer el bien!

Y estaba tan perfectamente preparado el terreno, y con tanta habilidad maniobraba *la rematadora*, que fué Paula la primera en insinuar la mágica palabra capaz de «unir dos voluntades, para el mejor servicio de la caridad». Sobre la mesa del comedor de Tejera, extendía una noche Bernita los planos

de su asilo, que un arquitecto complaciente le habia dibujado, y cabeza con cabeza, al lado de Gaspar, iba explicando los detalles: —Mira, el frontis es majestuoso: hay una escalinata, un pórtico, columnas; aquí á la entrada, un grupo, el santo á caballo, partiendo con la espada... ya sabes: penetras, y te encuentras en este vestíbulo, donde se hace la entrega de certificados, la declaración de pobreza del cura de la parroquia... esta sala de la derecha es el baño de las mujeres, esta de la izquierda el de los hombres... aquí la sala de vestir de los hombres, esta de las mujeres... este gran salón es el guardarropa y estos tres iguales, en el primer piso, los talleres, donde trabajaremos nosotras...—¿Y la barbería para los hombres? ¿y la peinadora para las mujeres? porque no vás á vestirlos sin atusarles los pelos.—¿Ya empiezas? mira y calla.

Paula les contemplaba y la idea de unir aquellas dos voluntades, como lo estaban sus cabezas, que germinando venía desde mucho antes del feliz momento de ejecutar las pa-

ces, brotó en su mente y la dió á luz con excusable candor: inclinándose, al oido de misia Segunda: —Buena pareja ¿verdad? —¡Vaya! suspiró la viuda... te acuerdas que misia Sandalita...—¡Vaya! repitió á su turno Paula.

Á Bernabela sorprendióla su madre, cuando la dijo subiendo al coche:—El primer traje que se haga en tu *Costurero* será uno de novia ¿para quién? pues, para ti! Paula acaba de cortar la tela urdida en mi fábrica ¿comprendes?—Comprendo... pero, no me fio: el primo ó es tonto ó un pedazo de hielo; hasta ahora, por aquí no pasa un alma! mete los ojos en el plano, y no me mira, ó la atención en el proyecto, y no me hace caso. —Todo se andará! *la pesca de los siete mil* es como la conquista de Zamora, de que habla el refrán.

Y Gaspar se asustaba de aquel pastel de casorio, que le queria dar á probar su hermana, con las mejores intenciones:—Como broma pase... ¿estás loca? ni en sueños... si será, simpática, elegante, hasta bonita,

aunque pida prestado al colorete lo que Dios no le da... — Vicios que se adquieren de tanto andar por esos salones, pero no afectan al alma: con un poco de agua, sale la mancha y reaparece la frescura ¡ojalá fueran de esta laya todos los vicios y tan fáciles de borrar!—Ojalá y amén! pero dejemos hablar al corazón, que cuando él está tan mudo, ya se sabrá por qué, y hagamos todos los *costureros* que ustedes quieran, y no disparates, aunque el de la prima sea el mayor del mundo.

Ciega Paulita y muy despierta misia Segunda, entre ambas continuaron amasando el grandioso proyecto de unir las dos ramas de Tejera y Paso, el último Gaspar de Tejera con la última Bernabela Paso, providencial casualidad que daba los mismos nombres que á los fundadores, á los llamados á ingertar nueva savia en el viejo tronco. Y mientras el caritativo languidecía, el matrimonial marchaba muy desembarazadamente, sin que pareciera obstáculo serio la frialdad de Gasparito, que hacía tanto caso de las

indirectas de la beata, y de los avances de la viuda, como de las cucamonas de Bernabela.—Es un niño! decía Paula.—Es un salvaje! pensaba misia Segunda.—Es un zonzo! opinaba la ofendida prima á quien la cortedad del joven ponía fuera de quicio: un hombre que se ruboriza si le miran, que balbucea y tiembla! que retira su silla si la de la prima se acerca demasiado, se queja en alta voz de que se le aprieta muy fuerte la mano, elude avergonzado los temas en que sobra pimienta, no sabe mantener el *sotto-voce,* y cree de buena fe que una chica con pretensiones de bella y casadera celebra entrevistas diarias con primo guapo y rico nada más que con el santo propósito de una obra de misericordia!—La caridad empieza por casa, primo; casémonos, y después hablaremos más despacio acerca de nuestro *Costurero*, y verás cómo marido y mujer están de acuerdo en lo que primo y prima no concilian! Esto faltó decir á Bernabela, cansada ya de escarceos inútiles, y si no lo dijo á boca llena, con los ojos lánguidos, los

suspiros intencionados y demás recursos de sensiblería, lo expuso muchas veces... pero el otro no entendía el lenguaje y se hacía el sueco.

Cada semana á Gaspar se le imponía la obligación de ir á comer á casa de la primita, y no iba sin protestas y mal humor, apenas reprimidos por el respetuoso cariño que la hermana inspirábale: —Voy por darte gusto, mamá Paula, sino... á buenas horas salimos con estas atenciones exageradas de parte de las que se han pasado los años sin mirarnos á la cara! porque la tía Segunda, sabrás, me saludaba en la calle de manera tan impertinente que tentado estaba de preguntarla: señora, ¿le debo yo á usted algo? pues, ¿y Bernita? con sorna y mofa no disimulada: ahí va el primo Gaspar, el sacristán de las Catalinas. Sí, me había puesto ese mote... Y de la noche á la mañana, se nos entran por las puertas, nos meten en el corazón, y están con el sacristán: santito dónde te pondré. — Muy natural es, contestaba Paula, han deshecho un error con nobleza

que yo admiro: Dios, supremo juez, sabe de qué parte estaba, y si no era yo la intransigente y la rencorosa. No había de rechazarla, cuando se adelantó Segunda á decirme: pelitos á la mar. Y tú te muestras muy tieso con ellas, con Bernita, tan cariñosa y simpática: vamos, que no perderás ningún pedazo, con ser amable.—Desde aquella noche que me dijiste ó insinuaste... Paula rechazaba el cargo:—Nada, á mí no me acuses, ni atribuyas intenciones contrarias á las tuyas: un dicho no es un consejo, y un consejo no es una imposición! ¿quisiste lanzarte al mundo? te lanzaste y en él te revuelves disgustado y ya buscas tabla para asirte en el naufragio... pues si has de casarte ¿con quién mejor que con Bernita? yo te la he puesto delante de los ojos: examínala, discute, reflexiona, decide, en fin, según tu criterio y tu corazón... pero, entre tanto, no tuerzas el gesto, que lo cortés... etcétera. —¡Ah! cuántas cosas encierras en ese etcétera! todos tus deseos, que son los de enlazar una vez más la cifra de Pasos y Tejeras: no lo

niegues; si hace tiempo que esa idea, la misma de mi madre, según dicen ustedes, te apasiona! una vez me dijiste: lástima que estemos mal con Segunda!... pues, voy á ser franco contigo, mamá Paula, como lo soy siempre: ni la prima me gusta, ni esa idea me seduce: porque estas bodas así concertadas sólo se usan ya entre pobres príncipes, víctimas de la razón de Estado. Mira, el palacio de la tía Segunda me huele á cursi, á nuevo, á tenducho de almacenero cubierto de reales tapices; detrás de cada cortina de seda y cada biombo chinesco veo yo una barrica de azúcar ó una lata de aceite... sin embargo, si tú quieres, y te empeñas... ordénamelo, y me caso con Bernita! — ¡Tonto! habrá babieca! dijo Paula enternecida, qué ordenes... no faltaba más! pon un poco de amabilidad, que eso nada cuesta, en tu conversación, endulza el gesto y haz de tu capa un sayo, ó la partes, á imitación del santo, con la fundadora del *Costurero*, y entre los dos abrigáis á tanto pobrecito que anda desnudo. Por lo demás, yo ni quito ni pongo rey.

Tampoco misia Segunda lo quitaba ni ponia:—A mí no me digan; que hagan ellos su real voluntad, y les bendiga San Pedro, ¿no te parece, Paula? una cosa es que una mire con buenos ojos el proyecto y otra mezclarse en sentimientos ajenos: ahí está Bernita, que te diga si yo la aconsejo nada; no soy, no, como otras madres que casan á sus hijas según el propio capricho. Por supuesto, que ya ha empezado el rum rum, y ayer me salieron con un «¿conque Bernita se casa con su primo Tejera?» que me irritó mucho: protesté que eran habladurías; hija, esta sociedad no es como la antigua, aquella de misia Transitito: hoy no hay visita sin nudo, y joven que entra dos veces en casa donde haya doncella más ó menos casadera, ya el público se echa á pensar que, forzosamente, bodorrio ha de haber... Ya lo creo: un chico como Gaspar, que le he visto nacer, educado en tu escuela de rígida moral! sólo él mereceria mi Bernita, pues andan los jóvenes que ponen miedo...

El lapicero, entre tanto, repasaba las cuen-

tas, y estas deslumbraban á *la rematadora*: —Ven acá, decia á Bernabela, ¿de qué te quejas? ¿de su timidez? pues más fácil de embaucar: el anzuelo está tan bien armado, por Paulita y por mí, que si no le ensartas, serás la más simple de las mujeres. Paciencia, tesón y no soltar el hilo... Agradece á tu madre que todo te lo da hecho. ¡Ay, no sabes fabricar rosquillas, como yo, y regalarlas en el momento oportuno!

Iban corridos algunos meses, y ya el desgano de Gasparito en tragar el cebo escamaba á las tres damas, cuando ocurrió el suceso extraordinario, antes sospechado que averiguado por la beata: el chapuzón del niño Jesús en el lodazal del camino; percance lamentable que se reveló por los síntomas inequívocos ya apuntados. Paula, preocupada, contestaba á la pregunta de misia Segunda: —No sé, falta al almuerzo, falta á la comida, y de noche entra tan tarde, que no le veo. Inquietud que la viuda calmaba con estas razones: —¡Déjale, es su primer paseo por el tejado! ya volverá mayando disculpas...

Pero Bernabela no tomaba con tanta flema la pésima conducta del primo, que después de comprometerla á la vista y paciencia de todos, se marchaba sin decir siquiera: ¡dispensa! Y como Gaspar andaba á monte y cualquiera le daba palmada, dedicó esta temporadita de reposo forzado á su otro proyecto de *Costurero*, que le habia servido para vestir sus más caras ilusiones.

Á las sesiones semanales de costura no faltaba una vez sola, empeñada en cuidar de su barniz católico, para ejemplo de la sociedad y admiración de Tejeras boquiabiertos, tanto como del que esmaltaba su carita larguirucha y ajada. Los sábados tenian lugar estas sesiones; á las dos, se reunian las señoritas modelos de cuantas costurerillas echan los pulmones dale que le dás á la *Singer* hasta la madrugada; muy guapas todas y elegantes, quien con la bolsa de seda en que encierra los útiles de oro, quien con el estuche de felpa, ó de ébano y nácar ó de plata y marfil, que ninguna quiere ceder en lujo y vanidad á su compañera. En el saletón destartalado,

al rededor de cada mesa, se sientan, se quitan el sombrerito y los guantes, cuchichean, buscan la obra comenzada, escogen la aguja, la enhebran, riendo, burlándose de las que se retardan... Y cuando el padre Copo, el tieso y espigado jesuita, entra, se levantan, agrúpanse en su camino, le acompañan hasta su sitial, muy huecas si las dice:—Benditas seais, hijas mias, que no faltáis á la piadosa cita; yo tampoco, bien lo véis.

Un sábado, Bernabela llegó algo tarde, sofocada, porque la mamá la retuvo en una visita, y ella estaba «en espinas». El padre Copo habia comenzado ya la plática, edición corregida y aumentada de todas las anteriores, pero que á aquellas cabecitas pajareras sonaba siempre á nueva; decia el reverendo:—Vosotras, hijas mías, que abandonáis el blando regalo de nidos aristocráticos, para reuniros á la sombra de la caridad, y las horas que podiais gastar en pueriles vanidades, las ocupais en menesteres modestos, para honra de vuestro corazón cristiano y alivio de desgraciados...— Dáme el estuche y ve-

te! susurró la de Paso al lacayo. Ocupó su lugar de costumbre, sin ruido, envió sonrisitas á las vecinas, á Angelita Esteven, á las dos de Fulánez, y mientras abria la caja de sándalo, á Flora Soto, la inveterada virgen y mártir del calendario social bonaerense, su compañera de mesa, observaba muy bajo: —¿No está Elena García Luces?—Ya no viene, contestó Florita, imaginate que la hermana ¿sabes? ha dicho ¡que para coser para los pobres no es necesario salir de su casa!—No será necesario, pero es menos divertido, replicó Bernabela armándose de las tijeras.—Y que Dios lo mismo se entera... añadió la de Soto.—Pero, no se entera Montesol, el cronista, y por lo tanto, el público... ahi estaba Montesol en la puerta. —¿Te vió?—¡Claro!—A mi también.

Bernabela extendió sobre la mesa el lienzo, puso encima el patrón ajustado con alfileres y crac! crac! la tijera empezó á cortar...—¿Hás concluido el babero? — Falta el dobladillo; me he entretenido haciéndole una pata de gallo.—Pues yo voy á cortar una camisa:

á los calzones del último sábado les salió una pierna más larga que otra, y así han quedado! de todos modos, yo no me los voy á poner.—Qué *frangollona*! exclamó Florita conteniendo la risa.—Hija, es que, á veces, tiene una la cabeza...—Ya, ya, también la menor de Fulánez al cuello de una camisita le puso jareta y decía disculpándose: si creía que era una enagua!—Eso es, y á la enagua le pondrá cuello con punta doblada... ay Flora! la verdad que una...—Si, si, las manos andan solas, y el pensamiento volando; cuéntame ¿qué tal el primito?

El padre Copo continuaba: —Dios que vé vuestras obras y lée en vuestras almas, os bendice, hijas mias! porque al trabajo de la aguja, á la caritativa faena, acompaña el pensamiento sublime de los beneficios que al desvalido reportará, de los pequeñuelos vestidos por vuestras manos, que en el regazo de sus madres, aprenden á balbucear vuestros nombres, en señal de gratitud eterna. Dejad, dejad que otras se abandonen á ocupaciones mundanas, que sus lenguas mur-

muren del prójimo, que su imaginación, asilo del demonio, no remonte más alto que la miserable costra terrena...

— Pues el primo, contestó la de Paso tijereteando á trochemoche, no sé... quizá tengas tú mejores noticias que yo. — *¡Qué esperanzas!* ¿por qué? si pensarás que yo te juego sucio... — Hija ¿á qué viene eso? si gustas de Tejera, que te aproveche; yo no tengo nada con él... dicen que me *festeja* pero es mentira.—Será, pero á mi no me traigas ni me lleves en este asunto.—Repito. lo que he oido. — Has oido mal. —Bueno, mujer, no te enojes.—Si no me enojo!—Te disgustas. — Tampoco me disgusto. Enmudecieron, porque el jesuita, dominando el rumor del tijereteo, daba una gran voz: —Seguid en vuestra santa tarea, seguid, amadas hijas mias...

Las dos muchachas siguieron:—También creerás, dijo Flora, que Angelita Esteven... ella si gusta mucho de él, pero él no le hace mayor caso. De quien está loco perdido el Gasparito me lo sé yo! La tijera dió tan gran-

de bocado que mordió el fino papel del molde...—¡Qué torpe soy! exclamó Bernabela, charla que charla y corta que corta: así sale todo.—Pues, me callaré.—No, no: me ha puesto sobre ascuas eso de que tú sabes si Gasparito... bien decia yo que estabas muy enterada.—Fué Jacintito Esteven... Jacinto se lo dijo á su hermana y Angela á mi.—Bueno ¿qué?—Cuando lo sepas, vas á hacerte cientos de cruces y más aspavientos que si vieras... un burro volando!—¡Hola, hola!—Con razón, estos caballeros nos desdeñan, pasan sin mirarnos, déjannos plantadas en nuestros asientos de vestales de Himeneo, porque no somos como las otras, descaradas, socaliñeras... — ¡Las otras! ¿qué otras?—Tonta! las.... de rompe y rasga. Bájate un poco : *(al oído, con la mano en pabellón)* Tejera está en amores con una *cocota!*

— Imitad á María inmaculada, cuyos labios jamás empañó la sombra del pecado... repetia muy terne el padre Copo.—¿Qué es eso? ¡ah! si, lo has dicho tan despacio... algún adefesio ¿qué te parece el sacristanejo

de las Catalinas? fiate de los timidos!—Eso, eso, fiate de los jóvenes decentes! pues, verás: no tiene nada de mascarón la pájara, sino que es una mujer hermosísima, como casi todas las de su calaña; yo la conozco: la llaman la Ginesa. —¡La Ginesa! ese nombre no me suena á nuevo ¿á quién se lo he oido, señor? si, si, en este carnaval, estando yo en el balcón de Guerra, pasó un coche muy lujoso, con mucha collera y mucho penacho, y dentro iba una dama de antifaz, y dijo Manolo, á mi espalda:—Esa es la Ginesa! y quedéme pensando que seria una artista ó cosa asi, pues los hombres se guiñaron el ojo.—¿Y en Palermo? si va todas las tardes... una rubia de precioso perfil, siempre de gris ó de negro, con unos sombreros para morirse de envidia; se recuesta en un almohadón de felpa, lleva en las manos ó abandonado negligentemente en la capota caida de la victoria un ramo de flores, y al lado una perrita de estas de hociquillo negro, con manta de terciopelo y la letra *G.* bordada en seda...—¡Claro! la conozco, ¿esa es la Ginesa? caballos negros ¿verdad?

cuántas veces le he preguntado á mamá y mamá se ha hecho la sorda ó me contestó: no sé! de veras, es muy hermosa!—Pues el primito está metido con ella hasta las cejas; dice Jacinto...

—Y si imitáis á María inmaculada, seguía el reverendo dando vueltas alrededor del tema como la mula de la noria, si como ella sois recatadas, pulcras, hacendosas, modestas, humildísimas, y del hogar hacéis un templo, de la virtud un culto... Bernabela se agachó para oir mejor lo que decía Jacinto:—Este padre con su sonsonete no nos permite hablar; vamos á ver ¿qué cuenta Esteven del buena pieza de mi primo? amigo suyo es, guardador de sus secretos, testigo y hasta cómplice de sus trapisondas, de modo que verdad será cuanto él dice.—¡Vaya! si no cabe duda... dame una hebra de hilo: con este corchete acabo el babero.—Pero, no el cuento; toma.—¡Gracias! dice Jacinto que Gaspar conoció á la Ginesa en un baile de máscaras de la Ópera...—Gaspar en un baile de máscaras! y se confiesa y comulga!!

—Por lo mismo: las carga con el diablo y luego se golpea el pecho: *yo pecador*. La conoció en el baile, y fué á visitarla...—¿Así, sin más preámbulos?—Hija, puede que los hubiera: una presentación de tarjeta, una carta... ignoro, como tú, el ritual que se estila en la corte de estas semi-diosas ó diablas de cuerpo entero... la visitó, pero había un viejo!—¿Su portero, que no le franquearia el paso?—No, un personaje, con mujer, con hijos, con nietos...—Si, comprendo: fiate de los viejos!—Un señorón, anciano respetabilísimo, que á su familia quitaba el pan de la boca para mantener á la bribonaza.—¡Qué peine tan venerable! dime, dime su nombre.—Acércate... *(con igual movimiento que antes)*.—¡Ay! increible parece! ayer mismo me encontró en la calle y me dijo: señorita, muy honroso será para mi que me incluya usted entre los subscriptores del *Costurero*... y contemplando sus cabellos blancos y su patriarcal magestad, viniéronme tentaciones de besarle la mano.—Si se la hubieras besado, ganas indulgencia, de fijo! pues, adivina

lo que hizo Gaspar.—Le pediría disculpa por haber entrado sin su permiso.—No.—Se pegó con él. —Tampoco: hizo que la diabla le despidiera, prohibiéndole volver á poner los pies en la casa.—¡Muy bien hecho!—Mal hecho! Jacinto afirma que Gaspar se ha portado como el más infeliz de los novatos, porque siempre ¿sabes? estos señores respetables prestan excelente sombra, y cuando se cuenta con uno así... en fin, yo no lo entiendo, pero es lo cierto que quien ahora sostiene el boato de la Ginesa es tu primo, el único *pagano*. Por supuesto, que se le comerá por sopas: caer un chiquillo de estos en manos de una tragantona así, es la fábula en acción de la serpiente y el pájaro, la astucia que hechiza y devora á la inocencia.

La voz del reverendo, ya ahuecándose, ó adelgazándose, según el periodo más ó menos enfático, resonaba en la sala cual incómodo trompeteo: — *Sursum corda Dominum nostrum*, elevad vuestros corazones al Señor, hijas mias, y decidle: Señor, dignaos contemplar á vuestras siervas: ved aquí nues-

tros corazones, lirios de los valles que jamás conocieron la impureza, donde la monstruosa y repugnante oruga del pecado no osó posarse aún... – Prefiero la diabla á cualquiera otra rival, pensó Bernabela al compás del áspero crac de sus tijeras, si fuera una á pretender marido como el lirio de que habla el padre, lucidas estábamos! dicen que sino de joven, de viejo... que la corra ahora el Gasparito, que Dios sabe los dolores de cabeza que me aguardaban recibiendo de mamá Paula su niño Jesús sin mancha de pecado... Flora estará diciendo: rabia! rabia! y creerá que me ha traspasado de pena con la noticia: al contrario, estoy contenta y orgullosa; un novio *tilingo* desacredita, pero uno *vivo* así, que enamora cortesanas y desbanca personajes, porque tiene y porque puede, es muy *chic!* nunca soñé que fuera el primo capaz de semejante gracia. — Bernita, insinuó la de Soto con fingida benevolencia, mira, dispénsame, por haberte contado estas cosas: si hubiera sabido que iba á afectarte tanto... —¡Qué esperanzas! contestó alegremente la

otra, en mi corazón no hay orugas, como dice el padre: de celos ni chispa! y ¿celos de qué? ¿de quién? allá se las arreglen los primos y las Ginesas! hacen bien en divertirse: al fin y al cabo, la vida es muy aburrida, y sin estos entreactos... envidio á esa Ginesa! hermosa, festejada, disputada, juega con los hombres como una gata con los ratones, les llama, les despide, les explota, se burla de todos, no quiere á ninguno, y es libre, libre! no la ahogan estas ligaduras sociales que hacen de una señorita un *bibelot* preciosísimo, destinado á llenarse de polvo en el escaparate, si el que pasa lo encuentra caro ó no le gusta; ligaduras que no permiten moverse, y ahogan hasta los latidos del corazón... La apolillada virgen, más con los ojos, donde se leia un amargo poema de desengaños y sofocadas luchas de instintos y conveniencias, que con los labios, apoyaba tristemente:—¡Es verdad! es verdad!!—Si callé, no es por pena, repuso Bernabela, pensaba ¡mira tú... que hace frío en esta sala, y como no pongamos *chuberskys*, vamos á

helarnos: estamos en Mayo! y que esto no sé qué forma tiene ¿es una camisa ó un saco? —Da lo mismo... venga otra hebra *(animándose)*, pues, como callaste, así, de pronto, me dije: he hecho mal en contarle á Bernita... —¡Tonta! ¿por qué? á mi me gustan mucho esas historietas con bastante pimienta.—Entonces allá va otra narigada.—¿Siempre del primo y la Ginesa?—¡Claro!—Escucho...

Machacando sobre aquello de los lirios, «perfumado ramillete, cuya vista recreará al Señor y á sus ángeles», seguia el padre Copo; y á Flora se le ocurrió decir, levantando el tono, que de tanto manosearlo bueno iba á quedar el ramillete, lo cual provocó irrespetuosa hilaridad en el grupo de las vecinitas; y Angela Estéven, ahogándose, hubo de cubrirse la cara con el pañal que cosia.—No te ocupes de la plática, observó la de Paso, yo le oigo como quien oye llover: insulsas gotas de agua, que adormecen. Veamos la posdata de tu historia.—Le haremos una segunda pata de gallo al babero; hay que darle á la aguja y á la lengua... sino

¿qué diría el padre? nos acusaría de perezosas, que no nos ocupamos de tirar de la cuerda: ¡sursum corda! he aquí la posdata de mi cuento: era una tarde...—¡Ay, qué principio tan interesante!—Si, hija, una tarde tan nublada, que amenazaba obsequiarnos con un buen chaparrón: así y todo, como teníamos con Angela dispuesta una sorpresa en Palermo, nos metimos en el cupé cerrado, y andando. En el camino, cerca de la Recoleta, zás! un antiguo pretendiente mío, que yo desdeñé por tonta y coqueta, hablando misteriosamente con una Ginesa de plumaje equívoco... Angela se frotaba las manos:—¡Verás! esta es la hora de las citas; nos vamos á divertir. Yo quería bajar las cortinillas, pero no me lo consintió: — La gracia está en que se sorprendan y confundan, en la cara que ponen al sentirse descubiertos. Mi *ex* hizo una mueca, cuando asomó Angela desvergonzadamente, que me inspiró grande lástima su turbación... Y á poco la victoria de la Ginesa, tan elegante que no le quitábamos ojo. ¡Qué mujer! si parece una

reina! tiene una boquita que va brindando besos... de negro, con dos rosas en el cinturón de gró, y el ramo arrojado caprichosamente á sus pies... no sé, hija; la verdad es que poseen estas pájaras algo que á nosotras nos falta, cierto aire, cierta desenvoltura, cierto aplomo, cierto encanto... Angela me decía:—¡Si yo fuera hombre, haría muchos disparates por esta mujer! Entre tanto, ni la sombra de Gasparito; pensábamos que la estaría esperando en alguna avenida extraviada; nuestro cupé siguió hacia las Palmeras y la victoria dobló á la derecha. No fuímos detrás, por no espantar la caza; recorrímos las Palmeras solitarias, bajamos hasta el río y en una avenida perdida ¡catapluni! la victoria inmóvil y Gasparito á caballo... Caían algunas gotas, y asimismo, este barrabás de Angela se empeñó y porfió que habíamos de dejar el cupé y caminar un poco; ya adivinarás su pérfida intención: pasar delante de Tejera y correrle de vergüenza. Dicho y hecho: enfilamos, á pie, por la calle de acacias, y cuando Gaspar,

riendo con la otra, se volvió al rumor de nuestras pisadas en la arena, tropezó su vista con nosotras y se puso... se puso de mil colores...

—En el nombre del Padre, rezongaba el padre Copo... terminada la santa tarea, saludemos á María con las palabras del Angel, y digamos: Dios te salve...

Bernabela doblaba su labor, encerraba los útiles en el estuchito de sándalo, y mientras las demás, en coro, cantaban, distraidas, la oración, murmuró:—Ni es un saco, ni una camisa lo que he cortado: es un sayo para mi primo Gaspar, pero no se lo pondré yo... ¡se lo pondrá, oportunamente, mamá Paula!

V

Logia, la madrileña, acabó de alzar los manteles, puso sobre la mesa un tapete de vieja tapicería imitada y en el centro la jardinera de *christofle* con tristes flores artificiales; trajo el servicio del café, marchóse y entró de nuevo ¿había bastante leña en la chimenea? porque hacía un frío de soplarse los dedos! frío glacial en día de San Isidro ¡qué curiosa es esta América!—¿Verdad usted, señorita? usted debe de saberlo por su mamá, que es compatriota de la Pilarica, y habrá estado alguna vez en mis Madriles. Pues, á estas horas, estará la pradera echando lumbre, con cada *tío vivo* que es una bendición... ¡qué sol! ¡qué alegría!

merenderos por acá, organillos por todos lados... ¡qué recuerdos me trae el Santo! ¡ay, Españita de mi alma! La perrilla se impacientaba, mirándola desde la puerta, con orejeo nervioso y gruñidos sordos: —¿Qué haces, charlatana? ¿no has concluido todavía? te espero! ahora nos toca á nosotras llenar el buche... — ¡Allá voy! ¿han visto ustedes? no da respiro...

Salió del comedor, y al rezongar de la Negrita sucedieron chillidos jubilosos y volatineos.—¡Vamos! exclamó Lía destapando el azucarero, creía que iba á darnos una relación completa de la fiesta del Santo! en hablando de España, ya tenemos cuerda para rato... ¿cuántos terrones quieres, niño mío?— Dos, ó tres, contestó distraido Gaspar, que con un codo sobre la mesa, seguía los movimientos de Lía, ocupada en servir el café: el ir y venir de su mano blanca, cuajada de brillantes, que centelleaban á la luz del gas, como las dos gotas de agua, *solitarios* de precio, que el sonrosado lóbulo de sus orejas esmaltaban; y pareciale tan hermosa con

aquel desabillé azul pálido, que sentaba á maravilla á su tez blanquísima... sonriendo, extendía el brazo.—¡Alto ahí! dijo la joven soltando la risa, si me tocas... ¡no me toques! harás que derrame el café ¿ves? ya cayó en el platillo... ¡manos quietas! Pasó la jícara servida, y armado cada cual de una cucharilla, revolvían, en silencio.

—Ahora, un buen cigarro, un puro, te vendría al pelo, repuso Lía; es tan *chic* el hombre que sabe fumar! y á mí el olor del tabaco me agrada.--Si quieres, aprenderé, contestó Gaspar.—No, no: te parecerías á los otros, y tú eres único en el género... ea, manos quietas! que me viertes el café... ¡ah! niño revoltoso! ¿sabes que hoy hace cinco mesesitos que nos conocimos?—¿Sí?—Si señor; fué el 15 de Diciembre, en el baile de la Ópera... es decir: como conocimiento, ya sabía quién eras; mi vecino, el señor Tejera, buen mozo, muy serio y muy católico, que no tenía ojos sino para mirarse al espejo, sin duda, porque no veía que en un balcón de enfrente, se mostraba una joven no fea,

según el común decir, que le enviaba mensajes discretos, pero apasionados, con la sola mirada, siempre fija en el desdeñoso que salía ó entraba: ¡me gustas! ay, cuánto me gustas! y en el paseo ó en el teatro, contestaba á tu indiferencia con la misma declaración muda: cegatón de mil demonios! atiéndeme, que me estoy muriendo por tus pedacitos! nada. Me pareciste un chico corto de genio, sin despabilar, de estos que quieren y no se atreven, medio atontados aún por el calorcito de las *polleras* maternales (pensaba que tu hermana era tu madre); y mi simpatía creció más... porque expresabas en tu fisonomía cierta timidez aburrida, y á veces azoramiento del que pisa tierra extranjera. ¡Pobrecito! era á mí á quien buscabas! y estábamos tan cerca! quien te comprendiera, y entretuviera, y acariciara, y adormeciera, porque tú eres un niño grande al que no puede dejarse sin andadores, y sin ama seca que le vigile... ríete! que te pones más guapo cuando te ríes. Sí, sí; la mamá Paula, viendo que no podía sacar de tí un

clérigo, te echó solito al mundo, sin guía alguno, para decirte luego, si tornabas aporreado ó gimoteando: tú lo quisiste, tú te lo tén. Andábamos, pues, tú por esas calles, como niño perdido que ignora su domicilio, y yo, pobre mariposa chamuscada, perseguida de moscones y remordimientos, cuando tropezamos el uno con el otro en la Ópera... —¿Te acuerdas? interrumpió Gaspar alegremente, estabas vestida con dominó de raso blanco y lazos verdes, y una coraza de brillantes, sí, sí, una verdadera coraza... llevabas antifaz de terciopelo, que permitía ver tu boca y la barba: ibas del brazo... — Del Moscardón, del vejestorio aquel; tú estabas con Perico Trujillo.—Sí, y cuando venías hacia nosotros, Trujillo me dijo: mira, qué mujer! es la Ginesa; admirándome yo que te conociera, disfrazada.—Todos me conocían, tonto; todos, menos tú, que me tenías de vecina... adelante: llego cerca de tí, y en ese momento abrías la boca... — Para bostezar, es cierto; y tú también la abriste. — Para decirte... ¿recuerdas? para decirte, así,

de escopetazo: eres el hombre de mi pasión!

—Te seguí... —Me seguiste, y el Moscardón comenzó á escamarse: se volvía, me interrogaba, apretaba mi brazo groseramente: ¿á quién has dicho eso? ¿á quién? ¿á quién? Le hice creer que á Trujillito: como es tan botarate, he querido darle una broma. Pero, la bromita le sentó muy mal al Moscardón.—Y á mi, de perlas!—Ya, ya: vanidosillo! en eso todos sois iguales los hombres! aunque seais unos esperpentos... que levante el dedo aquel que, en su vida, no se haya creído realmente amado por su buena cara!—¿Me engañé yo entonces esa noche? preguntó el joven ligeramente atufado.—No, tontín, digolo en general: filosofías mías aprendidas en el libro verde de las aventuras, triste práctica que deseara no conocer... ¿quedamos?— En que me hiciste tragar... eso.—No, en que el Moscardón estaba furioso: yo le invité á ir al *foyer* para refrescar, y él, por escapar á tu persecución, aceptó: nos instalamos en una mesita... —Y

yo en la próxima.—Y tú en la próxima, lo cual redobló el furor de mi avechucho: nadie, que no lo haya sentido, puede imaginar el placer que se experimenta haciendo rabiar de celos á un bicho de estos, cuyos besos babosos repugnan, obligada á aceptar los gajes de su amor senil; si no le dió un ataque á la cabeza aquella noche, libre está de morir de apoplegías, porque mira que le quemé la sangre! primero, me senté frente á tí, y él pretendió que cambiara de lugar! pero no cambié... luego, me quité el antifaz, para que me vieras bien y comprendieras que me merecía cualquier cosa... —Estabas divina! —No estaba mal, no: en un espejo me miré y noté que el capuchón me caía con mucha gracia, y como la emoción de mi aventura me daba su poquito de color... en fin, que decía para mí: á ver cómo me encuentra mi adorado nene, ¿habrá que regalarle un par de lentes? El viejo, entre tanto, pasaba las de Caín: cuando le trajeron su grosella, le supo á demonios, y era que la hiel le amargaba la boca, pero él lo achacó al

brevaje, llamó, pagó y me mandó marchar á casita : basta de baile, señora ! para baile el que llevo dentro. Nos levantamos.—Quise seguirte, otra vez... —Y yo te supliqué, con los ojos, que no: te di á entender, y tú lo comprendiste, que el Moscardón estaba muy excitado y podia mordernos. Después... —Saliste tú por un caminito y yo por otro... y al dia siguiente nos encontramos en Palermo : ya te conocia ! aquella frase de la Ópera fué la flecha que dió en tierra con mi timidez : me sentí hombre y hallé fuerzas dentro de mí desconocidas... me volví audaz.—Si, y como todos los niños que ensayan sus primeros pasos, confiaste demasiado en tu agilidad, y sin medir distancias ni prever obstáculos, quisiste adelantar de un tranco solo y caiste de bruces.—Tú me recogiste en tus brazos, Ginesilla !—Cuando te oí llorar... aquella carta tuya fué un disparate, una chiquillada : debiste entregármela en Palermo y no mandarla aquí : el primero que la leyó fué el Moscardón. — ¡Peor para él ! — Peor para mí ! me armó la escena hache, me in-

sultó, amenazándome con que «el hombre de mi pasión iba á costarme muy caro». Le despedí, colérica, quemando mis naves en tu obsequio... y más chiquilla que tú, contesté con otra carta, en que ponía al vejestorio de odioso, repugnante, miserable, infame, verdugo y otros calificativos menos suaves... —Esa carta no la recibí.—¡Claro! la recibió él! manejos de mi fiel Logia, sin duda... imaginate! después de esto el diluvio! pues, nada: la paz, la sumisión completa, el acatamiento de mis caprichos, de todos, de todos, incluso el de quererte! ¡ah! los hombres! y los viejos!! tembloroso, llorando casi, arrastrándose á los pies de la Ginesa: acepto tus condiciones, las más duras, las más humillantes, pero no me prohibas que te vea, no me cierres tu puerta! Y contemplando aquella cabeza blanca que se sometía á mi voluntad suprema, pensé que la ancianidad no puede inspirar respeto, si las pasiones no se han helado antes, como las canas.

Contraídas las cejas, Lía calló un momen-

to; y no se escuchó más que la música de las cucharillas; Gaspar sorbia el café, mirando los bonitos bodegones litografiados, que sobre la pared revestida de papel caoba, ponian una nota pantagruélica, exhuberante de color... — Firmado el convenio, repuso Lía, entraste, al fin, con todos los honores del vencedor: se te recibió bajo palio, y las campanas de mi corazón se echaron á vuelo... porque yo tengo corazón, ¡niño mio! al perder la inocencia, no supe arrancarmelo, como algo ya inútil y perjudicial, testigo vijilante de locuras y extravios, con el cual es peligroso lanzarse en la enmarañada selva de la vida cortesana... así como para echarse al agua, hay que quitarse la ropa, para hacer... ciertas cosas, hay que desnudarse de todo afecto: decir á éste, que con sus golpecitos, cada segundo nos previene «aquí estoy yo»: ya lo sé, pero te advierto que, en adelante, debes ser mudo, sordo y duro, como la roca; nada de ternuras ni mieles; ¡el placer por el oro! es tu divisa; si llegare á vencerte el amor, ay de tí! destroza sin com-

pasión, explota sin caridad, vive, reina y triunfa sobre las ruinas de la felicidad y la fortuna ajenas!... no, niño mio, ¡no supe hacer esto, y dejé que se prendiera el mísero en las redes de tu cariño! y una vez prendido, aún sabiendo que, corazón de cortesana, no tiene derecho de querer, ni debe querer, por debilidad mía imperdonable, consentí en que mi amo y señor, que se sentía incómodo con la compañía impertinente del Moscardón, le cogiera por las alitas y le echara á volar.—No, que le echaste tú, rectificó Gaspar riendo.—¡Yo, si, acúsome de tal yerro! le eché y él se fué por esas escaleras zumbando de cólera, después de suplicarme y soltar algunas lágrimas: ¡señora, esto no era lo convenido! No será, pero sí mi gusto. Y no cediendo á las razones, casi me ví obligada á tomar un plumero.

—Tienes unas filosofías muy negras, dijo Gaspar con seriedad, ¿por qué llamas yerro y debilidad imperdonable y otras zarandajas?... — ¿Por qué? interrumpió la joven amargamente, ¡porque esto no puede durar!

—¡Ah! hizo el otro. Dejó la taza, y mudo, con expresión dolorosa que no sabía disimular, quiso decir: ¡Explícate, explícate! — No puede durar, continuó Lía, no debe durar... ¡no quisiera yo que durara! Lo mismo que el niño á quien quieren arrancar el juguete que guarda en la mano, sonríe y hace pucheros, alternativamente, según piensa ú observa que va de burlas ó veras, la fisonomía de Gasparito expresó la pena, la sorpresa, el espanto, la esperanza y la alegría.—Oye, Ginesilla ¿qué es eso? ¡para broma, la encuentro muy pesada! ¿por qué no ha de durar? ¿por qué no quisieras que durara? si repites tamaña barbaridad, me parece... no sé, ya me saltaron las lágrimas ¿ves? ¡qué imbécil! me daría de puñadas: el pinchazo más flojo á mí me hace el efecto de una lanzada. Soy una sensitiva ridícula; no lo puedo remediar. ¡Buena salida! ¿te hallas mal conmigo? ¿qué te falta? ¡así juntitos, Ginesilla! ¿quién vá á separarnos? tú, libre ¡yo, libre! mamá Paula, que algo husmea, sin duda, nada me dice... y aunque dijera: soy mayor

de edad, soy un hombre, dueño de mis actos y de mi fortuna... ¡nadie me lleva de las narices! y si fuera menester, te defenderé contra la sociedad entera... cada día mejor me pareces, Lía, y ¡si llego á compararte con las muchas Bernitas que por ahí se zarandean, aún más, aún más! Cierro los ojos sobre tu pasado, que deploro, también los cierro sobre el porvenir, que no me importa; sólo los abro para contemplar el presente: la buena amiga que la suerte me ha enviado, compañera de mi soledad, alivio de mis tristezas... ¡ay, Ginesilla! he cambiado mucho yo y el mundo para mi ¿á quién lo debo? ¡á tí! ¿pues á quién entonces? ¡tú lo sabes! y por mortificarme me anuncias cosas tristes... mira, ¡qué bien se está aquí! afuera la lluvia y el frío; aqui la chimenea encendida, y los dos juntitos, juntitos...

Cariñosamente, apartó las manos de Lía y la besó en la boca. Ella le rechazó, con dulzura.—¡Vaya, que estamos hechos un par de tontos! exclamó secándose los ojos, sensiblerías tan dañinas, como la enfermedad

más contagiosa. Piensas que con negarse á ver la realidad, no la verás... pues, si, aunque te pongas una venda. Y esto no puede durar, porque ó tú te cansarás algún dia (no muevas la cabeza!) ó no te cansarás, y en los dos casos, el mal para mi es inmenso, por eso mismo que antes te decia, porque te quiero! y en el segundo, que no te cansaras, aún peor para ambos, para ti porque perderías consideraciones, carrera y porvenir; para mi, por pesarme la responsabilidad de habértelo hecho perder. Tú has cambiado, dices ¿y yo, niño mio? ¿qué resta de la soberbia y festejada Ginesa? tan sólo la vergüenza! tú me has convertido, Gaspar! Óyeme: al principio, banal confesión é inútil, me sedujo, al par que tu figura, la fama de tu fortuna: buen bocado para cualquier Ginesa un novatillo cargado de oro! Te busqué, con las peores intenciones, te conocí, te traté... y ocurrióme lo que al ladrón, que entra en sagrado á robar el cáliz cuajado de pedrería, y al poner sobre él la mano sacrílega, voces que salen ó de su con-

ciencia ó de las santas imágenes que en los altares miran su mala acción, le turban, le confunden, le anonadan y paralizan. Cuando te vi, inocentón y candoroso, antes que explotarte sentí el ansia de protegerte; me aficioné á ti, y sin darme cuenta, me enamoré... convengo en que esto te parecerá algo romántico, pero es cierto, cruelmente cierto! y allá va, sin reparo... la realidad es mas romántica que lo que muchos creen!

—¡Transformación extraña! prosiguió Lia dominada por aquella comezón que ya otra vez (cuando su hermano Cándido la sorprendió con su visita) habíala asaltado, de vaciar en oído amigo sus penas íntimas... más extraña! cuando recuerdo lo mala que he sido! quiero decir: las maldades que he cometido, porque mala en el fondo, no, no: la escuela en que me educaron, era tan cristiana como la tuya, mi madre ¡pobrecita mia! tan santa como tu hermana; á mi alrededor no había sino ejemplos de virtud: un día, día ya muy lejano, me vi vestida con el manto azul y la corona de la Purísima! pero, den-

tro de mi existía el germen de la vanidad, que ni la educación, ni los consejos, ni el ejemplo, ni las lágrimas de mi madre, ni el temor de la caída, ni las resistencias del pudor, pudieron sofocar; y con la edad, el germen creció, convirtióse en un monstruo que me tapaba los ojos, que me tapaba los oidos, para que no oyera y no viera sino lo que él quería: las ideas que me inspiraba eran de odio al trabajo, de asco á la pobreza, de desprecio á mi condición humilde. Otras veces te he contado el trasplante á la tienda de mis tíos: ¡esto acabó de perderme! sin la oficiala Palmira, puede que estuviera todavía al lado de mi madre, más pura que un rayo de sol!... pero, ¿á qué achacar á nadie mi perdición? No fué Palmira, sino la vanidad colosal que me mareaba. Volví á Las Piedras, ya con el contagio sin remedio... ¿Te acuerdas del motivo de mi vuelta? brusquedades de mi tía Sabina, que bien pudieron salvarme! no, no me salvaron: luché, lloré, recé, trabajé hasta rendir el cuerpo; quería ser buena, y Dios sabe cuántas y cuántas veces

le he dicho: Señor! si yo quiero ser buena, escuchar á mi madre, imitarla, darla gusto á ella y ejemplo á Carmela, pero, si no me ayudas á arrojar de mí este demonio que me impele á hacer lo que no debo y no deseo hacer, no podré, Señor! El destino fatal se cumplió. Tenía que ser mala y fuí mala!

Escuchábala Gaspar, silencioso. Y ella, jugueteando con la cucharilla, dejaba que el café se enfriara, sin probarlo.—Tan mala, repuso al rato, que huí de mi casa, sin pena ni remordimiento: nada, hijo, nada, como no fuera el deseo de llegar pronto aquí y hartarme de lo que me tenían prometido; arrancar de mí lo que yo llamaba el hábito de la miseria, y emperifollarme ante el espejo ¿cómo me sentarían las sedas? ¿qué tal un collar de perlas? si dijera que sentí gana de llorar, abandonando á mi madre y á los hermanos, mentiría, sí, mentiría; ni pizca! ¡mira tú si estaba ciega! cuando, en el tren, ví por vez postrera, la casita, se me ocurrió un pensamiento diabólico: que era ridículo

pretender encerrar en jaula semejante á una princesa como yo; ¡princesa! ni más, ni menos. Supongo que si se cae de una altura muy grande, el dolor del golpe no debe de sentirse sino después de dar en tierra: aturdimiento á causa de las volteretas y luego la sensación penosa del porrazo; me di cuenta de mi situación y desperté de mi embriaguez el día que el autor de mi perdición, me plantó, aburrido, diciéndome: á otro ahora, que ya tengo bastante: aliviarse y buena suerte. Y Palmira, la infame, recalcó: hija, tú dirás... sin editor responsable, no quiero lios en mi casa. Al uno le insulté, pegué á la otra una tunda, y me tiré de cabeza al mar sin fondo del vicio: hay quien no reaparece más, devorada por ese tiburón de la desgracia, el hospital; otras si, para agarrarse al cable del arrepentimiento; otras sobrenadan, y la corriente las empuja, y el viento las favorece, hasta que una ola las ahoga; muy pocas salen á la orilla... ¡yo salí! ay, niño mío! no podría contarte mi viaje pavoroso, las

peripecias y los percances de estos tres años, los altibajos de mi vida aventurera! la holgura y la escasez, el llorar y el reir, el desengaño y la esperanza, hoy reina, con palco y coche, mañana juntando centavos para la compra. Y esclava siempre, bajo el capricho del amo transitorio; obligada á ser grosera con el grosero, alegre con el alegre, triste con el taciturno, á gustar del vino con el borracho, con el fumador á no hacer ascos del cigarro, á mentir, á engañar, comedianta que disimula enfermedades y dolores, para que ría el público que la paga. ¡Qué horrible vida, Gaspar! pero algo salvé en medio de la tormenta... tú habrás leído de aquel poeta que, en un naufragio, luchando con las olas, mantuvo sobre su cabeza precioso manuscrito, y si él libró de la muerte, tampoco pudo el agua destruir su poema inmortal..., pues yo, como el poeta, he salvado algo que no dejé manchar: mi corazón, niño mío! al que no ha alcanzado la menor salpicadura, tan puro como cuando salí del lado de mi madre. Moneda sin valor para los zafios que

anteriormente le desdeñaron, ha caido en tus manos y has sabido apreciarle... por eso te quiero, Gasparito! y también porque, al contacto tuyo, relatándome tu infancia católica, yo, educada en la devoción de la Pilarica, he visto revivir y florecer mis antiguos sentimientos... siguiendo la ley de mi triste estado, soy buena con el bueno, pero con satisfacción hondísima. Ahora, Gaspar, no podria ya ser mala: ¡tú me has curado! por eso, cuando pienso que... esto no ha de durar, me viene el arrechucho de santificar mi vida, arrojándome á los pies del primer padre Clavel que encuentre... y si deseo que no dure, es porque, mientras estemos juntos, soy mala yo y hago que tú lo seas, y los dos ofendemos grandemente á Dios!

El joven parecia turbado; con la mano de Lia entre las suyas, suavemente la quitaba los anillos y volvia á ensartarlos, distrayéndose con los chispazos de la pedrería:—¿A dónde vas á parar? ¡qué humor de predicadora te ha entrado! te pareces á Paulita, que no dice dos palabras sin subirse al púl-

pito. No te discutiré que si negro, que si blanco: pon todo lo negro que quieras... pero, no me da ahora la gana de bajar á mi conciencia y remover trastos; á Dios no le saquemos del cielo; él sabe á qué atenerse, y no necesito decirle: ¡Señor, mira mis manos, sin mancha de sangre; yo no he robado á nadie, ni asesinado á nadie, ni hago daño alguno! El firmamento no va á hundirse, ni á perecer el mundo, porque tú, Ginesilla, y yo, nos amemos, ni nuestras almas irán al infierno... acuérdate de la Magdalena, ya que de Magdalena presumes.—*Soflismas*, ó sofismas, ó como se diga, cuando uno arregla las leyes divinas y humanas á la medida de su capricho, y las presenta talmente que la mentira parece verdad; ¡eres un trapacero! ¡ay si llegas á entrar tú en las órdenes! ¡buen clérigo nos dé Dios!—Pues, no, que hubiera sido un modelo... no sé engañar, y como los colores me salen á la cara por el motivo más pueril, cuanto pienso ó siento lo desembucho; no me consideré capaz de ser clérigo, es decir, perfecto, y me reduje á

ser hombre... pero, cuéntame, ya que te ha dado esta noche por sacar á orear tus pecados gordos ¿se ha enterado tu madre de las hazañas de su hija la princesa?

—¡Mi madre! pobrecita mia ¡cuánto la tengo hecho sufrir!... lo que se llama enterado no, mas como no se chupa el dedo, abriga sospechas y dudas; verás: después de mi escapatoria, me buscaron por el pueblo y se vino Cándido á la tienda de los tios; el tio Terencio dijo: ¿á mi qué? ¡allá ustedes! y la tía Sabina se alegró mucho del suceso: ¿no os lo anuncié? á buen ojo y á mejor olfato... Fueron el hermano y el tio á dar parte á la policia, pero el Diablillo Tentador era primo ó pariente de un tal comisario, y se arreglaron de modo que no se descubriera su escondite. Palmira, la celestina, le traia noticias frescas cada tarde: que el to dice que si te encuentran, irás á los Ejercicos per secula seculorum; que Cándido se marchó ya, que Dª Reveriana vendrá á buscarte. Cuando le aseguraban que vendria su madre, lo poquito de bueno que en el fondo del

alma le quedara, como poso de un vaso cuyo líquido se vertió, se le removía y entrábale el ansia de correr á pedirla perdón... —¡Mi madre no vino! cayó enferma, herida por mi propia mano, y desde entonces, la mitad del año se lo pasa en la cama, suspirando, quejándose de algo que el médico no atina á curar; por dos veces ha recibido ya la unción... ¡Dios mío, Dios mío! *(llorando)* ¡tú dices que no iré al infierno! si, que iré, porque lo tengo muy merecido ¿hay algo sobre la tierra más sagrado que una madre? ¿y qué he hecho yo con ella? la abandoné, la deshonré, la maté... si, se morirá, ¡según Cándido, está tan viejecita, á los cuarenta y cinco años!

Desde Montevideo, donde la llevó una oleada de su suerte, la escribió por primera vez: —No me habia atrevido antes... la escribí á los dos meses de mi fuga, y supe urdir un enredo bastante verosímil y fácil de tragar; que servia en calidad de señorita de compañía al lado de una familia millonaria, que me trataban y pagaban muy bien, y como prue-

ba le mandaba algo en billetes, prometiéndola hacer lo mismo cada mes, mientras me durase tan ventajoso cargo... ¿Recibiste tú la contestación? yo tampoco; ni una línea, ni un indicio siquiera que mis cartas llegaban á su destino. Sin embargo, continué escribiendo todos los meses y enviando la cantidad fijada, hasta que me vino un acuse de recibo de letra de Cándido, con muchas gracias, noticias banales y abrazos «de tus hermanos»; de mi madre, nada. Corrieron los meses, las alternativas de mi vida azarosa me obligaron en más de una ocasión, á privarme de lujos... y de necesidades, á partir mi pan, tan amargamente ganado, para servir esa deuda sagrada; volví... y mi madre siempre sin ablandarse. Deseos de verla, sufrílos vivísimos; soñaba con quitarme las galas de princesa, vestir nuevamente *el hábito de la miseria*, el humilde trapillo de mis días honestos, la falda obscura, la mantilla medianeja, y dentro de una cesta meter comestibles superfinos, de que yo harta estoy, y ellos, pobrecitos, no han catado

nunca... figúrate, ¡la Ginesa con traje tal! un coche, al tren, y seis horas después en Las Piedras. ¡Cosa más fácil! qué cosa tan difícil, sin embargo! arrancar las galas, bien podía y sustituirlas por prendas modestas, pero... el tinte del pelo, la suavidad de la piel, la elegancia aprendida, el nosequé de mujer mundana ¿cómo disimularlo á los ojos suspicaces de una madre, que sospecha? No me atreví, no me atreví, y pretextos me sobraron para excusarme de una visita penosísima. Entre tanto, ya comprenderás: temía que el día menos pensado se me apareciera mi madre, ó Carmela, ó Cándido, y la idea de esta sorpresa peligrosa me martirizaba;... ¡ay! ¡en un tris estaba! El que vino fué Cándido. Pero Cándido es un excelente muchacho: no le oculté la verdad y me compadeció; guardará mi secreto bajo siete llaves. Que dotranquila... Me contó de la madre... es muy aragonesa mi madre! voy á mostrarte la carta que Cándido me escribió dos dias despues de su visita... no vayas á reirte, ¿eh? el pobre no es muy leído, detesta los li-

bros... — ¡Como yo! interrumpió Gaspar con burlona franqueza. — Como tú, pero escribe peor; unos garrapatos... en cambio, talla la madera primorosamente.

Se levantó, salió del comedor; y Gaspar entreabrió el postigo del balcón, para ver qué tal noche hacía, y lo cerró de golpe, molestado por el airecillo que se colaba. ¡Qué noche! fría, lluviosa, inclemente, propia para pasarla cerca del fuego y del cariño, como gato mimoso y socarrón. Lía volvió, trayendo una carpeta de felpa roja, muy coquetona: — Mira la carta, pero cuidado con burlarte! Gaspar se acercó por detrás, cautelosamente, y mientras ella urgaba entre los papeles, rodeó su cintura y la besó en la nuca.— ¡Déjame, pillo! exclamó riendo la joven, manos quietas ó te tiro de las orejas; ¿vás á dejarme? — Bueno, bueno! — Siéntate. — Ya me siento.—Más lejos, porque sino me vendrán tentaciones, no de tirarte de las orejas, sino de mordértelas...

La carta, que necesitaba ser descifrada, cual si estuviera escrita en árabe, decía al

tenor siguiente:—«Mi querida hermana: sabrás *de* cómo llegué aqui sin novedad y conté á la madre lo convenido; *lo cual que* no lo creyó, porque es muy larga y cavilosa, y todo lo consulta con el padre Clavel, que se fué»...—¿Quién se fué? preguntó Gasparito, el padre Clavel?—No, hombre, mi madre.—Como dice «el padre Clavel, que se fué»... ese *que* le pertenece de derecho al padre y no á la madre.—¡Vaya! no vengas con gramáticas ni literaturas; valiente maestro ciruela! si vuelves á interrumpir... no estará muy claro, pero se entiende que mi madre fué á consultar al padre Clavel, su confesor y el mío, cuando no era yo la buena pájara de ahora. Conque, adelante: «que se fué á preguntarle que qué haría del dinero, si gastarlo ó devolverlo, y parece que le aconsejó que...—Muchos *ques* pierde tu hermano.—Cállate y escucha... «le aconsejó que, ni gastarlo ni devolverlo, sino...—Dárselo á él, es decir, al padre.—No, á él no, á la iglesia.—Lo mismo.—¿Cómo lo mismo, señor presbítero? si le oyera á usted mamá Paula! qué

sermoncito cuaresmal tan merecido! y cómo se va corrompiendo su reverencia! no será por mis consejos... continúa la carta: « sino darlo á la santa iglesia, en desagravio de las faltas que pudieras tú haber cometido »...

Aquí Gaspar intercaló esta observación irrespetuosa:—Ese padre se me antoja un clavel doble, de estos reventones: mejor solución para un conflicto de conciencia...— « Haber cometido, repitió Lía leyendo; la madre muy católica es, pero también en el dar muy escrupulosa, y dice que lo pensará y ha echado otra vuelta de llave á la gaveta. Que el curita se guarde el dinero ó lo coma la polilla, aquí seguiremos de la cuarta al pértigo. Por hoy, no tengo más, querida hermana, sino el deseo de verte, que será en días mejores... etcétera ». Vaya con la madrecita mia! pues nadie la hará apear de su terquedad: la gaveta aquella debe figurársele un nido de sierpes!

Lentamente, se dirigió á la chimenea, acercó un sillon, sentóse, estiró los piecesitos hacia la llama bienhechora, y la carpeta sobre

sus rodillas, con los dedos peinaba la seda de la cubierta: — Entre tanto, repuso, tendrán frío en noches tan crudas y pasarán escaseces, mientras la Ginesa se regodea; la madre no quiere nada que de mi venga, y esto es lo que amarga mi vida. Mira, Gaspar, cuando tú te cases... El joven que, con las tenazas, removía el fuego, en cuclillas, se enderezó: — ¡Muy bien! dijo enfadado, ¿otra vez el sonsonete? ni que fuera yo un criminal, que todos se empeñan en condenarme á matrimonio perpetuo! tú también: cásate, cásate! mi hermana: cásate, cásate! mi tía con el gesto, mi prima con los ojos: cásate, cásate! Pues no he de casarme, digo! qué gracia... Hizo la mueca de antes, cuando oyó la profecía de que «aquello no podía durar», el pucherito de chiquillo regalón: —Si me tuvieras un pedacito así de cariño, no me aconsejarías semejante cosa! no, no, no me lo tienes... qué! ¿vas á hacerte monja, como mi hermana? hija, aliviarse, y no andar con tapujos ni rodeos. La frase pugnaba por salir, y la soltó inplacable: —Pero si es por despejar el cam-

po, para que otro ocupe mi lugar... — Malo, perverso, exclamó Lía afligidísima, sabes que no, que no: acabas de darme un 'atigazo injusto. Ven acá, Herodes *(cogiéndole por los hombros)*, tirano que no alcanzarás nunca á ver lo que hay en el fondo de este corazón: la cortesana ha muerto en mi ¿ entiendes? ha muerto y sólo queda la mujer infeliz que adora un imposible, algo que no tiene derecho de tocar con sus manos, que el remordimiento no ha acabado de purificar, y si purificadas llegaran á estar para Dios, para la sociedad, en la cual vivimos y cuyas leyes acatamos, llevarán siempre mancha indeleble; esta infeliz sabe que cuanto más el tiempo pase, más se aficionará al amado imposible, más se ata á él, y piensa, con doloroso espanto, en el momento que las conveniencias de la familia ó el simple tedio rompan para siempre el lazo ya tan apretado... ¡ qué congoja, que vuelco ! el hombre se sacude la levita y corre á otra flor, á otros amores ; la mujer, así herida, ¿ qué hace la mujer? en el propio interés, y en el interés

de su verdugo inconsciente, pide, suplica que las cosas no vayan más lejos, porque tiene miedo, mucho miedo que el « hombre de su pasión le cueste demasiado caro... » comprendes, niño mío?

El niño no quería comprender; huyendo de la mano cariñosa que le atraía, protestaba, con terca insistencia, de las sutilezas y « lentejuelas filosóficas » de su dulce amiga: — ¡Á mí no me vengas con dianas! en el teatro sonarán muy bien tus declamaciones, pero aquí, si á algo suenan, es á hueco ¿tan tonto me haces, Ginesilla? el niño Jesús ha echado barbas y una experiencia de muchas leguas... eso dices, porque no me quieres! si deseas lavarte todas las máculas, yo no me opongo: con tomar mi sombrero y no volver... Mas afligida aún, Lía repitió:—Perverso! lo mismo que revuelves el fuego con las tenazas, me atormentas... así no te dejaría marchar! de otra Ginesa tendría celos, de tu esposa no los tendría. Y para santa, necesito... Quiso decir: no verte! y no se atrevió, sofocando la amarga declaración con

un suspiro. Gaspar murmuraba:—Hija, muchas gracias; de todos modos, para soluciones el tiempo.

Callaron. La tormenta golpeaba en los cristales furiosamente; se oyó rodar un coche... —Apuesto á que mi tía Segunda con Bernita se marchan ahora, dijo el joven. — ¿Se quedaron á comer? preguntó Lía, vi que entraban á las cinco. Con sorna que no disimulaba, contó Gaspar que, al llegar á su casa, le tropezaron ambas en el zaguán: la de Paso dió un respingo y sus ojillos grises, con irradiaciones gatunas, se enternecieron; Bernabela afectó sorpresa y juzgó muy del caso lanzar un gritito interesante: —¡Ay, Jesús!... — Por supuesto, observó Lía burlonamente, que te pondrías más colorado!— Y tanto! me turbé y ya no di pie con bola: figúrate! hace un siglo que no voy á la calle Cangallo, y que la prima sabe... esto, como si lo viera: ¿crees que la sorpresa de Palermo no la han publicado las gacetilleras aquellas indecentísimas? y ¿conociéndola, crees que no llevarán el soplo á Paula y armarán

un lío del demonio? y si Paula llega á enterarse ¿qué la digo yo? ¿cómo me defiendo? ay, sólo de pensarlo... el encontronazo, pues, no me hizo maldita la gracia.

Dijo misia Segunda unas palabritas melosas : « felices los ojos », « vaya, aquí tenemos al muerto resucitado » y Bernabela fruncía los labios, descubría los dientes y su pensamiento, con la mirada picaresca, de soslayo: — Ah! señor obispo in-partibus, estoy al cabo de su secreto de usted: ya se lo diré á usted de misas! Y Gaspar, con arreboles de colegial en las mejillas, balbuceaba: — Nada, si no he podido... será para el domingo próximo; Paulita es testigo... Entraron, y la testigo de descargo se arrogó las facultades extraordinarias de juez supremo, condenándole sin admitir las circunstancias atenuantes, y entre las dos le vapulearon con rigor; Bernabela callaba, pero su risita guasona era muy elocuente: — Esto no es nada, primo : ya verás cuando yo abra el pico!

— Iban con la pésima y desacertada inten-

ción de quedarse á comer, prosiguió el joven, y cuando intenté escabullirme, Paulita dió el ¡ quién vive ! ¿ adónde vás ? ¿ quién te corre ? aquí no calienta el asiento este caballerito... Ella también le miraba con aire de desconfianza, como persona que se prepara á descubrir un crimen : — ¡Á mi no me la pegas ! tienes gato encerrado, y ¡ ay si te lo pillo ! Á los saetazos de las damas, Gaspar se revolvía picado, con escozor y turbación tales, que no encontraba la salida. Misia Segunda le acusó del gran delito de desamor hacia la parentela, y Paula remató la serie de cargos: — Está, hija... en fin, que le desconozco ; comer hoy con amigos ! — Escapé del avispero como pude, y cuando respiré el aura de la libertad, sentí que alas me crecian y subí tu escalera, Ginesilla, con una prisa y un contento...; déjame que te bese ! ¿ estas son las manitas que tienen *manchas indelebles* ? más blancas, más suaves que las de la prima. — Has debido quedarte, dijo Lía muy seria, para no escamarlas tanto: es desaire que tu prima

no te perdonará, y si ella sabe... esto, le tiras de la lengua y cantará de plano: me maravilla que no haya cantado ya! dejar salir todo á la cara, niño mio, no vale en el mundo sino para sentar plaza de tonto, y las alegrías y los dolores hay que saber ocultarlos, á fin de no despertar ni lástima ni celos... repito que debiste quedarte, diciendo : con mucho gusto ! y con esta primita tan simpática...—¡Me es más antipática! —Precisamente, por eso hay que declarar lo contrario! con un golpe así de diplomacia, despistas á tu hermana, amansas á la tía y engatusas á la prima.—¿Y tú que me esperabas?—Haberme enviado con Mamerto cuatro letras. — ¡No, imposible! protestó Gaspar atenaceando con furia los tizones, no habría podido pasar bocado, se me habría agriado el humor... tú, en este comedorcito, sola, aburrida, mirando tristemente mi asiento vacío, cuando nos prometíamos tan agradable velada... y yo, entre la tía Segunda y Bernita, hosco, impaciente, desesperado, escuchándola, por la milésima vez, des-

cribir el plano de su *Costurero*, con las nuevas adhesiones y el informe de la marcha de su obra! No, prefiero arrostrar los efectos de mi descortesía, á sufrir el castigo de banquete semejante. Mira, qué bien estamos, Ginesilla!

Contemplándola, surgía de nuevo, como en sus insomnios y frecuentes meditaciones, la odiosa comparación entre la prima y la querida, y ¡cosa inaudita y sorprendente! en este choque de dos corazones y dos almas, la pecadora á la virgen derrotaba. Con la flor de su pureza intacta, mostraba esta sentimientos marchitos ó atrofiados, ella que no pisara más que terciopelos y rozara sólo con la virtud patentada; la otra, de tanto andar por montes y vericuetos, descubría lamparones vergonzosos, pero la ternura, la nobleza, el desinterés, la abnegación, fluían, abundosos y sin trabas, de clara fuente, que el vicio no fué bastante á secar. La virgen, concupiscente y descarada, decía: — ¡Dáme tu fortuna! te quiero por rico!... la pecadora, ruborosa y humilde, murmuraba: —

Nada te pido, sino la limosna de tu cariño! ¡Ah! no poder de los hombros de Bernabela arrancar la vestidura blanca, y cubrir con ella á la Ginesa! ¡qué mundo! y qué contrastes! y qué problemas insolubles y eternos!

La moral, vieja gazmoña, á quien la hoja de parra de las apariencias agrada y satisface, clamaba contra el escandaloso paralelo; la religión, adusta y severa, fulminaba sus anatemas... Gaspar, como el ángel rebelde, se resistía, oponiendo el puño; y baja la cabeza, ciego y sordo, marchaba derecho á estrellarse contra la valla que se alzaba en su camino, sin pararse á «remover los trastos de su conciencia», como él decía, temiendo, á pesar de sus fanfarronadas, el fallo de su credo católico; que en el saber hallar la transacción de las propias debilidades, la fórmula acomodaticia con la moral, la religión y la sociedad, está el quid de los hombres perfectos: Dios es un acreedor muy bondadoso, que no escatima plazos, y si á la hora de la muerte, cargado de años y picar-

días, con sinceridad profunda (por no haber más remedio ni tiempo) se entona el *yo pecador*, cátate saldada la cuenta.

—Sí, sí, tú eres mejor que la otra, que Bernabela, repetía amorosamente, ¿no cabe comparación? ¡si cabe! ¿qué me importa su pureza de señorita remilgada? bien mirado, no posée de puro más que el cuerpo, su cuerpo de rana vieja, ¡pero el alma! su alma se me figura una araña repugnante en un vaso de bohemia, del que las flores desbordan y no alcanzan, sin embargo, á ocultarla, y entre las rosas se ven asomar las patas peludas... tú, en cambio, Ginesilla! eres onza de oro, que han dejado perdida y no se sabe si es de barro ó de metal, tan sucia está por abandono, y un día cae en buenas manos, y sale el oro á relucir, limpiando, limpiando; ¿te ríes? ¡no es burla! con tus lagrimitas y mis besos, verás cómo quedas más limpia que una patena; ¿no te acuerdas de aquello: *perdonada sea, porque mucho amó?* pues, aplícate el remedio.

Lía sonreía melancólicamente, alisando

siempre la felpa de la carpeta. Y Gaspar, de pronto, quiso abrirla, curiosear lo que guardaba, cartas, quizá, de los otros, sus antecesores.—Cartas, no, respondió ella, aquí encierro mis cuentas, apuntaciones de los gastos de la casa ¿piensas que soy tan mala administradora?—Las cuentas del Gran Capitán.—¡Ay, niño mio! pregúntale al señor Moscardón qué cuentas le presentaba yo! y que le picaban como sinapismos: los viejos es justo que paguen, pero tú... vamos ¡si estoy más cambiada! cáusame extorsión, rubor y cortedad grandísima pedirte dinero... —Lo mismo que Bernita, pensó el joven, que es capaz de parar en media calle al lucero del alba para solicitar en favor de sus pobres.—Ayer, repuso Lía, vino la modista á tentarme con nuevas telas y la despedí, por simple tacañería... —Lo mismo, lo mismo que Bernita, continuó la imaginación de Gaspar reproduciendo el consabido paralelo. —Y hasta he llegado á creer conveniente suprimir el coche, por no pesar demasiado sobre tu bolsillo.

—¿El coche? dijo él con afectada gravedad, muy buena idea! se discutirá oportunamente. Á ver esas cuentas.—La del joyero no la encontrarás.—¿Por qué?—Porque el medallón lo devolví... no me regañes! tengo muchas alhajas, y se me hizo cargo de conciencia comprar nuevas; escucha: recuerdos tuyos son la pulsera de rubíes, estos solitarios, las rosetitas de perlas, la lanzadera de esmeraldas ¡ya es demasiado! cuando me trajiste el medallón, por no contrariarte lo acepté, pero decidida á devolverlo... y lo devolví: ¿te enfadas?—Sí, me enfado! bueno es que lleve usted sus cuentas, señora, pero no se meta usted en las mías! te compraré el medallón y lo mejor, lo más rico, lo más caro, para que mi hermosa Lía se engalane y deslumbre al mismo sol; y si posible fuera, en piedras preciosas te engarzaba ¡dulce Ginesilla mía! ¡qué ha de valer Bernita lo que tú vales! no protestes ni te escandalices: no vale, no vale... Que mañana mismo sea llamada madama la modista y se le encargue, con la debida

premura, unas cuantas docenitas de vestidos y de sombreros y de abrigos y de... todo lo que sea lujoso y *chic;* yo, entre tanto, buscaré la carretela más preciosa que las fábricas del país produzcan, y si no la hallo, la solicitaré á Europa... —¡Eso es! decia la joven muerta de risa.—Una carretela como no habrá otra, para esta cenicienta mia, acusada de leprosa, á quien todos rechazan y condenan, y que yo levanto hasta mí purificada... —¡Loco! exclamó Lía con los ojos llorosos, ¿ves? ahora eres tú el que declamas! y tócame advertirte que para el teatro vendrá eso pintiparado, pero en el mundo no cuela... y no debe colar! sino, buena andaría la moral! hablas en broma... —No, en serio! muy en serio! lo digo como lo siento. —Mal dicho y peor sentido! si mamá Paula te oyera... pero, te oígo yo y basta! protesto, protesto... sobre todo, del acuerdo de compras por mayor, y téngase el suscrito por notificado que no acepto nada, absolutamente nada de eso ¡vaya! poco que ha menester la hija de mi madre para que la acu-

sen muy honestas personas de explotadora y corruptora... ¿entiendes? conque, renuncio generosamente... y á comprobar las cuentitas, que es lo que más interesa.

De burlas, hizo Gaspar como si las examinara minuciosamente, y en cada suma fingía hallar errores ú omisiones: — Tanto de pan en quince días! pues, hija, no se come poco aquí en gracia de Dios! y de carne... pongo 5 y me llevo 1... ¿sabes cuánto se lleva la sisona? 4! — ¡Embustero! no hay tal 4... 1, 1 ¿para qué te sirven esos ojos tan hermosos? ¡si las he sumado yo! cuidando de entresacar las sisas de Logia, que se escurre como anguila. — ¿Sabes que tienes muy bonita letra y unos números muy claros y bien formados? — ¡Ah! dijo Lía, en la escuela era yo la primera en escritura; mi finado padre, D. Fabián Ginés, secretario del Juzgado de Las Piedras... ¡cómo he honrado sus títulos y méritos! ¿eh? si él no hubiera muerto, no me descarrilo... decía que mi pobre padre, luego de la cena, me daba lecciones de reforma de letra, y él pasaba en el partido por el

más hábil pendolista: así salí yo echando unos rasgueos, que todos se maravillaban. Conozco desde la cursiva inglesa hasta la gótica, y la redonda comercial... mi madre sostiene que á mi saber caligráfico se debe la mala cabeza mía, y no ha querido que Carmela aprenda á escribir; Carmela no es capaz de poner su nombre ¡preocupaciones de la madre! Qué! ¿no revisas más? ¿otorgas tu visto-bueno?—Si, y todo lo que tú quieras...

Un rumor angélico, de voces armoniosas y lejanas, se escuchaba, acompañado del órgano y del viento. Lía y Gaspar acercáronse al balcón, y por el postigo entreabierto, miraron la masa negra del convento, con tal cual ventana iluminada... No andaba alma viviente por la calle, y la serenidad del solemne canto religioso contrastaba de tal modo con la zambra que afuera se traían los elementos, símbolo de la eterna lucha mundana en derredor del arca santa de Dios, siempre tranquila é inconmovible, como roca que las olas salpican y no logran descuajar,

que Lía, emocionada, del brazo del mancebo se amparó, y á su oído deslizó palabras trémulas:—Son las monjitas que cantan vísperas... nunca, como ahora, me ha enternecido tanto el escuchar la voz de la oración, subiendo al cielo en demanda del perdón de nuestros horribles pecados; otras veces, sola y despreciada, he rezado yo también y pensaba que Dios no habia de rechazarme: hoy, me vienen ganas de llorar, niño mío! porque siento tu calor, te veo junto á mí, y como no tengo derecho de quererte ni que me quieras, la espantosa idea que te apartarás de mí, y no he de verte más!... — ¡Tonta! murmuraba Gaspar conmovido, esta noche es la cuerda sensible la que en ti suena, ¿quieres una copa de burdeos? — Dicen que cuando las monjitas cantan, prosiguió la joven en el mismo tono de tristeza, anda el diablo dando vueltas por ver de entrárseles en la boca y á la primera que se distrae se le zampa dentro, y cuesta más de sacarle luego... acuérdome de aquel día que estaba yo vestida de Purísima, más orgullosa de mi corona y de

mi traje! tenia que decir unas coplas al final, y las dije muy hueca, con grande aplomo, hinchada de vanidad... pues, ese mismo dia, se me metió el diablo dentro.—¿Me permites que haga yo la prueba...?—Tú no, tú no... ¿para qué? ¡si ya le sacaste! pero ocupó el amor su lugar, y no sé qué huésped es peor y más incómodo.

Sonrió, y Gaspar acudió á enjugar sus últimas lágrimas:—¡Dulce Ginesilla! te juro... Ella le tapó la boca, asustada de semejante juramento ó temerosa de que el espíritu del mal, como á las distraidas monjas, le cercara y asaltara.

VI

Allá hacia mediados de Julio, sintió Gaspar ciertos escrúpulos de mal pagador; el muy pillín se hallaba tan ricamente metidito *en la charca infecta*, sin dolor de la caída ni sombra de gana que le sacaran; pero si no está bien, en mozo tan cristiano, renunciar cada mes al divino pan eucarístico por la indigna bazofia mundana, descuidar sus acostumbradas obras de misericordia, convertirse en cofrade indiferente, casi frío, y turbar la devoción de una hermanita que con santa paciencia esperaba tomara el buen camino para seguir ella el del cielo, menos se estaba en día señaladísimo como el 16 de Julio, festividad del Carmen, consagrado

por todos los Tejeras á recordar y ensalzar las glorias de la Virgen, y de la familia, presentarse ante la excelsa patrona, no contrito y humillado, antes relamiéndose de su pecado mortal y con hondo regocijo por haber cedido á la tentación demoníaca.

Mal su grado, hubo de bajar á su conciencia, registrar los recovecos; y halló que el nombre de Lia en todas partes inscrito estaba y llenábalo de luz y calor ¿cómo, en situación tal, acercarse á la mesa del Señor, sin hacerse reo de perjurio y sacrilegio? con Dios, directamente, siervo en correspondencia con su Creador, tenía él su manera cómoda de arreglo, pero echar memoriales á sus ministros... nequaquam, porque de no pronunciar el *mea culpa,* sinceramente resuelto á evitar nuevas ocasiones y más fieros peligros, era nulo el acto de reconciliación; y sólo de pensarlo, que le arrancaban del nido que en el árbol del mal, pájaro errante, habia construido, angustias de muerte entrábanle, aquella luz se apagaba, enfriábase el calor de su alma, y contemplando el

nido derribado, veíase otra vez en las veredas del mundo, triste, solitario y bostezando. Decidió ocultarse ese día á las miradas de Paula, preñadas de preguntas y reconvenciones, no parecer en la fiesta, como, por idéntica razón, parecer no quiso en la pasada de Santa Catalina; dar el escandaloso espectáculo de su ausencia, él el morigerado, el devoto, el modelo; ántes faltón que hipócrita.

Cuando la víspera, Lía se enteró de su propósito de marcharse á Ombú y pasar en la estancia una semana, la infeliz mujer que, con sobresalto doloroso, espiaba cada hora asomar el fastidio ó declinar el capricho, pronto el pecho á recibir la herida mortal, preguntóle ansiosamente:—¿Te vás por una semana? ¿te he hecho yo algo, Gaspar? Una caricia suya la tranquilizó; y candoroso, confesó el joven el móvil de semejante viaje: ¿no experimentaba ella temor, si se atrevía á entrar en la iglesia, que algún arcángel de flamígera espada la arrojara fuera como indigna y empedernida pecadora? pues él tam-

poco osaba mirar de frente á la imagen venerada por sus abuelos, pecador sin pizca de gana de arrepentirse; acudir al tribunal de la penitencia, según añeja costumbre de familia, para decir al capellán: —Padre, pequé y lo peor es que tengo mucho gusto en pecar, más grande que cuando la echaba de virtuoso y ejemplo de perfecciones juveniles me consideraban; así, en cuantito me dé usted su bendición, volveré á las andadas...—¡Ay, qué malos somos los dos! exclamó Lía con pesadumbre.-

Sola una semana ¡cómo lo extrañaría! qué tiempo más largo y pesado!—No saldré, añadió luego, voy á pasarlo encerrada, guardando el duelo de tu ausencia, y de las malísimas noticias que de la madre me da Cándido; ¡ay, si! sabrás que si me llegara el aviso telegráfico que le he pedido, me marcharé á Las Piedras; sólo en un caso extremo me atrevería á presentarme allá. Quedo, pues, con la pena de tu alejamiento y el sobresalto del aviso de Cándido; si, á tu vuelta, no me encuentras, compadéceme... Estoy

más triste! de todos modos, hasta la semana que viene ¿verdad? y que Dios nos ampare!

Á mamá Paula la noticia que Gaspar se marchaba á Ombú de cacería, quizá por rehuir el cumplimiento de su piadosa ofrenda anual, la hirió como un escopetazo: pase lo de faltar á las sesiones de las hermandades y cometer todas las otras faltas que en el secreto proceso formado estaban apuntadas, pero aquello parecióle muy grave; la prueba más patente de la terrible crisis. La paloma simbólica sugirió á la digna señora estas ideas:—Que anda en malos pasos, no hay duda, y que el momento ha llegado de aplicarle el remedio heroico, también es indudable. ¡Indudable, indudable! la dificultad está en la manera de aplicárselo: primero, en que confiese, luego en que se lo deje aplicar sin resistencia; porque mi niño Jesús, en manos de una lagartona (forzosamente hay una lagarta por medio), habrá perdido sus encantadoras cualidades; no será ya ni el bondadoso, ni el humilde, ni el sumiso de

antes. Quizá me he mostrado yo muy lerda: si el día aquel de Santa Catalina, el de la primera falta, le llamo á capítulo y le doy un tironcito de orejas, salvo el peligro y al muchacho; pero no, le dejé libre, para que reincidiera y se emporcara más ¡si no sabe una qué método seguir de corrección, si el consejo ó la palmeta! ¿conque su señoría ha notado que la rienda flojea y figurádose por esto que carezco de energía suficiente para sofrenarle? pues, prepararse, señor Gasparito! que la que me hace usted hoy, eludiendo sin motivo decente una costumbre sagrada, va usted á pagarla con la azotaina hache... pierda usted bonos, y descuide repartirlos y olvide socarronamente la obligación mensual de confesarse, y haga usted la picardía que hizo el 30 de Abril y todas las otras que le he pasado á usted con benevolencia, pero esto, esto!

Se pellizcó los labios iracunda, como si castigar quisiera en la propia carne su mansedumbre, su debilidad, su impericia en no haber atajado á tiempo el vicioso raudal que

en el alma del joven se había desatado... —Le he visto enfermo y cerca de él puse el remedio; ¡si lo quieres, lo tomas; sino, lo dejas! naturalmente, el muchacho hizo ascos, y no lo tomó. De aquí el resultado que palpando estoy; el enfermo peor, la fiebre tan alta que le impulsa á cometer actos inmoderados, y el remedio que, al principio pudo ser soberano, ahora será anodino.

Más iracunda se pellizcó otra vez; y como si el pequeño dolor físico acicate fuera de sus dormidas energías, se alzó (sentada estaba delante del arcón, guardador de las galas de la Virgen, del cual Mamerto, en cuclillas, sacando iba las preciosidades una á una con fervoroso respeto) se alzó, digo, y tan violentamente que dió al negro viejo un encontronazo; su mano amarillosa palmeó la lazada de hule, alisó la falda color de tabaco, y carraspeando un poco, miró al Cristo de la pared, diciéndole con el gesto y con los ojos:—Ya verás, Señor, si soy capaz de traerte la oveja descarriada! infúndeme tu aliento y déjame obrar, que si tarde me

decido, en tiempo estoy todavía de aplicarle el cauterio recetado.

Á Gaspar no le dijo palabra, sin embargo, que oliera á reconvención, consejo, pena ó extrañeza; no contestó más que esto:—¿Te marchas? pues, ten mucho cuidado con estos fríos, que en la estancia serán terribles, y con la escopeta. Le preparó su valija de mano, con el cuidadoso esmero de siempre, le dió encargos para los conocidos del pueblo, órdenes para el mayordomo y le despidió: —¡Cuidate y no me vuelvas resfriado ó estropeado! Admiróse el otro de la indiferencia de mamá Paula, de aquella prisa en echarle; y todas las razones que pensaba esgrimir en defensa de su indiscreto paseo, las reservó por inútiles:—Mejor si lo toma á buenas; yo creía que me iba á sacar los ojos... — Mira, repitió la hermana, que no te se olvide... ¿lo tienes todo á punto? si, si, en cambio yo ¡Jesús! estamos á 15 y el platero no me ha mandado los candelabros que se llevó á componer, los grandes ¿sabes? los de los cirios mayores. Fué esta la única alu-

sión que hizo á la fecha memorable, y no habló más, simulando no ocuparse de otra cosa que de los preparativos; y tan bien lo fingió, que Gaspar marchóse tranquilo y muy satisfecho de que le trataran, al fin, como á hombre dueño de sus acciones y no como á chiquillo esclavo de voluntades y manías ajenas.

—¡Anda, hijo, decía para sí Paulita entre tanto, y guarda con el palo de la vuelta! ¿conque desertas del servicio de Dios y te enrolas en la legión del demonio? con descaro y ostentación escandalosa! ni un sólo dia ha asistido á la novena... pero, el criminal aquí no es él, soy yo! yo, que le dejé de la mano... primero, lo consultaré con mi confesor, luego hablaré con Segunda; no sé por qué me parece que Segunda me reserva algo; Segunda está picada por la tardanza del niño en decidirse ó enterada de alguna trapisonda del niño; el retintín de sus preguntas lo mismo revela una cosa que otra...

Con tales preocupaciones y ausencias lamentables, resultó la fiesta carmelitana de aquel año muy deslucida; á la parentela

parecióle que el altar no mostraba todas las flores y luces de costumbre, por avaricia de la beata seguramente, y el sermón del padre Copo hallaron pesadísimo, sin la vistosa hojarasca de otras veces, echando de menos las puñadas sobre el púlpito y sus gritos desafinados; lo cual, sea dicho en honor de su bien ganada fama de orador sagrado, no fué porque la inspiración no le asistiera, que ahí estaban Mamerto, ña Venancia, su comadre, y la ahijada Marciana, llorando á moco y baba, enternecidos, sino porque el reverendo debía estar muy constipado, con los síntomas y efectos del trancazo, que hacia flaquear su naturaleza sanota; y así era el cortar de cada párrafo rotundo, intercalando un trompeteo de narices, como si todos los ángeles de los retablos tocaran en sus dorados instrumentos, llamando á juicio, y el soltar de las frases, sin engranaje ni soldadura, luchando con la atroz ronquera y la tos desgarradora. También Paulita lloraba, bajo el negro *varége*, pero no conmovida por la elocuencia del predicador, ni por la armonía ma-

gestuosa de los cantos litúrgicos y los sones de arpas y violines, sino porque... sólo ella, su confesor y Dios sabíanlo! Las bocanadas del incensario velaban por momentos la sacra imagen de la Virgen, y cuando reaparecía con su carita lustrosa y aniñada, Paula la enviaba este mensaje, bañado de lágrimas sinceras:—¡No le busquéis, señora, porque no está; se me ha perdido, á mí, su guardadora! confieso mi culpa, mi falta, mi crimen. He debido tenerle como vos, señora, teneis al vuestro y no lo he hecho, pensando que si la cuerda mucho se tira, se rompe; y confiada, alarguéla y solté el cabo... no me maldigais, señora, que el más santo de vuestros ministros me ha dicho ya lo que mi conciencia, antes, me había advertido, y pronta estoy á enderezar lo que dejó mi decidia que el empuje de la adolescencia torciera. Compadéceme, señora y madre, perdóname, ayúdame... que el pan celestial que voy ahora á gustar, sea en provecho de su salvación!

Fervorosamente rezó, y por no distraerse,

no quiso mirar al sitio que la de Paso y Bernita ocupaban, aunque oía el cascabeleo intencionado de sus rosarios. Llegó el momento de la comunión, y la primera que acudió á implorarla fué ella, ansiosamente; la misa continuó, dijose la fórmula de despedida, descendió la bendición del oficiante sobre las cabezas humilladas... Misia Segunda levantó la suya muy de prisa, echó con los dedos en el aire la rúbrica de práctica al memorial de sus oraciones, y con mucho crugir de sedas y campanillear de azabaches, fué á hincarse junto á Paulita y le soltó al oído la pregunta que desde el principio de la misa le cosquilleaba los labios:—¿Y Gaspar? La beata, discretamente, sin interrumpir el mental coloquio con la divinidad, dió á entender un «ya hablaremos de eso», y la otra esperó, resignada, mascullando una salve, como quien casca nueces. El desfile comenzó. Y de pronto, luego de besar tres veces el santo suelo, volvióse Paula significando á su vecina, nada más que con el ademán, que ya podian hablar de *eso*.—Ruega, señora, por

nosotros... murmuraba encandilada la de Paso. Bruscamente, suspendió la perezosa retahila :—No ha venido ¿por qué no ha venido? Mas como Bernabela se aproximara, calló y se recogió de nuevo:—Ahora y en la hora de nuestra muerte...

Salieron las tres; á la media docena de lisiados que, en la puerta, metían por los ojos sus llagas repugnantes, socorrieron generosamente, y en vez de cruzar hacia el caserón de Tejera, evadiéndose de tal cual parienta ó amiguita pegajosa, siguieron la calle de San Martín, algo incomodadas á causa del lodo, las damas detrás y delante Bernabela, muy garbosa, con el manguito de nutria defendiéndose del sol, á guisa de sombrilla; andaba, se detenía, sonreía á las señoras, y andaba otra vez... — No, decía Paula, no insistas, ¡para almorzar fuera de casa estoy yo! tengo una grillera en la cabeza, desde anoche: no sé cómo he podido preparar todo y prepararme yo... pues si, se marchó ayer, á cazar perdices ¡te ríes! ¿por qué te ries? ¡ah! sí, crées que yo me he tragado el pretextito

¡qué he de tragármelo, hija! por aquí no pasa ya nada. — Permíteme, me he reído... —Claro ¡por eso! pero te equivocas; vista larga y olfato fino me sobran, vaya! y cuando un chico de la pasta de Gaspar comete estas ligerezas, perdonables en otro, gravísimas en él, y cambia así de gustos y de carácter, radicalmente, comprendo, sin necesidad de mayores pruebas, que hay una maestra de malas artes, que me le desvía del buen camino. —Más bajo, observó la madre prudentísima, no quisiera que Bernita se enterara de estas cosas.

Á fin de no escandalizar los castos oídos de la doncella, confidencialmente transmitió mamá Paula á misia Segunda sus aprensiones de hermana que no se chupa el dedo; para paseo de tejado, el de Gaspar le parecía ya muy largo, y ante el temor que cayera en alguna trampa, lo más conveniente era encerrarle dentro de bonita jaula, en la grata compañía de la prima. Si Gaspar era un chiquillo inocentón, á quien no podía abandonársele las riendas de su voluntad; acostum-

brado estaba á que ella le condujera y le guiara, salvando los pasos peligrosos, y por el camino de la perfección ascendiendo, siempre á su lado, cosido á sus vestidos. Pero, llegado el momento de la emancipación forzosa, para sofocar la crisis, que destruyó, desgraciadamente, su religiosa vocación, arreglado habia aquello del casorio... La de Paso aprobaba con benevolencia, protestando que ella también, únicamente por el interés y la felicidad de Gasparito consintió, jamás en favorecer, sino en dejar que los proyectos matrimoniales de su parienta prosperaran, por cuenta y riesgo ajenos. Paula se animaba:—¿Y qué mejor ocasión para realizarlos? ¿qué esperamos? ¿que á las buenas se decida? ya tenemos para rato; ¡así que venga, verás, verás! Misteriosamente, con suspirar no fingido, misia Segunda observó que la ocasión era la más calva de cuantas se habían presentado:—¿Qué, no lo sabes? por delicadeza, por no meter chismes, no he querido decirte nada; ¡cuando me lo contaron, me quedé como muerta! y quien me lo contó,

me ha dado nombres y detalles al menudeo... ay! ¡cuidado con ese carro, Bernita, Bernita!!

Pasaron la bocacalle sin tropiezo, aunque mamá Paula no veía ya donde ponia los pies, los abotagados ojos inquiriendo de misia Segunda la explicación inmediata de aquello que *ella no sabía*.—Si, por delicadeza, por discreción, repetía *la rematadora*, ¿á qué traer y llevar y enredar? cosas de los hombres, que son todos unos barrabases! desgraciada la madre que tiene hijas casaderas, Paulita! ¿vale más guardarlas en conserva, ó entregarlas á manos de estos diablos tan bien educados? Iba á enumerar los peligros que el lirio de su hija corría en este bajo mundo, pero la beata, agitadísima, le disparó esta pregunta, que de no dispararla revienta ó se ahoga:—¿Á Gaspar te refieres, á Gaspar? ¿Gaspar es ese hombre, que dices, barrabás, como todos, y diablo al que una madre no puede entregar su hija? ¿te explicarás al fin, Segunda? me estás friendo la sangre, á fuego lento, ¿por qué andas con ta-

les tapujos? hace algún tiempo que noté tu reserva, y reticencias, alusiones y equívocos picantes; si Gaspar es un infame...—No, no, rechazaba misia Segunda, no exageremos, no demos de cabeza en la intolerancia. — Si es un infame, prosiguió Paula más agitada aún, y tú lo sabes y no me lo dices, claro, bien claro, para que yo lo vea, lo juzgue, lo castigue... — Hablaré, hablaré, pero cálmate; y no tan fuerte, hija, que Bernita puede oír, ¡ella que no conoce palabra de esto! mírala cómo se hace la embobada delante del escaparate ¡ah curiosona! Nerviosamente, enroscaba Paula su rosario. — Ya puedes soltar todo; si no nos escucha.—¿Te empeñas? pero conste que el chisme me lo trajeron personas extrañas, y te lo transmito á ruego tuyo, no por gusto mío: yo no quiero dimes y diretes.—¿Acabarás?—Déjame explicarte... — Ya lo explicaste: por delicadeza, por discreción... — Perfectamente, y además porque pensaba que lo de Gaspar sería uno de tantos pecadillos de estos señores varones, sin peligro ni consecuencia, y

me dije: ¿á qué alborotar el cotarro? es natural, muy natural, demasiado natural. Pero, parece que va en serio, y conocido el casi compromiso que le liga á Bernita, tú comprendes... — Que Gaspar ha cometido un pecadillo excesivamente natural, en un principio, y resulta ahora gravemente serio ¿qué pecado es ese?—Á decirtelo voy.

Y lo dijo, con muchos aspavientos, rebuscando las palabras para cubrir la vergonzosa desnudez de las ideas, entornando los ojos de gata marrullera y cubriéndose con el abanico, tan quedito que, á veces la beata no oia, y sofocada suplicábala: — ¿Qué? repitelo... ¿cómo? Todo lo contó; la historia completa, con algunos aditamentos y retoques cargaditos de color, de las culpables relaciones entre Gaspar y aquella tunanta de Ginesa, que tantas fortunas habia engullido, sacrificado muchas vidas y condenado muchas almas. ¿Qué sería de un chiquillo como Gaspar en manos semejantes? ¿qué seria? El abanico se cerraba con estrépito, y volvia á abrirse: —La tiene como á una reina, y dicen... Go-

ta á gota iba mamá Paula bebiendo el amargo cáliz, y la sangre toda al corazón refluía, dejándola más amarilla, más cadavérica, sin aliento y sin palabra; la otra, saboreando el inefable placer de la murmuración, exprimía todo el jugo, glotonamente:—Dicen que la ha regalado la escritura de una casa y una de joyas... estas damiselas, siempre que encuentran tontos dadivosos, piden, piden. Lo de la casa, no aseguro que sea cierto, pero los brillantes se los he visto yo, y me dejó ciega. Otra vez se pára Bernita... dobla, hija, que ya estamos en Cangallo.

De su estupor no salía Paula, sintiendo allá dentro el dolor agudísimo de la realidad; mediaba un abismo del tanteo de la duda al palpar de los hechos, y le parecía que, á pesar del conocimiento suyo del mundo, sutilísimo, se quedó corta en presumirlos, en apreciarlos, en echar sus cartas de profetisa avisada: los niños Jesús que hoy se estilan dan también punto y raya á los doctores, sino en discutir la ley divina, á interpretar la gramática parda, como el más pintado. La

fuerza de su indignación le devolvió la palabra y el chorro de frases salió impetuoso: — ¿Si, eh? conque el nene apenas destetado... ¡mira que está el mundo! aquí el que no corre, vuela. ¡De qué manera me le han pervertido! y qué fácil es el contagio del vicio! ya me lo sospechaba yo... Repiqueteaba sobre el libro con el rosario de cuentas negras, mientras la de Paso procuraba calmarla. — No me hables, no me hables, Segunda ¿te parece á ti? ¡intolerancia! pero ¿cómo he de tolerar yo que una perdida me coma la salud y la fortuna de Gasparito? para ella estaba ¡para ella le he criado, le he educado y le he guardado entre cristales! para el placer y el regalo de tan repugnante criatura ¡te digo... si yo supiera dónde anida, iba y la ahogaba! pero ¿qué culpa tiene ella, al fin? es su oficio, araña cazadora de moscas; el culpable es Gaspar, no, la sociedad, no, yo ¡yo, que le dejé marchar solo, y con toda la cachaza del mundo, he estado esperando el trueno de Santa Bárbara. Y tú lo sabías y te callabas!

Ya Bernita, desde el portal de su casa, les hacía señas de que caminaran más aprisa, y conforme se acercaban, misia Segunda recomendaba de nuevo absoluta discreción sobre asunto tan espinoso, que si la candorosa niña llegaba á conocer, sabe Dios, sabe Dios! porque dado el *casi* compromiso que les unía... Repitió esta frase dos ó tres veces, en el tono de amable complicidad, y la beata, absorta en la horrible idea de la perdición de Gasparito, asentía con la cabeza: — Pues... naturalmente. Misia Segunda repuso: — Eres bastante lista para desenredar al chico de la madeja, y todas las Ginesas juntas no podrán contra tu santidad, tu fe y tu amor de hermana y madre; si yo no conociera á Gaspar, la prueba de su escandalosa conducta, sería suficiente para oponerme al proyecto aquél, pero, le conozco! y adivino, como si lo viera, que el mal ejemplo le ha empujado y su inexperiencia hecho caer. Hay que arrancarle del atolladero, que segura estoy él clamará ya porque le ayuden. La mano de Paula, con enérgica decisión,

hizo el ademán de coger algo y tirar hácia si: —Que si voy á arrancarle ¡ay madre mia del Carmen! Como en los cromos donde se ve, entre llamas rojas y amarillas, á los pobrecitos condenados achicharrándose, tender la vista y los brazos anhelantes en demanda de salvación y auxilio al Cristo que baja á redimirles, figurábase Paula estar inclinada al borde de la *charca infecta* en que Gaspar se debatía, y que cogiéndole de las ropas, le sacaba, le limpiaba, le redimía también del pecado.

—Se traen ustedes algún gravísimo asunto, dijo Bernabela, pues han venido todo el camino discutiendo ¿se puede saber? Tan enharinada estaba como un payaso; y así, al sol, su cabeza listada desde el anaranjado hasta el ocre rojo, el ceniciento y el castaño obscuro, delataba la poca habilidad de su mentira. Subieron la soberbia escalera y en la primera salita, bastante cursilona á pesar de su riqueza, entraron y Paula se sentó sin responder palabra á la charla de su prima; y de repente, escuchando la invitación reitera-

da de misia Segunda:—¿Te quedarás á almorzar?... levantóse y ganó la puerta, precipitadamente. Á almorzar ¡si había salido de la iglesia y acompañádolas y subido como una máquina! se iba á casita, en volandas.— ¿Qué le pasa? preguntó Bernabela. —Que al fin, le largué aquello, ¿entiendes? se me podría de tanto guardarlo; porque tu señor primo es un pillo y tú una tonta, y si yo no abro el ojo... más vale que yo lo haya soltado, antes que tú. Ahora, ó el cordonazo que va á llevarse Tejerita le cura de sus veleidades y nos le devuelve manso como un cordero, ó el escozor le subleva y acaba de emanciparse; en este caso, hija mía, á casarse con el mediquito de reserva, antes que se nos subleve también la otra, Adelia...

Iba mamá Paula, entre tanto, como si la corrieran los demonios; deseaba, ansiaba verse en la claustral soledad de su casa, recogerse en su oratorio y consultar á la paloma simbólica, que solía inspirarla en sus tribulaciones, la manera de limpiar de oru-

gas el lozano brote de los Tejeras. Lo que á ella más la desesperaba, era la inacción que la ausencia de Gasparito la imponia: con la Ginesa, una sombra, adversario indigno, no habia de luchar: sus impulsos belicosos, de madre adoptiva y mujer creyente, con el propio Gasparito debian gastarse, llamando á su corazón, despertando su dignidad dormida, hostigando su soberbia, amenazando su carácter débil, rindiéndole, en fin, con la dureza de las palabras ó la elocuencia de las lágrimas... pero, en una semana, la mejor espada cría moho fuera de la vaina, y la energía de Paula, después de tensión violentísima, caería en el apocamiento. De todos modos, la provisión de razones, de saliva y de bilis no sería escasa! Haciendo el calavera aquel niño que entregó al mundo sin mácula, pertrechado de todas las ideas cristianas para que defenderse pudiera ventajosamente de los hombres y de sí mismo!

Pasó el dia muy mal, con jaqueca, alucinaciones, accesos de calentura y desfalleci-

mientos; cuando llegó la hora de comer, mandó á la *mucama* que la sirviera un sopicaldo en su alcoba y lo sorbió sin gana, mústia, casi llorosa, sola, solita, en la estancia tendida de modestisima y fea cretona, con muebles de caoba antigua, alumbrada por los cirios que en tres retablos (el de la cómoda, San José bajo dosel de grana, y los de las rinconeras, el Nazareno á la derecha y la Virgen del Carmen á la izquierda) ardían con luz tristona, entre ramos de papel, cintas y lentejuelas. Sorbiendo estaba, pues, la dama su sopicaldo de enferma en esta noche de Julio, aniversario tan festejado otrora, cuando el rodar de un coche, el golpear del llamador, el correr del criado, el pasar de Mamerto, arrastrando los pies seculares, y el sonar de una voz! sí, su voz, la voz de Gasparito, suspendieron el fatigoso viaje de la cuchara á la boca y sacudieron poderosamente los nervios de mamá Paula; al patio miró por los cristales y vió al joven en misterioso hociqueo con Mamerto: el negro, plantado delante del amito, hacía la

venia respetuosa, moviendo la cabeza en señal negativa ó afirmativa. — ¿De vuelta ya? si, es él! Mamerto guarda sus cartas y sus secretos, pensó Paulita, con tal fidelidad... preguntándole estará si llegó misiva pedigüeña de la señorita Ginesa ó noticia de que á la señorita Ginesa la ha partido un rayo. No, hijo, te espera con los lábios acabaditos de pintar: tu compinche te lo está diciendo; lo que él no te dirá, porque no lo sabe, es que yo también te espero... con las disciplinas prontas. ¡Á tiempo llegas!

Concluyó el interrogatorio, dió el negro media vuelta y con paso marcial desapareció; y en vez de dirigirse Gaspar á sus habitaciones, que eran las del ala derecha de la casa, acudió á la alcoba de la hermana á saludarla, con su poquito de turbación y de tinte acusador en las mejillas: ¿por qué así encerrada? ¿enferma? ¿triste? ¿qué tenía? Su traje de caza, la blusa de correctos pliegues, ajustada por un cinturón de cuero, el pantalón corto y ancho, las botas de ante y el chambergo pardusco, le caía muy rebién,

más apropiado á su esbelta figura y gentil continente que la severidad de negra hopalanda; y Paula, contestando displicente á sus preguntas, mientras buscaba en él la huella que la garra del vicio debía de haber estampado, desorientada por no hallarla, pensaba que nunca le viera más apuesto, más desenvuelto, más varonil ¿aprensión suya quizá, porque sabía...?—Me ha corrido el frío, y el aburrimiento, decía el joven sacándose los guantes de gamuza, me fuí solo, ya ves! te traigo unas docenitas de perdices: se las dí á Mamerto; y memorias de toda aquella buena gente.

Paula, con el codo sobre la cómoda, de pie, le miraba, repitiendo con frialdad:—Gracias, gracias. Y sus ojos, claramente, expresaban estotro:—Mientes, mientes: lo que te ha corrido es el deseo infame de ver á tu Ginesa, si es cierto que á la estancia has ido y no has estado calentándote bajo sus faldas y vienes ahora con comiquerías, disfrazado de cazador y trayendo perdices compradas en la estancia común: el mercado...

si lo sé todo! no comprendes, bobo, que si que lo sé? Debió comprenderlo Gaspar, turbado por la elocuencia de aquel mirar sospechoso, que de tiempo atrás le celaba, y se dijo:—Ya tenemos á Santa Teresa armada de toda su retórica para darme con ella duro y parejo; la falta de hoy ha hecho rebosar el vaso... ¿á que se sube al púlpito? aguantemos! Y levantando la voz: — ¡Ni la sopa has probado, mamá Paula! ¡qué desgano! á ver, al comedor prontito y salgamos de este velorio; que saquen un par de botellas de champaña: hoy es dia del Carmen, Paulita!

Manotazo más formidable no dió nunca el padre Copo, que el que Santa Teresa, digo, mamá Paula, descargó sobre la cómoda é hizo bambolear la urna misma del Patriarca: rumiando estaba ella por cuál registro saldria, cómo iniciar la batalla, si desplegando las guerrillas de frases intencionadas y equívocos perversos, ó disparando con la artillería gruesa, al bulto y de frente; pero, cuando oyó en aquella boca infestada ya

por la mentira y el perjurio el nombre sagrado de su excelsa patrona, soltó un manotazo, como un tiro de cañón, y luego la descarga nutrida de sus acusaciones: — ¿Y te atreves á pronunciarlo, ese nombre? ¿y aún te atreves á recordarlo? presa del demonio eres, cuando no te avergüenzas, cuando no tienes miedo... si me lo han dicho! si, que sostienes una querida y la regalas joyas, coches y casas! toda la sociedad, el mundo entero, lo sabe... si, si, este señorito corto de genio tiene una querida, que se llama la Ginesa, la Ginesa, eso es, mira si estoy bien enterada. ¡Ah! Gaspar, de tu seriedad y decoro, de no ser un perdido como los otros, lamentándote, te avergonzabas, y de andar en el fango, revolcándote en un basurero, como el cerdo, emblema fiel de pasiones terrenales, no muestras rubor; ¡al contrario! muestras satisfacción, aire de lozanía que revela encontraste, al fin, trás de mucho buscar, tantear, desesperarte y bostezar, el alimento innoble que tu alma ansiaba. La Ginesa, se llama la Ginesa! ¿lo niegas? ¡no osa-

rás negarlo ! bajas la cabeza culpable y no me miras derecho, como miran los leales... Y á mi no me sorprende : tiempo ha que te sigo con el pensamiento por esos vericuetos que te empeñaste en recorrer y cada dia te daba el ¡quién vive! ¡cuidado con los tropezones ! á ello me autorizaba mi edad, mi experiencia, mi situación de madre, no de hermana mayor; á pesar del alerta, tropezaste y has caido, y en tal forma te veo, que me das lástima y toda mi cólera se funde en lágrimas.

Lloró la predicadora, convulsivamente. Y Gaspar, asustado del ataque brusco, de aquella granizada terrible, con un nudo en la garganta y el corazón en alarma, pasaba los guantes de una mano á la otra mano, contemplaba, idiota, cada retablo y de la inspirada beata desviaba la vista, temeroso; como el colegial á quien castigan, disculpábase torpemente: — Mira, Paulita; esas son habladurías, exageraciones malévolas ¿ te lo contó la de Soto? Bernita, tal vez... no hagas caso. Cuando la sintió llorar, levantóse y quiso

aproximarse á ella, pero Paula le rechazó con desprecio: — ¡Retírate ! tu contacto mancha: como el tufillo de los borrachos, percibo, al acercarte, el olor del vicio, mezcla asquerosa de pacholí y polvos de arroz; retírate, que apestas ! — Parece mentira, Paula, que por los chismes de una deslenguada, te pongas así ! tú, una doctora seráfica ! — Ea, ni como broma, ni como falta de respeto he de pasártelo ¿ entiendes ? — Pues, me marcharé, porque no es hora de sermones. — También respondón ! ¡alabado sea Dios ! y qué bien aprovechas las lecciones de tu maestra ! Extendió el brazo y le detuvo: — Quédate, ¡repito que te quedes ! Gaspar, mohino, refunfuñaba :— Te empeñas en tratarme como á un niño, y soy un hombre, Paula. — ¡Un hombre ! ¿desde cuándo ? estalló la beata, como el chiquillo que fuma el primer cigarro, crees que porque tienes... eso, ya estás ungido varón en ejercicio de todas sus prerrogativas; antes no. Óyeme, desgraciado: nunca, nunca, me has parecido más niño que ahora, niño de teta, débil é indefenso. ¡Qué-

date ! ¿ á quién sino á mí, le toca decirte la verdad, abrirte esos ojos ? sino es tu propio bien, tu felicidad, la salvación de tu alma, el ardiente deseo de que aprendas á honrar el apellido que llevas, á conservar tu fortuna y no seas juguete de perdidas y de tus pasiones ¿ qué móvil podría guiarme, á mí, triste mujer sin ilusiones mundanas, á cantarte una cartilla, que si fueras el hombre que dices, sabrías de *pe* á *pa* ? Un día te lo advertí: mientras no me des pruebas patentes... las pruebas las tengo... — ¿ Cuáles ? ¿ dónde están ? — ¡ Niégalo entonces, niégalo ! La estocada fué tan honda, que Gasparito hubo de sentarse, anonadado.

Y resecas las lágrimas, febril, con tal precipitación que, á veces, tartamudeaba, perdía el hilo, le cogía de nuevo y enhebrando la frase diestramente, proseguía el noble discurso, mamá Paula echó la más terrible filípica que las orejas del granujilla de su hermano escucharon jamás; sin esforzarse en buscar otros argumentos que los que la sencilla razón y la sana moral, sus colaborado-

ras fieles, la brindaban, pintó los horrores del vicio, sus artimañas, vergüenzas y castigos, con sentencias bíblicas, ejemplos y dichos de San Agustín, el perejil de todos los sermones. Mientras ella anduvo por las ramas, para probar que no es decente que un chico de pró se vaya de picos pardos, Gaspar aburríase, acariciando su barbilla rizosa: — ¡Qué pesada está ! buena pieza la de su San Agustín, para que me le saque de modelo: si el camino de la santidad es probar y engullir antes de todo, me parece que no voy yo por tan mal camino! Pero luego, contra el corazoncito, que esperaba encogido y medroso, arremetió Paula furibunda: médico que va á extirpar un tumor, la doctora, sin remilgos ni bascas nerviosas, empleando las palabras crudas del caso, palpó, apretó, estrujó; y esta vez, el acoquinado paciente gritó, de dolor :—No digas eso, Paula ! exageras ¿ dónde iríamos á parar ? cierto es que yo... en fin, debilidad, ceguera... ¡nunca he mentido! quizá no tenga disculpa, pero, de ahí á deducir lo que tú deduces... El bisturí de mamá

Paula seguía cortando en carne viva:— Sí, sí, de estos casamientos del diablo, concubinatos indignos, salen los hijos espúreos, que se ocultan porque avergüenzan, hijos que te atarán más á la madre, y mañana, mañana, serán una piedra enorme, imposible de remover, en el camino de tu porvenir; familión anónimo, que te pesará tanto que no podrás dar un paso, y obligado te verás á descender de tu rango, á envilecerte en la capa social en que lo hayas formado... Y si no es la fuerza de la sangre la que remache tu grillete, será la fuerza de la costumbre, de la costumbre, tan tiránica, ó más tiránica! ¡Ah! Gaspar, cómo vuelves, y en qué abismo has caído! Y ¿sabes por qué has caído? por bobo, titi de imitación y ganoso de hombradas estúpidas. Á lo que expones tu alma, te lo he dicho: te he dicho que faltas escandalosamente á la ley de Dios, faltas á la sociedad y faltas á tí mismo; leyendo en las rayas de tu mano, te he dicho lo que sucederá si ese nudo vergonzoso no lo rompes; aún hay más: eres bueno y por bueno esa ¿ cómo se llama esa

perla ? te engañará, ¿ protestas ? te engañará, repito... yo me la imagino como las otras, falsa, hipócrita, glotona, ambiciosa, cruel, fría y traidora... para tí no será todo esto: tú ves tan sólo la superficie, la piel suave, la sonrisa dulce, el hablar meloso, pero debajo, ¡ah! Gaspar, debajo se oculta la ponzoña que envenena y mata !

El corazoncito se encogia más, herido certeramente; y se ahogaba por no poder declarar á gritos que no, que su Ginesilla no era nada de eso, ni falsa, ni hipócrita, ni glotona, ni ambiciosa, ni cruel, ni fria, ni traidora. — Te engañará, repuso Paula apartándose de la cómoda y viniendo con lento paso, alzada la mano profética, hasta la butaca donde el pecador se humillaba; comprará con el oro que tú la das liga para cazar otros tontos y tu cariño le servirá de muestra llamativa para su tienda. Poco á poco, irá royéndote y cuando te vea en los huesos, te echará por el balcón... Si este carácter común de la especie, no es el suyo, pues hay sus excepciones y excepciones peligrosísimas, entonces

peor, archipeor! (*con intención y apoyando la mano sobre el hombro de Gaspar*). Las hay bondadosas, extraña mezcla del bien y del mal, y estas son como esas monstruosas boas que habrás visto en los circos, sin dientes para morder, sin veneno para matar, pero que enroscando en el cuerpo del domador sus anillos, á él se pegan, tan fuertemente, que no hay poder humano que las aparte: las circunstancias las han hecho malas, no sus instintos, y en hallando arrimo generoso, son todo lo buenas que pudieran haber sido, plantas marchitas que recobran su frescura; compasión primero, luego interés, más tarde cariño, y al hombre enroscándose van, apretando los brazos, apretando siempre: son mansas, sumisas, modestas, agradecidas, sobre todo agradecidas, porque al recordar los palos de antes, mejor pueden apreciar los halagos de ahora. Y aprietan, aprietan siempre! contra el odio, la calumnia, la envidia, se está en guardia constantemente y es posible defenderse; contra los sentimientos nobles no: todos somos niños en tocándonos

la cuerda tierna. Pues estas son las más de temer, porque cuesta más despegarse de su cariño; no lo olvides! (*con energía*) si mala, malo, si buena, peor, ¿entiendes mi jerigonza? creo que si me entiendes.

Hubo de tomar algun respiro, y se calló, observando entre tanto los efectos de su palabra; la cual habia ido infiltrándose poco á poco en las entretelas del corazoncito medroso, que suspiraba:—Tiene razón: por su boca habla el mismo Espíritu Santo; así, tal como ella la ha pintado, es Lía, mi Ginesilla, y por buena, por sumisa, por mansa, me he dejado vencer de su amor... Faltaba la incisión más dolorosa, y la doctora la dió con firme pulso: — Sea así, ó asá, que esto me tiene muy sin cuidado, pegadiza ó de armas llevar, el nudito ese le cortas tú ó le corto yo! un Tejera amancebado no he de tolerarlo! y tampoco el espectáculo del hermano que crié para los altares, sacrificando en los inmundos del vicio. De apartarte del servicio de Dios, de renegar de nuestra santa fe católica, de expo-

ner tu alma y tu porvenir, de ser uno de tantos, parásito inútil, tendrás todo el derecho que te dan tus veintitres años, pero de enlodar tu apellido, que es el mio, no. Un apellido ilustre es joya que se hereda, toisón que se lleva al pecho, y sin exponerlo á la irrisión y á la chacota, no has de ostentarlo mal trajeado y rotoso: ni tus abuelos te le dieron, junto con la fortuna, ni puso Dios en tu alma esos quilates de excelentes cualidades y en tu figura simpático atractivo, para que de todo, inapreciable tesoro, formes un paquete y lo arrojes á los pies de una Ginesa. No, no! tampoco te he pulido yo, y te he criado como la más mimosa de las flores, para... vamos ¡no faltaba más! A esa mujer la abandonas tú ¿comprendes? ¿conoces bien el significado de la palabra *abandonar*? pues bien : la abandonas en menos que canta un gallo: la pagas, la despides y te vuelves á ponerte bien con Dios nuestro Señor, al que has ofendido atrozmente! Como madre tuya te lo impongo, en nombre de los que me encargaron de tu custodia y nos

miran desde el cielo. Y cuidado con no obligarme á tocar la campana del escándalo...

Gaspar no chistaba: solamente, sus ojos hermosos, donde la otra, la Ginesa, gustaba de recrearse, se empañaron, y porque la hermana no le viera llorar, los entornó y con las pestañas aprisionó las calientes lágrimas. La voz de mamá Paula era para él la del Sinaï, y su áspera sinceridad único guia suyo y tutela, á la que se habia acostumbrado desde que le sacaron las mantillas; y de tal manera sugestionábale, que le haría creer que hacia sol en una noche obscura. ¿Qué seria si la elevaba, como en esta ocasión solemne, para anatematizar sus maldades, presentando las razones con tan enérgica, reposada y digna elocuencia? ¿qué sofismas inventar podria la pasión para defender y justificar aquello que la señora llamara por su propio nombre, palabra brutal que le hirió profundamente? Siguiendo el vuelo de su pensamiento, cuanto ella le queria mostrar, él lo veía, con todo el relieve de la verdad; y á medida que el co-

razoncito se encogía más, vuelto impotente, á causa de su timidez, para propugnar el inconfesable capricho, las horribles visiones que la predicadora evocaba: el encanallamiento del alma, el compromiso vergonzoso del porvenir... en un relámpago lo vislumbró claramente todo. Y llegó á sentir en sus carnes los anillos constrictores, y se figuró apoyada en su hombro la cabeza chata del culebrón desdentado, manando dulzuras: — Aquí estoy, niño mio, soy yo, tu Lia, tu Ginesilla; si no me das tu calor, me muero! déjame mirarme en tus ojos, déjame que me estreche contra ti, fuerte, bien fuerte...

Lo que en realidad le pesaba sobre el hombro, era la mano de mamá Paula; contrito, la miró, y corrido el cerrojo de las pestañas las dos prisioneras escapáronse y prendidas otra vez quedaron en los ricillos castaños de la barba, brillantes y temblorosas. Paulita juzgó el momento oportuno de presentar las hilas, aplicar las vendas y el ungüento: — Cuando los ojos hablan así, Gaspar, es que el alma no está sorda; me has comprendido y

basta, me has escuchado y no insisto. Sabes que tengo toda la razón del mundo, y me la das junto con la promesa formal de desandar lo andado, y de emprender la nueva vía; tus lágrimas de arrepentimiento me lo garantizan. Yo no te exijo más, no puedo exigirte más... Temo, sin embargo, que, solo, de nuevo te extravíes, y pienso que una compañera digna te hace falta: otras veces te lo he indicado y tú llegaste á decirme: si te empeñas, me casaré; entonces no me empeñé, dejando á tu albedrío todo el campo abierto, pero, ahora, después de lo que ha pasado, me empeño, sí. Ya recordarás de quién se trata, ¡de Bernita! — ¡Bernita! repitió el paciente entre sueños.—De tu prima, que con estas escapatorias y trapisondas, tienes olvidada y entristecida. Ella te quiere; es buena, es pura; apenas te la mereces tú, calavera. Vuelve á la calle Cangallo, que Segunda no te recibirá con piedras. Y en un mes, dos meses, á casarse; ni ella ni tú precisan ahorrar para el equipo. Casado, de mi báculo no te servirás ya: te apoyarás en el

brazo de tu esposa, y verás qué bien se marcha así por las sendas del mundo. Ó sacerdote ó marido. ¿No te dió por ser sacerdote? pues á consagrarse marido, que los solteros carne son de que se alimentan las Ginesas y si estas no hacen ascos á los maridos consagrados (y allá carguen con la culpa las esposas tontas) más fácil de digerir es aquella y más tierna y abundante. Conque, ¿me lo prometes, Gaspar?

El joven, inconsciente casi, mareado, contestó que sí: -¡Te lo prometo! La cólera celeste habíase ido apaciguando, á medida que el espíritu del mal retrocedía, y pisoteado, aplastado, pedía misericordia; la alegría del triunfo coloreó fugazmente la máscara exangüe de la predicadora. Se inclinó y abrazó á Gaspar, orgullosa de su hazaña, de haber sacado á la orilla aquella alma juvenil en peligro, con la eficacia sola de su palabra cristiana.

VII

Cuando se halló lejos de la influencia hipnotizadora de mamá Paula, como quien vuelve en sí de sopor angustioso, el espíritu de Gaspar, desentumecido, se agitó:—¿Qué he hecho? ¿es cierto que la he entregado sin defenderla? ¿que la he dejado condenar? ¿qué he prometido... qué he prometido yo? ¡ah! ¡si, pobre Ginesilla mía! y yo que de la estancia me he vuelto desalado, porque no podía soportar su ausencia... ¡cobardón, cobardón! Estaba en su alcoba, vestido aún con el elegante traje de caza, después de la comida que siguió al combate tan descansadamente ganado por la doctora seráfica, y desabrochando iba la blusa con pereza,

mientras así apostrofábase: —¡Eso es! lo has prometido, cobardemente, y tendrás que cumplirlo, si no quieres que la guerra sea declarada y la casa de Tejera se derrumbe; si resistes, mi santa se amosca y no te da cuartel; sus disciplinazos escuecen y cada testarazo de sus libros sagrados levantan un chichón así. ¿Y tendrás valor para cumplirlo? ay, ¡me parece que no!... ¡Que le sobra razón, vaya! si eso mismo, aunque con palabras menos inspiradas, te lo has dicho tú bastantes veces, pues no eres el ciego que te quieren hacer; pero te has acostumbrado á no dar valor á las cosas sino cuando mamá Paula les ha tomado el peso; verás un agujero, y aún viendole con absoluta claridad, meterás dentro la pata si mamá Paula no te grita: ¡cuidado! ¡Valiente hombre que ha menester de lazarillo todavía! lo mismo, perfectamente lo mismo te ha dicho también la otra pobrecilla: que esto no podía ni debía durar, porque no... creías, entonces, que se seguiría así, pasando la vida entre mimos y besos, sin deberes que cumplir, sin... ¿pen-

sabas, acaso, casarte con ella? y sino ¿qué pensabas? me parece que nada; dejar correr el tiempo y mirarle correr.

Suspirón, abandonó la maquinal faena; y de pronto, entróle congoja tal que, apoyado sobre la columna del armario, lloró mucho rato, con sollozos sentidísimos y convulsivos. ¡Abandonarla! pagarla y despedirla! no verla más!—Y he permitido que la insulten y ofendan, y no he encontrado voz para gritar: mentira!... ¿qué va á ser de mí sin ella? Calmado el turbión, rápidamente y colérico, pasó el pañuelo por los ojos hinchados, enganchó nuevamente en los ojales la hilera de botones, se ajustó el cinturón de cuero, y atravesó las cuatro piezas de su departamento, cada una con el pico de gas á media llave, y en el despacho entró: abrió la ventana y por el resquicio miró hacia la calle de Viamonte:—Es muy temprano para que duerma, pensó Gaspar, se vé luz en su alcoba, prueba que no se marchó á Las Piedras; ella, la perversa, la leprosa, cuyo contacto mancha y basta para deslustrar un apellido

y deshonrar una vida entera; pensará en mí! ¡qué sorpresa cuando él venga! si, qué sorpresa! no lo sabes bien, Lía, la que te aguarda! nos ha salido un juez muy adusto ¿oyes? el deber! y parece que esto de querernos así no está bien, porque tú... en fin, cosas del mundo y leyes que yo no he tenido en cuenta. ¿Qué dirías si fuera ahora, con mi llavín abriera tu bien cerrada puerta y pisando leve para no descubrirme y despertar á la Negrita, entrara y antes que tú alzaras la vista sintieras el calor de mis labios sobre tu nuca?

Los dedos, secundando al pícaro pensamiento, acariciaban ya, dentro del bolsillo, el menudo instrumento de acero. ¡Proyecto más sabroso! relamiéndose vino en el tren, y ahora el dulzor aumentaba por su calidad de prohibido... Con decisión, se volvió y antes de dar un paso, tropezó con la severa catadura de Paulita, no en carne y hueso, sino borroneada sobre lienzo por un pintamonas ignoto, que apenas supo retratar su mirada pesquisidora: —¡Eh! ¿adónde vas? ¡la promesa

está hecha! papelito canta. Si eres hombre, puedes comenzar á dominarte; si no te dominas y flaqueas y me engañas, levanto el látigo! El joven se sentó, de espaldas al entrometido y terrible fiscal de sus debilidades; y un segundo turbión de lágrimas le mantuvo con la cabeza sobre el brazo, alargado en el sofá...

Durmióse, al fin. Y soñó que de los cuadros venerables del salón, se apeaban damas y caballeros, sacudiendo las telarañas de los casaquines, ahuecando los miriñaques y dando una pasadita de mano rápida á pelucas y peinetones; y andando como figuras de movimiento, entraban, el primero el Virrey, con majestuoso paso, luego Tejera, el fundador, y Tejera, el Héroe, y los otros anónimos, que sólo vivieron la vida de la materia: todos los cuales se inclinaron respetuosa y profundamente ante las damas, la Virreina, misia Bernabela, misia Carmencita, misia Transitito, misia Sandalita, y escoltándolas, rodearon el sofá; Gaspar se puso á estornudar, quizá por el olor acre de

vejez y encierro que la ilustre parentela se traía; y sintió que la mano descarnada de la Paso y Riquez, le pellizcaba, mientras los caídos mofletes del Virrey hinchábanse indignados, y el Héroe, con la gloriosa bala que se había sacado del pecho, apuntábale, amenazador; cantando el coro sin voz:—¡Bueno, bueno! palabra que significaba en aquellas bocas el más amargo ¡malo! con que los muertos, curados ya de dudas, hartos de contemplar á sus anchas todos los misterios que á nosotros los vivos nos atemorizan, embrollan y preocupan, pueden juzgar una accion humana. Cuando aquel concierto y los papirotazos de los polvorientos personajes comenzaban á enfadarle, Paula entró, calado el bonete con borlas de Santa Teresa y la paloma sobre el hombro metiéndole en la oreja el piquito revelador, como si le cuchicheara los secretos de las cosas: cogida de la mano, traía una doncella que se cubría con un velo, y á descubrirla acudió el Virrey, apareciendo la cara inmoble de Bernita; entonces el coro repitió

aquel ¡bueno, bueno! en tono distinto del anterior, y la turba de vejestorios ensayó un minué, con tal entusiasmo el Virrey, que perdió el compás y enredó el rabo de su peluquín en los calados de la peineta de misia Transitito. Gaspar quiso incorporarse, pero algo le sujetaba los brazos, le oprimía el pecho, le insensibilizaba las piernas: enorme ofidio enroscábase á su cuerpo en el sofá, y mirándole se asustó de que la cabeza no fuera ni chata, ni desdentada, ni repugnante, sino de mujer rubia y bella, la de Lía, Lía sonriendo, enseñando los granos marfilinos de sus dientecitos, suspirando: —Niño mío, niño mío!...

El día siguiente amaneció lluvioso, con frío desagradable y viento áspero. Y con el espíritu más destemplado se levantó Gaspar, gruñón ante el deber que le hostigaba, indeciso, confuso, malhumorado, buscando quizá la fórmula de convenio entre Dios y el diablo, á fin de rehuir bonitamente el castigo y el reclamo de ambos poderes formidables, y quedar bien con todos, con mamá Paula y

con su conciencia, que la elocuencia fraternal había sacudido de su modorra con tan oportuno tirón de la manga. Confuso, indeciso, y malhumorado, además, porque dábase entera cuenta y razón de lo peligroso de su capricho y de lo flojo de su carácter; mal pagador, reconocía la deuda, pero le dolía cumplirla, y preparaba escusas, solicitaba plazos... Mas con tales acreedores no había manera de entenderse, ni valían subterfugios ni triquiñuelas. ¿Quieres amor? pues, el legítimo! que yo no admito las falsificaciones del género. Y he aquí al cuitado Gasparín dándose de mojicones con estas palabras de legítimo é ilegítimo, renegando de su apellido, de su suerte, y de las leyes morales y sociales que pretenden clasificar y rotular el amor, llama que arde igual en todos los corazones, como da la misma luz la mezquina lamparilla de barro ¡y la soberbia lámpara de alabastro!

De la consabida ventana de su despacho, dirigía miraditas ansiosas hacia el balcón de Lía, y los geranios le llamaban con cabeza-

das, balanceando sus crestas carmesíes:—¡Vén, tontin! ahora mismo se levanta, y si no quieres que te sorprenda, apártate, pues poco tardará en acercarse para enviarte los buenos días. ¡Vén, vén! Á poco, la campana de las Catalinas avisó por tercera vez para la misa de siete, y Paula salió de casa con gran premura, tan levantadas las faldas por la guita, que enseñaba las pantorrillas más lastimosas del mundo...—Voy, si, contestó mentalmente Gaspar á los picaruelos geranios luego que la beata en el portalón del convento desapareció, y no sé si por la última vez; si tiene que ser, que sea! Se puso el gabán de cautchuc, y alzada la capucha, se echó á la calle, como si de lo alto de una roca se arrojara al mar, no sabiendo si saldría con vida ó quedaría sin ella; en la casona paterna nadie podía expiarle y no se tomó el trabajo de rodear la manzana: Logia, desaliñada y pringosa, abría la puerta y en la acera la Negrita correteaba, olfateando, preocupada en dar suelta á perentorios asuntos.—¡Es el señor! vociferó la madrileña,

pues no es corta la sorpresa ! vaya con el señor! Gaspar salvó el umbral, la escalera y por el camino tan conocido se dirigió á la alcoba, cuya puerta empujó: Lía peinándose estaba y por el espejo vió al encapuchonado amante, y soltando el peine, la cabellera y un grito, se abrazó á él: — Gaspar, niño mio, qué gusto tan grande ! no te esperaba hoy y contando las horas una por una, minuto por minuto, pensaba: faltan tantas y tantas para que venga ¿ahora llegas de Ombú ó llegaste anoche ?

Prestamente, le despojó de la funda de goma tan fea; entre tanto, le besaba en la barba, en la nuca, y reia: —¡Ay, qué gustito! ya está aquí el niño de la casa ! y ¡qué madrugador ! por cierto que creerías hallarme entre sábanas... pues, no señor ! tu Ginesilla madruga también para trabajar, para coser: mandé traer una máquina de mano, de estas baratas: no me regañes, que ha costado muy poco; y todo el dia y parte de la noche, dale dás á la costura... sino, me hubiera aburrido mucho; para distraer tristezas, el mejor re-

medio es ocupar en algo útil las manos perezosas.

Gaspar se sentó en la única butaca libre, aspirando la atmósfera sensual del nido calentito, y todos sus temores, sus escrúpulos y sus propósitos, centinelas importunos que un narcótico invalida, adormecíanse poco á poco; ella, sobre la piel de oso, á sus plantas, en la actitud reverente de Magdalena, que solía, saboreaba sus palabras:—Á ver, repite, repite que te aburrías tú también lejos de mi, y has venido bebiéndote las leguas... ¿muchas perdices me has traido? ¿muchas, muchas? pues Mamerto no ha parecido por aquí. ¡Qué gusto! ¿sabes que no recibí el telegrama de Cándido? por eso me encuentras: mi madre debe de hallarse mejor... Entrelazadas sus manos, referían uno y otro la historia de aquellos dos días de ausencia:—He andado yo como sonámbula... —Y á mí me pareció el partido un desierto... — Á la noche, me entraba mayor pena...—Y yo, y yo...

Tan melosos se ponían, que el viento, es-

camado ó de envidia, violentamente cerró la celosía del balcón.—¡Qué susto! exclamó Lía ¿has visto qué temporal tenemos? abriré: que pase la luz y se regocije ella también. Gaspar murmuraba: —No es el viento, es mamá Paula quien ha dado este golpetazo: es el deber que me da el alerta. Dios mío ¿de dónde sacaré yo valor para decirselo? Inquieto, se distraía, rechazando las tentaciones de la pecadora, que acurrucada de nuevo á sus pies, friolenta, á él se abrazaba: —¡Hace un frío! ya no se cerrará, porque la he dejado bien enganchada.—Déjame, déjame, decía el jóven con desvío.—¿Qué tienes? ¿te duele algo? ¿estás enfadado?—No, no.—¿Triste, entónces? — Tampoco, tampoco.—¡Gaspar! Á fin de leer mejor en sus ojos, acercó los suyos tanto, que al calor de tamaña hoguera, la entereza ficticia del mozo se derritió completamente:—Estoy triste, si, Ginesilla! y enfadado también, enfadado con Paula, contigo, porque eres lo que eres, y conmigo, porque te quiero. Lo que pasa ni tú ni yo lo podemos remediar: ó lo acatamos

y nos morimos de pena, ó no lo acatamos, y nos condenan en rebeldía. Delante de tí no me da vergüenza confesarlo; toda la noche he llorado, de tristeza y de rabia. Te acuerdas que yo te decia: ay, si mamá Paula lo sabe! pues, hija, ya está enterada de todo, de todo! figúrate cómo se habrá puesto y cómo me habrá puesto!

Lia, demudada, escuchaba; y conforme Gasparito desahogándose iba y exponiendo el terrible dilema: — Ó nos separamos amigablemente ó la discordia entra en casa y el diablo carga con todo!... la muchacha erguíase, cual si creyera que de pie mejor podría aguantar el derrumbe del último baluarte de sus ilusiones; una y otra vez la mano febril pasaba por la frente: — Hijo mío, nos separaremos! si la hora ha sonado... tu hermana tiene razón! ¿quién soy yo, pobre de mí, para pretender evitarlo? ningún derecho me asiste: soy una perdida, nada más que una perdida! y las mujeres de mi laya no pueden amar... tu felicidad ante todo! Dios, que ve dentro de mí, sabe perfectamente que me he con-

siderado siempre indigna del tesoro de tu cariño y que pronta he estado á devolverlo sin resistencia cuando me lo pidieran. Hoy me lo piden: ahí está. ¿Por qué te afliges ? más vale que sea hoy, y no mañana. Vé y dile á tu hermana que la Ginesa no se come los niños crudos... nos separaremos, hijo mio! Gaspar protestaba; y como ella declamara estas cosas con infinita amargura, cada frase apretada y nerviosa cayendo de los lábios convulsos, el jóven interrumpia: — No, si yo no quiero ! porque no podré vivir lejos de ti; resistiré, batallaré solo contra todos: yo te prometo .. — ¡Nada de promesas! exclamó Lia, jamás recibí ninguna tuya: ahora menos ! á tí y á mí no nos liga sino la estimación ó el cariño, que allá cada cual dentro de su corazón sabe lo que pasa, y dónde le aprieta el zapato: nos unimos por gusto, nos separamos por necesidad ! sin juramento ni contrato que romper. Tu tomarás por el camino del matrimonio, yo... no sé, por cualquiera, lo mismo me da. Ya ves que lo que el diablo ata, es más fácil de desatar que lo que ata Dios!

Decialo, y pensaba que no: ¡que es más difícil, más difícil! Y prosiguió con doloroso extravío:—Anoche soñé con alfileres negros, ¿qué significa soñar con alfileres negros? desgracia próxima ó peligro inminente... Cuando te ví entrar con el capuchón, se me representó uno de esos sayones del Santo Oficio, que acompañaban los herejes á la hoguera... ¡Ay, niño mío, en qué hoguera me has puesto y me dejas! ¿por qué te conocí? ¿por qué me sacaste de la infamia de mi condición? ciega y loca, no veía lo feo de las cosas ni razonaba; arrastrábame el viento y yo me dejaba arrastrar, risueña; tu amor me devolvió la vista, la luz de la conciencia, y me transformé, de tal manera, que yo no soy yo, soy la Lía de Las Piedras, antes de la escapatoria, otra Lía mejor aún, aún mejor, como si, propicio ya el terreno, ahora germinaran las antiguas semillas... Mira tú que soñar anoche con alfileres negros, y venir hoy á darme los pasaportes! que recibo sin chistar, sin quejarme ¿entiendes? porque haces bien,

haces bien... al fin y al cabo ¿dónde íbamos juntos? tú á la perdición, á la deshonra, ¿no te lo ha dicho mamá Paula? si, que te lo habrá dicho; la santa y la diabla estamos de acuerdo ¡cosa más rara! y ella pensará que yo tiro de ti, y no te dejo marchar, y por chuparte la sangre y la fortuna, vampiro del vicio, te engatuso y entretengo con embelecos ¡qué risa! si aquí está tan campante su Gasparito, señora, su niño Jesús de filigrana! se lo devuelvo á usted sin ningún pedazo de menos. Y ojalá la señorita de Paso, con sus manos inmaculadas no se lo estropee á usted... *(hincándose delante del abatido mozo y cubriendo de besos delirantes sus ropas)* seguramente, que esa otra no te querrá como yo, niño mio, ni te recibirá con alegría, ni te despedirá con pena, ni te esperará con ansia, como yo, como yo! ¡ni sabrá besarte así, así, poniendo toda el alma en cada beso! si esas señoritas puras no saben besar, ni amar... en ellas palpita más la madre que la esposa... Desgraciada de mi ¡y cómo me castiga Dios!

—Lia, Lia, murmuraba Gasparito. Rebelábase contra el fallo cruelísimo:—¿No soy mayor de edad? ¿libre y rico? ¿quién me discutirá el derecho de quererte, de protejerte y de visitarte cuándo y cómo me acomode? á mamá Paula le diré cualquier mentira: me haré mentiroso también, mentiré á destajo, para que el mundo no meta las narices donde no le importa... pensar que no he de verte, Ginesilla! estoy tan acostumbrado á tu voz, á tus caricias, á tus salidas... no, no, guárdame entre tus brazos, antes que ella entre y me arranque de tu lado! Lia se enderezaba, más calmada:—Quita, mejor hoy que mañana. Bueno es lo que ocurre, para la salud espiritual de ambos. Lo que hacemos es malo; no nos emperremos en el mal. Mañana nos costaría más, mucho más. Separémonos; tú no debes quebrar con tu hermana: tu apellido te lo veda, tu propio interés, tu porvenir, tu felicidad... palabras que vengo barajando cerca de tus oidos desde el primer dia que, asustada, conocí mi cariño, pues no podria cargar con respon-

sabilidad tamaña... ¡Aléjate, olvidame, cásate!

Desesperadamente, le cogió Gaspar las manos:—Y tú, Ginesilla, ¿qué harás? yo, está bién, entraré de lleno en la legalidad... pero, tú ¿qué vas á hacer? tengo celos, celos de cualquier otro que ocupe mi lugar, y le ofrezcas las caricias mias... ¡tú no conoces los celos, Ginesilla!—¡No, yo, ni de vista! si yo no tengo ni sangre, ni nervios, ni entrañas; pregúntaselo á mamá Paula... ¿Lo que voy á hacer? ponerme un saco, ceñirme una cuerda á la cintura, cubrirme de ceniza la cabeza y meterme dentro de una cueva ¿estás contento? me parece que tu amor propio quedará satisfecho ¡ah, qué hombres! tú, en cambio, te reservas el programa más variado: otros amores, otras emociones... ¡qué leyes las que habéis hecho vosotros los hombres! ¡á nosotras nos haceis cargar con todos los deberes y os reservais vosotros todos los derechos: el reparto del león! Déjame y acabemos.—¿Me despides?—No te detengo.—¿No me quieres, entonces?

—¡Ojalá, ojalá! en suma ¿qué te importa?
—¡Si me importa, ingrata! ¿lo dudas? mentira... ¡escúchame, no me huyas! yo deseo *(bajito y avergonzado)* de lejos y siempre velar sobre tí, que nada te falte, Lía, que no tengas necesidad de... recurrir á nadie para vivir... deseo, permíteme trocar en exigencia absoluta este deseo, que vivas honradamente...

Con orgullo, frunciendo las cejas enérgicas, ella le rechazaba: una limosna! ni la pedía, ni la admitía. ¡Jamás, jamás! á un criado se le pagan sus servicios; á una mujer que ama se le da amor, gratitud ú olvido. Si amor no podía pretender, gratitud si, y no obstante tampoco la imploraba; pero el olvido, bálsamo calmante, remedio único...
— Te pido bien poco, Gaspar, olvido! para que pueda yo arreglar en paz este caso de conciencia mío especialísimo. De tí no acepto otra cosa! si me oyeran misia, Paula se pasmaría, y tu tía Segunda y la primita, que acechan hambrientamente tu fortuna... discúlpame y deja que lo eche todo fuera! se ha-

rían cruces del desinterés de la Ginesa, ¡ah! no conocen ellos á la Ginesa! y no la conoces tú, tampoco, niño mio... Si los hombres me inspiran asco ¿entiendes? asco, repulsión extraña; y el lujo ya no me tienta, ni la vanidad me trastorna... hasta con las amigas antiguas de bureo he roto, porque no me ensucie su contacto ó se me pegue alguna de sus ideas malas... si mi belleza no ha de ser para ti ¿de qué me sirve? y si nos separamos y ya no he de verte más... porque yo no quiero verte más! Sobre el cubrecama desmayó la cabeza rubia, y los sollozos estallaron, al fin; Gaspar, afligidísimo, acariciándola, tartamudeaba: —Si nos veremos, tonta! por qué no? aunque todas las hermanas y todos los santos se opongan... mentiré, repito que me haré un embustero redomado. ¿De dónde sacas que voy á casarme con la prima? la rana vieja, la araña peluda que sabes! no, no: á Paula se lo he prometido, pero no se lo voy á cumplir. Pues no dice la hermana que eres una serpiente! serpiente, tú serpiente! ángel, mas lavadito ya de to-

das las manchas pasadas, que la blancura de tus alas deslumbra... de ti yo no me separo, Ginesilla! así me lo mande el Papa! dejemos que gruña Paulita, que, rabiosas de que la presa se les escapa, escandalizen la tía y la prima, que murmure el público y que se hunda el mundo... los dos nos queremos y basta!

La pecadora se irguió, resueltamente: —No, véte, véte; tengo miedo de ti y de mí. Si te quedas, sucumbimos ambos. Debemos separarnos, porque sí, porque sí. Véte. Olvídame y cásate... con esa ó con otra, pero cásate. Y no vuelvas, porque no te recibiré: encontrarás la puerta cerrada, siempre cerrada. Véte, véte! Le empujó, y él se resistía, llorando. Arrojóle de la alcoba; en el comedor la dolorosa lucha se prolongó un rato, ella porfiando extraviada y él gimiendo: —Lía, Lía! á la vez que perdía terreno y valor. Lía balbuceaba:—Véte; hoy ó nunca! si no te vas, te pierdes y me pierdes. Te echo, sí, precisamente porque te adoro... véte! Y le empujaba con mayor fuerza: del

comedor, pasaron á la sala y de la sala al vestíbulo; ella le besó locamente y al mismo tiempo dióle el último empellón:—Véte, véte! Entróse, cerró la puerta, echó la llave, y escuchando los pasos que bajaban permaneció, deshecha en lágrimas y murmurando: —Niño mío, niño mío...

Alejáronse los pasos, se perdieron; y resonaron de nuevo, acercáronse, una mano maltrató el pestillo, y descorazonado ó resuelto, el que subiera con leve pisada de planta aristocrática, descendió una segunda vez: luego, silencio. Un carromato, que pasaba, hacía estremecer la casa toda; y se oyeron los cantos de Logia, que barría el zaguán, y los ladridos chillones de la Negrita. Trás el visillo del balcón, Lía pudo ver cómo Gasparito cruzaba el átrio, volviendo la cara, deteniéndose, juguete de las dos fuerzas que le rechazaban y le atraían...—Adiós, adiós, niño mío!

Cuando vino Logia con el chocolate, seguida de la perrilla, la encontró en una butaca, desmelenada, pálida, los brazos caídos,

los ojos fijos:—Señorita, aquí está el desayuno... vamos, que no es cosa de pasarse la mañana entera sin probar gota de nada... aprenda usted de esta golosa: en oliendo algo de bucólica, se pone más amable! parece novio que husmea una dote. Mirela, con las orejitas tiesas espera el convite. —Déselo usted, suspiró la joven, yo no tengo pizca de gana. Y despidiólas, sin hacer caso de las juguetonas monadas de su favorita. —¿La llevo á la compra? preguntó la criada. —No, no la lleve usted: necesito alguien que me acompañe. Al cochero dirá usted que no enganche hoy.

Dieron las once, y al entrar en el comedor la madrileña para tender la mesa, notó que el ama seguía en la misma butaca y en la misma actitud. — Á mal tiempo, mal humor, y á mal humor mal trato, refunfuñó; apuesto que ha habido bronca con el nene bonito...*(fuerte)* Oiga usted, señorita, ¿pongo dos cubiertos? el señor D. Gaspar vendrá á almorzar...—No, ninguno, ninguno! ordenó la voz sofocada de Lía desde la sala.—¿Cómo

ningún cubierto? ¿no almuerza la señorita? ó almuerza fuera?—No tengo gana, Logia. —¡Zape! ¿acaso el calendario marca hoy ayuno y abstinencia? En jarras, el mantel liado al brazo, la madrileña se presentó: — Señorita, lo que usted hace no merece perdón de Dios ¿qué culpa tiene su estómago, para que pague las cuentas del señor D. Gaspar? porque á mí se me alcanza, sin necesidad de discurrir mucho ni quebrarme los cascos, que si usted muestra esa cara de viernes y ese humor de entierro, en el ajo anda el nene bonito... le he visto bajar, y otra vez subir, y otra vez bajar, muy agitado; tan siquiera me dijo: por ahí te pudras. Bueno ¿y qué? va usted á morirse porque el nene se enfade, y le salga celoso ó rabioso ó desagradecido? guárdele usted las espaldas, como no se las guardan á sus maridos muchas legítimas que yo me sé, y quiérale usted, enciérrese usted y dése á cultivar virtudes como quien cultiva margaritas para cerdos... ¡Válgame Dios! en Madrid serví yo á una señorita... un azucarillo, de bondadosa! la cual tenía su protector,

que la trataba como á una reina, señorón de respeto, no sé si senador vitalicio... en fin, muy de fiar y digno de conservar, porque ¡ay señorita mia! en estos oficios, los viejos son los que dan más jugo, se lo digo yo! pero, vamos al cuento: de un chulillo que la arrastraba la capa, se enamorisca mi ama, por el jovenzuelo deja al viejo, y muy pronto se encontró sin una peseta, luego de comerse las alhajas, los muebles y los vestidos: sólo los tufos del amante y la capa se salvaron. Hay que desconfiar de los niños bonitos! y guardarse de los sentimientos tiernos, como del cólera: sino, no se adelanta en la carrera... ¡D. Gaspar volverá! pues, yo no le recibía! y sabe usted mi conducta para lo futuro? no se admiten imberbes, ni barbilindos! y mandaba llamar al Moscardón... que vendria muy manso, pues los viejos, señorita, tienen también esta ventaja: no se atufan, ni corcovean; hágales usted una perrería, y páseles la mano en seguida: como una seda. Oiga, pues, mi consejo: escríbale al Moscardón, olvídese del pegajoso vecinito, séquese us-

ted esos ojos, y á vivir! el almuerzo espera.

—Cállese usted, Logia, y déjeme en paz, dijo Lia con enfado.—Por su bien lo hago y ojalá aprovechara la lección: á los hombres palo, sable y cuernos! Gráficamente, dió á entender lo que cada una de estas palabras expresaba, la última enarbolando con desco-co dos dedos sobre la frente; y se marchó canturriando una coplilla.

Habia cesado la lluvia, entre tanto. Lia sintió frio, mucho frio, y pidió un chal, una taza de flor de naranja... La criada volvió y ofreciéndola el abrigo que necesitaba, ásperamente le decia: —Tú lo quisiste, fraile mostén... de aragoneses descendemos, no hay duda. Enfórmese usted y muérase de puro gusto, mientras el monigote de porcelana se rie y corre la tuna con otras. Á mi nunca me hizo gracia, francamente: novato ó roñoso de suyo, no entendia de prácticas generosas y el color de sus centavos nunca vi; además, los hombres con chapitas de carmín me revientan... Si vuelve, le doy con la es-

coba! diga usted, señorita ¿qué ha ocurrido? ¿le ha pillado usted pelos de mujer en la solapa ó tomado olorcillo sospechoso? se dan casos! Arrebujábase Lía en la cariñosa lana y tiritando sorbía el cordial. — Pero, si tiene usted fiebre! exclamó la muchacha palpándola, ¡ya la tenemos armada! venga usted, señorita, y acuéstese. La obligó á levantarse y la condujo á la alcoba; pero Lía porfió en que no había de acostarse, y se sentó junto á la chimenea:—Aquí estaré mejor ¿hay bastante fuego? bien, déjeme usted sola.

Sola quedó, es decir, sola no, pues la Negrita, tendida á sus pies, calentábase la barriga color de rosa, indiferente ¡oh perruna amistad tan ponderada! al dolor de su ama; quien, como se abre una jaula y se da suelta á los pájaros prisioneros, el enjambre de pensamientos, hablando así, libertaba:—Paréceme que me encuentro en el fondo de un pozo y no veo más que negruras en derredor y en los huesos siento el frío de la soledad: si grito, si pido auxilio acudirá Logia, cuyas manos zafiotas é indignas me repugnan... no

llamaré, para que no venga... para que *él* tampoco venga: si viniese, le recibiría, y no debo recibirle *(llorando)*, ¿qué haré? ¿qué haré? escarbo y no doy con la salida; cuanto más escarbo, más enterrada quedo, pues paréceme también que entre los escombros de mi vida me arrastro... Lo esperaba, y me duele tanto como si prevenida no estuviera desde los preludios de este amor insensato ¿por qué lo natural, lo lógico, lo que forzosamente tiene que venir y con plena conciencia y despabilados poco á poco vemos llegar y acercarse, así nos hiere cual si nos sorprendiera por la espalda? es puñal, que se vé y no se siente, mientras la propia carne no desgarra. ¿Acaso pretendia yo que durara esto hasta los años mil y conservar en propiedad lo que no era sino un préstamo del capricho? nunca! tan tragado me tenia lo que pasa, que cada noche deciame: ¿vendrá mañana? la beata y la prima tiran de él, yo también empujo desinteresadamente, generosamente... y concluirá por caer del lado bueno, que es lo decente y lo legal... esta-

mos en ese *mañana* temido y casi, casi deseado, y sorprendida, no me doy cuenta, cuando debiera alegrarme, festejar mi buena acción: pude explotar su inexperiencia, y no lo he hecho, pude engañarle, estafarle, hasta... hasta... ¡qué horror!... alegre, si, por él! triste, por mi! Señor, qué frio, qué soledad, qué silencio !

Bajo el chal de lana, dióse á tiritar; y sucesivamente, en cada objeto de la alcoba descansó la mirada melancólica, y habló le cada uno con elocuencia tal del amado ausente, que se extremecia: —Tendré que huir de aqui: su sombra me hará más daño que su presencia ! permanecer en esta casa es mantener abierta la trampa ; que cuando él salga, en lugar de los geranios y las albahacas, divise los papeles en el balcón, señal de que la pájara voló...y que me busque: no me hallará !

¿Dónde refugiarse, para que no la hallara? Con el dedo apoyado sobre la frente, reflexionó; y de pronto, el arrechucho devoto, aquella ansia de ofrecer á Dios las piltra-

fas de su vida, entróle como otras veces, siempre que en el alejamiento definitivo del Gasparito de sus pecados discurría: aquel deseo hambriento de que manos más hábiles que las del padre Clavel espurgaran su conciencia y de su corazón arrojaran el virus del mal, si es que en el crisol del amor de Gasparito no se había purificado bastante. ¡Qué tranquilidad, qué consuelo, qué delicioso placer el de sentir las espinas de la penitencia, y al Dios de los tristes poder enderezar este salmo :— Señor, heme aquí, contrita; si he manchado mi manto azul en los lodazales del mundo, las lágrimas del arrepentimiento le han devuelto su pristino color. Alabado seais, Señor, que así sugetáis al arisco tiranuelo, el amor, y mientras el demonio le hace servir para la perdición de las almas, vos le enseñáis á salvarlas !

Respiró con desahogo, pareciéndole que San José, San Francisco y San Antonio, los tres discretísimos testigos de sus picardías, aprobaban tan excelente resolución, alboro-

zados de la nueva almita que se ganaba el cielo, y quizá, quizá de que se les diera de baja en la enfadosa guardia: — Haces bien ¡mejor oportunidad que ésta!... á cumplir lo prometido y tener voluntad... sino, vuelve Satanás, es decir, Gasparito, y nos obligarás á pegar las narices á la pared por no veros, cosa muy cargante, hija, muy cargante! Hasta el chiquitín del de Pádua, ostentando desvergonzadamente su encantadora desnudez, recostado sobre el misal, elevaba la manita regordeta para bendecirla... —¿Qué haré? pues eso; ¡reconciliarme con Dios, levantar la casa, venderlo todo, alejarme, esconderme!

El asilo más seguro era la humilde casita de Las Piedras, y su mejor salvaguardia el calor de la familia; una legión entera de diablillos tentadores no la arrancarían ya de la santa morada protegida por la Pilarica. Su madre, Carmela, Cándido! el trabajo rudo, la comida escasa, el vestir modesto, la limpieza de costumbres, la nonada de las aspiraciones... Con sus economías, que serían

muchas (aquí los dedos contaban guiados por la ciencia de profundo calculista) pues no existe roque ni ley que prohiba á las señoritas de compañía guardar y acumular, sin que pareciera escándalo á Dª Reveriana, ni se admirara Carmela y el barrio coreara el suceso, pondrían en el puchero una gallina algún domingo, el guardarropa se refrescaría, satisfaría el rancho su hambruna de argamasa, y Cándido redondearía los piquillos. Lo que la gaveta de la madre no hacía, por escrúpulo exagerado, haríalo ella sin rubores, porque aplicar á buenas obras el dinero de malas prácticas no es pecado, sino expiación. En Las Piedras, ¡ella en Las Piedras! furtivamente, con miedo de encontrar la imagen de la Ginesa muerta en vez de la Lía resucitada, al espejo se miró; y vióse tal cual era, en su provocativa belleza de vendedora de favores, que no cabe disfrazar ni disimular siquiera.—¡Ay! murmuró, tan cambiada por dentro y afuera las señales no se borran... ¿cómo presentarme delante de mi madre, así, rubia la que fué morena,

y fina y señoril? diréla que en las ciudades se ennegrecen las almas, y hasta el cabello muda de color. Si mi madre me rechaza ¿quién me amparará? y salir de aquí lo considero tan indispensable... no sé, no sé, allá en el pueblo, si resistir podré la nueva vida, la ausencia... *(enarcando las cejas)* si podré ¡valor y voluntad no me faltan! para flaquear y entregarme cobardemente al enemigo,no valdría la pena ir á golpear al confesonario, y de mi lado haber arrojado el único cariño de mi vida... *(llorando)* porque yo lo he arrojado de aquí, empujándole para que se marchara más pronto, diciéndole: véte, véte!

Notó que su piel ardía, las manos, la frente, las megillas. Y se apartó de la chimenea, paseando agitada, mientras proseguía el descosido soliloquio:—Y tan indispensable! creo que cada minuto perdido es una batalla perdida; si viene (y vendrá!) su sola voz derrotará mi resistencia, una caricia suya echará por tierra todos mis buenos propósitos; en caliente se forja el hierro

¡ya que misia Paula de un tijeretazo ha cortado el nudo, cortado quede: atarlo de nuevo sería imperdonable, criminal... no lo ataré yo, seguramente! en la obscuridad de mi situación, apenas diviso una luz muy lejana; la del rancho de Las Piedras, y á tientas, dolorida y aporreada, allá arrastrándome voy... porque *(deteniéndose ante el espejo)* la Ginesa ha muerto; esa que retratas no soy yo, es otra, es la otra, la mala, la loca, la perdida... ¡mentiroso, embrollón! ¿cómo no me pintas tal cual soy ahora? la Ginesa ha muerto ¡la ha muerto el amor de Gasparito, espina que se le atravesó en el corazón, en castigo de sus culpas horrendas! ¿verdad? ¿verdad?

El espejo no se daba por convencido; y los tres bienaventurados, con angélica sonrisa, contestaban: — Vaya ¡si lo sabremos nosotros!... pero, la espinita esa nos tiene con algún cuidado ¿salió toda fuera? sino, la herida no cicatriza, el enfermo no cura, el perdón no se expide, y hétenos empantanados como antes! Reza,

reza, que nosotros nos encargamos del mensaje.

La campana de las monjas llamó á oración; eran las dos. Despejábase el cielo y un rayo de sol fementido por el cristal tímidamente se asomaba; los canalones del convento seguían escupiendo sobre la acera, con mecánica pausa... Enredado en la perilla de la cama, pendia el rosario, y Lía lo cogió: arrodillóse junto al lecho, en la butaca que ocupara Gaspar, apoyó los brazos y concentrar quiso su pensamiento, reducirle y obligarle á que acompañara la devota tarea; pero el indómito hacia los cerros del desvarío tendia las alas y en la segunda cuenta dejóla plantada:—¡No puedo rezar! no puedo... me distraigo y resulta insípida letanía: los ángeles han de reírse, de verme así con el rosario! porque para hablar á Dios hay que elevar el pensamiento, y el mío de Gasparito no se aparta, de mi niño de oro perdido... ¡no puedo rezar!... aquí estaba esta mañana! ¿quién me dijera al despertarme, como á los condenados anuncia el verdugo:

llegó la hora? nadie, ni el corazón tan aprensivo!

De nuevo en la oración buscó refugio, y con la tercera cuenta entre las yemas, pronunciaba:--Dios te salve... cuando, la Negrita saltó y sus ladridos furiosos retumbaron en la alcoba; del lado de la escalera sonaban voces, la robusta de Logia y otra, otra... ¿Gasparito que volvia? Corrió á la puerta del comedor y la cerró, á la del gabinete y la cerró también, al balcón y revisó la falleba, el picaporte, la llave: hubiera deseado tapar los resquicios, para evitar que por alguno Gasparito se colara. Y temblando, asustada del peligro, con más fe en la fortaleza de cada cerrojo que en la de su ánimo, escuchaba, sin soltar el rosario, agarrando la tercera cuenta como una tabla de salvación:—Dios te salve... La Negrita ladraba. Luego, cesaron las voces, sintiéronse pasos y alguien llamó á la puerta; Lia escurrióse hacia la del gabinete, dispuesta á esconderse en el último rincón para que Gaspar no la hallara, y no hallándola, no se apo-

derara de ella otra vez.—Señorita, soy yo! abra usted; vengo sola, dijo Logia. ¡Ah! más valia asi. Estaba livida al abrir; la madrileña entró: —Pues no ha vuelto el muy pelmazo! que si pitos, que si flautas, y enderezando hacia acá como Pedro por su casa; mondando patatas estaba, cuando le vi colarse: eh, ¿dónde se las guilla usted? no se dignó contestarme, pero yo me armé de la escoba y me le puse delante: por aqui no pasa nadie, de orden de la autoridad, digo, de mi señorita. Y váyase usted noramala, que por su culpa ahí está si me enfermo ó me muero... ¡viérale usted la cara al nene! hacia pucheritos y venga de empujarme: repito que no se pasa, orden formal, si señor ¿quiere que se la traiga á usted por escrito? Revolvia los ojazos tristones y urgó en el chaleco, quizá para ablandarme con alguna puerca propina: muchas gracias, no se moleste usted. Y basta de pláticas, que se me quema la salsa... Pues, señorita, no se marchaba el estafermo... ¿Es cierto que no *quiere* recibirme? Tan cierto! no *quiere*... porque no le da la

reverendísima gana. Al fin se marchó, como perro apaleado. ¿He hecho bien, señorita, en despedirle?

Quiso Lía contestar:—Ha hecho usted bien! pero enmudeció, y sólo con un gesto aprobó á la criada, sintiendo algo tan cálido en los ojos, que ó eran lágrimas ó lo parecían. —¿Verdad usted, señorita? repuso Logia, qué pesado es y que poco pesquí tiene! no se parece ni esto al señor Moscardón... (*á la Negrita*) ¿te callarás, escandalosa? Agachóse á palmear el lomo de la perra canela; rápidamente, con el pañuelo, Lía borraba las indiscretas señales de su dolor; y decidida, completamente decidida á huir del peligro que la cercaba, recobró el ánimo y la voz para decir:—Oiga usted, Logia: me voy á Las Piedras! á casa de mi madre, por el primer tren que salga; me enteraré del horario en la estación. Dóme usted el vestido negro.—¿El de azabaches? — No, el liso, el más sencillo.—¿Y abrigo?—El pañolón de merino.—¿Y qué sombrero?—Ninguno: la mantilla de blonda, la más inferior.—Pero, señorita, ¿va

usted á disfrazarse ?—Ande usted, Logia, ande usted. Y en la cestita de mano, me pone usted una muda de ropa, que no lleve encages.— ¡Válgame Dios ! exclamó la madrileña, y qué cosas... con este tiempo, ¿por cuántos dias, señorita ?—No sé, ya daré á usted mis órdenes. Cuide usted de la casa y de esta picarona.

Habíase quitado el chal, y se anudaba el pelo sencillamente en la nuca, partiéndole sobre la frente y deshaciendo los ricillos; con un lienzo húmedo despegó los polvos de la cara, y vistió la faldilla negra, el pañolón, la mantilla... ¿Estaba bastante fea, todo lo facha y lo paleta que deseaba ? Logia, contemplándola, se reía: — Si está usted más guapa que nunca ! le sienta que es una gloria! y toda la finura y la elegancia se trasluce de la persona... ¿qué guantes desea la señorita ?—Nada de guantes, deme usted las otras botas, las de cabritilla y un pañuelo... ¡ah! no le perfume usted. Contrariábale la idea de que la criada decía bien: la sencillez del atavío le caía á maravilla; y tiraba de la

blonda, para que escondiera mejor la diabólica belleza, dejaba colgar más la punta del mantón porque no se viera el talle... Logia continuó riendo:—Podrán no conocerla, señorita, pero, seguramente que le irán detrás: el olfato de los hombres es más largo ! huelen una buena moza á la legua... aquí está la cesta, la cartera, el llavero... conque á Las Piedras! ¿es muy lejos ? ¡ qué chasco para el nene bonito ! como es tan porfiado, volverá, y le diré: se fué á Las Piedras, allá por los indios del Gran Chaco... el pañuelo, sin franchipán...¿ y si el señor Moscardón me pregunta ? hoy le encontré, me detuvo, dióme cinco pesos ¡es más generoso! y por la vez mil y quinientas, quiso enterarse si *eso* del Tejerita duraba todavía: Cuando truenen me avisas! y tronarán, porque estos caprichos viven como las rosas... ¿Desea algo más la señorita ? ¿ una copa de oporto ? en ayunas á media tarde y de viaje!

Lia pensaba:—Si Dios no me perdona, si mi madre no me recibe... entraré primero en la iglesia y pediré hablar al capellán: una

mano que me sostenga, un consejo que me guíe necesito. ¡Dios mío! quién me lo dijera esta mañana ! Los ojos se nublaban de nuevo... Y ya disfrazada, salió, dejando á la madrileña sus últimas disposiciones; bajó la escalera, cruzó la sucia calzada sin levantar la vista ni la cabeza, y se refugió en el templo... ¡Cosa más extraña ! ni arcángel, ni serafín, ni oficial celeste alguno, le dió con la puerta en las narices !

VIII

En el fondo del talús, entre las sombras, la casita blanca surgió, al fin, y Lía, que espiaba dentro del wagón de segunda, se extremeció, pegó la cara al cristal, miró, miró... La ronda infernal de recuerdos cercó á la pecadora y por el caminito de la estación precedióla, en danza confusa, girando al són del lúgubre ladrar de todos los canes del pueblo, hasta los bardales del corral en que, suspirona, temerosa y turbada, sobre el poyo de la tranquera, el asa de la cesta entre los dedos ateridos, se abandonó: tenía miedo y frío, miedo de entrar, de la noche entoldada, de la calleja solitaria, de la casa silenciosa y del grupo de girasoles que por las bardas se

asomaban y con melancólico rozar de hojas, parecían decirle, desconociéndola:—¿Quién eres? ¿qué buscas? Por la rendija del postigo de la salita escapábase mucha luz: Carmela que cosía, quizá, ó rueda de vecinas que mataban la velada. Las visiones del pasado, como impalpables fantasmas de neblina, danzaron de nuevo en torno suyo, y ella, con angustia, cerraba los ojos:—¡Qué vuelcos da el mundo! ¡qué vuelcos... por qué aquel día no caí y me abrí la cabeza? las ideas malas, como gusanos en una calabaza podrida, salieran de esta manera... ¡qué poco imagina la madre que está tan cerca su hija pródiga, su hija rebelde! no me atrevo, no me atrevo... ¿seguirá mejor? ¿ó peor? ¡si la hallara muerta! ¡qué horrible pensamiento! ¿por qué? si Cándido no me ha telegrafiado... Dos veces alzó el brazo y bajo el mantón lo escondía luego, sin llamar.

Por tercera vez, el brazo indeciso se alargaba, cuando un torrente de luz la deslumbró, y detrás del poyo, muerta de pavor, acurrucóse: la puerta se había abierto, y un

grupo de hombres, niños y mujeres salían, con hachas y faroles encendidos; delante, marchando al compás del tilín de las campanillas y la salmodia de los rezos, con sobrepelliz y estola, la desnuda cabeza expuesta al aire, y llevando algo muy precioso y reverentemente en las manos, venía el padre Clavel... Atravesaron el jardinillo, pasaron la tranquera y por la calleja obscura siguió lentamente la procesión; los perros ladraban y el murmullo, las luces y el campanilleo, el vozarrón del sacerdote contestando: Amén! á cada pater del concurso, y las infantiles, femeninas ú hombrunas, coro de súplicas y de perdón, suspendían el ánimo, vibrando así bajo el cielo sin estrellas, elevándose hasta la ceñuda divinidad. Tilín, tilín! sollozaban las campanillas. Y el viento repetía: Amén! Las luces palidecían, las voces se apagaban... y de vez en cuando, robusta y poderosa, á lo lejos, la del padre Clavel se escuchaba: Amén!

Lía se levantó, á una mujer rezagada detuvo, preguntóla, tartamudeando: – Diga

usted... ¿á quién han dado la unción? Era Fresca María, la boba. — ¡Ah! María, dime... soy yo, la mayor de Ginés ¿no me reconoces? ¿á quién, á quién? La idiota se echó á reir, con la cruz del rosario amenazó á Lia: y continuó su marcha, riendo y rezando. Banal pregunta la suya, al fin ¿á quién sino á la madre? ¡Sacramentada la madre! á este grito suyo, de las profundidades de la calleja el señor cura respondió: —Amén! es decir:— Hágase la voluntad de Dios, resignate, soporta con paciencia las adversidades... Lia, con mano temblorosa, desesperadamente, á la puerta de su casa, golpeó; y como tardaran en abrir, no pudiendo tenerse en pie, sentóse en el umbral, con tan grandes deseos de llorar, tan grandes... Tornó á llamar, y abrieron: era Carmela.

Antes de ser reconocida, Lia cogióla del brazo, susurrando:—Carmela, hermana! y la arrastró fuera, se colgó á su cuello, y sobre el seno fraternal, mientras la sorprendida muchacha exclamaba:—Pero, ¿*vos* aquí? alguien te ha avisado... dejó correr el abun-

doso y consolador raudal de lágrimas :—Nadie, nadie me avisó! ¿ por qué ? la casualidad, si, la casualidad me ha traído : salía el Señor cuando yo llegaba... ¡figúrate mi susto ! confiada en que Cándido me advertiría con un telegrama, según se lo pedí en mi carta, creía que la madre se habría ya repuesto de su nuevo ataque... ¿no está mejor, entonces? aunque no es la primera vez que recibe la visita del Señor...

La chica sollozó. Sí, á la madre acababa el Señor de visitar, pero desahuciada ya y agonizante; ¡qué malita estaba! del corazón, decía el médico, y también de la sangre, descompuesta, del mucho trabajar, del mucho sufrir, de las escaseces :—Hace tres días cayó en cama, cuchicheó Carmela, y no quería que se buscara al médico: deja, ya pasará este ataque como los otros; y si Dios me llama á si, pronta estoy ¡ alabado sea ! Agravóse, y sin su permiso vino el médico, y el mal creció: parecía que las medicinas fueran leña que se echa á una hoguera. Mira, ayer, la dije de mandarte á ti recado,

y se negó con firmeza; dijo: no, no! si empeoro, que vengan Terencio y Sabina. Yo insistia: pero, madre, no es porque está usted en peligro de muerte... ¡No! repitió, tan amarilla, que creí que en aquella oleada de sangre que el corazón había invadido, se ahogaba. Esta mañana se puso un parte á los tíos, y ahí están. ¡Ah! hermana, en qué circunstancias tan tristes volvemos á vernos! —¡Señor! murmuró Lía con angustia, cuánto pesa tu mano y cómo duele! Carmela, turbada, decía:—¿Vas á entrar? ¿deseas...? —¿Y me lo preguntas? á eso vengo. — Puede la sorpresa, la emoción hacerle daño: mejor sería advertirla, prepararla; tú no ignoras la poca ley que la madre te tiene... no sé por qué, ella no quiere oir tu nombre... espérate, la hablaré yo primero.—Está bien! contestó humilde y resignadamente Lía.— —Te recibirá, vaya! entra y quédate en la sala: aquí hace frio. La empujó cariñosa y ambas franquearon el umbral, más conmovida Lía que si los de un templo pisara. —En la sala no, murmuró al oído de Car-

mela, estarán los tios, aqui, en el corredor. Carmela cerró, recogió el candil y de puntillas escurrióse : — Espera, vuelvo pronto.

Arrinconada y á obscuras permaneció la mísera largo rato; cada batir de puerta ó rumor de pasos suspendia su aliento, figurábase que llegaba el mensaje de la madre, la orden de arrojarla. Y sin soltar la cesta, inmóvil, aguardaba; los recuerdos, en la sombra, danzaban como antes, vivos y luminosos... Ténue claridad despedia la salita : acercóse y notó que nadie habia en ella ; la lamparilla de aceite alumbraba el nicho de la Pilarica, vacio, y venia á caer precisamente delante del retrato de Fabián Ginés, orlado aún por la guirnalda de pensamientos con que ella le adornara en dias mejores; la dulce mirada de Fabián la atrajo, y se atrevió á penetrar en el santuario, y fué á implorar del padre muerto la misericordia que en todas partes le negaban. Besó respetuosamente el cristal, y el frio sobre los labios la hizo estremecer, como si el difunto la devolviera su caricia ; parecíale escuchar de

la boca bondadosa su última frase aquel domingo que ella le mostraba sus galas de Purísima:—¡Qué bien te sientan! ¡ojalá no te las quites nunca! ¿entiendes, hija mía? La pecadora se cubrió la cara, por no afrontar la dulce mirada preguntona; y quiso huir, á tiempo que en los ladrillos del corredor sonaban pasos varoniles.

Lía y el hombre se tropezaron.—¡Ah! ¡Cándido! exclamó ella. Y como una estatua esperó el golpe, apoyada una mano sobre la consola, en la actitud del delincuente que no piensa defenderse; observóla curiosamente Cándido, extrañado del disfraz, y decía: —Acaba de prevenirme Carmela que tú estabas aquí... ¡ya sabes que la madre se nos va, se nos va! hoy quise mandarte el parte, pero tan enérgicamente me lo prohibió, que no me atreví á desobedecerla... vienes, hermanita, como llovida del cielo ¿traes *plata*? —Si traigo, contestó Lía, y cuenta con que nada faltará en la casa ¿se necesitan medicinas? ¿qué se necesita? ¡ah! si la vida de la madre fuera posible rescatar á cualquier

precio... Torpemente el hermano se excusaba, y la letanía de miserias comenzó :—Si tú supieras ! aquí carecemos de todo, la costura poco da, la carpintería está parada... la gaveta de la madre es una tumba que lo que se traga no devuelve : imaginate si habremos necesitado en esta enfermedad, ¡qué apuros ! día ha habido que ni un mezquino centavo : sin los bichos del corral, nos hubiéramos comido los dedos. ¿ Por qué, tú, prevenida, no has puesto los sobres á mi nombre ? mejor fuera ! pensando en la preñada gaveta muerta de risa, he pasado unas corajinas ... Lía soltó la anhelosa pregunta: —¿ Sabe la madre que he venido ?—Ahí está Carmela convenciéndola que debe recibirte : no quiere, dice que ella no tiene más hija que la que no se apartó nunca de su lado, que la otra murió hace mucho tiempo. Tonterías, que la perversa tía Sabina aprueba con cabezadas... ¡ ah ! la tía (que ya te figurarás cómo habrá puesto á la madre la cabeza) cuando se enteró de tu presencia, pretendió venir á echarte, y yo se lo impedí, me enojé, la dije

cosas muy fuertes... No te aflijas; si te recibirá la madre; después de la comunión ha quedado más tranquila y despejada. Has hecho bien en vestirte así ¿sabes? para no darle en los ojos.

Ambos hablaban muy quedo. Y abatidos, impresionados, por la catástrofe próxima y la ocasión solemne, se callaron; mirándose á hurtadillas, recíprocamente se interrogaban, se estimulaban, se consolaban, como si extraño testigo, el misterioso fantasma que en las viviendas que la muerte acecha todo lo llena y ocupa, les intimidara y enmudecer hiciera. La lamparilla, falta de aceite, apagóse con gorgoritos de angustia, y Fabián Ginés dejó de sonreir, la sala se hundió en la obscuridad, y se oyó la súplica llorosa de Lia: —Dame tu mano, Cándido! y la respuesta del mozo: — Vén, en el cuarto de Carmela tendremos luz. Pero, ya, en el corredor, súbita claridad se producia, y la graciosa figura de Carmela apareció, las anchas cejas, singular rasgo de familia, de tal manera acentuadas por la sombra que el

candil proyectaba, que dijérase traía malas nuevas, por lo cejijunta y preocupada. Lía se adelantó.—Ven, susurró Carmela; entrarás y no la dirás nada: consiente, pero tú la conoces... está tan entera, que espanta, y de una palabra tuya puede prenderse y soltar todo lo que guardado tiene contra ti; la agitación de una disputa la mataría más pronto. Sígueme.

Perdida la brújula de su voluntad, como reo que arrastran ante el tribunal, dejóse llevar Lía, y entre los dos hermanos, ante la vista de la madre se presentó; de doña Reveriana flaca, amarillenta y envejecida, agonizando en cama miserable... Sobre una mesilla habían puesto á la Pilarica, con dos velas y un ramo de flores dentro de un vaso común, y la tía Sabina recortando estaba los pábilos y D. Terencio se mordía las uñas, para guardar el más digno continente, que á un hermano afligido correspondía; doña Reveriana, deshecho el canoso cabello sobre la almohada, los hundidos ojos, como dos brasas, fijos en la puerta que iba á abrirse,

esperaba, sin respirar ni moverse... Lia entró, y al punto de las encendidas pupilas brotó un chispazo, bajando los párpados en seguida, volviendo la cabeza, crispando la mano seca, que pendia. Lia gimió:—¡Madre! y sostenida por Cándido y Carmela fué á arrodillarse ante el lecho y en aquella mano venerable pegó los lábios febriles:—¡Oh! madre, madre mia! Las despabiladeras de doña Sabina hicieron *chis chás*, con intencionado y poco discreto repique, mientras D. Terencio sentia que algo le apretaba el gaznate; y en medio del silencio fúnebre, que los sollozos intermitian, la voz hueca de la moribunda resonó:—¿Quién eres? no te conozco ¿por qué me besas así? ¿por qué me das ese nombre de *madre?* si yo no soy tu madre: digo que no te conozco, que no! mi hija es ésta, Carmela, la sola, la única; la otra se murió: un dia se marchó á misa y no la ví más... debió de morirse, porque viva no abandonaria á su madre, no deshonrara sus canas, no envenenara y acortara sus dias...

Las dos áscuas en la humillada criatura se posaban, y la voz seguia diciendo:—Retirate, no te conozco ! ¿ vienes en nombre de la otra ? ¡ah! entonces vive ¡vive y se acuerda que tiene una madre en el mundo! tarde, muy tarde... cómo se pierde la memoria, junto con la vergüenza ! ¿qué recado suyo me traes ? que es muy feliz ¿ verdad ? ella, que no nació para pobre, entre los esplendores del lujo debe de hallarse muy á gusto, y su conciencia dormirá tranquila, y su corazón latirá sin penas que le molesten ni remordimientos que le mortifiquen ¡alabado sea Dios! y cuánto le agradezco que sobre mis espaldas haya echado el fardo de sufrimientos, y á la hija olvidadiza y rebelde, escatimado, bondadoso, el castigo ! ya lo ves, el fardo me aplasta, muero bajo mi cruz... ¿qué importa ? si ella es feliz, feliz!—*Chis, chás*, repitieron las despabiladeras de doña Sabina.

La mano seca, que pendia, á la amorosa presión escapó luego, se alzó para fulminar la maldición, y cayó inerte, con estas palabras: —¡Véte; no te conozco! Doña Reveriana

cerró los ojos, fatigada, y quedó como muerta, los labios plegados por enérgico gesto de rencor.—¡Madre! suplicó Carmela inclinándose sobre ella, acaba usted de recibir el santo Viático... Y Cándido, emocionado, consolaba bajito á la pecadora :—No llores; la madre es así, dura, muy dura, pero después se ablanda; verás como se ablanda y te llama y abraza... Despabiladas las bugías, la tía Sabina se volvía, suspirando con afectación, y echaba á la sobrina una visual cargada de odio, de desdén, y de gozo:—¿Qué tal te ha sentado el sinapismo ? ¿te escuece, eh? ¡me alegro! bien poco es para lo que tú te mereces, pendangona! *chis, chás*.

Lía no se movió, de hinojos ante el camastro de la madre; anonadada. Tan grande era el silencio, que el roer de un ratón, dentro de su cueva, se escuchó, y de pronto un pitido formidable y el lento rodar de los wagones, que no parecía sino que pasaban sobre el tejado, haciendo retemblar los muros. Las pupilas de doña Reveriana, descubiertas de nuevo, relampaguearon:—¿Te acuer-

das ? y Lía, al recibir el choque de esta pregunta muda, se estremeció:—Si, madre, si me acuerdo: por eso he venido á acogerme á su perdón, que usted, cruelmente, me niega. El gesto rencoroso se acentuaba más y más: y la desventurada sintió sobre su cabeza el peso del mirar terrible que la espiaba, la discutía, la analizaba, sacaba á la vergüenza sus faltas una por una y le azotaba el rostro: —¿Te acuerdas? esto y lo otro y lo otro... si yo no puedo perdonarte, ¡no puedo! quisiera, porque me inspiras lástima, pero no puedo ! voy á decirte: ven, abrázame, y en vez de ello, se me ocurren frases coléricas, que no suelto: me las trago, junto con la saliva... ¡ay! has venido á turbar mis últimos momentos, como has turbado mi vida entera! Apártate, mala hija! morderme quiero la lengua, y marcharme en silencio, pero la sangre se me altera y atropella ¿qué buscas? ¿mi perdón? si he de dártelo será contra mi voluntad y deseo, ya nublados los sentidos, porque mientras una gota de luz perciba, de mi no lo obtendrás, no! Para morir tranqui-

la, necesito no verte, no sentir ese tufo á demonio que has traido: las penas que me has causado reavivas con tu presencia ¡mira cómo me has puesto! Tuvo un colapso, y fué de modo que todos, asustados, acudieron; mas reanimóse, y al despertar, la mirada justiciera rechazó á Lia, la obligó á alejarse, hízola doblar las rodillas:—¡No te acerques, no me toques!

Pero, como marea que sube, la bilis la sofocaba; y entre el carraspear de don Terencio y el roer del ratón audaz, se oyó agitarse á doña Reveriana, se la vió incorporarse, como una momia que se galvaniza; los ojos llameantes, revueltos los pelos, la camisa y la chambra, sin abrochar, enseñando el pellejo del pecho miserable, soltar quiso el puñado de guijarros... pero, cayó sobre las almohadas, con un segundo colapso, más intenso que el anterior... Lia sollozaba : — ¡Madre, madre de mi alma ! y la mano de la moribunda, al calor de sus besos enfriándose iba, como si el fluido vital le robara. Carmela corrió, alzó á la Pilarica, y

la presentó á doña Reveriana; mientras Cándido, con el frasquito de éter, la tia Sabina, con las despabiladeras, y D. Terencio con el pañuelo, ya en las narices, ya en los ojos, se agrupaban, miraban, absortos, mudos. Doña Reveriana no volvió ya en sí; y sobre los labios helados quedó estampada la mueca rencorosa, como la postrer maldición...

Fué el entierro modestísimo, y hasta el cementerio la escoltaron el hijo, el hermano y algunos vecinos, luego que el padre Clavel hubo dicho una misita desganada, de prisa y corriendo. Y de vuelta, D. Terencio anunció que por el primer tren de la tarde se marchaba:—No sea cosa que las oficialas me hagan una de barrabás en la tienda; Sabina les acompañará á ustedes los días que ella desee. Las emociones de la noche anterior, el dolor y la fatiga á las dos huérfanas habian vencido, y ambas yacian, Carmela con jaqueca y Lía con fiebre; la corsetera, que andaba hosca y rezongona, y desde que la cuñada murió hasta que la sacaron de casa, no dejó de echar suspiros y chinitas

como estas:—¡Ay, y lo que cuestan los hijos!... ó: ¡Tenga usted hijos para esto!... y también: ¿Para hijos tales no hay presidio? lástima de cárcel... etcétera; oyendo la resolución del marido, se plantó en la salita, donde Cándido y D. Terencio estaban, y con aquel hablar suyo autoritario, que parecia mentira residiera tal facultad en personilla tan enclenque y menesterosa, opuso su veto en esta forma: — ¿Qué dices, Terencio? ¿que te marchas? ¡claro! la tienda no va á fiarse á Palmira, ni á nadie, y trás del mostrador hemos de estar ó tú ó yo, siempre, que así, honradamente *(alto)*, honradamente *(más alto)*, muy honradamente, hemos ganado nuestra fortuna... pues, yo también me marcho, porque el roce de cierta clase de gente no me acomoda; lo siento por tí, Cándido, y por ese ángel de Carmela, á quien habria deseado acompañar y favorecer, ahora que la pobre Reveriana no existe, pero hay cosas que yo no paso, ¡vaya! y si ustedes dan en tratarse con... en fin ¿entiendes? con los tios no cuenten, ni ahora, ni mañana. Lo

que apesta, se pone á distancia. Eso! Don Terencio había retrocedido, y por costumbre y prudencia, sacudía la cabezota de paleto: —Eso! naturalmente... si apesta, se aparta... no cuenten, no: por Reveriana lo siento, pero... nos marchamos. Y la tía Sabina recalcó: —Dispuestos estábamos éste y yo, en tan tristes circunstancias, á deciros, á ti, Cándido: ¿cuánto necesitas, hijo? toma tanto para lutos y tanto para desentrampar os; á plazos y á cortísimo interés, que al fin y al cabo éste es el hermano de la finada, su hermano querido... y á Carmela: ¿quieres venirte con nosotros? aprenderás el oficio y si sales dispuesta y seria, no como la otra, el día que cerremos el ojo te quedas dueña de la tienda. Ya veis qué propósitos traíamos y así Terencio se lo dijo á Reveriana, contribuyendo no poco á que la pobrecita se muriera más tranquila, pero ¿hemos nosotros de transigir con lo que la madre, ni aún en el último momento, ha transigido? no! así, hijo, aliviaros y abur! —¡Abur! repitió D. Terencio.

Cándido, pensando en la misteriosa gaveta y en los cuartos de su hermanita, la princesa, se encogió de hombros:—Que ustedes sigan bien: muchas gracias; felizmente, nada necesitamos, y ya nos apañaremos, sin pedir á nadie limosna. Terminado habría aquí la despedida poco amable... pero, Lia presentóse de improviso, enlutada y con un pañuelo blanco ceñido á la frente; apoyándose en el marco de la puerta, con la tía se encaró, mordiendo estas frases: — Lo que aquí apesta es su lengua venenosa! guárdese usted sus generosidades y sus ofertas y *mándese mudar* bendita de Dios! que enterados y bien enterados estamos de lo que sus buenos oficios cuestan. Para insultar, el dolor de una hija no respeta usted, ni ante el cadáver aún caliente de la madre... márchese usted de aquí, porque mis dedos tienen hambre de cobrar las cuentas pasadas... márchese usted ó la agarro del moño! Abalanzóse á ella, pero el cuerpecillo de Dª Sabina se escurrió, se guareció detrás de la consola, y Cándido se interpuso.— ¿Esas tenemos? chilló la tía

hecha un basilisco, ¿á tanto te atreves? mala púa! ¿qué cuentas *tenés vos* que cobrarme? habla, sarnosa!... pero, ya que de cuentas se trata, éste (*señalando al acongojado y tembloroso marido*) tiene una pendiente de muchos años; á ver, Terencio ¿cuánto nos deben por el alquiler de la casa de Apolo estos sobrinitos cariñosos? D. Terencio, timidamente, se adelantó y contó con los dedos... — Reserva tus zarpas, hija, para mejor ocasión, decia, entre tanto, burlona Dª Sabina, y prepárate á recibir el vuelto. Lía, rodeada de Cándido y Carmela, que acudió al tumulto, conteniase dificilmente: —¡Ah! si no fuera usted una vieja raquítica... la ahogaba! — ¡Qué gracia! vieja raquítica! desahógate, indecentona... Terencio (*golpeando la mesa*) ¿cuánto suma? — Pues, son, dijo D. Terencio intimidado y balbuciente, cinco años y ocho meses, que á diez pesos hacen... seiscientos ochenta pesos. Justo y cabal. La tia Sabina vociferó: — ¡Vaya! á pagar tocan: seiscientos ochenta pesos. Conque, lengua venenosa, ¿eh? ya te

lo probaré yo! tú lo quisiste... quien se pica, ajos come! lo siento por tus hermanos... Lía buscó en su bolsillo la cartera, abrióla, escogió los billetes, hizo con ellos una pelotilla, y la tiró á Dª Sabina, tan certeramente, que dióle en los mismos hocicos: — ¡Tome usted! ahí van trescientos, á cuenta; el resto se enviará así que regrese yo á la capital, en pocos días más... y quítenseme ustedes de delante ó no respondo de mis uñas.

El flujo de desvergüenzas que de la boca de la corsetera se desbordó (escudada siempre trás de la consola) salpicó á todos por igual; entre tanto, recogía don Terencio, presuroso y sin precaución de no ensuciarse, «porque lo que de tales manos venía había que coger con papel y aún así»... según el dicho filoso de Dª Sabina, recogió don Terencio la preciada pelotilla y la guardó. Hecho lo cual, parecióle que holgaban más bravatas, y atrevióse á insinuar á la fiera que ya podían tomar el pendingue:—Después de lo que ha pasado, Sabina, tú comprendes... —Sí, vámonos, contestó enronquecida ella,

terciando el chal, permanecer más tiempo aquí sería vergonzoso; que salga esa de la puerta: paso y anchura, que donde está la honradez altiva, el vicio se inclina. Adiós, hijos; ya lo sabéis: no acordaros de que los tios existon, mientras tengáis el roce pernicioso con esa... con esa...—¡No acordaros! amenazó don Terencio, levantando la manaza enfundada en un guante negro, demasiado grande.

Y como si de vadear un río, salvar una zanja ú otro pasaje difícil ó sucio se tratara, hasta mostrar las canillas Dª Sabina se subió las enaguas, puso dos dedos en la nariz, prudencia higiénica imponderable, y con muchos aspavientos atravesó el umbral, sacudiendo en el corredor los vestidos, por si pegádose había algún microbio de esa... de esa... *Esa* la dejó marchar, sin arrojarle la última piedra; y á los dos hermanos, se abrazó, llorando.

Días muy tristes se sucedieron. Aunque la cartera de Lía hizo milagros, no estaban los ánimos para catar mieles, que la enconada

figura de la madre muerta habia de amargar; y la menos dispuesta era Lia, cuya salud se quebrantaba á ojos vistas, débil, enflaquecida y calenturienta siempre. Á todo quisque habrian deseado cerrar la puerta; pero con el pretexto de dar el pésame y el oculto afán de ver qué cara, qué traje y qué maneras la mayor de Ginés de la capital habia traido, la cursilería del barrio desfiló por la salita, delante de Carmela, muy prendida y enlutada, gracias al arte de la otra, que en pocas horas la compuso con severa decencia... Así se colaron runrunes callejeros, habladurías de comadres, en obsequio á la invisible forastera: que la hija del médico fué á confesarse y el padre Clavel no quiso absolverla, porque estuvo de visita en casa de los Ginés; que á otra, consultado, le prohibió pusiera los pies allí, si en el infierno no queria dar de cabeza; y en el púlpito, el primer domingo, endilgó una plática repleta de alusiones transparentes y ofensivas contra la *hija maldita*, *la criatura indigna*, *poseedora de los sortilegios del demonio;* todo lo cual en

mozos y doncellas despertó la curiosidad, y antes que la repulsion, la simpatía. Luego mandó que del retablo de San José, quitaran dos ramos de azucenas, antiguo regalo suyo... ¡Ah! y que, además, habia dicho (según el ama, ña Nicolasa, lo contó á la maestra, la maestra á la boticaria, y la boticaria á Carmela), que en jamás de los jamases aceptaría limosnas de *esa*, y que si los derechos de entierro ella los pagaba, antes impagos quedaran que en su presbiterio entrase *plata* tan mal habida. También, el papá de la Tomasa, el de Carolina, la pasanta, y el de Fresca María, la boba, pacatos temerosos de Dios y del cura, comminároulas á que en tratos con *esa* no anduvieran. Pues ¿y la viuda del juez de paz, de aquel inconsiderado jefe de Fabián, abogado con disfraz de estanciero (tan socorrida anda la profesión) muerto antes de dar á la estampa, y es lástima, aquel *Estudio de las herencias* con que distraía sus ocios pastoriles y curialescos? decian que á la viudita el nuevo secretario lo mejor de su tiempo dedicaba,

y ella, que andaba en lenguas y poco tenía que perder, el indicado domingo porque viera que una desconocida con muchos crespones se hincaba á su lado, en la iglesia, levantóse y huyó del contagio, tomándola por la que tal polvareda armaba en el tranquilo partido de Las Piedras.

Pasmábase Carmela de estas cosas:—¿Has visto qué malos? ¡de pura envidia! porque eres bonita, y fina y pasas por rica: si en estos poblachos no se puede vivir! ya se quisieran ellos... Cándido, furioso, decia que al curita iba á partirle la pelona de un estacazo, darle á la viuda una azotaina en medio de la plaza y á todas las comadres parlanchinas rebanarles la lengua ¡vaya! y poco que miraba él por la honra de su hermana, ángel tutelar de la familia! Lía no replicaba ni soltaba una queja, cada vez más triste, más abatida y enferma.

Pero lo que á Cándido puso fuera de sí (ocurrió este suceso una semana después del fallecimiento de Dª Reveriana) fué la pesquisa en la gaveta célebre y sus resultas

lamentables. Por acuerdo general se dispuso abrirla, y con escalofrios y temblores, descubrió el joven el cajón superior de la vieja cómoda y luego, una por una, todas las cajas corredizas que encerraba; en la última apareció el soñado rollo, orondo, hermoso, repleto ¿cuánto habría allí dentro? ¡sabe Dios! en tantos años de engullir mensualidades, algunos miles sumaría. Cuidadosa y respetuosamente cogió el paquete, desprendió los alfileres de los extremos, desató los lazos y... Como aquello formaba la herencia toda de la madre, parecióle á Cándido poco delicado y correcto abrirlo á solas, y llamó á las hermanas; Lía, cosiendo en la salita, y Carmela, fregoteando en la cocina, se excusaban, pero acudieron, al fin. Libre, pues, de nudos y alfileres, se desdobló la cubierta, y otra cubierta más y una de lienzo, cosida, que rasgó la tijera, un papel doble amarilloso, y por último ¡oh asombro! ¡oh desesperación! ¡oh rabia!... un montoncito de cenizas! ¡Sí, Dª Reveriana había quemado los billetes malditos! Cándido apo-

rreó la cómoda, Carmela dijo :—¡Virgen del Pilar! y ¡qué terca, qué terca era la madrecita mia!... y la otra, nada, nada; porque sintió en la cara el guantazo de la muerta, que ni aún en el fondo de la tumba perdonaba!

Quince dias iban corridos, y ya hablaba Lía de ir á Buenos-Aires, para arreglar sus cosillas, pagar la cuenta de los tios y mandar venir á sus hermanos, luego, porque á Las Piedras ella ni cortada en pedazos volvia.—¿Viviremos en la capital, entonces? preguntó Carmela.—No, en la capital tampoco; no sé, no sé... Y en esto llegó una carta de la capital para Lía, y Lía la guardó sin abrirla, trémula, leyendo con los ojos del alma los garrapatos del niño adorado:—Vén, Ginesilla; si no vienes, me muero! no puedo más! cruel, perversa, ingrata... Llegó otra y también la guardó sin abrirla, pero adivinando cuanto decia:—Si no vienes, creeré que te has marchado con otro y que eso de haberte refugiado en Las Piedras, al lado de tu madre, es una papa... Y tres más, cuyos sobres dejó intactos, aunque figurábaselas cariñosas, co-

léricas, ó desesperadas; pero, cuando á la visita matinal del cartero sucedió la del telegratista y Cándido la entregó, con ligera sonrisa irónica, el feo sobre color de ladrillo, diciéndole al oído:—¿Será del hijo del patrón, que se impacienta?... no hubo más remedio que enterarse del despacho y que el niño dispuesto estaba « á venir, si ella no iba ».Tal susto llevó, que la fiebrecilla, que remitido había días atrás, la retentó nuevamente.

Era en el mismo cuarto de Carmela, humildísimo, de paredes blanqueadas y piso desnudo, con retales de estera ó de alfombra desvaída al pié de los dos catres y de la máquina de coser; en el mismo cuarto donde antaño venía el Diablillo Tentador á quitarle el sueño, y ahora, noche á noche, el espectro de la madre y un rosado cupidito, que revoloteaba sobre su cabeza, abanicándola con las alas rumorosas...— Iré á convencerle, á desengañarle; si esto se acabó ya, y la Ginesa, harta de carne, se ha hecho monja! no he de ceder, ni á sus ruegos, ni á mis sentimientos, y para no caer en la ten-

tación, no habrá entrevista: cuatro renglones firmes y punto final. ¿Qué quiere de mí? ¿no le he hablado clarito? ¿á qué volver á lo mismo? yo deseo cambiar de vida; y cambiaré! ¡ay! no estoy consumiéndome aquí de pena por haberle perdido, de dolor por la maldición de mi madre, de vergüenza y angustia? este refugio la muerte me lo ha cerrado y la odiosa murmuración: no podría salir á la calle sin llevar pegadas encima las miradas curiosas ó malévolas de todos: buscaré otro, otro, igualmente lejos de Buenos-Aires, lejos de *él*... y viviré con mis hermanos. Mañana me voy, previniéndole antes que en tres días más nos veremos: con sigilo levanto la casa y el vuelo en seguida. ¿Cabe mayor sacrificio por su felicidad, mejor prueba de mis intenciones? que el señor capellán lo diga...

Con esta resolución, apaciguóse la lucha interna; pero, la ponía el cupidillo ojos tan tristes, que, enternecida, dió en leer las cartas peligrosas: y el entusiasmo, la melancolía, la sinceridad, lo ingenuo, lo generoso,

lo infantil, que las sahumaba, conmovió-ronla: — ¡Ay, Dios! paréceme que le oigo... seré sorda y ciega, porque sino... ¡qué débiles somos! pero, qué débiles!

Más serena, puso un parte á Buenos-Aires, que el mismo Cándido llevó al telégrafo, y se ocupó de los preparativos, de que nada faltase en la vivienda, dando sus últimas instrucciones:—Tú, Cándido, desalojas cuanto antes la casa de Apolo y te traes aquí tus herramientas: descansa unos días, que buena necesidad tendrás, y espera mi aviso. ¿Hay más trampitas que pagar? decírmelo. Y busca un prendero que quiera cargar con estos chismes. Tú, Carmela, toma una criada, más bien vieja que joven, que te sirva de ayuda y compañía... Os dejo lo suficiente para todo eso; pero si escaseara, me escribes.

Por la tarde, salió, con Carmela, tomando el camino de la iglesia: era la primera vez que se mostraba, y así en cada puerta y en cada ventana aparecían vecinos y vecinas, los ojos tamaños y la boca abierta, ellos jurando que bien valía la pena ir al infierno en

tan grata compañía y ellas que jamás hizo el diablo hembra más hermosa para cazar las almas.—Te miran como á un animal extraño, dijo Carmela, ¡qué estúpidos!—Déjales, y aprieta el paso.

Muchos daban las buenas tardes, ó se descubrían, y muchas fruncían el gesto ó refunfuñaban. ¡Ah! aquel camino de la iglesia! y qué poco caso de la curiosidad hacia la pecadora... Delante de ellas marchaban dos chicuelos, figurando trompeta con las manos, descalzos, rotosos, la punta de la camisola sucia fuera del fondillo.—Mira, señalaba Carmela, aquél que ha saludado es el padre de Carolina, la pasanta, y ese el nuevo secretario: aquella ventana baja es la de la viuda... ¡ahí está! con los cachetes más pintados!... y ese ¿ves? en la esquina, allá, que sonríe y saluda... es Joaquín! No advirtió Lía ni el tono de alegre sorpresa, ni el rubor con que pronunció Carmela esta frase:—¡Es Joaquín! y siguió callada, y la otra, ó por timidez ó por discreción, cerró el pico. Precedidas de los dos heraldos bullangue-

ros, llegaron á la puerta del cura, al costado de la iglesia, y llamaron; y ña Nicolasa, el ama, siempre con su pañuelo café frangeado de calabazas amarillas, abrió, las hizo pasar, pegó un bufido á los granujas y un puntapié al can que salió á olfatear descortés, y con cumplidos y reverencias les dijo que se sirvieran esperar *no más*, que el señor cura rezaba su rosario y en un Jesús acababa.

—Esperaremos, contestó Lía. Y ambas se sentaron en el escaño del mezquino recibimiento, frente á un Nazareno, muy feo, del testero; el ama se marchó y ellas se sintieron inficionadas por la tristeza del lugar y de la hora...—¿Has visto qué amable nos ha recibido ña Nicolasa? cuchicheó al rato Carmela, yo temia que nos soltara el perro: es la correvedile del cura y ha sembrado tanto contra ti... pero, apenas te vió, bajó el moño! has hecho bien en venir tú misma á pagar los derechos parroquiales¿ no ha cacareado él que no los recibiría? verás cómo los recibe ¡valiente difamador y enredista! si un pelo le quedara, se lo arrancaba! ya está aquí.

Acompañado del retintín del llavero, se presentó el padre Clavel, un vejancón regordete, con la barriga y la papada que la caricatura, irreverente, presta siempre á toda fraïluna imagen; muy arrebolado, y aunque bastante chato, guardando las trazas del buen parecer de sus mocedades, el gorro de seda sumido hasta las orejas por no descubrir la pelona, la sotana muy corta, enseñando lo menos cuatro dedos de los pantalones listados, y los zapatos de cuero, abiertos en cruz por la navaja en el sitio mismo, dolorosísimo, de cada juanete.

Bien se sabia él quiénes eran las visitas, pero haciendo el miope, á las dos chicas observó, mascullando: — ¿Deseaban ustedes? y sentóse delante de la mesa de pino, atestada de librotes. Carmela y Lia se pusieron de pie.—Señor cura, dijo Lia acercándose á la mesa, soy la hija mayor de Ginés, de Fabián Ginés...—¡Ah! si, del antiguo secretario del juzgado, y de Reveriana la aragonesa... si, si, ¿en qué puedo servirte, hija mia?—Vengo á pagar la misa y el entierro

de mi madre.—Como quieras, hija; no corría prisa, sin embargo.—Usted me dirá... —Hija, mi parroquia no tiene tarifa: cada cual da la limosna que su corazón y su bolsillo consienten.—Tome usted, señor cura... Miraba éste á Lía, con paternal sonrisa, las manos entrelazadas sobre el abdómen, los rollizos y morenotes pulgares jugueteando uno con otro, y á la vista de un billete pringoso, de los mayorcitos, saludó y en poco más muestra la calva:—Repito que no corría prisa... ¡pobre Reveriana! era una santa tu madre, una santa: bien que he rogado á Dios por ella!—Señor...—¿Tienes algo más que decirme? habla, hija mia.—Deseo, señor cura, que el dia 17 de cada mes, fecha de la muerte de mi madre, se aplique una misa en sufragio de su alma. — Se aplicará hija; voy á anotarlo en el libro correspondiente.

Otro billetito daba á luz la cartera... El padre Clavel escogia un mamotreto de aquellos, abrialo y sobre la página llena de rayas y garabatos, escribia, sonriendo á la

muchacha con amabilidad más acentuada, luego de advertir, en un relampagueo de los ojos perspicaces, el valor del sucio papelucho por el tamaño y los dibujos. Rasgueando diestramente, decía : — Queda anotado... el 17 de cada mes. Sentimientos tan católicos, hija mía, merecen alabanza. La vara de Moisés de una peña hizo brotar agua : la misericordia de Dios es una vara milagrosa !

Cerró el libro, cogió el óbolo y continuó sonriendo, beatamente. Entonces, Lía pronunció : — Señor cura... — ¿Hija mía? ¿hay más? habla.—Si, señor ; un consejo, que no pido, sino voy á dar á usted, padre : y es que para traer al redil las almas descarriadas emplée usted, en adelante, medios mejores que los de la difamación y la maledicencia! beso á usted la mano, señor cura. —Que usted siga bien, saludó Carmela con burlona reverencia. Y se marcharon, dejando al sacerdote cariacontecido y erizado.

En el corredor, ña Nicolasa las esperaba. Lía le rogó que les franquease la entrada del

cementerio, cuyos cipreses se erguían trás de la tapia; y el ama corrió el cerrojo, con ellas penetró en el campo-santo y enseñó el lugar de reposo de Dª Reveriana:—Allí, detrás de ese angelón que levanta el dedo, junto á la tumba del sacristán, que la cubre toda la yedra... Los picarescos comentarios que el linternazo sufrido por el padre Clavel pudiera sugerir á Carmela, la melancolía y el silencio del recinto enmudecieron; de aquel palmo de terreno abandonado, cubierto de maleza, estercolero de la miseria humana, que una cruz gigantesca, en el centro, dominaba, abriendo los brazos para decir á los vivos: — Venid, aquí os espero! y el agudo campanario de la iglesia señalando la ruta de la última esperanza:— No les busqueis ahí: sino allá arriba!...

Lía y Carmela se dirigieron al ángulo designado por el ama, sobre la tierra recientemente removida hincáronse y oraron... Declinaba la tarde; en la copa del vecino ciprés cantaba un jilguero y dos gorriones, rabiosos, disputaban; las palomitas torcaces, en-

tre el ramaje, sollozaban su triste jeremiada. Mientras el alma candorosa de Carmela, toda la aprendida retahila de oraciones balbucia, la otra, la pecadora, la maldita, contaba á la madre, que no habia querido oirla, sus desdichas, sus penas, sus propósitos de enmienda, su arrepentimiento profundo; mostraba su corazón desnudo: — Mirelo usted, madre, mirelo bien ¿no está sano? ¿tiene alguna salpicadura? ¿le corroe la podredumbre? no, si le he salvado! y se le traia, como el mejor regalo, ya curado de ilusiones y ambiciones. ¿Por qué no me escuchó usted? ¿por qué se apartó de mi rencorosa, cuando buscando venia su bendición y su arrimo? ¡Ay, madre, madre! Al través de la capa de tierra, acostada en su caja, Dª Reveriana hacia el gesto implacable: — La veo á usted, madre, no me perdonará nunca! pero, yo la ablandaré algún dia, le probaré la sinceridad de mi arrepentimiento... porque mientras no cambie la expresión severa de esos labios suyos, y me sonria, no hallaré sosiego ni consuelo...

Cantaba amores el jilguero, entre tanto, y la torcaz llorona, escondida, se quejaba: —*¡ Ú*ú, *ú*ú, *ú*ú*!* Carmela sintió miedo: —Vámonos, Lía, es tarde; yo me pongo mala. Se levantó, y la otra, abstraída en el fúnebre diálogo, no se movía; pero ella la tiró del mantón, suplicándola:—Vámonos, vámonos. Y obligóla á que también se alzara; se persignaron, y por la puerta principal salieron. Obscurecía. Carmela se prendió al brazo de la hermana, y lentamente, bajando la larga y revuelta cuesta de la estación, el espectáculo de la vida borraba la dolorosa impresión del cementerio:—Ahora respiro con libertad; ¡allí me ahogaba! aquel angelón que teníamos al lado parecía amenazarme con el dedo, y el *ú*ú de la torcaz anuncio de próxima muerte; ¡ya os tocará el turno á vosotros! ¡qué vida! y lo que somos!... Luego, apretándose más, con el ansia de abrigo de la inocencia, se lamentó de lo sola y triste que iba á quedar cuando la hermana se marchara, sin la madre, en la casita llena de recuerdos: — ¡Si

tú me llevaras contigo, Lía! yo me imagino á tu señora una dama bondadosa, que no pondrá mala cara á las chicas dispuestas... y yo lo soy, ¡vamos! y sabria darle gusto. Me pondria guapa como tú, así, con el cútis de seda y el pelo de oro, y gastaria bonitos trajes... ¡Llévame contigo, Lía! Alarmada, sobre aquel germen de vanidad Lía derramó toda la hiel de sus desencantos: — ¡Ah! ¡no sabes tú lo que esto cuesta! deja que te queme el sol y el trabajo endurezca tus manos; á Buenos-Aires, no, no te llevo ¡Dios me librara! tengo un proyecto mejor, y es casarte con un hombre honrado.—¡Casarme! pues no es muy difícil, ¿sabes que tengo novio?—¿Tú? —Si, ese que nos saludó cuando íbamos á ver al cura, Joaquín.—¡Con novio y deseas marcharte del pueblo! y no me has observado palabra á que se vendieran los trastos y enviara por vosotros en pocos días?—Te diré, hermanita: es que, por un lado la simpatía (que hasta ahora no llega á más) me tira, y por el otro el deseo, la curiosidad de ver

cosas nuevas, de cambiar de posición ¿comprendes? Lía meditaba. Y Carmela descubrió su secretillo ingénuamente: hacia un año que hablaba con él, y aún no se daba cuenta si le quería ó no le quería; probable que sí, seguro no. Era un buen chico Joaquín, muy trabajador y decente, enemigo de reuniones y pandillas; tenia un *puesto* en *La Graciana*, la estancia de los Pérez, con sus ovejitas y sus vaquitas...—La madre le estimaba mucho, añadió Carmela, y me metía en la cabeza que habia de casarme con él... pero, yo, no sé, no me decidia... y las cosas están así.—Pues, te casarás con él! exclamó Lía ¿sabes tú lo que vale un hombre honrado? ¿lo que para una mujer importa arrimo semejante? ¡ser esposa y madre! ¡qué mejor corona! te casarás... mira cómo, ni los muebles se venderán, ni saldréis ya de Las Piedras; Cándido buscará otro local para la carpintería y nos instalaremos en casa más cómoda: yo también viviré en Las Piedras ¡por vosotros haré el sacrificio de arrostrar la murmuración y la malquerencia!—¿De

veras? dijo Carmela con asombro, por nosotros vas á dejar el lujo, la holgura, las distracciones... — Si, por vosotros, murmuró Lía emocionada, besándola, por vosotros! ¡y por la madre, y por mi... y por alguien más!

Llegaron, ya completamente de noche; y en la cocina, que el candil tristón alumbraba, hallaron á Cándido, tomando mate junto al rescoldo del hogar.—¿Sabes? dijo Lia quitándose el velillo, he mudado de pensar: busca otro local para el taller y otra casa, ¡nos quedamos en Las Piedras! El mozo exclamó:—¿Tú, tú también?—También, hombre, á mi vuelta, ¿por qué no? así podré protegeros de cerca. Discretamente, Cándido se inclinaba: — Hermanita, tú mandas y nosotros obedecemos ¡bendita sea tu mano generosa! Y Carmela, que ya había puesto en danza los cacharros para la cena, sonrió á la hermana: —¡Bendita seas!

IX

No digo yo con piedras... ni con reconvenciones ó la mínima alusión indiscreta; sino con palmas, hosanas y sonrisas en la calle Cangallo recibieron á Gasparito. Porque tornó, si señor, más lavado, escurrido y limpito, al decir de mamá Paula! luego de confesarse y comulgar y digerir los dos sermones diarios que en cada comida la predicadora le servía.—Ahí te le traigo convertido, anunció gozosa á misia Segunda, Paulita; saliva y trabajo me cuesta, pero, con provecho. De él hago lo que quiero, y su voluntad en mis manos es blanda cera. ¡He pasado un susto! creí que este funesto descarrilamiento fuera de más graves consecuencias...

me río yo de todas las Ginesas habidas y por haber: que vengan á disputármele y á pervertirle! le he puesto la coraza de mis consejos y velo á su lado... Anda tristón, pero ya se le pasará... Ahora, á nuestro proyecto, hija, y mucha actividad: atarle cortito al matrimonio, no sea cosa que se nos encabrite á lo mejor y muerda el freno.

Deseo más al paladar de misia Segunda no lo había, y con Paula primero, y luego con Bernabela, á solas, dispuso los mejores medios de atrapar al primito rehacio. ¡Caramba! si con amaños tales no se dejaba embaucar, pruebas de muy avisado daría y Bernabela de la más inhábil cazadora de marido, digna de figurar en la honesta cofradía de solteronas junto á Florita Soto, virgen y mártir.—Porque, si esta vez se te escabulle, advirtióle *la rematadora*, me temo que ni el mediquito entre por el aro, y nos veremos obligadas á poner un aviso ó á recurrir á una agencia. Mira cómo hemos ido descendiendo, gracias á tu torpeza, y la verdad, gracias también á mis pretensiones, porque

ni tú ni yo concebimos marido sin pesos. Para pelados, más vale rascarse sola. En esta ocasión, si no ganas la batalla, merecerás cuatro tiros... un cordero sumiso, pronto para el sacrificio, te traemos; cuidado, que es huérfano y millonario, mi-llo-na-rio ¿entiendes? Bernita prometió que ella pondría todos los recursos á su alcance: —Si es cierto, mamá, que de la Ginesa le han despegado, yo respondo; pero, sino ¿qué valen mis artes contra las de pájara semejante?—Valdrán, si tú te empeñas; que se case es lo primero: el compromiso se lo arrancas de la boca en cuanto se presente... mira que ocasión cómo esta... mira que ni el mediquito... mira que te quedarás para vestir santos!

Así, cuando Gaspar vino de visita, poco faltó para que doncellas y pages le recibieran con chirimias y aguamaniles: estaban el salón grande y las dos salas pequeñas deslumbrantes, con los cristales descubiertos para que sobre la calle irradiara la alegría de la casa. Misia Segunda ondeó su cabe-

llo negrísimo, y se prendió con elegancia insuperable, como si el sobrino fuera persona extraña ó de etiqueta; y todo el carmín, el albayalde, tiznes, pomadas y esencias de su tocador gastó con largueza Bernabela... Gaspar, intimidado, dijo cuatro soserías, preguntó por el proyecto aquel famoso del *Costurero*, y se marchó sin soltar prenda. Tampoco la soltó en la comida del siguiente domingo, ni en las visitas sucesivas, aunque hostigado por la prédica ardiente de mamá Paula, las indirectas de misia Segunda y las miradas de Bernita: llegaba, saludaba, se sentaba, distraído, siempre distraído, cumplidor de un deber, soportador de una carga. Un dia faltó, sin dar aviso, y la mesa se quedó compuesta y sin convidado... Entonces hubo conciliábulo magno de las conjuradas: *la rematadora* amenazó con poner de patitas en la calle al mequetrefe, porque ni de ella, ni de su hija, trás la cual andaban con la lengua fuera tantos y tantos, se burlaría: á lo cual, Paula, confundida, oponía débiles escusas, pedía plazos:

—Culpa será de Bernabela, que no es lo mañosa que debiera: todos los hombres no se conquistan del mismo modo, y á mí se me ocurre que Bernita no toca sino una sonata.—Te digo que de mí no se burla! ya le daré yo sonatas ¿te parece á ti ponernos en ridículo y que rodando andemos en gacetillas? si en ocho días no se decide, Bernita le dará el carpetazo!

Esta amenaza de ruptura, asustó á Paula; y de vuelta, zarandeó al culpable, le increpó, le cantó todas las del barquero, que aún se reservaba, pero ¡oh poder demoniaco! ¡ oh influencia mundana perniciosa ! el niño Jesús, que parecía sometido y por siempre jamás, se plantó delante de Santa Teresa, alzó el gallo y dijo con claridad y energía:—¿Casarme con Bernita ? nunca! ¿lo oyes, Paula? nunca!

La misma paloma simbólica, asustada de tamaño acto de rebeldía, no supo qué sugerir á la dama en respuesta de esta salida explosiva: así Paulita quedó mirando á Gaspar, con visajes que ya eran llamaradas de cólera,

ya tentaciones de llanto. Y el joven, por endulzar la píldora, la abrazó, la besó, añadiendo mimosamente:—Te ruego que no insistas, Paula, en eso de Bernita; por darte gusto me he puesto á prueba, pero no pasa el trago: será capricho, obsecación, ceguera, estupidez... no insistas, Paula! porque aquí (*con la mano en el corazón*) no entra, ni entrará jamás, á pesar de todas sus excelentes cualidades que tú le admiras y yo no le reconozco, por ciego y tonto, sin duda. ¿Qué hacerle? al altar no hemos de ir llevados de una cadena y atados codo con codo; quizá más tarde, recobre milagrosamente la vista y en lugar de lo que yo veo, veré lo que tú ves, no la carencia de seso, de sentimientos y de candor de la prima (que en punto á su belleza, ya, ya...) ni la zarpa de garduña de la tía y su cálculo de comerciante, sino la inocencia misma y la bondad misma, dos joyas inapreciables. Entre tanto, no hablemos más de casorio: lo que yo te prometí lo he cumplido, te juro que lo he cumplido! *aquello*, tan traído y llevado y que tanta

alarma y disgusto te causó, acabóse... No exijas otra cosa de mí, Paulita! La nota final dióla con el tono amargo del hombre que ha luchado, y aún no sabe si fué vencedor ó vencido; y más con aire de vencido que de vencedor, en el sillón de su despacho (que allí le sorprendió la hermana en mudo coloquio con las musarañas) sentóse suspirando.

Poco á poco, mamá Paula recobró el equilibrio, alcanzó á dominar el estallido de bilis y de lágrimas que casi la sofoca; pero, pasó buen rato en silencio... y como sintiera, al fin, el cosquilleo del piquito inspirador, pudo hablar, gravemente, reposadamente: — ¡Está bién! muy bien!! no exigiré más de tí, cumplido el juramento de romper los lazos indignos que á esa criatura te amarraban... y que lo has cumplido, lo creo bajo tu fe de caballero! tienes razón: á empellones no vas á ir al altar y no eres ningún chiquillo para que te lleve nadie de las narices. En cuanto á mí, el deber me impone dejarte libre ya, para que contra las rejas de la jaula no des las testaradas de pájaro voluntarioso é indo-

mesticable: ¡abierta está! *(abriendo las hojas de la ventana y mostrando el espacio azul)* vuela y que el viento te sea propicio ! si te despluman, ó te alcanza una perdigonada ó caes en alguna trampa, aliviarse, hijo mío; te acuerdas de mamá Paula y te rascas, para consuelo. Te he dado á conocer el mundo, te he arrancado del borde de un precipicio, te he enseñado el camino de la felicidad... mi conciencia está tranquila! ahora, tú dirás. La mamadera y los azotes no sientan á los veintitres años bien sonados. Ya sabrás lo que haces; de mí no oirás una letra que huela á consejo... pero *(tendiendo el brazo amenazador)*, cuidado, ante todo y sobre todo, con faltar á tu palabra!

Salió en seguida del despacho y fué á encerrarse en su oratorio. Desde aquel día comenzó la guerra sorda entre los dos, la desconfianza de una parte y el disimulo de la otra, Paula espiando, callada, los actos y gestos de Gaspar, y Gaspar ocultando lo que no quería descubrir y disfrazando lo que no podía ocultar ; situación lamentable que las

de Paso agravaron rompiendo sus relaciones con *la beata y el sacristán*, á quienes pusieron de oro y azul, con verdadero cariño de parientes. Tales desventuras la casona de Tejera entristecieron más... y si Paula no dudó de la eficaz protección de la Virgen del Carmen, á su fe inquebrantable se debía, limitándose á inclinar la frente:—Cuando tú lo haces, Señora, por bien nuestro ha de ser...

Pero el triste y el abatido, sin resignación ni consuelo, era Gaspar. Figuraos un barco sin timón, ó un caballo sin freno, ó un reloj de péndulo sin él, algo, en fin, que carezca de lo necesario é indispensable para su marcha regular; figuraos un hombre al que arrancan los ojos, ó cortan las piernas... Si luchaba! como un héroe, de día y de noche, contra su pasión y contra la costumbre, dos fuerzas avasalladoras que hacen del hombre una bestia y un autómata. Él, que no leía, leyó; y en el teatro, en los círculos, buscó la distracción ó el lenitivo: y de todas partes y de cada visita á las de Paso, que en esta

ocasión representaban la legalidad á que debía acogerse para ser feliz al gusto de los demás, volvía descorazonado, haciendo bascas ó echando suspiros. Mejor estaba en *la charca* de que mamá Paula le sacó, mejor con su serpiente desdentada... que pasarse la vida contrariado, por no herir susceptibilidades ó infringir leyes que otros han hecho á capricho, es tontería supina é imperdonable. Á esto venía á parar, luego de mucho cavilar, de mucho sermonearse, de mucho volver, palpar, observar por todos los costados el asunto; la cabeza sobre el pecho desfallecía, dejaba colgar lánguidos los brazos, expresando en la actitud del cuerpo aquel: — No puedo! no puedo !! que su espíritu, adentro, fatigado del batallar inútil, formulaba.

Por la mañana, antes del almuerzo, por la tarde, y por la noche, después de la comida, á las nueve, á las dos y á las siete y media, hora de cronómetro seguro, las piernas, sin que la voluntad las guiara, echaban á andar, las manos cogían el sombrero, la caña y los

guantes, y por el camino acostumbrado se iba el sonámbulo: la calzada, el atrio del convento y el trozo de acera de la calle Viamonte, hasta dar de narices en la puerta cerrada. Una vez, al toque de la media, se levantó de la mesa con tal ímpetu, que Paula le preguntó: — ¿Adónde vas? ¿quién te corre?... lo cual bastó para despertarle, contestando, abrasados los labios por la mentira, que tenía á repartir unos bonos de la cofradía de la Saleta: — Lo haré mañana; da lo mismo.

En alguna ocasión, por hallarse Logia de limpieza en el zaguán ó de charla, se coló libremente y por la escalera subió el cuerpo vacío. — Pero, señor, chilló la madrileña, ¿no sabe usted que la señorita está ausente? —¡Ah! es cierto! Dueño ya de sí, con ansia preguntaba á la criada cuándo volvía la señorita... — Hasta hoy, ni palabra; pero según informes que yo tengo, debe de ser allá para el siglo que viene á estas horas, minuto más ó menos. Él se marchaba, sin dirección, por esas calles, pesándole el tiempo

como plomo, sin atreverse á dar respuesta franca á la pregunta interior: — ¿Para qué deseas saber si volverá? ¿qué te importa? ¿ó piensas dar nuevamente de cabeza en el pantano y ponerte tan perdido que no haya medio posible de lavatorio?

Cuando él se enteró que Lía se habia marchado, probando así lo irrevocable del rompimiento, con desesperación quiso hacer saltar las cerraduras de la alcoba...—Le digo á usted que no está: se fué ayer á Las Piedras, á casa de su madre; ¡no está, no está! si persiste en dar escándalo, llamo al vigilante... Entonces hizo por distraerse, por olvidar; y luchó á brazo partido contra las dos fieras que le dominaban: pero, no podia! cerró los libros, abandonó teatros y círculos, provocó la ruptura con las de Paso, se puso frente á la hermana, y á todos los espantajos de su conciencia quisquillosa, lanzó aquel: — No puedo! del débil y del vencido, que se resigna á sufrir la condena y á morir sin quejarse. — ¡Que hagan de mí lo que gusten, que sea de mí lo que Dios

ordene: no puedo, no puedo y no puedo!

Alrededor de la casa de Lía vagaba el cuerpo automático, llevado de la mano por la tirana costumbre. Un día golpeó, y asomando Logia el morro, despidióle con cajas destempladas... Y no sé cómo ocurriósele domesticar á la madrileña, buscar la alianza de aquella potencia enemiga; y propinas van y dádivas vienen lo consiguió sin mayor diplomacia, de tal modo, que suavizando el tono, por naturaleza brusco, y rindiendo á las chapitas de carmín la admiración que antes les negara, y á su generosidad la alabanza que el Moscardón se llevaba entera, entregó armas y fortaleza: — Venga usted cuando lo desee... que en cuantito la señora llegue, le avisaré. De esta semana ó de la otra no pasará. Jesús! señor D. Gaspar! y qué lástima me da usted! ya se ve que se quieren ustedes como dos tórtolos... porque ella, también; viera usted aquel dia! no probó gota y se estuvo en esa butaca, si me tiro del balcón ó me bebo una *solución* de fósforos... Pudo así el mozo, al menos, en las horas de práctica,

entrar, pasear la sala, sentarse en la alcoba, y con los santos de las paredes, con los niños de porcelana, con todos los objetos entablar diálogos que le distraian y consolaban; en ausencia del ama, la Negrita le recibía según las reglas de la perruna cortesía, meneando el rabo, haciendo cabriolas, lamiendo la mano amiga, revolcándose sobre la piel de oso y echándose en ella panza arriba, la lengüita rosada colgando, las manitas cruzadas graciosamente... ó ladraba juguetona, corría alegre, se escondia maliciosa y jadeante acurrucábase á los pies de Gaspar, diciéndole con los ojillos inteligentes:—¿Qué tal? ¿hago bien los honores de la casa? no te quejarás de mi amabilidad.

Entre tanto, de Las Piedras no llegaba noticia, ni síntoma siquiera de vuelta próxima: Gaspar, impaciente, exasperado, perdidas todas las fuerzas morales en el doloroso combate, suicida que se inmola en su impotencia, escribió la primera carta á Lía mandándola venir, escribió la segunda, escribió la tercera, más impaciente, exasperado y

decidido con el silencio absoluto que por respuesta se le daba. Y para que mamá Paula no leyera en su frente el delito, ó con su astucia le obligara á confesarlo, huía de su presencia, de sus ojos inquisidores... Escribió la quinta y la sexta, atisbando la venida del cartero, por si Mamerto se había vendido al enemigo ó el enemigo echaba mano de medios tan poco lícitos como la violación de la correspondencia; el porfiado silencio le abatió completamente y precipitóle en los despeñaderos del disparate: dióse á urdir motivos y explicaciones de la actitud de Lía, y lo más razonable que dedujo fué que no estaba en Las Piedras sino en su casa, acompañada de otro, tal vez del Moscardón, y que le engañaba y que Logia le engañaba y también la Negrita le engañaba, prodigándole las mismas cucamonas que al otro, al Moscardón, brindaba por la noche. Esta idea se le ocurrió entre sábanas, y con tal fuerza los celos le mordieron, que se arrojó de la cama, se vistió, salió de puntillas para no despertar á Paula, y con el llavín fué á abrir la

puerta de Lia; á la luz de una cerilla subió la escalera y el picaporte de las habitaciones que caían al recibimiento, forcejeó, con indiscreto ruido: y tal armó de pasos y de golpes, que la Negrita, la primera, soltó la escandalosa, allá en el fondo obscuro del pasillo, y Logia se presentó en camisa, con palmatoria y pito de auxilio.—¡Sosiéguese usted, dijo Gaspar, soy yo!—¡Virgen Santísima! usted señor D. Gaspar, á estas horas como un ladrón! á las dos de la madrugada! ¿está usted loco? —Abra usted esa puerta y esta otra: abra toda la casa; quiero entrar y registrarla.—¿Pero, se ha hecho usted de la policía? ¡vaya con el capricho! si creerá que tengo yo á la señorita escondida en algún baul... Fué por las llaves y un chal que cubriera el escote poco apetitoso, más de frío que de pudor, y á echarse una enagua y calzar los chanclos; y tornó, seguida de la perrilla, ya calmada luego que olfateó quien era el intruso: Gaspar delante, la criada y la perra detrás, el piso entero recorrieron, sin perdonar recoveco. – ¿Se puede saber qué es

lo que usted busca? decía Logia disimulando la risa, ¿se le perdió ayer alguna alhaja? y si es á la señorita, falta aún la carbonera por registrar, y debajo del fogón, ó dentro de la chimenea ó sobre el pabellón de la cama. Avergonzado, Gaspar callaba; por el pasillo volvieron á la sala, y en la alcoba, encima de la tabla de felpa de la chimenea puso Logía la palmatoria.— ¿Se ha convencido usted? preguntó con burlón desenfado.—Diga usted Logia, ¿es cierto que está en Las Piedras?— Por estas cruces!—¿Es cierto que no ha recibido usted aviso ninguno de ella? — Por estas cruces! cierto, muy cierto. El joven sentía cada vez más ardiente el cáustico de la vergüenza en las mejillas...— Ay, señor don Gaspar! exclamó la muchacha, y qué lástima me da usted! ¿si está usted enamorado de la señorita y la señorita le quiere, y hay juventud y mucho de aquí *(haciendo con los dedos un movimiento característico)* por qué se separan ustedes y jugando andan á la gallina ciega? —¿Por qué? sabe usted, Logia? la moral, el deber... dos tiranos! —

Nunca tuve yo tratos con ninguno de la familia! soltó descocada la madrileña; precisamente porque soy así, selvática y amiga de independencia en cuanto cabe y de dar al estómago lo que el estómago me pide; escúcheme usted, señor don Gaspar: mande un parte fulminante á la señorita, y ríase de esos y de todos los tiranos inventados por los que no pueden catar lo bueno, para que los otros no lo caten. Y viva la Pepa, y que ruede el mundo!

¡Oh! elocuencia teresiana de mamá Paula! y qué vale predicar á oidos que no atienden sino al reclamo de las pasiones! El consejo de la fregona pareció á Gasparito de perlas, porque eso mismo y casi, casi, con palabras idénticas, se lo decia á él su mal deseo: —¡Si señor! que ruede el mundo ¿á quién le importa? ello no será horrible y mortal pecado, más que para las beatas espantadizas, que todo lo miran con el vidrio de aumento de la intransigencia religiosa y suponen el mundo lleno de precipicios, lodazales, sapos y culebras,... ni cosa de condenarse, ni de

emporcar el apellido, ni de cerrarse los horizontes del porvenir, que el sol se apague ó la luna se descuelgue del cielo... Mandó, pues, el despacho telegráfico, todo lo fulminante que se le ocurrió: —Si no vienes inmediatamente, voy en tu busca. Y por extraño azar, la respuesta, al siguiente día, se la entregó la propia Paulita, eso sí, con el sobre intacto: —Es del mayordomo de Ombú, mintió él con bastante aplomo: nada, tonterías, que si pienso ir en breve por una operación á efectuar... Rasgó menudamente el papel comprometedor, antes que la hermana diera muestras de querer cerciorarse, y la frase borroneada por el lápiz, aquel *Llego el jueves*, figuróse leerla en caracteres de luz. El jueves! Á la calle de Viamonte llevó la grata nueva, tan alborozado, que el regocijo le hacía tartamudear: —El jueves, Logia! llega el jueves! el ju-ju... — Sí, ya he oído ¡me alegro por sus nervios! sino, habría que encerrarle ¡qué chifladura! —Sí, completa! decía riendo Gasparito, no puedo remediarlo! ahora, todo me parece de otro color, cual si el

dolor y la alegría delante de los ojos nos pusieran lentes claros ó ahumados... oiga usted, Logia: para el jueves haremos una comilona con mucho champaña y un pavo relleno de trufas; también quiero que se traigan todas las flores de Buenos-Aires ¿ por qué no empieza usted los preparativos ? — Pero, señor, si aún faltan tres días! y de aquí á allá... — Tome usted, Logia: veinte nacionales de regalo ¿eh? por la vuelta de la señorita. — Muchas gracias, señor! y qué salado y simpático... la verdad es que yo siempre lo dije!

Sucedía esto un lúnes; pues el mártes, á poco más de las nueve, estando Gaspar en la casa, paró de pronto un coche; y como saliera al balcón la muchacha, armada del plumero y los zorros, se puso á chillar : —¡Es la señorita! ¡la señorita! Voló de seguida al portal, y de manos de la pálida y enlutada viajera, recogió la cesta.— ¡Albricias, señorita! bienvenida ¡ y qué sorpresa nos da usted! la esperábamos el jueves... Se oía arriba el ladrar de la perri-

lla y pasos y voces. Lía, que en el primer tramo, asentaba ya el pie, súbitamente retrocedió, herida por la sospecha :—¡El jueves! ¿y quién le ha dicho á usted que yo llegaba el jueves?—¿Quién ha de ser, señora de mi alma? su nene bonito, que si no ha perdido la chaveta, á dos dedos estuvo de perderla por su ausencia... ahí le tengo de plantón, como todos los días.—Aquí ¡él! exclamó Lía. Quiso escapar, refugiarse en el coche, para salvar de tan próximo peligro... pero, ya de lo alto de la escalera saltando venía la Negrita y Gaspar bajaba aturdidamente; Lía sintió presas sus muñecas en las manos queridas, sobre los labios el fuego de sus labios, el dulce picorcillo de los bigotes castaños, y aquel aroma suyo exclusivo, mezcla de violetas, de juventud y de frescura salutífera, que la subyugaba y trastornaba. —Déjame, véte ¿por qué vuelves? haces mal, muy mal! Suspiró estas palabras, sin fuerzas para resistirle ; y él la llevaba, desfallecida, susurrándole:—¡Tonta! ¿por qué me huyes? basta de pruebas, no nos separaremos más,

¡te digo que no, que no! Discretamente, en razón de su bien aprendido oficio, Logia se escabulló hacia la cocina, y también la Negrita, despechada, quizá, de no haber merecido una caricia siquiera del ama olvidadiza.

En la sala, bruscamente, Lía se desligó de los brazos de Gaspar:— ¡No, si no puede ser! déjame, yo no he venido en tu busca; he venido á preparar mi partida definitiva, por eso te puse ese telegrama, para despistarte... mi resolución es irrevocable! esto se acabó... ¡ay, niño mio! ¿sabes? ¡mi madre ha muerto, y ha muerto maldiciéndome!—¡Tu madre!... Otra vez la cogió por la cintura, la hizo sentar en el sofá, y se arrodilló á sus pies, según la amorosa costumbre de ella:— ¡Ha muerto! ¿cuándo? así vuelves flaca y pálida y ojerosa... no, eso de marcharte es bobería, ¿crees que yo voy á permitirlo? así como aprieto tus manos, soy dueño de tu albedrío; para prueba, bastante tenemos con estas tres semanitas infernales. ¡Ay! Ginesilla! ¿no me encuentras flaco también á mí y oje-

roso? pues, por causa de tu ausencia; si tardas más tiempo, ó llevas á cabo ese mal proyecto que traias, hago un desatino colosal... ¡perversa! ¿por qué me huyes? ¿no te importas de mí, entonces? Lía lloraba:—¡Bien lo comprendes! sólo que el capricho te pone ciego y sordo... ¿á qué juntarnos de nuevo? si esto no puede durar... yo he prometido á Dios y á la memoria de mi madre volver al buen camino; no me lo impidas, Gaspar! si la obra de mi conversión, inconscientemente, comenzaste, llévala á término noblemente, con plena conciencia! ¡parécemc que tú me quieres de modo distinto que yo á ti!—No sé como yo te quiero... ¡sé, únicamente, que sin ti no puedo vivir, Ginesilla! y no he de soltarte, aunque todos los santos del paraíso se empeñen en tu conquista. He consentido esta separación absurda, he dejado que de aqui me arrojaras cruelmente, porque me teniais, tú y Paulita, asustado con todas esas palabrejas de moral, honor, deber, porvenir, sociedad, etcétera, como si el querer fuera horrendo crimen. Y para castigarme ó cu-

rarme, me recetasteis la amarga pócima de Bernita... pues, no! me rebelé, á Paula le he declarado la guerra, con la prima y la tía Segunda roto ruidosamente, porque soy un hombre! dueño de mis sentimientos y de mi persona!...—¡Tú no habrás hecho eso! exclamó Lía con espanto.—¡Digo! y más todavía si me hostigan; también el niño Jesús tiene su geniecito... ahí anda mamá Paula sin sombra, persiguiéndome con quejidos y miradas acusadoras, y yo tan fresco ¡me he vuelto más mentiroso! puesto que para vivir es tan necesaria la mentira, miento como un chino, ó como una china, que siempre ha de mentir más que el varón... ¡qué gracia! figúrate que estaba mamá Paula empeñada en que me confesara, para lavarme bien del horrible pecado de quererte, y yo nones! porque á Dios no he de ir á decirle una cosa por otra, no hé de pretender engañarle, á él que todo lo sabe y de cada conciencia vé hasta el fondo, ni he de prometerle lo que no podré cumplir; pero, tanto me pinchó la hermanita, que fuí una mañana á la iglesia y

me estuve quieto en un rincón mucho tiempo... y volví, diciendo á mamá Paula que había confesado y comulgado, sin que los colores me salieran á la cara! ¡mira tú si fué gorda la mentira! ¿no lo crees? si, si... de tal modo me habéis puesto por contrariarme, por tirar de la rienda demasiado, por pretender casarme contra mi voluntad ¡y tú tambien tienes culpa, Ginesilla! como si no me quisieras, ó me quisieras con ese cariño especial tuyo, que yo no comprendo, de tus brazos has pretendido arrancarme, para echarme en los de la prima... pero, quedais derrotadas! y Bernita con tal despecho, que á un mediquillo infeliz, que esperaba en la esquina la seña de su última desilusión, ha echado la garra y se casará á escape... ¡ay tus manos abrasan, y tiemblas! ¿tienes frío? no las retires, porque no he de soltarte; ya no me asustais más con el coco... te quiero, te quiero, y tú á mi también ¡dejémonos, pues, de teologías y no perdamos el tiempo en discurrir si caerá la teja de este lado ó del otro; que caiga, si tiene forzosamente

que caer, pero que á los dos nos aplaste, así, juntitos, inseparables en la misma muerte!

Lía continuaba llorando:—No, Gaspar, no... Entonces, sus propósitos nobilísimos, de salvarle y salvarse; la vida de modestia y virtud en Las Piedras, cerca de la hermana, casada, y de Cándido prosperando gracias á su ayuda generosa; la aspiración suya consoladora de ser buena y hacer el bien... nada podría realizar, presa entre los brazos del amante, encadenada por siempre al mal! — No me lo impidas! suplicó, mira que mi madre, allá, en el cementerio, aún maldiciéndome está. Volver á lo mismo, niño mio! es volver á la zozobra, á la desesperación: algún dia tú te aburrirás de mí, que todo fuego se apaga, y entonces te burlarás de tu chiquillada, dirás: pero, qué retonto era yo! tal vez me insultarás, atribuyéndome móviles interesados y viendo lunares que los ojos de enamorado no vieron... quizá me des el puntapié que á todo lo que no sirve se aplica! si una querida vieja es un

fardo insoportable! las canas y las arrugas sólo á la esposa se consienten, y eso porque no hay remedio, pero á una querida... á una querida, envejecida ó que dejó de agradar, se la reemplaza por otra, como un chisme cualquiera. Esto es el evangelio, niño mío. Algún dia la Ginesa te parecerá el diablo en persona, lo mismo que á mamá Paula... ¿qué hará? ¿qué será de ella? morir olvidada en un muladar! ¡Ah! ¿no es mejor detenerse á tiempo? dejemos el punto final donde le pusimos aquel día 17 (fué el 17, bien me acuerdo!) y no sigamos adelante. En Las Piedras, mis hermanos me esperan... no, no me lo impidas! Él la abrazó, y el perfume satánico de la carne venció-la, como al pie de la escalera. — ¡Qué terca! pero, qué terca! decía mimosamente Gasparito, ¿lo ves? si no podrás! en balde lo pretendes... y en balde los santos te harán la corte, te darán los ángeles bonitas serenatas, para camelarte, y te inspirarán esa doble vista profundísima para explorar en el porvenir como el mejor telescopio... con razón ves co-

sas tan feas, porque las agrandas desmesuradamente! que tiren los santos de tí: yo también tiro tan fuerte, con tanta furia, que les venzo... ¡no, señor! en el cielo no haces falta, que allí sobran las buenas almas, y aquí sí: yo te necesito, Ginesilla! ¿cómo no he de impedir esos proyectos disparatados tuyos? ¡vaya si los impediré!

Lía murmuraba: — ¡Qué débil y cobarde soy! por eso temia encontrarte, volver á verte, oir tu voz, sentir tu contacto, segura, segurísima de sucumbir; por eso... Contó cómo aquel dia 17, tan nefasto, antes de tomar el tren para Las Piedras, entró en la iglesia con ánimo de confesarse, de descargar, al fin, la conciencia del horrible peso de sus culpas: y poco que sudaría el señor capellán para raspar la costra negra y espesa! Estaba á obscuras la iglesia; y ella se sobrecogió del frío silencio y de las calladas imágenes, que de sus nichos la miraban, testigos del juicio á que Dios la llamaba: rezó, primero, para ablandarles, y á la Virgen del Carmen, en el altar de Tejera, un rosario

enterito, con letanías y trisagios:—La Virgen me sonreía piadosa, y no se asustó de ver á sus pies tamaña sabandija; al contrario... y de pronto, eché de ver que á quien yo me dirigía era á san Gasparito Tejera, porque ¡mira cómo andaba el diablo enredando trás de mí y qué pensamientos me sugería el maldito! se me ocurrió que el niño de la efigie sagrada era tu propio retrato: los mismos ojos dormidos y la misma boca melancólica; que así debiste ser tú en mantillas... y rezando, me recreaba en tan profana comparación, cuando, como si en mi auxilio la Virgen le enviara, pasó rozándome el señor capellán, y yo me así de su sotana pidiéndole confesión: es muy venerable el capellán y tiene unos pelos blancos y un hablar paternal, que inspiran confianza y valor... ¡Ay! valor se necesitaba para hacer, que aquellos oídos, acostumbrados á los pecadillos inocentes de las monjitas, escucharan las picardías superlativas de la Ginesa!

Protegida por la discreta rejilla, muro alzado entre la vergüenza y la curiosidad, to-

do lo desembuchó, todo, sin dejar migaja ¡qué cara pondría el anciano, ante aquel fárrago de iniquidades! en cuanto á ella, quedó tan tranquila, tan descansada, al terminar, como cuando el estómago arroja lo que le indigestó, y embarazaba. Esperaba contrita la absolución y la penitencia, pero el sacerdote no chistaba... —Al cabo de largo meditar, preguntóme si estaba verdaderamente decidida á renunciar á tí: y si me creia capaz de resistir á tu reclamo, á tu persecución, á tu presencia... Y yo, turbada, me callé, cobardemente; sondeaba la propia alma y con susto grandisimo descubría, allá muy hondo, el punto débil: su persecución sí, pero su presencia ¡ah! su presencia... El padre me dijo: Tu silencio me basta; véte y lucha, y cuando estés segura de tí misma, vuelve por la absolución. Salí entristecida... Dios me rechazaba y allá, como castigo, me esperaba...¡oh! lo que me esperaba...¿quién me va á absolver ya? si el amor me domina y todas mis fuerzas me roba...

—¿Lo estás viendo? perversa! y lo que á

ti tanto te cuesta, pretendes que yo, que aún no he presentado á San Pedro mi candidatura para las próximas elecciones celestiales, he de ejecutarlo, así, con frescura y desparpajo... Lía suspiraba : — Tengo tan grande miedo del porvenir!—Del porvenir! repitió él burlón; por temor á la lluvia, paséate con capa de goma y paraguas en dia de sol ¡vamos! alégrate, quitate la mantilla, da tus órdenes para el almuerzo... estoy con mucha hambre, hija: el gozo de tenerte cerca me ha abierto el apetito ¡ qué bién almorzaremos! ¿ no tienes gana tú?—No. — Porque estás preocupada y asi como desorientada del fracaso de tu infame proyecto: ¡abandonarme! ¡ valiente alma de cántaro! ¿qué cariño es el tuyo? á veces, se me ocurren unas cosas muy malas, de que me engañas por otro, con el Moscardón, y una noche...

Siempre á sus piés, estrechando las manos calenturientas de la pecadora, reía de aquel pasaje nocturno lastimosamente ridículo... — ¡Celoso! porque no se me alcanzaba fueras tan dura que á mis cartas y lamentaciones

no dieras más respuesta que la callada. Y se me puso que me la pegabas con el viejo... Y también reía de los pasados malos ratos, de sus insomnios, de su desgano en el comer, del cavilar suyo, de lo sériamente que se propuso tragar la pócima de Bernita, para que mamá Paula no se amoscara más y ver de matar así el amor culpable con el legítimo, como un clavo saca otro clavo, según el añejo refrán:—Figúrate que me recibían bajo palio, ó poco menos; y todo era, ellas pelear por atraparme, y yo escurrirme, escurrirme... ¡ay, Ginesilla! á la legalidad le encontraba yo muy fea cara! un artificio indecente, escandaloso, y un relleno de ideas fofas y un vacío de sentimientos... con este maldito hábito mío de comparar, mientras ella ensayaba monadas por seducirme, yo pensaba en tí y mentalmente decía: Pierdes el tiempo, niña purísima! si no tienes la sal de la otra, ni su belleza y menos la de su alma; la otra, que tú conoces y envidias, que yo prefiero á tí, con tu blancura de cisne, atributo físico, al fin y al cabo, el tuyo, que

como no has de ser mi esposa, á mí se me da tres pitos. Pónlo en conserva, primita, para que no se acede; si no tienes cosa mejor... Me inspiran lástima tus muecas y las de tu mamá, *la rematadora:* no caerá su martillito sobre mi nombre, te lo aseguro, ni *los siete mil* en tus garras, niña inmaculada, *virgo virginis veneranda !...* Así, en cada ocasión el organillo de la crítica sonándome dentro implacable, hasta que la repugnancia me subió á la garganta, y por no echarles el no redondo, me escusé de volver, y dí la campanada de la ruptura... No, ni con esa ni con otra, por ahora, al menos; mañana... Dios dirá!

—¡Ah! exclamó Lía, y ¡qué cosas dirá!— Déjale, tontina! que cuando llegue el momento, ya abriremos las orejas tamañas para no perder sílaba de su récipe, si es que lo merecemos... ¿pero, no te quitas la mantilla? ó pretendes cargar con la casa todavía y escapar, en la seguridad que yo no he de darte alcance? — No, contestó lánguidamente ella, me siento tan mal... el viaje, las

emociones, las terribles emociones! todo me baila al rededor y parece que un fuego interno me consumiera: así estoy, desde aquel dia! — Si, efectivamente, tienes fiebre... á ver, ¿donde está el pulso? no lo encuentro, ¿más arriba? aquí, aquí, un latidito tan débil... pero anda de prisa, á galope! mira, no te vayas á enfermar ¿eh? tendria gracia, ahora que te he recobrado y soy feliz otra vez... cavilosa, aprensiva! Lia abandonaba el brazo, sonriendo tristemente. ¿Era malestar físico ó poquedad del ánimo; ó fatiga y convencimiento de lo estéril de la lucha, de desconfianza en las propias fuerzas, de indiferencia fatalista?—Así estoy, desde aquel dia, repitió, y no he hecho caso, ni haré: la mala hierba, así la pisen, la destrozen ó la arranquen de raíz, no muere; retoña con más fuerza en otro sitio y tan lozana... decirte lo que llevo sufrido en estos dias, perseguida por tu sombra, empeñada en fabricar mi gran proyecto de regeneración! el combate entre tú y yo, de lejos, pero tan terrible como aquel... cuando... (*llorando*) ¿te acuer-

das ? ¡ah! y que estaba decidida! absolutamente decidida! pregúntalo á mis hermanos... pero, en el tren, conforme venía acercándome, mi voluntad se debilitaba y el valor bajando por grados ¿ y si le encuentro ? ¿ y si le veo ? ¿ y si me habla ? Esta pregunta me turbaba tanto como la del sacerdote, y la respuesta más: que si te veía, un solo instante que fuera, y me hablabas, sucumbiría vergonzosamente... ¡ Ya no puedo rechazarte ! quisiera, porque sería cumplir un juramento y un deber, el que ofrecí á mi madre muerta y el de salvarte de este peligro que corres atado á una mujer de mi clase, pero la cobardía de mi corazón no me deja ¡ soy muy cobarde ! te acuso de impedirme que me haga buena, y miento: soy yo la que no quiere serlo! quizá, si dócilmente me huyeras, correría yo trás de tí, enloquecida por la ausencia. ¿ Sabes ? te lo pido como un favor: cuando deje de agradarte, y ojalá sea pronto! me das con el pie, me arrojas lejos de tí, me reemplazas con una esposa, ó con otra Ginesa... así, los celos y la desesperación conclui-

rán la obra que el amor empezó, y por caprichoso y sensual deja en suspenso. Tu criada soy, niño mío, tu... cualquier cosa ¡haz de mí lo que quieras!

De él se amparó, completamente vencida, náufrago que de la corriente se deja llevar, sin esperanza remota ya de salvación; y Gasparito, que el amargo discurso pretendió atajar en cada frase, con interrupciones mimosas:—¿Te callarás? mira que también... —¿Por qué? ¿por qué? vaya una salida... —¡No faltaba más! ¡con el pie, á tí con el pie!... la estrechó apasionadamente:—Si merecias que yo hiciera contigo todas esas perrerías que me aconsejas ¡qué conciencia la tuya tan meticulosa! y cómo se ha puesto, luego de dormir á pierna suelta tres años cabalitos, que no la despertara el sursumcorda! tranquilízate, ea, y échame encima la culpa de que la Magdalena no hace penitencia... lástima que mamá Paula no te conozca! se quitaba el bonete de borlas y te lo ponía á tí, seguramente... Tranquilízate, y que rueda el mundo, como dice Logia; yo

te impido, si, que hagas eso que entre las dos cejas se te ha puesto, testaruda! porque te quiero, y basta; porque me da la gana, y basta; porque á nadie le importa, y basta! Si tú venías decidida á huir de mí, después de madurar, allá en Las Piedras, tu proyecto egoista y cruel, yo decidido estaba á correr trás de tí... pues sin tí, paréceme que algo muy importante y necesario me falta. Y día á día, como si hubiera de encontrarte, venía, y con tu sombra las horas muertas me pasaba; si llegabas, de improviso, fatalmente caías en mis brazos: no tenías escape. Así has caído, hoy! ¡prueba á soltarte!... Ella no lo intentaba siquiera, desmayada la cabeza sobre su hombro.—Ya no, ya no, murmuró, ¡más perdida que estoy!—Quitate la mantilla, repuso alegremente Gaspar, y da tus órdenes para el almuerzo ¿olvidas que estás en tu casa y tienes un convidado? á ver, fuera esos alfileres... ¡ah! ¡son negros! suerte que únicamente en sueño hacen daño... ¿sabes que te sienta muy bien el velo? mejor que el sombrerito; estás monísima!

Con graciosa torpeza, la despojó de la mantilla y del pañolón, diciéndola:—Otra vez juntitos ¡qué gusto! ¿no estás contenta? ¿quién piensa en cosas funestas? observa cómo brilla el sol, en este día ¡es la primavera que se anuncia! las palomas, en el tejado del convento, se persiguen amorosas, y las flores, en los tiestos del balcón, parecen más bonitas y juguetonas... ¡no nos separaremos ya, no, no! á tus hermanos les darás cualquier escusa; que no te dejan marchar los señores, y por cierto que no es ninguna mentira. Y la pensión que á tu pobrecita madre enviabas, se la envias á ellos, duplicada, triplicada, cuadriplicada; mete la manita entera en mi bolsillo, que para ti está. Ahora, á la cocina, que Logia se dé prisa, y á sacar una botella de champaña... La sonrisa triste de la boca de Lia se borraba, ahuyentada por la franca alegría del joven; y como él, para levantarla del sofá, de las dos manos la cogiera, riendo, ella le besó en los ojos.

Y escapó, repitiendo:—¡No me sigas, no

me sigas! Pero, en su alcoba, se detuvo confusa, paralizada de miedo y de vergüenza... porque los tres bienaventurados, sus guardianes, le arrojaron el terrible apóstrofe: —Arrepentida de mentirijillas, Magdalena de pega, embaucadora y tramposa ¿conque sí, eh? ¿y qué diremos nosotros, ahora, al Señor, luego de anunciarle tu arrepentimiento y tu conversión? cuando ya los ángeles y serafines preparaban las arpas y la misma Santa Cecilia tecleando estaba en el harmonio... ¡ah! falsa, ¡ah! perjura, ¡aguarda un poco!

X

Tres días después, con la miel de la recaída en los labios, escribía Lía á sus hermanos los renglones que siguen:—«Mi promesa de vivir con vosotros en Las Piedras, no puedo realizarla; pero, si la de protejerles: pidan por esa boca, que al punto cualquier deseo será medido. La pensión que á nuestra finada madre servía, la traspaso íntegra á vosotros. ¿Encontró Cándido la nueva casa? mudarse pronto, y ver antes que el taller cabe en ella con holgura: así estarás, tú, Carmela, más acompañada, y cuando te cases, tu marido, Joaquín, podrá vivir con el cuñado, si quiere, y si no, ya le buscaremos á Cándido esposa, para que llene la casa. Repar-

tiros lo que dejó la madre en santa paz, los muebles, las ropas, y las alhajitas aquellas que guardaba de los buenos tiempos y jamás quiso comerse: para mí no deseo otra cosa que la guedeja suya de pelo que corté la noche de su muerte y el escapulario que usaba (todo está en el cajón de la cómoda, á la izquierda, envuelto en un retazo de seda) mandármelo, que yo sabe Dios cuándo podré ir, á causa de mi salud muy afectada... ¡ah! y también el anillo suyo de novia; nada más. Pagué la cuenta de los tios y obra el recibo en mi poder; si Cándido lo desea, lo enviaré certificado... Que vigile Carmela el cumplimiento del convenio ajustado con el cura, que es capaz de robar á la madre su misita mensual, por la mala voluntad que me tiene y el rencor que debe de guardarme. Acompaño á ésta mi primera remesa de doscientos pesos. Mucha felicidad y no olvidaros de vuestra infeliz hermana.» Fué á poner, debajo de la firma, una posdata; recomendarles aquello del casamiento de Carmela que tan hondamente

la preocupaba, insistir en sus consejos, ansiosa de darle el tutor honrado que merecia y de salvaguardia le sirviera... pero, la pluma se le cayó de los dedos, y la mirada estúpida, quedó clavada en el papel; luego sintió mucho frio, y de pronto tanto calor que la frente se bañó en sudor, cubrióse de gotitas brillantes, que ella secaba pasando la mano temblorosa: y ¡qué malestar! en el estómago, que se revolvía de asco, en la cabeza, que le hervia, en los miembros, doloridos y cansados... No puso la posdata, pero se empeñó en cerrar la carta, y escribió la dirección con letra desigual, dificultosamente. Llamó á Logia y la mandó que encendiera la chimenea y en seguida que la trajera un abanico, que la hiciera aire, mucho aire: al fin, despidió á la criada, con la orden de franquear y certificar la misiva para Las Piedras... y se estuvo de codos sobre el secreter mucho tiempo, inválida la voluntad, la máquina del pensamiento entorpecida.

Así la encontró Gasparito, á la hora de costumbre, por la tarde: desprendido el de-

sabillé negro, los ojos lacrimosos, los pómulos encarnados y la piel echando lumbre. La voz amada la reanimó:—¡Ah! te esperé para el almuerzo y no viniste, faltón! creo que me he puesto mala por eso... no quise sentarme sola á la mesa, y escribiendo he estado una carta á mis hermanos... después, sentí un nosequé, mareo, y escalofríos... pero, va pasando, tu presencia es mi sola medicina! Gaspar, asustado, la palpó:—¿No sigues bien, entonces? ¿ves? quemando estás: tienes fiebre ó no entiendo yo de calenturas; tú no te cuidas, parece que te propusieras morirte, y librarte así de mi cariño. Ella se reía:—¡Tonto! ¿tendrás celos de la misma muerte? no vendrá, no, á disputarte tan mala prenda, que demasiado ocupada anda en escoger lo bueno y lo florido del mundo... cuéntame, ¿por qué me has hecho la rabona, pillo? Pero, de nuevo, un ligero vértigo la confundía; y tartamudeó:—Acércate, dame la mano... me echaré en la *dormilona*... ya pasa... ya pasó. ¡Qué bien, qué bien! Alargábase en el sofá, complacida, sonriendo al

amante y pagando con un gracias! mimoso los pequeños servicios que él, atolondrado la ofrecía: una manta, el almohadón...—Si no tengo nada, no te alarmes.—¡Cómo no he de alarmarme! hoy te encuentro peor que ayer... me parece que hasta el hablar te fatiga ¿quieres que me calle? enviaré por el médico. Lía hizo un ademán negativo, y cerró los ojos; en la alcoba, que la entornada celosía dejaba en triste penumbra, reinó medroso silencio: Gaspar, contemplando á la enferma, pasmábase del cambio que en pocos dias había sufrido, del enflaquecimiento del hermoso cuerpo, de lo desencajado del rostro, y viéndola así, comida de la fiebre, la mano suya, que guardaba, estrechó cariñoso, recostó en el mismo almohadón la cabeza, y al oido, para que la vibración de la palabra no le hiriera los nervios, murmuró:—¡No vayas á morirte, Ginesilla! y tú estás empeñada, si señor: así te libras de mí y cátate santa, arrepentida que con el amor y la materia rompe á un tiempo, por no ser esclava de ninguno... entonces ¿te emperras en

abandonarme? pues, te seguiré hasta las mismas puertas del cielo! pero, como el viajecito es muy largo ¿no te parece mejor consultar antes al médico?—Por Dios! déjame, no insistas, suspiró ella, si me encuentro bien, muy bien. Á poco, se animó, é incorporándose, con extraña verbosidad, algo incoherente, repuso:—¡Es eso! de no dormir, porque yo no duermo hace la mar de noches: figúrate la de cabriolas del pensamiento, de este verdugo, desvelado la noche entera! y yo no quiero pensar! desearía poder atraparle y ponerle una mordaza. Esta mañana no me levanté con buen pie... no viniste para el almuerzo (ya me dirás el motivo), y esto me puso de peor talante... despedí el coche; un gasto inútil, que mi luto no me consentía... ¡ah! y la carta... deseo que Carmela se case ¿entiendes? para que no caiga en el abismo en que su hermana se ha ahogado; ya ves: una bonita muchacha, sin madre, sin apoyo seguro! no es mala cabeza, como yo, pero se la pueden echar á perder. Quise machacar sobre esto, recomendarla, exhortarla,

cosa que me prometía yo realizar cuando mi desvanecido sueño de vida honrada en Las Piedras, y ¿lo creerás? este señor pensamiento, que ni respirar me deja, se tendió á la bartola, cansado, sin duda, y con razón! y salió coja la carta, porque no podía enredar una sola frase... en cambio, ahora empieza nuevamente la matraca.

—Porque hablas demasiado, dijo Gasparito, mira: te callas, te pongo unos fomentos y aquí me estoy, de enfermero tuyo; di que si, que si!—Cuéntame por qué me hiciste la rabona... Insistió con agitación tal, que hubo de calmarla explicándole la sencilla razón de su ausencia; mamá Paula, que husmeaba, sin duda, la recaída del perjuro, y no sabía ya qué medio excogitar, humano, práctico y de más fácil aplicación que aquel heroico del casorio, para libertarle de la funesta constricción del horrendo monstruo que ella imaginaba, en el espía más pesado del hermano habíase convertido, y sus *¿á dónde vas? ¿de dónde vienes?* le cargaban tanto, que apenas podía sufrirla; más que

nunca, para venir, tenía que precaverse de su fisgoneo: habría que mudarse de casa, sin remedio. Y aquella mañana, su promesa de no menear el asunto estuvo á punto de romper, porque él dijo que almorzaba fuera. —¡Bueno! me quedaré, para probarte que nadie me espera. Así atajó la tormenta. —¡Está insoportable! repuso Gasparito, y todo se le vuelve sembrar equívocos, palabritas proféticas, muchos *¡ah! ¡oh! ¡al tiempo! ¡lo veremos! ¡te acordarás!* y citar á trochemoche el palo y la piedra de que Dios no ha menester para asentar su mano á los pecadores... —¡Ay! ¡y cuánta razón tiene! exclamó dolorosamente Lía; en una sola cosa desbarra, y es en achacarme la culpa de tu extravío. —No, porque si tú no fueras quien eres, no me tendrías á tus pies esclavo: ¡prueba á ser mala y verás!—¡Entonces, no lo soy suficientemente aún! probaré, siempre que me prometas darle gusto á mamá Paula... sube la manta, que siento mucho frío.

Él la arropaba, con maternal cariño; y

porfió en que habia de tomar una infusión cualquiera, tila, ó flor de naranja ó manzanilla. Lia decia que no, débilmente:—¡Qué pesadez! me harás enfadar... Y de repente, quedó con los ojos muy abiertos, ausentes la expresión y el movimiento, mientras el sudor la bañaba toda entera. Gaspar gritó: —¡Lia, Lia! y llamó á Logia, sin retirar el dedo del botón eléctrico, hasta que la criada entró despavorida.—Logia, por Dios ¡déme usted éter, agua, vinagre! Vinagre trajo la madrileña y agua, que arrojaron brutalmente en la cara de la desmayada; y entre los dos, probaron á desnudarla:—Déjeme á mi, señor D. Gaspar, que yo me entiendo, lo primero es el corsé... esto se lo tenia yo pronosticado á la señorita, ¡pero, es tan terca! fuera el corsé; ahora respirará mejor ¿me permite usted? desabrocharé tambien la chambra, este botón del cuello... Los dedos de Gaspar, torpemente se enredaban en las cintas y los encajes; abandonó la faena á la madrileña, diciendo con aflictivo acento: — Acabe usted de una vez...

¿crée usted que le pasará? Logia descubrió el seno, y apareció entonces la piel blanquísima salpicada de rojo, constelación de petequias, que no desbordaba del cuello; dió un chillido, llevó á la boca la mano, y poniendo sordina á la voz hombruna, sopló á Gaspar :—Es el tifo, señor, el tabardillo pintado... ¡digo á usted que si! como que le tuve yo hará diez años por Navidad... esas manchas me cogian del cuello á la cintura y me dí el gran susto, imaginando fueran viruelas... no sé yo cual sea peor! ¡ay! ¡señorita de mi alma! Con las manos plegadas, contemplaba el desmayado cuerpo; pero, Gaspar, loco, la arrojó de la alcoba :—¡Mal agüero! ¿usted qué sabe? vaya usted por el médico.

Luego, en el sofá se acostó, y el seno que, inútilmente, la erupción pretendia afear, besó con delirio :— ¡Despierta, Ginesilla! ¿verdad que no es cierto lo que esa necia ha dicho? no faltaba más ¡tifus, viruelas! si, para ellas está tu carnecita delicada, para pasto suyo tu belleza... ¡despierta, des-

pierta! Bajo la presión de los labios amorosos, tal cual mancha desaparecía, y él, alborozado: – ¿Ves? exclamaba, ya borré una, dos... y así todas ¡son flores de primavera, la sangre joven que bulle! Poco á poco, Lía recobraba el sentido: los ojos parpadearon y en el amante detuvieron la mirada buen rato; luego en el pecho desaliñado y húmedo, que la mano acudió á velar, pudorosamente. Sonreía, y Gaspar sonreía también; y como intentara levantarse, él la ayudó.—Abre la celosía, dijo, ¡que entre la luz! Mientras él cumplía el pedido, ella, apoyada en el respaldo de la *dormilona*, por flojearle demasiado las piernas y el cuerpo entero aplomársele, esperaba; y al inundarse de luz la pieza, ante el espejo se irguió, abrió la chambra mojada, desgarró el escote de la camisa, y las rojas picaduras se mostraron. – ¡Mira, niño mio, mira! exclamó con espanto, estas son las malas ideas, los feos pecados que buscan salida, ¡ah! si libre me dejaran... — Quita, aprensiva ¡qué cosas tienes! dijo Gaspa-

rito, cubriéndola prestamente con un chal.

Allá á las seis de la tarde, minutos más, se presentó el médico, un señor muy gordo y panzudo, de anteojos, melena blanca y levita con lamparones, datos personales que su mucha ciencia recomendaban, al decir de Logia; que ella no concebía médicos petimetres, por ser punto menos que imposible andar palpando las llagas humanas y conservar limpitos y planchados los puños y la ropa. Estaba Lía ya en la cama, encerrados los cabellos rubios dentro de bonita papalina con lazos negros; y parecía sumida en profundo sopor, del que, á intervalos, la arrancaba el hipo, un hipo angustioso y violento: los dedos, sobre el edredón de raso, se movían nerviosos, arañando, contrayéndose, estirándose, en un danzar continuo de los tendones... El doctor preguntó, observó, analizó síntomas y causas; y en la sala, á Gaspar, sacudiendo la melena de pensador, soltó sin rodeos el diagnóstico terrible: ¡tifus, y del legítimo! perfectamente caracterizado. El joven repetía:

—¡Tifus! Y el hombre gordo, hecho al oficio, fríamente, explicaba la marcha de la enfermedad, lo de los tres setenarios; su estreno en el primero, el período álgido del segundo, la declinación ó desenlace fatal en el tercero. Y también los medios profilácticos y terapéuticos para combatirla; el aislamiento, la desinfección... Escribiendo sus recetas, mientras en el papel combinaba amargos y estimulantes, instruía á Gaspar, severamente, que en la casa, ó por lo menos, en el cuarto de la enferma, no debían estar sino los asistentes:—Y hasta mediar el segundo setenario, nada puedo pronosticar á usted; entonces sobreviene la crisis, y el estado morboso se alivia ó se agrava. Allá veremos; que también es probable ocurran complicaciones.

Tuvo Gasparito, luego que el galeno, con la chistera sobre la oreja, se marchó, un momento de flaqueza y de duda, en que su espíritu, conturbado por aquella palabra fatídica: tifus! anhelante preguntóse:—¿Qué hago? Pero, el cupidillo que le sugestionaba, le

confortó, le aconsejó, le decidió:—¿Qué hacer? quedarse á su lado, y cuidarla, á ella, pobrecita, abandonada de todos y sola. Y morir con ella, si ella muere! que no morirá, porque sería muy horrible injusticia del destino. Anda: á mamá Paula le dices que te vas á la estancia por una temporada larga é inventas un pretexto fácil de hacer tragar á su suspicacia... luego, te vuelves aquí tan fresco y que vaya á descubrirlo. Como ya te has iniciado en la mentira, y con éxito halagüeño, ésta, la más gorda de tu cosecha del año, no te costará ni sudores, ni arreboles. Obra de misericordia, al fin, la tuya... ¡Dulce Ginesilla! dejarla en manos de Logia y entre las garras crueles del tifus, y tú sin defenderla, sin pelear, sin sucumbir á las flechas del contagio, si te alcanzare... Ciertamente que esto no era lo que á Gaspar arredraba y le hacía vacilar, sino el modo de disimular á los ojos de Paula su escapada; cuando su consejero calló, él, resuelto ya, al combate de un minuto puso término:—¡Dejarla! nunca! con la enfermedad y con la muerte lucharé... á

Paulita eso de la estancia... y que Dios nos ayude!

Se fué á casa y dió la nueva con mucho desparpajo:—¿Te acuerdas de aquel telegrama del mayordomo? pues si, hay una operación á efectuar y sería lástima perderla; él insiste en consultarlo conmigo y quiere que con mis propios ojos me dé cuenta del campo... no dirás ahora que de asuntos serios no me ocupo. ¿Comer? imposible: el tren sale á las siete y diez y la maleta está sin preparar! Hizo la comedia divinamente: y llevó la perfección de la mentira hasta vestir el traje aquél elegante de cazador, echarse al hombro la escopeta y mandar al negro centenario por un coche; Paula, enfurruñada, no decía palabra, y cuando él se acercó á despedirse, se limitó á darle un adiós seco y áspero. Siguió tras de él, y en la reja del zaguán se estuvo por ver si subía al coche y qué dirección daba al cochero; y aun después de oir aquella orden fuerte y enérgica:—¡Á la estación Central! quedó dudando, escamadísima del viaje misterioso que el án-

gel rebelde emprendia, y repitiendo, mientras el rodar del carruaje se alejaba:—¿ Adónde irá ?

Que á la Central no iba, un bastonazo en los cristales y un grito:—Pára; pára! en la esquina de Lavalle notificaron bruscamente al cochero; Gaspar bajó, pagó, sin mayor explicación, y cargado con los chismes de viaje por la calle de Reconquista volvió, torció por la de Viamonte y con precauciones de ratero entró en la casita de Lía, dando grande susto á la criada, que de verle en tales arreos, no sabia qué pensar:—Señor, ¿ se marcha usted ? de caceria, porque trae usted escopeta... El joven, sin parar mientes en lo extemporáneo de su aparición, así disfrazado, satisfecho del logro feliz de su embuste, impuso silencio:—¿ Cómo sigue ? — Lo mismo, contestó Logia.

Cómico que sale de la escena y terminó su papel, y de los postizos se despoja y afeites, Gasparito, en un santiamén, el traje color de tórtola y las botas de ante desnudó, porque Lía no se sorprendiera también; y vestido

con otro de casa, que halló en la maleta, de puntillas penetró en la alcoba, se inclinó sobre la enferma:—Aquí estoy, á tu lado, siempre á tu lado, ¿ te encuentras mejor? dice el médico que no será nada... soy tu enfermero ¿ sabes ? aquí me siento, en esta butaca; si deseas algo, me lo pides, y aunque veas que duermo, no lo creas: velo y velaré día y noche! Ella, aplastada por la fiebre, sonreia apenas. La delicada lamparilla de bohemia, encendida sobre la chimenea, en reflejos sonrosados de aurora todo lo envolvía; muy cerca, el reloj del comedor, gravemente, contaba los segundos...

Así pasaron las noches y los días; él de guardia, empeñado en no ceder á la criada su puesto de combate, vigilante, afanoso, dando al cuerpo ración escasísima de alimento y de sueño, aspirando sin precaución ni repugnancia el hedor tífico que los vapores del cloro apenas conseguían neutralizar, hermana de la caridad, por lo femenino, lo delicado, lo abnegado de sus cuidados y atenciones. Noches y días tan largos, que parecían

no acababan nunca ó formaran una noche sola, interminable, que del claror del alba, la suspirada mejoría, no diera las señales; porque de aquel estado de postración y embotamiento, pasaba Lía á las agitaciones del delirio, y siempre el mismo hipo, la mirada ya imbécil, ya demente, y siempre aquel mover de los dedos y sobresaltos de los músculos... Al caer de la tarde, cuando la calentura arreciaba, y en brazos de Gaspar se retorcía, hablaba, deshilvanadamente; llamaba, amenazaba, despedía, acariciaba, á la madre, á Carmela, á Cándido, á la tía Sabina, al padre Clavel, y también á mamá Paula; decía risueños desatinos, entreverando nombres y cosas; figurábase perseguida ó perseguidora y del lecho pretendía arrojarse ó en el fondo se acurrucaba con miedo. Una vez habló acorde, y fué para pedir confesor, pues ella no quería morirse, sin que de encima le sacaran *todo aquello*; pero Gaspar supo calmarla, acongojadísimo:—¿Quién ha dicho de morirse? serás tu que lo deseas... no me ves aquí, cuidándote, velándote, dándote las

medicinas para que te pongas buena prontito? morirte tú! ¿qué sería de mí si tú te murieras, Ginesilla? Y lloró sin reparo, sintiendo cómo la desgracia remachaba, en la sombra, las esposas del cariño funesto.

Llegó de Las Piedras aquel día, abultado cartapacio; y lo primero que apareció al rasgar el ancho sobre, fué la guedeja gris y el escapulario dentro del retal de seda y el anillo de oro liso, empañado y machucado por el trabajo; las reliquias de doña Reveriana.
—Trae muy buenas noticias, dijo Gasparito, que han tomado la nueva casa, é instalado en ella el taller tan guapamente; y que Carmela se casará para los Reyes... Lía, venciendo la somnolencia y el malestar, intentaba incorporarse, para ver, por escuchar mejor: Cándido prosperando, Carmela salvada! Pero el relámpago de alegría se apagó, y de nuevo rendíase, agotadas todas las fuerzas...

De la idea de la muerte, se apartaba Gasparito con horror; y ansioso y temeroso, á la vez, esperaba la crisis, que había de devolverle su amor ó quitárselo. Cada visita del

médico, mañana y tarde, él la seguía palpitante, y aunque la fría máscara del hombre gordo no descubría impresiones, en su manera de tantear el pulso, de dejar caer el párpado de la enferma, de preguntar ó de ordenar, adivinaba Gasparito el mal cariz del asunto; detrás del doctor se iba, y en la puerta de la sala, invariablemente, hacía la misma súplica: — ¿Qué piensa usted, doctor? Este, encasquetando la deslustrada chistera, daba la respuesta: — Hasta la semana próxima...

Para que el embuste suyo no se descubriera, y su secuestro voluntario, y evitar á Paula pretextos de alarma, la escribió Gaspar por dos veces, con noticias de Ombú y de la estancia todo lo verosímiles que supo forjarlas; las cuales cartas al propio mayordomo envió, juntamente con la recomendación de echarlas allá al correo en las fechas prefijadas. Que Paulita las recibiera y se tranquilizara, aunque el mayordomo se diera de calabazadas por descifrar el enigma.

Él, entre tanto, con el mal dormir, el no

comer, la preocupación y el dolor, se agostaba en la atmósfera miasmática; y el deseo de morir también, si ella moría, como supremo consuelo le halagaba. Así, cuando Logia, con la grosería suya característica, le soltó de sopetón: — ¡Dios me asista, señor D. Gaspar! ¡si tiene usted fiebre... claro! no descansa y se aflige tanto ¿á que le enterramos junto con la señorita?... él, experimentó placentera sorpresa; se palpó, por comprobar el aserto, y notando el calor de la piel y la celeridad del pulso, como quien lleva una grata nueva, á Lía, con los ojos, nada más que con los ojos, anunció: —¡Yo también! si tú te marchas, nos marcharemos juntos!

Si, juntitos! que el mundo era para él inmenso páramo, sin ella! juntitos, á otra parte, donde ni leyes ni preocupaciones se opusieran á su cariño. Desde la butaca, donde pasaba las largas horas en vela, atento á los movimientos de la enferma y al reloj que, en el comedor, balanceaba su péndulo impertérrito, la idea consoladora acariciaba;

y el mirar extraviado y todos los síntomas que, lejos de ceder, parecían agravarse, ya no le asustaban: — ¿Sabes, Ginesilla? nos iremos juntos! y no habrá Paulas que nos separen, ni madres que nos maldigan, ni deberes con caras foscas; como dejaremos aquí abajo el cuerpo y toda su podre, nuestras almas subirán blanquitas y puras, y San Pedro nos dará paso, verás! juntos, juntitos... así que descubra las alas tuyas, que la miopía de los ojos mortales no distinguen; y cobijado por ellas, entraré yo también!

Al promedio del segundo setenario, luego de minuciosa visita, el doctor se retiró visiblemente desagradado, y á aquél: — ¿Qué piensa usted?... anhelante del mozo, contestó con brusquedad:—Nada bueno, la fiebre no baja, y persisten los fenómenos que caracterizan el período nervioso. Esperemos, porque en esta enfermedad, no hay más que esperar y vigilar. Y usted, joven, mucho cuidado... que si mete usted demasiado las narices en el foco le pillará el contagio: más cloro, más agua fenicada para esas manos;

su vista de usted no me gusta hoy ¿siente usted algo? Gaspar negó, y cuando el médico hubo salido, á Lía, postrada, continuando el mental discurso desde la butaca: —¡Estamos en lo mismo, Ginesilla! dijo, siempre en la duda... ¡esperar, esperar! pero, acaba de notificarme que yo también... ¡Si no te pones buena! porque no te dejo marchar solita: de pensar que aquí me abandonas, me dan sudores. Al médico le he asegurado que no siento nada: mentira! siento pesadez en la cabeza, eso que ellos llaman, según creo, cefalalgia, y escalofríos, ¿será el tifus? si no sanaras tú, ojalá fuera ¡bendito tifus que á los dos nos librará de nuestras cadenas!... Esperar! ó te salvas y yo vivo para tí, únicamente para tí, ó te mueres y me llevas contigo: la muerte, á veces es la mejor solución!... Allá, en la cocina, resonaban las coplas canallescas de Logia; y más humana, la Negrita de los pies del lecho no se despegaba, tristona, sorprendida de que el ama no la llamara, como de costumbre, á tomar el chocolate y con ella riera y jugara.

Gaspar decaía, visiblemente; y sólo su entereza le sostenía á la cabecera de la enferma. Una noche dijo el doctor que «á todo estuvieran preparados»:—Los síntomas son más graves; si el coma sobreviene ó el estado convulsivo... seguir con el tratamiento indicado. Y acuéstese usted, joven imprudente ¡ese pulso, esa lengua! apenas puede usted tenerse en pie ¿hizo usted lo que le ordené esta mañana? pues, sépalo de una vez: en esta casa no hay un tífico sólo, hay dos! ¿entiende usted? acuéstese y duro con la quinina... hasta mañana. Tranquilamente se alejó; y Gasparito se estuvo unos minutos rumiando el pronóstico fatal, la sangre toda como paralizada, murmurando con extravío: —¡Ay, Dios! ¡ay, Dios! Loco, á Lía se abrazó llorando: — No, no es cierto ¿verdad? ¡qué bruto es ese hombre! llamaremos á otro... y te salvará! porque yo no quiero que te mueras, no, no; que vivas para mí, para mí tan sólo. ¡Lía, Lía! Ella se agitaba, revolviendo los ojos, arañando el edredón, formulando extraños sonidos, que-

jas dolorosas... Gaspar proseguia, extraviado :—¿Dónde está eso que á ti te mata, microbio poderoso é implacable? ¿no dicen que me ha herido ya? que me hiera bien certeramente: aqui me entrego indefenso; lo que otros desesperados al plomo ó al veneno piden, yo lo pido al demonio del contagio ¡quiero morirme contigo, Ginesilla! La cueva hedionda del monstruo buscando, en la cama, delirante, se arrojaba... Y de repente, se arrastró hasta el espejo, de un tirón desabrochó el chaleco, se arrancó la corbata, abrió la camisa, y en el pecho, sombreado de fina pelusilla, las pintas rojas aparecieron: Gaspar dió un grito, de júbilo y de triunfo. —¡Lia, Ginesilla! ¡yo también, yo también! ¡nos moriremos juntos, juntitos! ¿no te lo dije, que sentia muchas cosas raras, que estaba muy mal? y ahora ¿ves? la erupción está... ¡abrázame, bésame, que vengan á separarnos!

Las piernas le flaquearon, un vértigo le hizo tambalear, y como un ébrio, á duras penas, en la misma cama se recostó, á su ros-

tro acercó el suyo, que abrasaba, y al oido le decia: —¡Que vengan! nos pondrán en el mismo hoyo... porque yo también siento que en el estómago y en la sangre, el microbio libertador trabaja, trabaja... y yo le abandono el cuerpo, sin defenderlo; todo me lo revuelve, y hasta me pone telarañas en los ojos, como los verdugos á sus victimas... ¿dónde estás? no te veo! aquí! no te suelto, ¡no te soltaré! porque capaz serias de marcharte, lo mismo que la otra vez... Lia, agitadisima, deliraba:—Señor capellán, usted no ha querido absolverme! ¿por qué? porque no le dije que al niño mío detestaría, ¿cómo habia de decirle mentira tan grande? ¡ah! señor capellán, señor capellán... ¿crée usted que yo cargué de nuevo con el fardo de pecados? ahí se lo dejé detrás del confesonario, y salí tan ligera... por eso me han crecido unas alas tan largas, muy largas: el niño mío las ha visto! yo le he escondido debajo, para que San Pedro nos permita pasar; así, aunque usted se oponga, entraré en el cielo. Dios sabe que estoy arrepentida... llevo en el pecho el esca-

pulario de mi madre, para que borre estas manchas feísimas: las otras las borró Gaspar con sus besos... ¡Ay! la torcaz! *ú*, *ú*, *ú*! ¿por qué llora? ¿será por mi? buenas tardes, ña Nicolasa ¿me abre usted el cementerio? ahí anda Carmela, del brazo de su marido... usted no quiere perdonarme, madre! y quien tiene la culpa es la tía Sabina ¡á que le alcanzo una bofetada... tómele usted el peso: ¡si es de oro! ay, no se soñaba usted, que su hija descarriada conservara joya semejante! si el capellán tuviera ojos para verlo, me absolvía y usted me perdonaba!

Delirando, con la lamparilla color de rosa enfadábase:—¿Por qué me sacas la lengua? ¿te burlas? pues si, que me le llevo! véte con el soplo á mamá Paula ¿á que no me lo quita y á que le arranco yo su bonete de doctora? su niño Jesús me hace á mi falta y ella lo quiere para regalárselo á Bernita... tan doctora y no sabe que hay arañas peores que serpientes!... escupe chispas, perra chismosa! aunque se lo cuentes, no podrá quitármele: le he escondido debajo del ala, y me le

llevo! en el cielo estaremos los dos tan ricamente, porque allí no hay Bernitas que anden enredando, ni tías Segundas, ni gente que averigüe vidas ajenas: Dios es quien se entera y se lo calla!... me he puesto mi manto de Purísima y la diadema: todas las picardías las dejé en el confesonario; y aunque el capellán diga nones, entraremos, y saldrá mi padre á recibirnos y llamará á mi madre... mi madre debe de tener las manos chamuscadas, por la quemazón aquella; ¿á que se sonríe, cuando vea el corazón mío?

Á su lado, Gaspar, vencido por el sopor, inmóvil, balbuceaba:—¿Qué dices? te oigo hablar, hablar... no te suelto, ¡vaya! ni te soltaré! Y ella, poco á poco, se calmó, y la respiración estertorosa sucedió al desvarío; la fiebre la había de tal modo demacrado, que los pómulos, quebrando la armonía del óvalo adorable, salían puntiagudos, los ojos se perdían en las cuencas, el trazo de las cejas más enérgico parecía; la nariz fina y correcta se alargaba, de cera ahumada entre el subi-

do arrebol de las mejillas; los labios estaban resecos y negros, y de una capa fuliginosa cubiertos los dientes y las encías.

Por dos veces entró Logia y se retiró, en silencio; y vino, por último, á sentarse en la butaca, muy extrañada de que el señor don Gaspar no velara, y con el reloj y el frasco de la medicina esperara el momento de administrarla: — ¡Toma! que sanarás más pronto! Cuando así estaba, es que también la había pillado: bien se lo dijo ella! Tantas y tantas noches sin dormir! con razón el sueño le había rendido... Arrullada por el balanceo del péndulo, se durmió, y sus ronquidos becerriles, junto con el resoplar de la máquina desinfectadora, llenaban la habitación. La noche transcurrió así: Lía quejándose, ahogándose, agitada por visiones; embotados los sentidos Gaspar; la madrileña en el limbo, el reloj haciendo *tic*, *tac*, y la máquina *fú*, *fú*. Y cuando el rumor de la ciudad, que despertaba, y la luz de la mañana despabilaron á Logia, y que ésta, bostezando, entreabrió un poco las

maderas, ni Lía ni Gaspar se movieron ; Logia salió de puntillas, creyendo que dormían.

Mostrábase un cacho de cielo azul, por el cristal, el paredón sucio del convento, y los geranios y albahacas, que se extremecian de gozo con el frescor matutino... Gaspar musitaba la porfiada letania: — No te suelto ! no te soltaré ! Y de pronto, la campana de las monjitas comenzó á tañer: — Ven, ven, dam, dam ! De los ojos de Lía, los objetos todos materiales habianse borrado, y percibia seguramente en el cacho del cielo azul cosas sublimes y deslumbradoras; el pensamiento, tronchadas las alas, guarecido en las últimas celdillas del cerebro, lo que la lengua, ya muda, no podia expresar, traducialo maravillado: — ¡ Ay, qué hermoso, qué hermoso ! está el Señor sentado en su trono de diamantes y los ángeles danzan en redor y tejen guirnaldas; toca, toca, campanita, anuncia mi llegada: ahí voy, tan ligera, rozando los tejados, hendiendo las nubes, con mi preciosa carga, mi niño adorado, que ro-

bé á mamá Paula y las leyes del mundo querian quitarme... ¡ cómo pesa este corazón mio! aquí le tienes, madre ! le miras y sonries, sonries, al fin ! al fin logré que ese gesto de rencor se dulcificara, y me perdonas, me perdonas ! ¡ qué hermoso ! los ángeles se adelantan y al desposorio de nuestras almas se preparan... ¡ qué hermoso ! San José, San Francisco y San Antonio están á las puertas y del alma que llega dan informes á San Pedro: aquella, que allá viene, es nuestra protegida; pecó mucho, pero sufrió mucho, y lloró, se arrepintió, profundamente, sinceramente, gracias al amor, al amor poderoso y salvador; eso que trae en la mano es su corazón, que brilla así porque es de oro puro... ¡ Salve ! salve ! ven, niño mio; ya pisamos el cielo... salve ! ¡ ay, qué hermoso, qué hermoso ! !

Una convulsión horrible sacudió el mísero cuerpo ; y quedó muerta, en los ojos extáticos impresa la visión suprema, la boca sonriente, dejando escapar por la comisura un hilo de líquido negrusco, las heces amargas

de la vida... Gaspar murmuraba:—¡No te suelto! ¡no te soltaré! pegado á ella, con tierna y melancólica porfia, temeroso que se marchara, dejándole solo otra vez. El sopor de la fiebre, de cuanto le rodeaba le impedia darse cuenta; pero, allá adentro, la imaginación sentíase espoleada:—¡Trabaja, trabaja, microbio libertador! que el otro está al concluir de su obra, y tú empiezas: campo libre tienes! mi cuerpo te pertenece; yo no te pondré obstáculos; engulle, destroza, descompone, nervios, sangre, órganos, todo! pero, acaba, acaba pronto. Acometióle el hipo angustioso y aquel sobresalto de tendones... Y como escuchara vagamente el tañido de la campanita madrugadora, en medio del ronco *fú fú* de la estufa de desinfección, pensó en mamá Paula: lágrimas ardientes le sofocaron y el arrimo del cuerpo querido buscó con mayor ansia.

El sol entraba á curiosear, alegremente, y las voces de la calle, los mil rumores de la vida; luego pasos, más voces, y chillidos, de susto ó de dolor. Gaspar vió dos sombras ro-

dearle, una que se inclinaba y le tanteaba, otra que retrocedía, con gritos de espanto: —Virgen Santísima! habrá que avisar enfrente: es el señor de Tejera! Y la sombra que le tocaba dijo: — ¡Tejera! conozco el nombre... y otras cosas más que él no entendía; creyó en una alucinación, y porque los intrusos no le separaran de la dulce compañía, se esforzó por alejarles:—¡Déjennos ustedes ¿á qué vienen? ¡yo no la soltaré! nos marcharemos juntos... Entonces, la sombra más grande acercó á sus labios una cuchara ¿era veneno? ¿era un remedio? él la rechazó, apretando los dientes; no quería turbar el trabajo silencioso del microbio libertador.—¡Déjennos, déjennos! Y volvía la cara, agitado por el hipo.

Al fin, fuéronse ambas; y después de mucho rato una tornó, la más pequeña, pasó delante del lecho, y en el secreter, junto á la chimenea, anduvo urgando; del armario registró los cajones y los estantes: se empinaba, se agachaba, sin precaución, y el brazo apresurado, como pala que de una mina recoge el tesoro,

metía y sacaba y metia de nuevo; eran sus trazas las de Logia clavadas, Logia, de pañuelo á la cabeza, con la Negrita sujeta del cordelito y en un lío guardando cuanto había á su alcance. ¡Qué cosas hace ver la fiebre! Gaspár pretendió, al través de las telarañas de sus ojos, cerciorarse, y ya la sombra se había desvanecido...

Pero, otras llegaban, muchas, silenciosas; y como las dos anteriores, á la cama se acercaron, mas no para tantearle á él, para algo peor, para separarle de ella, su Ginesilla dormida: las manos brutales se alargaban. Él suplicó:—¡Déjennos! ¡si nos marcharemos juntos y no he de soltarla! Todas sus fuerzas reunió, á fin de defenderla, y asido al brazo rígido de la muerta, lloraba:—¡No te marches, gatita mía! espérame... ¿adónde te vas? ¡tú quieres, si, y no te niegas, cedes cobardemente... quédate, quédate! Ella se dejaba llevar, muda y sonriente, la cabellera rubia colgando, envuelto en el blanco camisón de lino su cuerpo flaco y miserable, despidiéndose con cabezadas del niño suyo adorado:

—¡Adiós, adiós! ¡te espero allá arriba! —¡No! ¿por qué? ¿por qué? Ginesilla ¡mira que te separan de mí!... Un tirón violento arrancó de sus manos febriles el brazo á que se asia, y sonriendo siempre, ella se alejó: — ¡Adiós, te espero! Gaspar no distinguió más nada, sin sentido sobre la cama vacía.

Y nuevas sombras entraron; y una, que suspiraba mucho, se estuvo larguísimo rato en la butaca, vigilante; la grande, aquella primera, tornó y habló con ella y se fué, las otras también se fueron, y ella no se moviera, si del letargo no diera muestras Gaspar de salir; entonces, suavemente acercóse y porque él pudiera oirle, á la oreja le deslizó: —Niño Gaspar ¡bendita sea la Virgen del Carmen! y qué desgracia es esta! Gaspar le miraba y reconoció á su perro fiel, á Mamerto: —¡Ay, Mamerto! si, te conozco... dime dónde la han llevado! he tenido un sueño horrible, qne entraban y me la quitaban; y me la han quitado, porque aquí no está ya: dime dónde la llevaron, dime si

vive !--Por Dios, tranquilizese el amito ! y no piense en esas cosas; yo no he visto que á nadie llevaran... no he visto sino á la muchacha de esta casa, la Logia, la de las cartas, que salia con la perra, muy cargada, y á un señor gordo que dice ser médico y estuvo ahora allá á darnos la noticia atroz de esto... de esto... ¡ay ! qué desgracia la de este moreno infeliz, á quien Dios y la Virgen condenan á vivir tanto !... allá está la *niña* Paulita llorando como una Madalena: ella queria venir, pero ese señor le dijo que no le parecia bien, y ahí se ha quedao, esperando que se haga de noche para poder sacarle á usted de acá, sin escandalizar el barrio... Ese dotor me ha encargao dé á usted de este frasquito cada dos horas.—No, nada quiero, sollozó el joven, si ella ha muerto ¿qué me importa de la vida ? Y doblegado por el dolor, en el hueco mismo que en la almohada dejara la cabeza de la ausente, pegaba los labios:—¡ Dulce Ginesilla mía ! te marchaste, si ! y yo creia que durmiendo estabas á mi lado ! por eso te has dejado lle-

var, sin protesta... aguárdame, que yo voy detrás de tí ! este microbio holgazán ¿ qué hace ? necesitará también los tres setenarios para acabar conmigo ? Dios, cuánto tiempo! si yo no le resisto, si yo le ayudo ! acaba, acaba pronto! que ella me espera en el cielo, y yo, por reunirme á ella, me abraso y perezco !

No se movió ya, sumido en estupor profundo. Mamerto, á los pies del lecho, lagrimeaba, pensando en la suerte suya tristísima que el postrer suspiro de sus amos, todos los Tejeras, desde el Héroe hasta el último, había de recoger. Y cuando el sol se escondió, y la noche sobrevino, otras sombras silenciosas entraron en la alcoba, el dócil cuerpo de Gasparito cargaron con cuidado, y por las habitaciones desiertas, por la obscura escalera, sacáronle á la calle, en procesión fúnebre, y á la casona solariega le llevaron.

Él se dejó hacer, como si su espíritu no le acompañara ya. Sólo entreabrió los ojos al grito de Paula; grito de dolor hondísimo,

dolor de madre desesperada, ante el cuerpo de su niño Jesús, cuya vida no era el tifus quien le arrebataba, sinó la Ginesa maldita, la funesta serpiente constrictora!

FIN

863.61 015B

a39001 008181839b

24804